



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Facultad de Arquitectura Diseño y Estudios Urbanos

**Espacio Transitorio. Producción, prácticas y representaciones del
espacio público político en Santiago de Chile 1983 - 2008**

Daniel Opazo Ortiz

Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos

Profesor Guía: Dr. Rodrigo Salcedo Hansen

Índice

Agradecimientos	4
Introducción: la ciudad y lo político en la modernidad	5
Supuestos metodológicos y epistemológicos	17
Nociones de espacio público	22
La ciudad y lo político	39
Masa, pueblo y multitud	50
Calces y descalces entre política y forma en la ciudad moderna	65
La crisis del espacio moderno	84
Espacio trascendente	88
Un espacio sin silueta	99
Santiago y la modernización	103
Espacios del control y la vigilancia	110
Espacios del espectáculo	116
Espacios de la diferencia	122
Cartografías del espacio público como espacio político	128
Cuerpos	131
Domicilios	154
Siluetas	162
Hacia un espacio transitorio	188
Conclusiones: la ciudad, lugar de lo político	196
Bibliografía	202

Agradecimientos

A mi profesor guía, Rodrigo Salcedo. A los miembros del comité de Tesis, José Rosas y Rosanna Forray. A Pier Vittorio Aureli, por las conversaciones y la gentileza de participar del examen de defensa. Al equipo del Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos: Fernando Pérez, Andrea Masuero, Jacqueline Bigorra y María Eugenia Reyes. A los profesores del Doctorado, especialmente a Carlos de Mattos y Oscar Figueroa. A las profesoras con las que compartimos otras instancias académicas durante mi estadía en Lo Contador: Luis Valenzuela, Margarita Greene, Pablo Allard y Eugenio Garcés. A los compañeros de doctorado con los que compartimos ideas en conversaciones tan informales como provechosas, especialmente a Simón Castillo, Christian Matus, Rodrigo Ganter, Tomás Errázuriz, Gabriela Raposo, Francisca Pérez y Eduardo Canteros.

A Joan Ockman, por su generosidad para recibirme en Columbia y por su lucidez intelectual.

A los profesores de la Universidad de Chile con quienes hemos trabajado en el tema del espacio público: Sergio Rojas, José Solís, Humberto Eliash, Francisco Brugnoli, Eolo Díaz-Tendero, Gabriela García de Cortázar y Enrique Walker. A todos los entrevistados, especialmente a Marshall Berman, David Harvey, Saskia Sassen y Rolando Álvarez. A Francisca Barrientos por la traducción de esta tesis al inglés. Al equipo de Fulbright Chile, Denise Saint-Jean y Karina Sapunar. Al equipo de CONICYT, especialmente a Ricardo Contador. A mis padres, por su apoyo.

Finalmente y lo más importante, dedico este trabajo a Mónica y Damián, mis dos amores, quienes más pacientemente han esperado la conclusión de este proceso de aprendizaje en todos los sentidos.

Introducción

La ciudad y lo político en la modernidad

Esta investigación pretende analizar diferentes condiciones de producción del espacio público político en el contexto de la modernidad y sus crisis. La hipótesis principal es que en etapas recientes de la modernidad y particularmente en las condiciones contemporáneas de la ciudad y lo político, se advierte un desplazamiento en la concepción del espacio público político, desde una idea de espacio trascendental –una forma de imaginación y experiencia de la ciudad y lo político basada en teleologías y conceptos tales como la idea de progreso, ejemplificada en sus extremos por los modelos del Antiguo Régimen y el pensamiento utópico- a una condición históricamente más reciente en la forma de producción de la ciudad y lo político, que en el contexto de esta tesis se definirá como espacio sin silueta. Este desplazamiento se puede advertir no sólo en diversos programas y formas de asociación política, sino también en la visión de la ciudad como un sistema en redes antes que un espacio delimitado, una infraestructura para el flujo (de personas, capital y mercancías) antes que un artefacto diseñado para una actividad social.

La tesis aborda el término modernidad como una categoría que excede con largueza el publicitado cisma de décadas anteriores entre modernismo y postmodernismo. Así entendida, la modernidad involucra no sólo una posición estática o filosófica, sino mas bien una forma particular de concepción y experiencia del tiempo y el espacio (el quiebre de la noción temporal, del tiempo circular al tiempo lineal; la invención de la perspectiva y la creación de nuevos sistemas para medir un mundo expandido) y una serie de cambios en la organización social, cuyo inicio se puede datar en la sustitución en Europa del poder del castillo por el poder de la ciudad, la superación del feudalismo por el capitalismo.

Desde este punto de vista, se considerará el postmodernismo (o la postmodernidad) como una crítica de la modernidad desde adentro, no como una categoría que pueda desplazar a aquélla. La modernidad debe entonces ser pensada como una forma de consciencia continua (y vigente), una manera particular de comprender, experimentar y crear el mundo, cuyo modo de reproducción se basa en la idea de crisis como lógica histórica.

Marshall Berman (1992) define la modernidad como la experiencia histórica de un mundo en transformación constante¹ –lo cual denomina “modernización”-, y particularmente como la relación que mujeres y hombres modernos establecen con una situación de múltiples posibilidades, la conquista de nuevos territorios para el arte y la técnica, y la expansión de la individualidad y las libertades. Berman define el modernismo como la expresión de una subjetividad que se apropia de los procesos modernizadores y al mismo tiempo como una lógica cultural, abierta a lo nuevo pero también consciente de las experiencias del pasado.

1. BERMAN, Marshall. Why modernism still matters. En: LASH, Scott and Jonathan Friedman (1992). *Modernity and Identity*. Cambridge; Blackwell.

Sin embargo, es pertinente rescatar una definición de modernidad desde el punto de vista de la crítica hecha por sus detractores, quienes analizan la modernidad como una forma dominante de consciencia basada en estructuras teleológicas de pensamiento e intentos de representaciones totalizantes, lo que Jean-Francois Lyotard ha llamado meta relatos. En esta línea, se puede por ejemplo reconocer una genealogía de la política moderna desde la obra de Thomas Hobbes en el siglo XVII hasta el presente, donde los significados de conceptos tales como autoridad, ciudadanía, soberanía y una particular idea –y forma- del Estado permanecen hasta cierto punto incólumes hasta nuestros días.

Tal como lo ha descrito el filósofo italiano Paolo Virno (2001), el nacimiento del Estado moderno tiene sus bases en el pensamiento de Hobbes, específicamente en el sentido de la formación de esta entelequia abstracta como uno de los sujetos primordiales de la modernidad. La concepción hobbesiana presupone la cesión de la soberanía de los ciudadanos a favor del Estado (para Hobbes, representado en el monarca soberano), el cual a su vez monopoliza la decisión política. Para Virno, esta forma de lo político tiene implicancias radicales para el desarrollo del proyecto moderno: “antes que el Estado estaban los muchos, después del Estado emerge lo Uno, el pueblo, dotado de una voluntad única”².

La idea del pueblo como un colectivo de individuos e identidades cuya forma ha sido definida por la organización política llamada Estado –al mismo tiempo inherente y extraña a dichos sujetos-, caracteriza en una medida importante los resultados del espacio político de la modernidad. Ya sea en regímenes liberales, autoritarios o en proyectos revolucionarios, el Pueblo y el Estado también juegan un rol altamente relevante como manifestaciones del cuerpo en el espacio político; más adelante, este tema será desarrollado dentro de un capítulo mayor referente a las representaciones del cuerpo en el espacio público como elemento constituyente de diferentes formas de subjetividad.

Volviendo a las definiciones de Berman, sostendré que es posible caracterizar el espacio sin silueta –que me interesa describir como la actual tendencia dominante en la formación del espacio público- esencialmente como un proceso de modernización sin modernismo. Esta condición implica que el predominio de la modernización, vista como una dinámica imparable en función de aumentar la velocidad y eficiencia de la producción –en el sentido más amplio de la palabra-, ha subsumido la modernidad casi por completo y hasta cierto punto ha disuelto las condiciones de posibilidad para la emergencia y desarrollo de la subjetividad que Berman llama modernismo.

Espacio público y modernidad ilustrada

La concepción de los espacios públicos en la ciudad moderna ha estado por largo tiempo influenciada por un espíritu ilustrado, iluminista, que en términos generales instala un discurso “formativo” acerca del rol de dichos espacios en la ciudad y la sociedad, orientado a la adquisición de valores “cívicos”, funcionales al esquema cultural y régimen político dominantes.

2. VIRNO, Paolo (2001). Gramática de la multitud. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

En este sentido, se podría argumentar que los espacios públicos construidos no son sino una proyección de las condiciones de formación de la “esfera pública” en un contexto histórico y social determinado. Ahora bien, una de las tareas de esta investigación es precisamente averiguar hasta qué punto esta lógica cede su lugar a un proceso de producción dialéctico (o en palabras de Soja, “trialéctico”), donde el entorno construido, las representaciones y prácticas interactúan para dar forma a un espacio público específico. Pretendo analizar el espacio público urbano como condición y al mismo tiempo como producción de lo político, observando la producción material, las prácticas y las representaciones desde el punto de vista de un espacio agonístico, donde sujetos, paradigmas e imaginarios están en disputa, pero también en gestación, apareciendo y desapareciendo en la ciudad.

Durante los últimos veinte años, incontables conceptos han sido acuñados en el intento de diversos investigadores urbanos por reconocer y explicar la racionalidad, ética, estética y medios de reproducción de la modernización y urbanización características del capitalismo avanzado o tardío. Un rasgo común a todos estos conceptos es la referencia a figuras de representación impracticable, lo que he denominado para efectos de este estudio espacio sin silueta o el espacio de la modernización sin modernidad. La ciudad entendida como forma y realidad construida ha sido incluso desestimada como espacio público, ante la expansión de los medios de comunicación como lugar natural para lo que Jean-Marc Ferry (1989: 1998) ha llamado democracia de masas³, o bien debido al agotamiento de la referencia a formas urbanas y políticas como el agora, ejemplo vacío frente a las nuevas formas del espacio público político.

Sin embargo y paradójicamente, hoy nos enfrentamos a una demanda creciente por la expansión y ampliación del espacio público⁴, algo que para Seyla Benhabib (1992) constituye uno de los elementos centrales de la modernidad; movimientos locales y globales alrededor del mundo luchan en las ciudades para contrarrestar las formas y procedimientos siempre cambiantes de un capitalismo total e instantáneo. Si bien estos nuevos actores hacen constantes referencias a algunas imágenes y discursos propios de un espacio trascendente, sus prácticas y formas de organización no necesariamente pertenecen a dicha forma de espacio público. Se podría afirmar a priori que un rasgo fundamental del espacio sin silueta es la ausencia de un sujeto tan definido como lo fue el pueblo en la modernidad heroica; el rechazo a las formas de dicha modernidad, preeminente entre numerosos actores políticos nuevos, en el sentido de privilegiar lo múltiple, lo diverso, lo horizontal por sobre lo singular, lo monolítico y lo jerárquico, finalmente genera un escenario donde el elemento común es la falta de instrumentos y estrategias para dismantelar las apariencias del espacio sin silueta. Esto implica entre otras cosas eludir los dispositivos de control y vigilancia; distinguir los mecanismos del espectáculo; encontrar los límites entre espacios privados y públicos, así como aquellos entre trabajo, ocio y consumo; ser capaces de crear el lenguaje y formas de su propio tiempo; e integrar la diferencia y la alteridad como parte constituyente del espacio público político que tratan de construir.

3. FERRY, Jean-Marc (1998) et al. El nuevo espacio público. Gedisa: Barcelona.

4. BENHABIB, Seyla (1992). Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition and Jürgen Habermas. En: CALHOUN, Craig, ed. (1992). Habermas and the public sphere. The MIT Press, Cambridge.

Aparentemente y como de costumbre, sólo contamos con preguntas: ¿quiénes son los nuevos sujetos políticos en la ciudad contemporánea? ¿Cuál es su programa, su forma? ¿Dónde encontramos hoy los espacios centrales en la gestación de lo político? De todas formas, debemos formular estas preguntas con la mayor precisión posible, de modo de hallar pistas para una aproximación diferente al espacio público y lo político. Mi intención es construir el concepto de un espacio transitorio, un espacio público político no ilustrado ni disciplinario sino liberador, respetuoso de la diferencia; un espacio que por definición no responda a un proyecto anterior, rígido, sino que consistente y conscientemente se encuentra siempre en proceso de hacer; un espacio público no nostálgico ni utópico, sino que experiencial.

Espacio transitorio:

políticas contemporáneas del espacio público en Santiago

Mi interés en investigar las transformaciones del espacio público político en Santiago proviene de una experiencia personal de la historia: presenciar la emergencia de un sentimiento generalizado en parte importante de la sociedad chilena, respecto de la posibilidad de romper con la herencia de la dictadura y construir una democracia “verdadera”. Las protestas masivas contra el régimen militar antes del plebiscito de octubre de 1988 marcaron desde un punto de vista el punto más alto de un movimiento social que venía desarrollándose con una clara presencia pública desde 1983. Las protestas involucraron expresiones tan diversas como huelgas, protestas callejeras, acciones de arte y el desarrollo de una prensa alternativa, así como la aparición de nuevos sujetos políticos, tales como grupos culturales, medioambientales, movimientos de la diversidad sexual y los derechos humanos, además de la reorganización de sujetos modernos más “tradicionales” como los trabajadores y los estudiantes.

Recordando la cita hecha por Marshall Berman de la frase de Lionel Trilling acerca de las manifestaciones de 1968 en el campus de Columbia University, se podría decir que las protestas de 1988 en Santiago fueron una expresión de “modernismo en las calles”, vale decir, la manifestación de un espíritu revolucionario entre hombres y mujeres sintiéndose capaces de transformar una sociedad desde su base, capaces de “mirar a la historia en la cara y vivir con ello”.

Sin embargo, no mucho después de las primeras elecciones democráticas en 1990, el sentimiento común entre muchos era de desilusión y desconexión de lo político, debido a la aparente traición de las promesas de democracia y libertad por parte de la coalición opositora a la dictadura, ahora en el poder. Recientemente, un interesante documental⁵ ha mostrado cómo el proceso vivido por los jóvenes estudiantes secundarios involucrados en política durante la segunda mitad de los años '80, luego universitarios en los '90, llevó a muchos de ellos a un completo rechazo de la realpolitik practicada por las generaciones anteriores en el gobierno, lo que para algunos significó un retiro de lo político hacia la actividad cultural o el mero aislamiento, mientras que para otros supuso la opción sin salida de la violencia política.

5. Actores Secundarios (2004), dirigida por Pachi Bustos y Jorge Leiva.

Para comprender el espacio político del proceso llamado Transición chilena a la democracia, se puede hacer referencia a fenómenos como el descrito por Jürgen Habermas acerca de la disociación o vacío entre los mundos de la vida (la dimensión simbólica de la reproducción social, pero asimismo los imaginarios colectivos interactuando en una esfera pública) y los sistemas funcionales. Durante la década de los '90 en Chile, la creciente autonomía de la burocracia respecto a la política llevó incluso a la prensa a crear el término Partido Transversal para caracterizar el modo operativo de este aparato. Entre otras técnicas de gubernamentalidad desplegadas en el marco de la llamada democracia de los consensos, la coalición en el poder hizo uso extensivo de lo que aquí denomino la administración del trauma. Con este concepto intento resumir el uso político del miedo de la población a la violencia política y la crisis social, retratando éstas como amenazas permanentes, para aislar aquellas visiones políticas más radicales y promover una supuesta racionalidad objetiva como la fuerza motriz de la política, transformando en último término la búsqueda de libertad individual y derechos colectivos, así como la promesa de la alegría⁶, en un paisaje de apatía y aburrimiento.

Ya a fines del primer gobierno de la Concertación, la promesa moderna de extender los beneficios de la democracia para todos, bautizada en el caso chileno con el concepto de “la alegría ya viene”, comenzaba a verse seriamente cuestionada. El cuestionamiento o expresión de descontento no sólo se explicaba por el incumplimiento de las metas concretas prometidas, sino particularmente y como lo expresó en su momento la banda punk Fiskales Ad-Hok en la canción Borracho⁷ (Fiskales Ad-Hok, Batuta Records, 1993), por las formas que adoptó la política en el período post – 90: una forma de hacer política sin los politei, sin los ciudadanos.

Desde distintas perspectivas se puede considerar el año 1983 como un punto de inflexión en el desarrollo del espacio político durante la dictadura. Se trata de un momento donde confluyen, por una parte, un estado de rearticulación progresiva de los sujetos sociales en el marco de sus propias dinámicas, y por la otra un factor detonante para la protesta ciudadana como lo fue la crisis económica de 1982 – 1983 y la consecuente recesión que vivió el país en los años subsiguientes. Desde el punto de vista del espacio público, se trata de un momento de cambio importante respecto a la primera década de la dictadura militar. El período anterior (1973 – 1983) –también descrito como el período de “dictadura terrorista”– se caracterizó por la supresión de derechos civiles e instituciones democráticas (Congreso, partidos políticos y sindicatos), el despliegue de la violencia incontrolada por parte del Estado y la suspensión del espacio público, o mejor dicho su clausura en casi todas sus manifestaciones. Otros elementos de este período fueron la intervención de los espacios de deliberación y generación de conocimiento, el uso extensivo del toque de queda y la censura como recursos tácticos contra el rearme de los actores políticos

6. El lema de la campaña del “NO” en el plebiscito de 1988, contra la permanencia de Pinochet en la presidencia, era “Chile, la alegría ya viene”. El símbolo de la alianza entonces opositora, que hoy entera 18 años en el poder, era y sigue siendo el arco iris: se podría decir que los ideales épicos de esa campaña duraron tanto como el fenómeno natural.

7. “La otra noche te encontré borracho en la comisaría, un cigarrillo te pedí, pero el sargento me pateó. ¡Y! hablamos de lo mismo que hablamos el otro día, seguíamos tan tristes cuando llegó la alegría, agitación en la nación, civismo y policía, siempre te ofrecen nueva vida, pero todo sigue igual. (...) ¡Y! hablamos de lo mismo que hablamos el otro día, mentiras en televisión, mentiras en las noticias, políticos contando cuentos que yo no creía, te dieron nuevos caramelos, pero todo sigue igual.”

opositores, sin olvidar la política de exterminio sobre los cuerpos individuales y colectivos.

Se puede distinguir el nuevo espacio público que comienza a desarrollarse a partir de 1983 respecto del período anterior en tanto la domiciliación de lo político (caracterizada por la ocupación de espacios de escala y propósitos domésticos, lugares que cumplen funciones y cargan significados distintos al del tradicional espacio de lo político, pero que a partir de una situación de control total se transforman en pequeños ámbitos de libertad para la reunión, el debate y la articulación del tejido social) cede paso a un nuevo proceso de ensamblaje de actores políticos antiguos y nuevos, que observa la emergencia en lo público de nuevas formas de expresión y espacios para la reunión y la deliberación.

Los protagonistas de la recuperación y reconfiguración del espacio público político en Santiago pertenecen a un nuevo tipo de ciudadanía, construida sobre los fragmentos del proyecto moderno heroico diseminados por sus propias fallas y por la violencia de la dictadura, pero también sobre las identidades emergentes que exceden las categorías de los sujetos políticos “clásicos”, desde Hobbes a los marxistas; nuevos agentes operando desde las políticas de la privación⁸ a la sexualidad, de las subculturas juveniles a las nuevas consciencias globales y los nuevos – viejos alineamientos liberales – conservadores.

Desde este punto de vista, el nuevo espacio público político que se desarrolla en Santiago desde 1983 hasta al presente debiese ser analizado tanto desde categorías modernas como desde conceptos críticos, teniendo en cuenta las condiciones de crisis y continuidad presentes en estos procesos. Los rastros del proyecto moderno pueden ser encontrados en muchas representaciones producidas durante el período, que hacen referencias a conceptos tales como nación, vanguardia, progreso o emancipación; por otra parte, las prácticas políticas en muchos casos difieren de sus precedentes al punto de hacerlas ver anacrónicas o inútiles. El entorno construido a su vez se encuentra en un proceso de constante transformación, de una ciudad moderna inconclusa a una ciudad neoliberal incompleta (e ineficiente).

Intentaré dilucidar las lógicas de producción del espacio público político en Santiago durante los últimos 25 años a través del análisis de las formas en las cuales el espacio físico, los actores políticos y las representaciones interactúan para generar dicho espacio. Me interesa particularmente, además de describir y explicar las manifestaciones contemporáneas de lo que he llamado espacio sin silueta, poder construir el concepto de lo que intento describir como espacio transitorio.

En una primera aproximación, la idea de espacio transitorio supone una noción de espacio público y político no trascendente, una nueva condición de posibilidad de lo público y lo político en la ciudad, un campo donde categorías representacionales presuntamente fijas entran en juego constante, desmantelándose y rearmándose para generar nuevas estructuras narrativas y figurativas. Una condición donde los actores tienen plena consciencia de que sus

8. David Harvey ha desarrollado recientemente en conferencias el concepto de politics of dispossession.

prácticas concurren en un espacio en continua gestación, en el cual se producen asociaciones mutables y potencialmente efímeras, pero donde también operan teleologías que dotan de sentido a la acción.

En este sentido, se trata –como se planteó en un principio– de un enfoque distinto sobre la modernidad como forma de experiencia del mundo y el tiempo, opuesto al concepto de fin de la historia y en desacuerdo con la idea de la muerte de todo meta relato. En términos de la ciudad como realidad construida, el espacio transitorio en tanto espacio material contiene la potencia de generar un sentido de coherencia antes que de totalidad, la idea de un espacio compartido por los colectivos e individuos que participan de la política de la ciudad y de la construcción de lo público. En términos de lo político, el espacio transitorio de la ciudad se podría definir como un espacio público político que trasciende la comunidad y es anterior al Estado.

El espacio público de la ciudad entre la comunidad y el Estado

En varias reflexiones contemporáneas sobre el espacio público (Sennett 1998; Delgado 1999) es posible identificar una nueva idea acerca de la definición de lo urbano, donde la tradicional definición por oposición con lo rural –que explica lo urbano en términos espaciales y funcionales– cede paso a una noción no territorial. En este nuevo concepto, el énfasis está puesto sobre los elementos sociales y funcionales de lo urbano antes que en lo económico y geográfico.

Autores como Richard Sennett y Manuel Delgado, desde diferentes perspectivas y contextos, coincidentemente conciben lo urbano como opuesto a lo comunal, lo comunitario, entendiendo como rasgos distintivos de la comunidad la colectividad limitada de lo local y lo idéntico (a lo que se podría agregar una experiencia circular del tiempo). Por el contrario, la idea de lo urbano pareciera basarse en elementos como la diferencia, lo movilidad, el azar y las experiencias temporales de la simultaneidad y asincronía.

Sin embargo, estos dos pensadores difieren en importante medida en lo que se relaciona con la idea de la ciudad. Delgado anatematiza la ciudad como un medio de dominación política sobre lo que él concibe como vida urbana, vale decir, una estructura flexible de encuentros azarosos y efímeros con resultados tan inesperados como fructíferos y creativos; incluso llega al punto de desechar la idea de la ciudad como un todo⁹, por otra parte Sennett revisa la historia de la relación entre la ciudad y la política y concluye que una imagen o lugar común a toda la sociedad no sólo es necesario, sino que imprescindible en tanto condición de posibilidad de lo colectivo¹⁰.

Sennett analiza los movimientos y operaciones en pro de democracias descentralizadas como intentos por generar virtudes a partir de la fragmentación urbana; desde este punto de vista se podría considerar la arquitectura de los nuevos barrios como polo opuesto de la idea de la ciudad como un todo y los simbolismos de los grandes edificios de las áreas centrales (Sennett menciona Alexanderplatz en Berlín como un ejemplo de esto último). Su análisis, justamente, se basa en una visión general acerca de dos discursos principales y formas de relacionar ciudad y política: una es la idea del poder

9. DELGADO, Manuel (1999). *El animal público*. Anagrama, Barcelona.

10. SENNETT, Richard (1998). *Spaces of Democracy* (1998 Raoul Wallenberg Lecture). University of Michigan, College of Architecture and Urban Planning, Ann Arbor.

centralizado, representado en la democracia urbana y el concepto de Estado moderno desarrollado básicamente por Thomas Hobbes; la otra corresponde a la tradición del poder descentralizado o fragmentado, cuyos ejemplos se encuentran en distintas versiones y proyectos de democracia local y estarían basados fundamentalmente en el pensamiento liberal de Tocqueville y John Stuart Mill, entre otros.

Tomando en cuenta estas posturas, es posible preguntarse si la condición de lo político en la ciudad y el espacio público puede ser una condición transitoria entre la comunidad y el Estado: por una parte, lo comunal o comunitario quizás si el mejor ejemplo actual en la proliferación de los condominios cerrados como búsqueda de seguridad e identidad, los cuales hasta cierto punto niegan la posibilidad de un espacio común para la sociedad y la diversidad, por ende la existencia del espacio público. Por otra parte, el Estado se está reestructurando no sólo para reforzar su dominio sobre un territorio, sino para integrarse en redes y estructuras mayores donde lo nacional se vacía de contenido, excepto quizás para justificar acciones arbitrarias del mismo Estado.

En tal contexto, ¿Cuál debiese ser el rol de la ciudad y el espacio público como espacio político? Si el dominio de lo comunal implica la negación de la política y el Estado se representa a sí mismo como categoría inmanente, o bien como una burocracia abstracta que se reproduce desde la racionalidad de la pura administración, entonces pareciera que la ciudad como espacio público político tiene por delante al menos dos misiones fundamentales: generar las condiciones para la deliberación de aquellos diferentes entre sí (el diálogo de lo diverso opuesto a la letanía de lo idéntico) y proveer una idea de coherencia mediante su forma, la ciudad como un todo coherente. En este sentido, el espacio público es la condición última de posibilidad de lo político.

Siguiendo con la idea del espacio público como espacio común pero al mismo como espacio político por definición, se debe reflexionar sobre los atributos del espacio público, entendido como un “tener lugar” (Delgado, 1999) de la esfera pública, pero también como la forma que hace plausible dicha esfera pública. Las características de un espacio público político desde el punto de vista que pretendo construir se definen a partir de cuatro atributos básicos: deliberación (la condición agonística de lo público, que supone la posibilidad de la confrontación); decisión (el ejercicio democrático de la soberanía ciudadana); administración y en último término, pero no menos importante, imaginación, entendida en este caso como la capacidad de crear imágenes colectivas, dispositivos de cambio y generación de coherencia, que deben comparecer en lo público y ser discutidas como propuestas políticas.

La ciudad antes del Estado y contra el Estado

Es un hecho histórico y ampliamente conocido que las ciudades son más antiguas y anteriores al estado tal como lo conocemos hoy. El Estado moderno emergió en el siglo XVII en Europa como la forma de organización de una colectividad extendida denominada “nación” –un colectivo reunido bajo una identidad forjada por largos años de invasiones, resistencias, movimientos religiosos y

mixturas de razas y lenguas- y se expandió sobre amplios territorios, perdiendo su vínculo inicial con los límites de los asentamientos humanos.

En su ensayo breve *Spaces of Democracy*, Richard Sennett (1998) muestra cómo lo político ha estado históricamente relacionado con lugares y edificios, al punto que algunos espacios físicos se han convertido en representación de su respectivo régimen o entorno político. Sennett se enfoca en la democracia ateniense, pero también menciona otros ejemplos de “ciudades-estado” como las comunas medievales italianas (donde resalta la relación entre el lugar de la asamblea, el arengo, y la plaza) o las ciudades reformistas alemanas, con el ejemplo del espacio del consejo, el Rathaus.

Para describir la relación entre la ciudad y el Estado en la modernidad, es preciso decir que ésta ha sido difícil, marcada por el conflicto entre la voluntad de control del Estado y la voluntad de autonomía de la ciudad, independencia en la formulación de sus propias leyes y el manejo de sus propios recursos. Este tema ha sido discutido recientemente por intelectuales como Gerald Frug, quien ha destacado las limitadas facultades que la ley provee a las ciudades en el caso de Estados Unidos. Aunque la discusión principal ha estado centrada muchas veces en quién recibe los ingresos provenientes de impuestos¹¹, el permanente deseo de control del Estado sobre la ciudad ha redundado muchas veces en la falta de medios para enfrentar problemas urbanos.

En su libro *American Cities*, Neil Shumsky (1996) ha descrito la pugna entre la ciudad de Nueva York y el gobierno del estado en Albany, mostrando cómo muchas decisiones locales son en realidad tomadas en el nivel estatal, incluso las que tienen que ver con temas puramente urbanos, como el transporte público¹². En palabras de Shumsky, el elemento político también ha tenido una fuerte influencia en esta pugna, con la división característica entre la ciudad demócrata y el estado republicano, pero asimismo con la representación no proporcional de la ciudad de Nueva York en el senado estatal. La autonomía de la ciudad respecto al Estado es todavía un tema relevante, y si bien las estructuras del gobierno urbano no son temas de esta tesis, en el capítulo final de este trabajo de investigación se tratará el problema del gobierno de la ciudad desde el punto de vista de las formas del espacio público político.

En la época en que Shumsky escribe, el problema de la gobernanza de la ciudad ya ha surgido como un elemento clave en el mundo competitivo del capitalismo global: “hacia fines del siglo XX, las ciudades son gobernadas por un consorcio flexible, inestable, y no siempre amigable, de gobiernos locales, estatales y federales”. En tanto las ciudades han recuperado su rol en la generación de riqueza, son sujetos particularmente atractivos para la intervención del Estado, en palabras del propio Shumsky.

Gerald Frug también ha expresado una opinión crítica hacia los procesos de gobernanza y particularmente hacia las asociaciones público-privadas, estableciendo un punto muy interesante respecto a la legitimidad democrática

11. Este conflicto cobró protagonismo cuando la expansión suburbana y la desindustrialización de la posguerra comenzaron a empujar grandes cantidades de población fuera de las ciudades, redefiniendo áreas metropolitanas cuyas nuevas infraestructuras, como los malls regionales, ya no pertenecían a la jurisdicción de la ciudad ni se localizaban dentro de los límites de su territorio.

12. SHUMSKY, Neil (1996). *American Cities*. Garland Publications, New York.

de estos procedimientos en cuanto modelo¹³. Su crítica de la asociatividad público-privada es simple pero incisiva: Frug se pregunta si el sector privado posee condición de ciudadanía, y ante la evidencia de que las corporaciones no pertenecen a la ciudad, cuestiona la asociatividad público-privada como una forma no democrática de gobierno, pues las instituciones involucradas no comparecen en el espacio público para obtener legitimidad a través de la deliberación, y por tanto sus acciones están exentas de control ciudadano.

Intentaré analizar el espacio político de la ciudadanía contemporánea y la producción de ciudad desde un punto de vista que busca traspasar los límites de la comunidad y a la vez aterrizar y dar figura a las abstracciones de lo estatal, combinando los objetivos de diversidad y coherencia. Mi hipótesis es que es posible pensar y recuperar la ciudad como espacio público político, no como un estadio intermedio entre comunidad y Estado, sino como el espacio principal para la gestación de lo político, el lugar donde las transformaciones culturales, sociales, económicas, del paisaje y el entorno construido pueden ser discutidas políticamente, decididas y llevadas a cabo colectivamente, y finalmente desarrolladas como forma de ciudad. Pienso que esta discusión pertenece claramente al núcleo de la disciplina de la arquitectura, tanto en términos de cómo se define la silueta de las ciudades y sus espacios públicos, como en la manera en que los arquitectos y urbanistas se involucran en la gestación de lo político y la imaginación colectiva de futuros posibles.

Plan del presente trabajo

A continuación describiré brevemente la manera en cómo se desarrolla la tesis doctoral, tanto en términos de los criterios de análisis como del orden y sentido de los capítulos. Como ha sido expuesto más arriba, los propósitos de la investigación se pueden resumir en tres elementos fundamentales, a saber:

1. Analizar las transformaciones del espacio público entendido como espacio político, a la luz de la concepción de espacio público como creación moderna y el desarrollo de diversas críticas a la evolución de este concepto como proyecto de ciudad y práctica (o constitución) de ciudadanía. En este contexto, se discuten distintas nociones de espacio público, desde las posiciones modernas “canónicas” a las así llamadas críticas postmodernas.
2. Proponer una discusión sobre las condiciones de producción del espacio público político en la modernidad reciente, desde el punto de vista del desplazamiento entre los paradigmas de la representación y el acontecimiento, que a mi modo de ver es particularmente relevante en la aproximación de las disciplinas de la arquitectura y el urbanismo a la comprensión y concepción del espacio público. Esta relación problemática entre ciudad, representación y acontecimiento se verificará a partir de la revisión de una serie de categorías o problemas contemporáneos relativos a la producción de espacio público como espacio político, que sirven como un primer contexto operativo del marco teórico.

13. Gerald FRUG, talk at the Cities Programme of the London School of Economics, February 5th, 2008. Notas del autor.

3. Analizar las transformaciones en el espacio público de Santiago durante los últimos 25 años, a partir de la relación entre los cambios experimentados por los sujetos políticos y los cambios producidos en los espacios físicos para el caso específico de Santiago, tomando en cuenta la influencia de la revolución neoliberal de la dictadura y las distintas líneas de desarrollo de la política luego del retorno a la democracia.

En pocas palabras, la tesis se basa en una estructura narrativa que avanza desde la reflexión teórica más abstracta hacia el estudio de caso. En la primera parte, se busca construir un panorama de visiones respecto a la idea de espacio público como espacio político, sus diferentes manifestaciones y lógicas de análisis. En este contexto se desarrollan temas como las definiciones canónicas del espacio público en la modernidad, las condiciones de lo transitorio y lo agonístico en la esfera pública y la definición de los espacios contemporáneos, las configuraciones de los sujetos principales en la construcción del espacio político de la modernidad y las transformaciones que aquéllos han experimentado en tiempos recientes, de la mano con procesos globales de cambio cultural y económico. Asimismo, se revisan algunos aportes claves para la comprensión de la crisis de los paradigmas modernos y la aparición de nuevos conceptos que dan forma al espacio público político actual.

El enfoque de esta tesis se centra sobre las maneras en que interactúan los sujetos políticos, las representaciones de lo político (imágenes y discursos) y la arquitectura de la ciudad para producir una particular manifestación de espacio público. Desde esta perspectiva, me interesa poner en discusión algunos fenómenos que a mi juicio contribuyen a configurar el tránsito desde el espacio trascendente de la modernidad heroica (que en muchos aspectos puede coincidir con la modernidad industrial) hacia el espacio sin silueta de la modernidad tardía o post-industrial.

Los elementos principales que me interesa indagar son dos. Por una parte, las transformaciones de los sujetos políticos entendidas desde su conceptualización como formas de un cuerpo colectivo, vale decir, desde la intersección de prácticas y representaciones (imágenes, discursos) que caracteriza las manifestaciones de estos sujetos en lo público y luego la propia constitución del espacio público en un contexto dado. Por otra parte, investigar cómo van cambiando las maneras en que la ciudad se vuelve la forma de su política, los modos en que la arquitectura de la ciudad sirve de vehículo ideológico y particularmente de teatro del poder, para exponer las estructuras representacionales y normativas que subyacen a los diferentes proyectos políticos tanto democráticos como autoritarios o revolucionarios, liberales o vanguardistas.

En este contexto, abordaré una descripción de las diversas formas que caracterizan a los sujetos políticos modernos (y postmodernos) poniendo luego la mirada en un fenómeno preciso: la crisis de los sujetos protagónicos de la modernidad, expresada en la disolución de los “cuerpos colectivos” y la emergencia de una nueva politicidad asentada en el cuerpo singular como último reducto, donde se expresan tanto la violencia estatal como las estrategias confrontacionales de los individuos.

Posteriormente, intentaré analizar las relaciones entre política y forma urbana mediante el estudio de algunos casos seleccionados que ilustran dos líneas programáticas respecto a ciudad y proyecto político, estableciendo distancia tanto de una sospecha determinista como de un facilismo naturalista. Estos dos temas servirán de soporte para el análisis de las categorías que he propuesto, en primer lugar el espacio trascendente, luego el actual y dominante espacio sin silueta expresado en tres vertientes distintas, para finalmente elaborar sobre los rasgos característicos de un potencial espacio transitorio.

El capítulo final tiene un carácter más cercano al estudio de caso, en el sentido que la referencia a ejemplos concretos es constante; ahora bien, el enfoque supone una estructura temática que en algunos aspectos es tipológica (la plaza, el parque) y en otros adquiere una condición hasta cierto punto escalar (el cuerpo, el domicilio, la ciudad), donde los distintos lugares de la ciudad practicados o representados como espacios públicos políticos se van insertando, lo que implica que en lugar de analizar casos específicos de espacios públicos en un sentido de evolución histórica, como artefactos urbanos, se discuten dimensiones problemáticas del espacio público político donde los ejemplos pueden ser observados desde más de un punto de vista.

La construcción del concepto de espacio transitorio en gran medida corresponde a la búsqueda por coordenadas de referencia, un lugar desde donde articular miradas y ser capaz de actuar sobre la realidad sin perder la relación –no la distancia- crítica con ella; la necesidad de apoyar nuevas formas de producción del espacio público desde la investigación y la labor académica en general es ineludible, así como lo es el imperativo de enfrentar los problemas de la ciudad desde la arquitectura y el urbanismo más allá de lo meramente técnico o el conocimiento especializado, con un involucramiento mayor en la deliberación, planificación, gestión y fundamentalmente en la imaginación de nuevas ciudades más justas, abiertas y libres para todos sus habitantes.

Supuestos metodológicos y epistemológicos

Como el título de la investigación plantea, al analizar la ciudad como espacio político distinguimos tres elementos que en conjunto configurarían el espacio público político: las condiciones de su producción como espacio material, concreto; las prácticas de los actores o agentes políticos; y las representaciones tanto de lo político como de la ciudad y el espacio público.

Al hablar del concepto de producción del espacio, la referencia a Henri Lefebvre es inevitable. Quizás si el sentido más importante (tal vez la mirada más sencilla) e interesante para esta investigación de toda la conceptualización de Lefebvre, es el poner en evidencia el simple hecho de que la producción del espacio involucra agencia humana, colectiva. En un contexto donde abundan las explicaciones naturalistas y/o neoclásicas sobre los fenómenos urbanos, el establecer que el espacio es producido socialmente implica una definición de límites radical y clara.

Para Lefebvre, resulta primordial especificar qué se quiere decir cuando se habla de producción y específicamente de producción del espacio: “Producción, producto, trabajo: estos tres conceptos, los cuales emergen simultáneamente y echan los cimientos para la economía política, son abstracciones con un estatus especial, abstracciones concretas que hacen posible las relaciones de producción. En lo que concierne al concepto de producción, no se hace totalmente concreto ni adquiere un contenido verdadero hasta que se hayan respondido las preguntas que el concepto hace posible: ¿Quién produce?, ¿Qué?, ¿Cómo?, ¿Por qué y para quién? Fuera del contexto de estas preguntas y sus respuestas, el concepto de producción permanece puramente abstracto”¹⁴. Según el filósofo francés, el uso indiscriminado del concepto en términos de producción de conocimiento, de ideologías, imágenes, discursos, lenguaje, signos y símbolos, por nombrar algunos, ha hecho que pierda prácticamente toda definición. Lefebvre recuerda que la producción en el sentido marxista del concepto trasciende la tradicional oposición entre sujeto y objeto, junto con todas las relaciones basadas en este par binario: ¿Cómo –se pregunta- se puede entonces definir la racionalidad inmanente a la producción? En primer lugar, “por el simple hecho que dicha racionalidad organiza una secuencia de acciones con un cierto objetivo. Impone un orden espacial y temporal sobre operaciones relacionadas cuyos resultados son coadyuvantes. (...) Se movilizan elementos espaciales –el cuerpo, los miembros, los ojos- incluyendo tanto materiales (piedra, madera, hueso, cuero, etc.) como matériel (herramientas, armas, lenguaje, instrucciones y agendas)”¹⁵. Lefebvre dirá que la actividad productiva se define menos por factores constantes e invariables que por el incesante ir y venir entre temporalidad y espacialidad; no se puede separar de la orientación a una meta, por ende de la funcionalidad, ni de la estructura movilizadora, que comprende saberes y prácticas.

14. LEFEBVRE, Henri (1991). *The production of space*. Blackwell, Oxford, p. 69.

15. LEFEBVRE, Henri (1991). *Op. cit.*, p.72.

Ahora bien, dice Lefebvre, el espacio (social) no es una cosa entre las cosas, ni un producto entre otros productos: “antes, el espacio subsume las cosas producidas y abarca sus interrelaciones en su coexistencia y simultaneidad – su (relativo) orden y/o desorden (relativo). Es el resultado de una secuencia y un conjunto de operaciones, y por ende no puede ser reducido al rango de un simple objeto. Al mismo tiempo, no hay nada de imaginario, irreal o ideal en el espacio si se le compara, por ejemplo, con la ciencia, las representaciones, ideas o sueños. Siendo en sí mismo el resultado de acciones pasadas, el espacio social es lo que permite que ocurran acciones nuevas, sugiriendo algunas y prohibiendo otras”¹⁶. Este último concepto, el del espacio social urbano como escenario normativo, es de enorme interés para esta investigación y se complementa luego en el texto de Lefebvre cuando al autor se refiere a Venecia como un lugar donde se interrelacionan la vida cotidiana (prácticas espaciales), las representaciones del espacio y los espacios representacionales en un contexto de genuina y sofisticada teatralidad. Sobre este último concepto volveré más adelante.

Es difícil no relacionar a primera vista la estructura analítica de la tesis (espacio construido, prácticas, representaciones) con la tríada propuesta por Lefebvre en *La production de l'espace* (1974) e incluso con la adaptación hecha por Edward Soja en *Thirdspace* (1996), sin embargo hay matices importantes que pretendo exponer a continuación.

La tríada de Henri Lefebvre (que según Soja, el propio filósofo denominaba *dialectique de triplicité*) se compone de los siguientes conceptos: prácticas espaciales, representaciones del espacio y espacios representacionales. Lefebvre define las prácticas espaciales como “una estrecha asociación, dentro del espacio percibido, entre la realidad diaria (la rutina) y la realidad urbana (las rutas y redes que vinculan los lugares aparte del trabajo, la vida “privada” y el ocio). Esta asociación es paradójica, puesto que incluye las más extrema separación entre los lugares que relaciona. (...) Se podría entonces definir la práctica espacial “moderna” –para tomar un caso extremo pero significativo- a partir de la vida diaria de un residente en un proyecto de vivienda en altura subsidiada por el estado”¹⁷. La práctica espacial de una sociedad, dice Lefebvre, “se revela mediante el desciframiento de su espacio”. Las representaciones del espacio, por otra parte, corresponden al espacio conceptualizado por los especialistas (planificadores, arquitectos, urbanistas, científicos, etc.) y en palabras de Lefebvre “es el espacio dominante en cualquier sociedad (o modo de producción)”; asimismo, están ligadas a las relaciones de producción y al “orden” que dichas relaciones imponen. Finalmente, los espacios representacionales remiten al “espacio como directamente vivido a través de sus imágenes y símbolos asociados, por lo tanto el espacio de los “habitantes” y “usuarios” (...) Este es el espacio dominado –y por ende experimentado en forma pasiva- que la imaginación busca cambiar y apropiar”.

En el contexto de la tesis, estas categorías se modifican sutilmente, siguiendo un segundo marco de análisis que refiere al desplazamiento entre los paradigmas de la representación y el acontecimiento como elementos estructurantes de una condición de producción de espacio público político. En este sentido, las

16. LEFEBVRE, Henri (1991). Op. cit, pp.73.

17. LEFEBVRE, Henri (1991). Op. cit, pp.38.

prácticas involucran tanto la experiencia cotidiana como la vivencia excepcional asociada a eventos políticos; las representaciones también incorporan –como una referencia central– los trabajos de arte con respecto a la ciudad y lo político, en tanto en ellos se expresan, ya sea como registro o como proyecto, las transformaciones ideológicas, programáticas y de relación entre los sujetos y la ciudad. En el caso de los espacios representacionales, el énfasis se pone en el cambio de rol desde el espacio formativo de la modernidad heroica, el espacio trascendente y su figura como continente de lo político, a la aparente desaparición de dicho rol en el actual espacio sin silueta, pensando en la frase de Rossi hecha pregunta: ¿son las ciudades la forma de su política?

La manera que he elegido para poder dar cuenta de los desplazamientos entre representación y acontecimiento es el observar la diferencia entre teatralidad y espectacularidad como condiciones de producción de lo político en la ciudad, en el sentido del potencial del espacio público construido como escena de lo político y la eventual disolución de esa escena en favor de una noción deslocalizada, instantánea y total de ciudad espectacular. No se trata de caer en la oposición maniquea de la plaza versus los medios, sino de analizar cómo se va transformando la relación entre la ciudad construida, los actores o sujetos políticos y qué representaciones operan en este contexto, ya sea como anterioridad o como resultado. En síntesis, el propósito es observar tres procesos fundamentales en esta estructura de tríada entre producción, prácticas y representaciones: de qué manera la forma urbana, la arquitectura de la ciudad, supone una condición de posibilidad para lo político; cómo la ciudad es transformada por lo político y cómo las representaciones (imágenes, discursos) nos ayudan a comprender las mentalidades en juego, las posiciones en conflicto respecto a la relación entre ciudad, poder y proyecto de sociedad.

En lo que concierne al rol de la arquitectura en la construcción de la ciudad como escena o espectáculo, el enfoque intenta ir más allá de los objetos, tradicionalmente teorizados como vehículos de significado social en la condición de monumento, como lo atestigua el enfoque de Boullée: “(la arquitectura) doma nuestros sentidos por medio de las impresiones que comunica. Por medio de los monumentos útiles nos ofrece la imagen del bienestar; por medio de los monumentos agradables nos presenta los goces de la vida; nos embriaga de gloria mediante los monumentos que a ella dedica; influye en la moralidad del ser humano por medio de los monumentos funerarios y, en aquellos que consagra a la piedad, lleva nuestra alma a la contemplación del Creador”¹⁸. Similar aproximación “objetual” podemos encontrar en Lefebvre, si bien el filósofo abarca las distintas escalas del problema urbano: “Se puede decir que el espacio abarca una multitud de intersecciones, cada una con su localización asignada. Respecto a las representaciones de las relaciones de producción, las cuales subsumen las relaciones de poder, aquéllas también ocurren en el espacio: el espacio las contiene bajo la forma de edificios, monumentos y obras de arte”. El objetivo de la investigación a este respecto será ampliar la mirada hacia la forma de la ciudad y de sus espacios interiores en una escala mayor y

18 BOULLÉE, Etienne-Louis (1985). Consideraciones sobre la importancia y la utilidad de la arquitectura, seguidas de intenciones tendientes al progreso de las Bellas Artes. En *Arquitectura. Ensayo sobre el arte*. Introducción de Carlos Sambricio. Gustavo Gili, Barcelona. La cita comienza así: “La arquitectura es un arte por el cual son satisfechas las necesidades más importantes de la sociedad. Todos los monumentos que hay sobre la tierra y que son propios a los establecimientos humanos han sido creados por medio de este arte benefactor”.

un enfoque radicalmente distinto al del monumento, donde se persigue abrir el concepto de arquitectura (la construcción de la ciudad en el tiempo, dirá Rossi; las formas diversas de situarse en el tiempo y el espacio para construir instancias que problematicen el sentido de la ciudad, diremos nosotros) hacia otras formas de construir el espacio público político, como por ejemplo, las operaciones artísticas que utilizan el espacio público como soporte, referencia o justamente, escena.

El tema de la teatralidad del espacio público político, la condición de la ciudad como teatro de lo político, sugerida por Rossi, ha sido tratado más profundamente por Oliver Marchart (2004)¹⁹. Marchart plantea su observación a partir del rol del espacio del teatro en contextos de revoluciones políticas, de su copamiento por el discurso y debate político durante el proceso o secuencia de acontecimientos, y posteriormente de su reaparición con el objeto de re-esценificar el contenido o significado del proceso revolucionario. Sus planteamientos centrales son dos: en primer lugar, que a la base de toda definición de espacio político, hay una exclusión fundacional, el trazado de una línea, el dibujo de una figura, que invariablemente deja elementos y actores fuera de tal espacio; y en segundo lugar que esta exclusión –o antagonismo, como la llama Marchart siguiendo a Laclau y Mouffe- o más bien dicho, lo político en sí, pese a ser irrepresentable como tal, a que escapa a la representación, requiere ser representado para volverse visible: “el principal punto que subyace a mi argumento será que mientras lo político como tal no puede ser escenificado, esto es, el evento fundacional del antagonismo escapa a la representación, de todas formas debe ser escenificado para lograr la posibilidad de ser visible. En otras palabras, cada escenificación de lo político es tardía, siempre es una representación a posteriori de algo que ya ha ocurrido (o bien que puede volver a ocurrir en algún momento, quién sabe)”²⁰.

Marchart sugiere acertadamente que históricamente los procesos de cambio y revoluciones –expresión privilegiada de lo político en la modernidad heroica- han sido experimentados y/o descritos a partir de la estética de lo sublime, lo cual confirmaría la irrepresentabilidad de lo político entendido como puro acontecimiento: “Todas estas metáforas -terremoto, tormenta, utilizadas para describir fenómenos de cambio político- pertenecen al discurso de lo sublime, porque indican desde dentro del campo de la representación (vale decir desde dentro del discurso) un acontecimiento que irrumpe y disloca el propio campo de la representación, un acontecimiento cuyo origen no está a nuestra disposición y que, en este sentido, se ubica más allá de la representación”²¹.

Se produce aquí un curioso punto de unión entre las “categorías” que la tesis define como espacio trascendente y espacio sin silueta: la referencia a imágenes irrepresentables o impracticables. La distinción radica en que en el caso del espacio trascendente, las analogías remiten al campo de lo sublime, lo que está más allá de toda figura, mientras que en el caso del espacio sin silueta, predomina una noción de espacio que podríamos llamar banal, donde las figuras sencillamente se han disuelto en la extensión territorial indiferenciada de las redes. Lo curioso reside en cómo ambas categorías se hermanan en una

19. MARCHART, Oliver (2004). Staging the Political: (Counter-) Publics and the Theatricality of Acting. En: http://www.republicart.net/disc/publicum/marcharto3_en.htm

20. MARCHART, Oliver, Op. cit.

21. MARCHART, Oliver, Op. cit.

operación de naturalización del espacio; particularmente llamativo resulta en el caso de la modernidad heroica, en el que los sujetos se constituyen a partir de una supuesta conciencia de su rol histórico en la producción del espacio.

En el espacio sin silueta, la ciudad deja de ser teatro de lo político y se convierte en un vago índice de localización del espectáculo que domina el planeta, cuyo “protagonista” habita fundamentalmente en el aburrimiento. Sergio Rojas (2005) establece que “el aburrimiento, el hastío (como una especie de experiencia negativa de la totalidad) es un sentimiento que cruza subterráneamente la existencia del individuo en la época postmoderna del capitalismo. Consiste en el sentimiento de estar fuera de “la historia”, cuando el papel del individuo parece insignificante”²². El individuo hoy, dice Rojas, es el espectador, quien consciente de su habitar “en regiones que se consolidan precariamente fuera del devenir histórico”, añora el acontecimiento como posibilidad de retorno de la historia.

El esquema de análisis de la tesis se moverá entre los conceptos de representación y acontecimiento como par aunque indisoluble, distinguible en términos de su centralidad o condición matricial en la configuración de espacio público político ya sea a partir de las iniciativas sobre lo construido, las prácticas de los sujetos urbanos o las representaciones que estos actores –institucionales, marginales, ideológicos- construyen como anterioridad o registro crítico de su accionar en el espacio urbano.

En términos prácticos y aunque pueda resultar una elección obvia, el trabajo de investigación cifra su mayor atención en las representaciones (imágenes, discursos) sobre la ciudad, el espacio público y lo político, como antecedente para un ejercicio crítico que busca exponer las ideas, paradigmas, referentes y proyectos en juego en la producción del espacio público político. Haciéndome cargo de la innegable proximidad de la disciplina de la arquitectura con el ámbito de las representaciones, me interesa entender de qué manera el acontecimiento irrumpe y trastoca los espacios representacionales y al hacerlo tensiona los límites de la disciplina; especial atención suscita el fenómeno descrito por Marchart, donde el acontecimiento necesita ser reproducido por la representación para poder “existir”. A la base de este énfasis en las representaciones está la sospecha respecto a que en muchos casos, la noción que tenemos del espacio público en otro tiempo se basa en mitos, ficciones que adquieren sentido como memoria colectiva. Mi objetivo es dismantelar tal naturalización.

22. ROJAS, Sergio (2005). Pensar el acontecimiento. Variaciones sobre la emergencia. Colección TEORÍA, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile.

Nociones de espacio público

Si bien a lo largo de la historia de la humanidad en las ciudades siempre han existido espacios de manifestación de lo colectivo, ya sea espacios rituales, de comercio o simple tránsito, representados y concebidos en términos generales a partir de la oposición espacio interior – espacio exterior, o bien entre figura y fondo como en el célebre plano de Giambattista Nolli (1748), e incluso espacios de representación y decisión política en un nivel que podríamos llamar superior dentro de los antecedentes del espacio público moderno, como es el caso del espacio del ágora, el pnyx y la ekklesia atenienses, el concepto de espacio público que pretendemos desarrollar sólo aparece como categoría junto con la modernidad. Por espacio público entenderemos a modo de punto de partida la relación dialéctica e indisoluble entre ciudad construida, prácticas y estructuras sociales, y representaciones a priori y posteriori que concurren en su producción y reproducción. Una lectura posible del espacio público es la que observa la ocupación del espacio construido de la ciudad por parte de sujetos o colectivos en disputa, cuyas prácticas se construyen en la interacción de distintas ideas, mentalidades, paradigmas e imaginarios y se materializan en la ciudad concreta, modificándola y significándola y siendo modificados y significados por el espacio urbano. En otro ámbito, por modernidad entenderemos aquí un proceso histórico cambiante y dinámico, que entre sus rasgos más básicos presenta el surgimiento de una noción de tiempo lineal, donde los hombres y mujeres comienzan a pensar su trascendencia dentro de los márgenes de la existencia presente y tienen la potencia de transformar el mundo desde una posición autónoma, un mundo que son capaces de conocer, de mensurar, de representar y proyectar.

El propósito de este capítulo es construir un panorama de diferentes lecturas y escuelas que piensan y buscan definir el espacio público, analizarlo, emitir juicios de sentido y en algunos casos, operar sobre él de manera concreta. Hasta ahora, cualquier revisión de este tipo necesariamente ha resultado en dos grandes vertientes: una perteneciente a la filosofía y la ciencia política, que explora las características de lo que se ha dado en llamar la “esfera pública”, los grandes discursos que concurren sobre lo público, la democracia y las estructuras políticas de las sociedades; y por otro lado, una línea relacionada con lo que podríamos llamar el espacio concreto, la ciudad construida y las prácticas de lo cotidiano y lo contingente insertas en ella, que es abordada en términos generales desde la arquitectura, el urbanismo, la sociología y la antropología. Intentaremos articular estos distintos enunciados en un todo coherente, que exponga diferentes modos de aproximación al concepto de espacio público, para luego analizar desde un sesgo quizá más disciplinar los caracteres que determinan lo que aquí hemos llamado la politicidad de lo urbano y la urbanidad de lo político, y finalmente esbozar una definición operativa de espacio público político que nos sirva de marco de análisis para acercarnos a las transformaciones de este espacio en Santiago durante los últimos 25 años.

El espacio público desde la racionalidad moderna:

Arendt, Ackerman, Habermas, Benhabib

La noción de espacio público, como hemos visto, se puede considerar como una creación moderna, tanto en términos de los paradigmas que comparten los diferentes autores que han intentado definiciones, como en la situación histórica en que éstos disponen el nacimiento de la esfera pública. El elemento que predomina en las lecturas “clásicas” es la mirada desde la racionalidad, ya sea pragmática o discursiva.

Quizás si la definición más difundida provenga de Jürgen Habermas, quien concibe el espacio público como la esfera intermediaria entre la sociedad civil y el Estado, que se constituye históricamente en la época de la Ilustración. El espacio público es el lugar, accesible a todos los ciudadanos, donde un público o colectivo se junta y construye –en un intercambio de enunciados sobre un problema común, formulados y comunicados racionalmente– una opinión pública. Para Habermas, la publicidad (entendida en el sentido de esfera pública) supone la constitución de una situación de autonomía respecto del poder y una estructura que permite a los ciudadanos ejercer un contrapoder frente al Estado.

Seyla Benhabib (1992) define el planteamiento de Habermas como “espacio público discursivo” y lo pone en discusión con otros dos “modelos” de espacio público, entendido desde la política y la racionalidad moderna: el modelo “agonístico” de Hannah Arendt y el modelo liberal, sintetizado en el “diálogo público” de Bruce Ackerman²³.

El modelo agonístico de Arendt correspondería a su visión o evaluación pesimista del espacio público –que Benhabib califica de “antimoderna”–, expresada en lo que denomina “el ascenso de lo social”, vale decir, el proceso donde los sistemas económicos –radicados en lo domiciliario, el oikos– se emancipan y copan lo político, desnaturalizando el espacio público –la polis–, en tanto los individuos ya no actúan²⁴, sino que sólo se comportan o producen, ya sea como fabricantes, consumidores o habitantes.

El espacio agonístico de la polis –que es posible en tanto excluye todo aquello que compone la zoé o formas de vida “naturales”, esto es, mujeres, niños, trabajadores y extranjeros entre otros, para sustentarse en la bios o vida política de aquellos cuyo tiempo se dedica a pensar los problemas comunes– corresponde a un modelo sustancial y se materializa como el lugar donde se obtiene el reconocimiento de los pares, pero en un sentido heroico, de trascendencia frente a lo fútil de la vida cotidiana, gracias al mérito de la capacidad discursiva. Para Hannah Arendt, cuando la zoé entra en la bios, el espacio público entra en una fase de declive.

Sin embargo, Benhabib encuentra en Arendt otra formulación más interesante y más correspondiente con el espacio público moderno, que es la noción de espacio asociativo o “asociacional”: éste emerge en todo tiempo y lugar donde

23. BENHABIB, Seyla (1992). *Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas*. En: CALHOUN, Craig (editor) (1992). *Habermas and the public sphere*. The MIT Press, Cambridge.

24. Para Arendt, existe una diferencia radical entre la acción política y otras acciones como el trabajo (labour) y las obras (work).

los hombres “actúan colectivamente en acuerdo”, transformando mediante su acción política cualquier lugar en espacio público. De esto se sigue que los espacios urbanos determinados a priori como públicos (la municipalidad, la plaza) no lo son necesariamente. El espacio público se constituye como un espacio del poder, de la acción coordinada a través del discurso y la persuasión. Este espacio sería más representativo de la modernidad según Benhabib en tanto se encuentra en constante ampliación, fundamentalmente debido a la indefinición entre lo social y lo político. Se trataría en este caso de un modelo procedimental, donde es menos importante aquello que se supone es el discurso público que la manera en la que este discurso tiene lugar.

El modelo liberal es enunciado por Bruce Ackerman como un “diálogo público” que se basa en el problema o principio de legitimidad, donde la autoridad debe ser demostrada en una conversación mediante argumentos. Ackerman entiende el liberalismo como una cultura política del diálogo público basado en ciertos tipos de restricciones conversacionales, como por ejemplo la neutralidad dialógica. Ésta supone dos principios: el primero, reflejo de una ética básica, exige dejar fuera del diálogo juicios subjetivos de bien y mal respecto a los juicios y sus emisores. El segundo, de carácter más complejo, propone lo siguiente: frente a un desacuerdo de índole moral, lo que corresponde no es buscar valores comunes, traducir el conflicto a un supuesto marco neutral o situar la resolución del problema fuera del diálogo, sino simplemente no decir nada al respecto y remitir los valores morales al ámbito de lo privado, fuera de la agenda conversacional del Estado liberal. De esta forma, se puede usar el diálogo para propósitos pragmáticamente productivos, identificar premisas normativas que todos los actores consideren razonables. Este último punto es fundamental para la lógica del liberalismo, pues la razón se entiende como depositaria de la posibilidad del orden público; Ackerman dirá “cómo grupos de distintos valores pueden resolver el problema de la coexistencia mutua de una manera razonable”.

Benhabib critica este modelo como ineficaz para el análisis de las condiciones del espacio público contemporáneo, puesto que deja abiertas varias preguntas: ¿Dónde se zanja el límite entre esfera pública y privada para definir el ámbito de pertinencia de ciertos valores? ¿Cómo se realiza el reconocimiento del otro en este esquema dialógico? ¿Cómo obtienen legitimidad para acceder al diálogo los grupos marginales?

Para Seyla Benhabib, el modelo liberal es demasiado rígido, básicamente porque entiende las relaciones políticas en lo fundamental como relaciones jurídicas. En este sentido, supone un cuadro fijo de lo bueno, lo justo, lo legal, lo moral, público y privado, límites que en el mundo moderno están siendo constantemente redefinidos por la acción de los sujetos políticos, particularmente aquellos que intentan introducir nuevos temas en el debate público.

Para la autora, estos límites son potencialmente disueltos del todo en el modelo discursivo de Habermas. Más allá de las aperturas que supone el desarrollo de la individualidad en la modernidad y su relación con los ámbitos de la sociedad, la

personalidad y la cultura, la centralidad en el proyecto moderno de la emergencia de una esfera pública autónoma de razonamiento y discusión política o el asentamiento de la ética del discurso y la reciprocidad igualitaria como terrenos fértiles para la pluralidad democrática, Benhabib señala como puntos críticos del modelo habermasiano la ampliación de la noción de participación política a una actividad propia de las esferas cultural y social y particularmente el modo procedimental en el que el diálogo se torna “discurso práctico”. Si este concepto supone la generación consensual de normas generales de acción entre sujetos con igual derecho de opinión cuyos discursos tienen validez en un contexto específico, las posibilidades de cambio y multiplicación de los dominios de lo público vuelven impracticables distinciones que el propio Habermas hereda a juicio de Benhabib de la tradición liberal, como la frontera entre intereses públicos y necesidades privadas, en tanto el espacio público se encuentra en constante ampliación.

Por otra parte, Chantal Mouffe esboza una crítica bastante radical tanto a Habermas como a Hannah Arendt. La politóloga belga critica la noción habermasiana de la esfera pública como el ámbito donde tiene lugar la deliberación que apunta a un consenso racional. Específicamente, la crítica va dirigida a la imposibilidad de tal escena, inclusive pensada como situación ideal de comunicación o “idea reguladora”. De acuerdo con el planteamiento de Mouffe, los impedimentos a la situación ideal de habla de Habermas no son empíricos sino ontológicos, en tanto su concepto de esfera pública requiere la disponibilidad de un consenso sin exclusión –de un nosotros sin un ellos– lo que según la autora escapa a la realidad del espacio político, siempre en disputa y teatro de antagonismos.

Por otra parte, Mouffe reformula en un sentido diferente el concepto de espacio público agonístico originalmente planteado por Hannah Arendt. La distinción se basa en que según la pensadora belga existiría un problema radical en la comprensión arendtiana de agonismo, y es que se trata de un “agonismo sin antagonismo”. Arendt pone gran énfasis en la pluralidad humana e insiste que la política trata con la comunidad y reciprocidad de seres humanos diferentes²⁵, mas nunca reconoce que esta pluralidad está en el origen de los conflictos.

Si bien Mouffe reconoce y destaca las diferencias entre Arendt y Habermas, plantea que al final del día ambos adscriben a una matriz consensual. Aunque el consenso para Arendt se obtiene a partir del intercambio de voces y opiniones (doxa) en un juego de persuasión, en lugar de la comparecencia mediante un discurso racional basado en pruebas irrefutables de Habermas, la búsqueda de un acuerdo intersubjetivo como ideal único, omitiendo la naturaleza hegemónica de todo consenso y la imposibilidad de erradicar el antagonismo, hace que Mouffe cualifique las aproximaciones de ambos como impracticables.

Transitoriedad de lo urbano

El concepto de lo transitorio puede ser visto desde dos prismas diferentes y complementarios para los propósitos de esta investigación: uno de ellos es el prisma de lo veloz, de la transitoriedad entendida dentro de los procesos de la

25. En la propuesta arendtiana, pensar políticamente es desarrollar la habilidad de ver las cosas desde una multiplicidad de perspectivas.

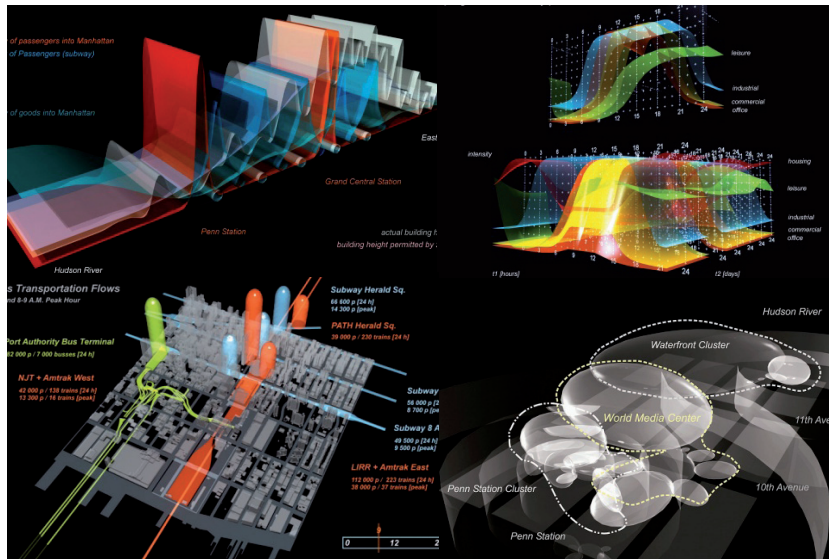
modernización; el otro, distinguible a partir de un matiz que será expuesto en lo sucesivo, es el prisma de lo efímero, asociado a nuevas formas de sociabilidad y colectividad en la práctica de lo urbano.

Marshall Berman (1992) caracteriza la modernidad desde una visión optimista como la experiencia histórica de un mundo en permanente transformación –lo que denomina modernización–, y particularmente como la relación que los hombres y mujeres modernos establecen con este escenario de apertura de posibilidades, conquista de nuevos territorios para el arte y la técnica, expansión de las individualidades y libertades; Berman llama en este contexto modernismo a la expresión de una subjetividad que se apropia de los procesos modernizadores y al mismo tiempo una lógica cultural que se abre a lo nuevo conservando la experiencia de lo previo.

Si bien el filósofo estadounidense celebra la dinámica de la modernidad, resumida en la célebre frase de Marx “todo lo sólido se desvanece en el aire”, pareciera que la propia vorágine modernizadora atenta contra la dimensión de totalidad de la experiencia de los sujetos modernos; caen las barreras que constreñían el desarrollo de los individuos, pero de ahí en más la esfera que los reunía es tensada en múltiples direcciones hasta llegar al punto de posible disolución. La modernización de alguna manera consume la propia modernidad, y junto con ella lo urbano e incluso lo público y lo político. Asoma en este punto una interesante contradicción al interior de la conciencia moderna, que Berman llama el sentirse en este mundo como en casa, a la vez que enemistados con él: si por una parte los modernistas celebran y se identifican con los triunfos de la ciencia, el arte, la tecnología, la economía y política modernos, por otro “deploran la traición de la modernización respecto de su propia promesa humana. Los modernistas demandan renovaciones más profundas y radicales: los hombres y mujeres modernos deben ser los sujetos y no los objetos de la modernización: deben aprender a cambiar el mundo que los está cambiando y a hacerlo suyo”.

En este sentido, la experiencia modernizadora de lo transitorio en la perspectiva optimista de Berman supone la necesidad, citando a Hegel, de “mirar a lo negativo a la cara y vivir con ello”. Para el filósofo estadounidense, el hecho de que “todo lo sólido se desvanece en el aire” es una fuente de fortaleza y afirmación antes que de desesperanza, pues los modernos tienen el poder para crear un mundo mejor que aquel que han perdido. Es así como la vivencia de lo transitorio forma parte integral de la lógica de la modernización: la velocidad, lo fugaz no sólo de la experiencia urbana sino también de las transformaciones en la fábrica de la ciudad.

Para el geógrafo brasileño Milton Santos (2000), en los imaginarios de la globalización y la técnica se encuentra la idea de que la velocidad constituye un dato irreversible en la producción de la historia. En palabras de Santos, “solamente algunas personas, firmas e instituciones son altamente veloces. En verdad, el resto de la humanidad produce, circula y vive de otra manera. El acto de la minoría acaba siendo representativo de la totalidad”.



UN STUDIO, Van Berkel & Bos (1999). Propuesta para renovación de la zona oeste de Manhattan, concurso IFCCA.

Milton Santos propone dos categorías para analizar los nuevos “recortes” del territorio a partir de los conceptos de horizontalidades y verticalidades. Las horizontalidades, dice Santos, “serán los dominios de la contigüidad, de aquellos lugares vecinos agrupados en una continuidad territorial”, mientras que las verticalidades estarían formadas por “puntos distantes unos de los otros, unidos por todas las formas y procesos sociales”. Estos dos conceptos son utilizados por el geógrafo para establecer un campo de oposición entre la verticalidad, el espacio de las redes y la horizontalidad representada en lo que denomina espacio banal, a partir de una noción del economista francés François Perroux que Santos potencia y amplía, definiéndola no sólo como el mero espacio geográfico, soporte del espacio económico o de los flujos, sino como el espacio cotidiano, el espacio “de todos” como posibilidad de alteridad respecto de la lógica avasalladora de las redes, que constituyen “sólo una parte del espacio y el espacio de algunos”. El escenario de esta oposición entre espacio de redes y espacio banal no es sino el territorio (o en nuestro caso, el espacio público), que puede estar formado por lugares contiguos y lugares en red, con la particularidad que son los mismos lugares los que conforman las redes y el espacio banal, dependiendo de las articulaciones funcionales y de poderes que se estructuran en un determinado momento.

Si entendemos –siguiendo a Santos– el espacio banal como ámbito de resistencia (socialización a partir de lo general, de estructuras blandas) frente al nuevo rostro de la modernización expresado en el espacio de redes, podemos estructurar una discusión acerca de los procesos actuales de modernización en la ciudad, cómo se enuncian y cómo se materializan simultáneamente espacios redes o espacios banales, poniendo especial atención en la distancia entre enunciados –imaginarios– y realidad concreta de las ciudades: cómo se despliega una estética de la modernización en su versión globalizada, la de los espacios de redes, y cómo por otro lado se desarrollan en la práctica los espacios cotidianos, los espacios banales.



RUSSOLO, Luigi (1912). Dinamismo di un automobile. Oleo sobre tela

Ambos temas pueden asimismo entenderse como dominios de la velocidad, particularmente en el contexto de un sistema económico y de producción cada vez más integrado a procesos globales que se presentan en la esfera de lo público justamente como dinámicas eminentemente veloces, que exigen de los individuos un conjunto de capacidades asociadas a la posibilidad de lidiar con lo cambiante, lo fugaz y saber aprovechar las oportunidades que brinda ese escenario. Se podrá hablar en este contexto de una continuidad estética –en el sentido, no en la forma– de la celebración de la modernidad entendida como modernización: de la velocidad de las máquinas a la velocidad de las redes, los datos, los flujos. Si los modernos heroicos van a representar la irrupción de la velocidad a través de la síntesis del gesto, como los pintores futuristas italianos, aquellos que operan en el espacio de las redes y las dinámicas de la globalización recurrirán al diagrama como estructura que permite modelar y organizar flujos, energías, tensiones.

Otro enfoque pertinente a la hora de examinar la transitoriedad de lo urbano es el concepto de lo efímero, de la práctica de los espacios urbanos como una miríada de sociabilidades que se arman y desarman rápidamente: es la visión de la ciudad desde el ámbito de la calle, de la experiencia de lo colectivo desde dentro y fuera, sin posiciones ni identidades fijas. Un representante de esta lectura de la ciudad es Manuel Delgado, quien propone que el espacio urbano no es un lugar sino un tener lugar, esto es, una instancia que se define por lo pasajero en lugar de lo permanente, en función de contractualidades que no duran necesariamente más allá de la performance de un acto particular.

Delgado aborda una larga discusión sobre la “naturaleza” de lo urbano en su ensayo *El Animal Público* (1999), donde a modo de declaración de principios distingue claramente lo urbano de la ciudad como artefacto, como fábrica y

define lo urbano a partir de su negación, que no sería lo rural, sino una forma de vida premoderna donde exista una estricta conjunción entre la morfología espacial y la estructura de las relaciones sociales.

Para Delgado, el espacio público está compuesto de numerosas superficies donde se producen “deslizamientos, entrecruzamientos, bifurcaciones” y una multiplicidad de consensos “sobre la marcha” al modo de sociedades instantáneas, todos acontecimientos protagonizados no por comunidades coherentes y homogéneas, mas por lo que denomina “actores de una alteridad generalizada”, esto es, paseantes, extranjeros, vividores, pasajeros. En este sentido, el ámbito de lo urbano no es la ciudad en sí, por completo, sino sus espacios públicos y semi públicos usados transitoriamente. Lo urbano, por otra parte, vendría a ser lo inopinado, lo imprevisto, sorprendente y oscilante; y la urbanidad, la reunión de extraños unidos por la evitación y el anonimato, a la vez expuestos e invisibles en el ámbito de lo público.

El antropólogo español sostiene que el espacio público es el más abstracto de los espacios y a la vez el más concreto, donde se despliegan estrategias de reconocimiento y localización, donde emergen organizaciones sociales espontáneas. El espacio público puede ser (y es) diferenciado e incluso territorializado, pero nunca existe la posibilidad de una apropiación total, pues el usuario primado del espacio público no es una colectividad asentada y jerarquizada, sino primordialmente es alguien que está allí de paso.

En términos generales, el planteamiento de Delgado es ciertamente problemático para las disciplinas de la arquitectura y el urbanismo, pues las señala como disciplinas funcionales a la imposición del orden político sobre lo urbano; afirma que la ciudad planificada se opone a la ciudad practicada, pues las utopías urbanas (sociales, culturales) se transforman luego por obra y gracia de procedimientos disciplinares en ciudades soñadas (espacio construido) y finalmente en la aplicación de un orden social entendido como orden arquitectónico, lo cual el autor pone en cuestión de modo categórico: “Se proclama que existe una forma urbana, resultado del planeamiento políticamente determinado, pero en realidad se sospecha que lo urbano no tiene forma.

Delgado busca emparentar su argumento con conceptos como los de espacio intersticial (Jean Remy), lugar – movimiento (Isaac Joseph), los territorios fijos y situacionales de Erving Goffman, la noción de espacio en de Certeau y de no lugar en Augé, en resumen, miradas que entienden lo urbano como las estructuras de relaciones humanas que tienen lugar principalmente en la ciudad.

Para explicar su modelo “anti-urbanístico”, Delgado esboza una tríada que sucede a los pares sociedad civil - Estado y urbs – polis. Es necesario explicitar que para el antropólogo la urbs representa lo vital, lo móvil, lo azaroso que identifica como lo urbano propiamente tal, mientras que a la polis la entiende como la estructura de dominación política sobre un territorio, en una lectura

bastante particular. La tríada se compone de la polis, que representa el espacio político (en términos de administración y burocracia) y se define como territorios políticamente determinados; la ciudad, que representa el espacio colectivo y se define como territorios socialmente determinados; y la urbs (el espacio público, la civitas –aquí se produce una extraña confusión al unir dos conceptos históricamente distintos), que se define como territorios socialmente indeterminados. El modelo de relaciones deseable al interior de esta tríada considera lo que Delgado llama el “sometimiento” de la polis a la urbs, la estructura del Estado al servicio del florecimiento de lo plural y dinámico que reside en la colectividad efímera de lo urbano.

Espacio democrático como aceptación del antagonismo

Quizás si uno de los principales desafíos pendientes para la democracia chilena es la superación del trauma de la violencia política, cuya administración se ha convertido entre otros factores en uno de los pilares del esquema de un espacio público político constreñido, limitado dentro del marco dispuesto a principios de los noventa por la institucionalidad heredada de la dictadura y el mapa de ruta de la Transición que significó la democracia de los acuerdos. Otro de los pilares de este espacio transitorio es el estigma sobre lo político y la actividad política, construido durante años por el discurso dictatorial y legitimado en democracia mediante un curioso camuflaje. En este sentido, es de alto interés revisar las teorías sobre el espacio público que reivindican la posibilidad del disenso, tan temida por nuestras élites, y de un espacio constituido sobre posiciones antagonistas.

La politóloga belga Chantal Mouffe (2005) ha señalado en su trabajo *Some Reflections on an Agonistic Approach to the Public* que las sociedades contemporáneas (que denomina “post-políticas”) son incapaces de imaginar el espacio público en tanto han perdido la capacidad de pensar políticamente, debido en gran medida a la influencia de la aproximación racionalista e individualista del pensamiento liberal sobre el mundo social, el cual hace caso omiso o bien es incapaz de aprehender la pluralidad y sus conflictos. Para Mouffe, la dimensión antagonista del espacio político es un elemento imposible de eliminar, obviar, esconder o superar y constituye el límite de cualquier consenso racional posible, idea base del espacio público liberal idealista. La componente individualista del liberalismo también se convierte en uno de sus puntos débiles, pues ignora que los sujetos políticos son colectivos cuyas identidades siempre se construye sobre la base de un esquema ellos/nosotros, no son fijas ni reflejan matrices esencialistas anteriores al propio proceso de identificación.

Es justamente la necesidad de pensar para el espacio democrático una forma posible de la oposición ellos/nosotros, nueva y distinta, lo que reclama la pensadora belga. El centro de su argumento es que esta oposición y su forma sean compatibles con el reconocimiento de la pluralidad, en una escenificación democrática de esta confrontación. En este punto, se hace una referencia sin nombrarlo al pensamiento de Carl Schmitt y su concepto de lo político, estructurado en torno al par amigo – enemigo y el estado autoritario decisionista.

Para Schmitt, la condición de enemigo (del Estado) se verifica de modo existencial y el concepto comprende a todo aquel que es “en una forma especialmente intensa, existencialmente algo diferente y extraño, de tal modo que en un caso extremo es posible que se den conflictos con él”²⁶. El enemigo en Schmitt no es necesariamente un extranjero, sin embargo las diferentes interpretaciones de su trabajo coinciden en que para el autor alemán esta definición del par amigo-enemigo orienta la definición del contenido de la política hacia una oposición al otro, una negación de toda posibilidad de legitimidad y comparecencia en el espacio público a la diferencia radical y/o a la alteridad. Podríamos aventurar que en el espacio público transitorio chileno, la persistencia del trauma se debe a la presencia de una lectura schmittiana que se busca superar, mas este logro conduce al ocultamiento de las diferencias y la homogeneización de los discursos más que a un escenario de libre deliberación.

Junto con reivindicar la existencia del antagonismo como condición basal del espacio político, Chantal Mouffe analiza el papel de la hegemonía en la constitución de dicho espacio. La autora plantea que “reconocer la dimensión de lo político como la siempre presente posibilidad del antagonismo requiere enfrentarse a la falta de un terreno común y la indefinición que domina a todo orden” y por ende, asumir que todo tipo de orden social posee una naturaleza hegemónica y es producto de la articulación temporal y precaria de prácticas contingentes. En este sentido, critica y propone dismantlar todo orden que es presentado como “natural” y representación del “sentido común”, pues éste no es sino resultado de prácticas hegemónicas sedimentadas que se disfrazan de objetividad, y que para instituirse como orden operan sobre la exclusión de otras posibilidades: nuevamente se manifiesta la dimensión innegable del antagonismo.

Al igual que Seyla Benhabib, Mouffe considera que si bien lo social debe entenderse conceptualmente como algo distinto de lo político, en la práctica la frontera entre lo social y lo político es “esencialmente inestable y requiere constantes desplazamientos y renegociaciones entre los agentes sociales”. El poder es entonces constitutivo de lo social, porque lo social no podría existir sin las relaciones de poder a través de las cuales cobra forma.

La autora propone, como una salida posible a los problemas de legitimidad del conflicto, construcción de una forma diferente de la relación ellos/nosotros y generación de un terreno común compartido entre proyectos antagónicos en oposición sin solución racional, una aproximación “agonista” al espacio público político. El agonismo supone una relación “donde las partes en conflicto reconocen la legitimidad de sus oponentes (...) Se trata de adversarios, no de enemigos. Esto significa que, mientras estén en conflicto, se ven a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política, compartiendo un campo simbólico común en el cual el conflicto tiene lugar”. La lucha agonista es una confrontación real que se juega bajo condiciones reguladas por un conjunto de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios, en un terreno que nunca es neutral, pues está producido por prácticas anteriores. El espacio agonista plantea una crítica frontal a la tecnificación y burocratización de la política.

26. SCHMITT, Carl (1927). El concepto de lo político (Der Begriff des Politischen).

El espacio público agonista se define como el campo de batalla donde se confrontan distintos proyectos hegemónicos, sin posibilidad alguna de reconciliación final. No se trata de un solo espacio ideal, sino que por el contrario, es una concepción de espacios públicos siempre plurales y una multiplicidad de superficies discursivas. Sin embargo, su pluralidad –apunta Mouffe– no supone la dispersión y falta total de organicidad imaginada por algunos pensadores posmodernistas, siempre existen formas de articulación entre los diferentes espacios agonistas. Tampoco comparece en esta propuesta el espacio liso de Deleuze, pues los espacios públicos en tanto hegemónicos son siempre estriados; la lucha hegemónica consistirá entonces entre otros factores en el intento por crear una forma diferente de articulación entre espacios públicos.

Finalmente, Chantal Mouffe propone que para pensar políticamente “es necesario abandonar el sueño de la reconciliación final y descartar la idea de lo público como un espacio orientado hacia el consenso”. La política democrática, la “res publica” requiere a su juicio de la promoción de una multiplicidad de espacios públicos de confrontación agonística para su fortalecimiento y el desarrollo de una cultura política del disenso, donde los agentes políticos logren coexistir con la alteridad, por radical que ésta se presente.

Estado, poder y contrapoder: pueblo y multitud

Dentro de la discusión sobre la estructura del espacio político, cobra gran importancia el examinar las formas de lo que podemos llamar ciudadanía política contemporánea. En el contexto de la crisis de los sujetos políticos modernos, representada por una parte en la ausencia de relatos y por otra, en la degradación o desaparición de las estructuras matrices de la configuración identitaria de dichos sujetos: la fábrica, el sindicato, la asociación gremial, surgen nuevas formas de manifestación política e historicidad de los sujetos en el espacio público. En el caso chileno, se debe observar como factor adicional la pérdida de continuidad en la práctica del espacio público y la política, además de la connotación negativa de ésta en el imaginario colectivo que dejó como legado la dictadura militar.

Diversos autores intentan analizar las nuevas subjetividades, éticas, categorías de clase, discursos y antagonismos que definen el espacio público político actual. Su trabajo emplea categorías tanto nuevas como viejas, en un sentido de continuidad de una trama de enunciados y significados que permiten tender lazos entre pasado y presente, y así poder observar las trayectorias de los actores en el espacio político, entendido ya sea como el espacio de la organización popular, el espacio de la juridicidad y represión estatal, o bien como las estructuras estables del contrapoder en el espacio público. Sin lugar a dudas, es un ámbito donde se hace necesario profundizar en el debate sobre las transformaciones acontecidas en los últimos años.

El concepto de multitud aparece frecuentemente en la literatura actual, en las discusiones al interior de la filosofía política acerca de las lógicas de construcción del sujeto político contemporáneo y sus manifestaciones en la esfera de lo

público. En tanto se trata de un enunciado que a ratos pareciera disolverse en lo tópico o ser asimilado sin mayor intención crítica, es necesario para reconstruir la noción de multitud aproximarse a ella desde distintas lógicas de análisis que operan sobre lo que podemos llamar el sentido de los sujetos políticos y el espacio público.

El filósofo Paolo Virno (Nápoles, 1953) propone en su libro *Gramática de la Multitud* (2001) una aproximación al concepto de multitud como la forma contemporánea de constitución de los sujetos políticos o ciudadanía en la esfera pública, y en su definición desarrolla una genealogía del concepto que lo lleva a la discusión sobre la institución del Estado europeo moderno en el siglo XVII, particularmente a la polémica entre Baruch Spinoza y sir Thomas Hobbes. Para Spinoza, la multitud era la forma natural de expresión de la ciudadanía política y la definía como la pluralidad que persiste como tal, que no se desvanece en un movimiento centrípeto. La multitud sería entonces “la forma de existencia política de los muchos en tanto muchos, forma permanente, no episódica o intersticial. Para Spinoza (1677), la multitud es la base, el fundamento de las libertades civiles”²⁷.

Por otra parte, para Hobbes, la multitud representa el “máximo peligro” para el orden político, pues involucra la trasgresión de la condición fundamental de aquél, cual es la cesión de soberanía de los ciudadanos en favor del Estado, dueño del monopolio de la decisión política. En palabras del filósofo inglés, “Los ciudadanos, en tanto se rebelan ante el Estado, son la multitud contra el pueblo”. Para Hobbes, la multitud refiere a un estado de naturaleza anterior a la institución de un cuerpo político; en palabras de Virno que explican esta concepción, “antes que el Estado estaban los muchos, después del Estado deviene el pueblo-Uno, dotado de una voluntad única”²⁸. Multitud y pueblo serían conceptos excluyentes y antitéticos en cierto modo, y en esa disyuntiva el concepto de pueblo habría sido el triunfador de la pugna en los albores del Estado moderno, expulsando a la multitud de la arena del pensamiento político. Sin embargo, nos dice Virno, en el contexto de la crisis de la teoría política de la modernidad, esta noción aparentemente marginada resurge con inusitada fuerza, como la lógica constituyente de una nueva ciudadanía.

Ahora bien, esta multitud cobra sentido en un contexto donde justamente ciertas distinciones o diadas de la modernidad parecen disolverse: la multitud, dice Virno, no reconoce las diferencias entre ciudadanos y productores, entre individual y colectivo o entre público y privado. Asimismo, esta forma o modo de ser del sujeto contemporáneo –con el pueblo moderno como categoría ya imposible– no se contrapondría a la Uno, sino que lo redeterminaría; la principal diferencia reside en que en lugar de ser la multiplicidad que converge a lo Uno, es lo múltiple que se despliega en procesos de diferenciación e individuación a partir de lo Uno, que para el filósofo italiano es “el lenguaje, el intelecto, las facultades comunes del género humano. Lo Uno no es más una promesa sino una premisa”²⁹.

27. VIRNO, Paolo (2001). *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

28. VIRNO, Paolo, Op. cit.

29. Ibidem.

La oposición entre los conceptos de pueblo y multitud que desarrolla Paolo Virno es un interesante aporte en términos de describir una transformación en la subjetividad moderna o contemporánea respecto de aquella que podríamos llamar de la modernidad ilustrada o de la modernidad heroica. La idea de monopolio de la decisión política residente en el Estado como base de la estructuración de la sociedad, en la visión de Hobbes, o bien la concepción de las vanguardias como guías de un pueblo monolítico y uniforme hacia la conquista de un futuro marcado por la imagen del progreso, en el transcurso del siglo XX, son configuraciones cuyo rendimiento se disuelve frente a las actuales circunstancias de reestructuración productiva, transformaciones en los sistemas políticos y descentramiento de la producción simbólica.

Sin embargo, esta línea argumental también representa una alternativa a la integración acrítica dentro del esquema o mapa neoliberal – socialdemócrata, una posibilidad que llama la atención por su potencia metafórica, si bien todavía carece de una condición representacional o figurativa. Paolo Virno plantea la idea de construir una nueva esfera pública, sin Estado o mejor dicho, fuera del Estado: “Prescindiría quizá de la palabra revolución (...) Hablaría más bien de éxodo. Éxodo significa, más que tomar el poder o someterse a él, salir. Se da una tercera posibilidad (...) una política de la extinción del Estado construyendo en positivo, oponiendo la palabra república a la palabra Estado. (...) No tener que vérselas más con un monopolio de la decisión quiere decir multitud”³⁰. En este sentido, se instala una lectura distinta a la de la modernidad heroica, pero que sin embargo se encuentra todavía dentro de la modernidad; la condición crítica se configura a partir de la relación con el concepto de Estado, mientras que la continuidad moderna se despliega a partir de lo que Virno llama el principio de individuación, donde la subjetividad individual o singularidad es el resultado de un proceso más que un estatuto constituyente de órdenes jurídicos.

Para Paolo Virno, el espacio público contemporáneo debe necesariamente estar abierto a la iniciativa, creatividad y capacidad de innovación de los muchos. Es en esa producción que visualiza la posibilidad del éxodo: frente a la disyuntiva del poder (sumisión – revolución) optar por crear un nuevo espacio, una situación de alteridad donde la posibilidad de cambio está dada por las capacidades de lenguaje, y particularmente por dos simples opciones-acciones: la capacidad de decir “no” y “es posible que”. Nuevamente, el autor pone de manifiesto una instancia de decisión radical, donde el individuo ha recuperado para sí la soberanía política y opta por participar en el ámbito de lo público dejando conscientemente fuera la posibilidad de la violencia.

Transformaciones en la política y los sujetos

Dominique Wolton (2002) caracteriza la constitución del espacio público diferenciando tres etapas de evolución: el espacio común, el espacio público y el espacio político. El espacio común es el espacio donde se instituyen los intercambios materiales que generan posteriormente intercambios simbólicos. Se trata de un espacio premoderno, que es a la vez físico, definido por un territorio, y simbólico, definido por redes de solidaridad. El espacio público es al principio un espacio físico: el de la calle, de la plaza, del comercio y de los

30. Entrevista de Héctor Pavón a Paolo Virno en *Ñ*, revista de cultura del diario Clarín, edición del 24 de diciembre de 2004. Buenos Aires: Grupo Clarín.

intercambios, que entre los siglos XVI y XVII se convierte en espacio simbólico a partir del reconocimiento del estatuto de la persona y del individuo frente a la monarquía y el clero y de la distinción respecto a la concepción de lo privado. Es el espacio de la deliberación sobre aquello que afecta a toda la comunidad. Finalmente, el espacio político es el espacio de la decisión y la acción, el espacio donde se definen los límites de la autoridad y del poder. En términos ideales se trata de un espacio abarcante, inclusivo y cuya permanente expansión para este autor resume la especificidad de la política moderna democrática.

Wolton comparte el criterio que piensa el espacio público como un lugar habitado por sujetos autónomos y cuya lógica y ética se basan en el reconocimiento de la legitimidad del otro y la comparecencia en lo público mediante el argumento discursivo que en interacción con otros deviene posibilidad de decisión política. Sin embargo, considera que el espacio público en lo que denomina “democracia de masas” es mucho más amplio que el espacio público ilustrado, cada vez más complejo y claramente mediado por la influencia omnipresente de la información, el marketing y la comunicación³¹.

Hasta cierto punto, se podría decir que hoy asistimos al predominio de una concepción del espacio público con asiento fundamentalmente en los medios de comunicación (mass media) y en el espacio urbano espectacularizado, esto es, presentado como un verosímil de una experiencia real en el sentido de participación en la producción de ese espacio y en el sentido de realidad en la vivencia del habitante. Se podría decir que lo que se observa es una tendencia a reducir o restringir el espacio político a lo que Dominique Wolton ha denominado comunicación política³².

Los filósofos italianos Antonio Negri y Maurizio Lazzarato (2001) analizan la constitución de la política moderna mediante la definición de tres etapas de evolución, definiendo la primera época como la de la “política clásica” donde el poder es comprendido como dominio; ejemplos de esta lógica son los sistemas del ancien régime y la concepción hobbesiana de Estado, entendido como el depositario único de la soberanía. La segunda época sería la de la “representación política” y de las “técnicas disciplinarias” o biopolítica³³. El fundamento principal de esta época, como ética y como dispositivo de modelación (norma) es el trabajo.

La tercera época y actual es definida por los autores como la de la política de la comunicación, o de la lucha por el control o la liberación del sujeto de la comunicación. En esta escena, el poder no se representa, sino que opera mediante la modulación de las subjetividades a través de transformaciones incorpóreas, fundamentalmente a través de los mecanismos de la publicidad y el marketing y la estrategia del “estribillo”, como aquello que produce un efecto de resonancia en las conciencias, de acumulación sedimentaria del mensaje que satura el

31. WOLTON, Dominique (2002). Sobre la comunicación. Editorial Acento, Madrid.

32. “La comunicación política es «el espacio donde se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen la legitimidad para expresarse públicamente sobre la política y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos”. WOLTON, Dominique, op.cit.

33. “Foucault recalifica la Biopolítica como una política de la <<sociedad>> en donde una serie de dispositivos heterogéneos interviene en el conjunto de condiciones de la vida, buscando la constitución de la subjetividad solicitando elecciones, decisiones de los individuos. En este sentido, el poder es <<acción en posibles acciones>>, intervención en los acontecimientos”. LAZZARATO, Maurizio (2005). Biopolítica / Bioeconomía, Revista Multitudes, n° 22, página 6. Documento extraído de <http://multitudes.samizdat.net>

propio lenguaje. A este respecto cabe consignar lo siguiente: no deja de ser sintomático el hecho que en lengua castellana se utilice el término “publicidad” para denominar lo que por ejemplo en inglés (y que así ha sido asimilado en otros idiomas) se expresa simplemente como *advertising*, “apropiándose” así de la noción de publicidad y vaciándola de su sentido filosófico o político, al convertir al público a mera audiencia.

Frente a este esquema de desarrollo de la política moderna, los autores proponen su correlato en términos de una crítica radical: si en el período clásico aquella era representada por la revuelta, y en la época de la representación por la reapropiación, en la época de la política comunicacional, la crítica se manifestaría como “potencia autónoma y constitutiva” de los sujetos, que no se determina más a partir de los datos de la relación capitalista y las figuras del trabajo. Otro aspecto central de esta nueva perspectiva de lo político es lo que podríamos llamar su actitud frente al poder o a la institución del poder: se propone que los mecanismos de la revuelta y la reapropiación son insuficientes si no se produce un proceso de “liberación de la subjetividad”, puesto que de lo contrario tan sólo se estaría gestando una toma del poder que finalmente devendría una nueva – vieja forma estatal.

Nuestros autores se preguntan “¿Por qué a partir de 1968, los estudiantes tienden a representar de manera permanente y de modo siempre más vasto el “interés general” de la sociedad? ¿Por qué los movimientos operarios y los sindicatos irrumpen siempre en las brechas abiertas por estos movimientos? ¿Por qué estas luchas todavía breves y desorganizadas abarcan “inmediatamente” el nivel político?”³⁴, y las respuestas posibles se articulan precisamente desde una subjetividad donde la definición de la relación de los actores con el poder está subordinada a la “constitución de sí” como sujeto social. Un concepto interesante que se pone en práctica aquí es el de intelectualidad de masa, definido básicamente como un proceso de subjetivación autónoma que es independiente de la organización capitalista del trabajo y la producción, donde el “sujeto revolucionario” no requiere nada además que la propia fuerza para ser real.

Disolución del espacio público moderno: la ciudad genérica

El arquitecto holandés Rem Koolhaas esboza en su ensayo *The Generic City* (1995-1997) una suerte de manifiesto o fábula de la ciudad que emerge como representativa de la época contemporánea, la ciudad de la sociedad post-política a la que hace alusión Chantal Mouffe. Koolhaas, como de costumbre y basado en su innegable talento como polemista en la tradición de Le Corbusier, escribe bajo la forma de un manifiesto, buscando por una parte acentuar el carácter polémico de sus declaraciones, mas por otra parte construye un parentesco quizá romántico con las vanguardias de la modernidad heroica.

Se puede (o quizás se debe) comentar la mirada de Koolhaas sobre esta ciudad genérica –una actitud acomodaticia y hasta cierto punto celebratoria de las dinámicas actuales de la ciudad capitalista en expansión ilimitada– haciendo referencia a una característica que condiciona su aproximación: el arquitecto

34. LAZZARATO, Maurizio y Antonio Negri, op. cit.

holandés considera los acontecimientos de mayo de 1968 como suerte de colapso final de la promesa de la modernidad, de allí su opción por una producción marcada por una aparente indiferencia y el cinismo, en lo que el propio Koolhaas ha sugerido como el único comportamiento válido para el arquitecto contemporáneo: actuar como el “surfista sobre las olas”. El holandés dibuja ante nuestros ojos la Ciudad Genérica casi como una antítesis de la ciudad moderna, de modo no casual: su crítica aborda una serie de elementos constitutivos de aquella ciudad, los cuales expondremos a continuación.

El centro de la ciudad como espacio del poder se presenta como una categoría en desaparición: “Su tragedia se da en simples términos geométricos. A medida que se expande la esfera de influencia, la zona caracterizada por el centro se vuelve más y más grande, diluyendo irremediamente la autoridad del núcleo; inevitablemente, la distancia entre el centro y la circunferencia aumenta hasta llegar al punto de ruptura”. La noción de centro construida por la modernidad se manifiesta en la post modernidad apenas como un espejismo de poder; podemos leer en este punto una interesante crítica a las operaciones sucesivas y persistentes de rehabilitación de los centros urbanos históricos como una operación política aparentemente fútil.

Koolhaas define la Ciudad Genérica como la ciudad liberada del cautiverio del centro, de la tara de la identidad y la historia, una ciudad “fácil”, indiferenciada, que sólo responde a las necesidades del presente y se transforma en función de lo “útil”. Surge la pregunta de si nos enfrentamos en esta fábula urbana a la desaparición de la ciudad como el lugar moderno de la construcción de la sociedad, una ciudad donde los ciudadanos son sólo espectadores, o bien se trata del último escalón en el proceso de modernización de la urbe: “Si (la ciudad) se torna demasiado pequeña simplemente se expande. Si se torna vieja simplemente se autodestruye y se renueva”.

El arquitecto holandés refuerza la idea de la ciudad genérica como un lugar sin historia, siempre de fundación reciente por comunidades buscando cambiar (de clima, identidad, trabajo, nacionalidad, paisaje). La naturaleza del habitante genérico es el desplazamiento y el viaje, la experiencia instantánea. La Ciudad Genérica sería postmoderna (en un sentido arquitectónico) por cuanto conserva los restos de la historia, pero estos restos han perdido todo significado; permanecen por inercia, más que por una relación afectiva o identitaria. El fervor por la historia y el patrimonio son vistos por Koolhaas como un intento desesperado por conservar el mundo en el cual los ciudadanos modernos encuentran sentido, e ironiza sobre esta posibilidad de desamparo en una clave que recuerda el lamento de un anciano por la desaparición del radioteatro.

En términos del espacio público político, se presenta la ciudad como un espacio liso en el concepto de Deleuze: “Muy a menudo, el régimen ha evolucionado hasta un grado sorprendente de invisibilidad, como si, a través de su misma permisividad, la Ciudad Genérica resistiera lo dictatorial”. En este punto podemos preguntarnos si la configuración no se da en un sentido distinto,

donde efectivamente es el mundo de los flujos el que se constituye como espacio liso, mientras que las ciudades siguen funcionando como espacios quizá cada vez más estriados, con el turismo como casi único verosímil de libertad en un planeta bajo un control cada vez más eficiente. La condición móvil del habitante de la ciudad genérica se refleja en la ciudad, que se desarma y se traslada a otro sitio. Los residuos eventualmente serán habitados por los “hijos no deseados” del proceso modernizador, aquellos sin opción de desplazarse.

Rem Koolhaas señala la “evacuación” del espacio público como única condición necesaria para la formación de la Ciudad Genérica, en tanto esta última se manifiesta como una reversión de la ciudad tradicional: allí donde ésta produce ajetreo, actividad, aquélla se produce en la calma absoluta, en la inercia total. Así, la ciudad se naturaliza como espejo y espacio de operación del proceso de “globalización”, donde este último concepto implica la disolución de las identidades y el ejercicio o experiencia de la ciudad únicamente en función del uso de los programas icónicos de esta nueva etapa del desarrollo de la cultura humana, es decir, infraestructuras de movilidad, aeropuertos y hoteles – los cuales, según Koolhaas, harían a todos los demás edificios (programas) redundantes y que sumados a las funciones de un mall constituirían lo más cercano que tenemos a la existencia urbana.

Finalmente, volvemos a la pregunta ¿en qué medida la ciudad genérica es efectivamente postmoderna o bien el estadio último de la ciudad modernizada? Quizás lo que caracteriza a la ciudad postmoderna es la “lisura” de su constitución estructural social, económica y política, donde la condición de invisibilidad a la que alude Koolhaas respecto de la presencia del poder es justamente el tejido que sostiene el estado de cosas donde el colectivo se degrada de cultura a tribu, una tribu que incapaz de comprender la mecánica del poder lo sitúa fuera de su ámbito de experiencia y por tanto fuera de su posibilidad de transformarlo.

La ciudad y lo político

En este apartado se busca integrar aportes conceptuales que si bien no se refieren directamente a la noción de espacio público o espacio político, si abordan problemas contemporáneos con los cuales se debe necesariamente lidiar o dialogar al momento de pensar lo público y lo político en las ciudades. La sección se abre con la exposición de dos conceptos que servirán para observar los desplazamientos de las subjetividades que informan la producción, prácticas y representaciones del espacio público: el paradigma de la representación y el paradigma del acontecimiento.

Representación y acontecimiento

El sociólogo y filósofo italiano Maurizio Lazzarato relaciona las condiciones o características de la formación del sujeto político contemporáneo con su inclusión dentro de un nuevo paradigma de relación con las imágenes y su función de construcción de mundo. El autor propone que las formas que adopta la ciudadanía contemporánea guardan estrecha relación con una situación de inflexión —que a su juicio sería representativa de la actualidad— entre dos paradigmas: el paradigma de la representación y el paradigma del acontecimiento. En el paradigma de la representación, nos dice Lazzarato, “las imágenes, los signos y los enunciados tienen como función representar el objeto, el mundo”³⁵, mientras que en el paradigma del acontecimiento, las imágenes, los signos y los enunciados contribuyen a hacer surgir un mundo.

De forma particular, Lazzarato intenta centrar nuestra atención sobre este nuevo paradigma del acontecimiento y las maneras en que determina la acción política y la construcción de ciudadanía, haciendo énfasis en que su novedad o más bien dicho, su pertinencia, radica en que involucraría una condición de apertura y potencialidad más que una condición de límite a priori:

“En el acontecimiento, se observa a la vez lo que una época tiene de intolerable y las nuevas posibilidades de vida que encierra. El modo del acontecimiento es lo problemático. El acontecimiento no es la resolución de un problema, sino una apertura de posibilidades”.

El modo problemático que Lazzarato adjudica al acontecimiento representaría quizá la mayor dificultad para describir o explicar la lógica de manifestación del sujeto contemporáneo, tanto para la ciencia política como para la sociología e incluso para las investigaciones sobre la ciudad y el espacio público, por cuanto todas estas disciplinas operan fundamentalmente sobre el paradigma de la representación, vale decir, sobre una lógica de proyecto, de anterioridad ya sea como imagen o enunciado, que debe ser realizada en el mundo. Esta es la lógica de la modernidad como modernización.

En contraposición con lo anterior, aparentemente la lógica del acontecimiento no contendría dispositivos teleológicos de ninguna especie ni tampoco la posibilidad de representaciones totales e instantáneas, sino más bien produciría

35. LAZZARATO, Maurizio (2003). Lucha, acontecimiento, media. Documento extraído del sitio web www.republicart.net.



El paradigma del acontecimiento: manifestaciones de Seattle, noviembre 1999.

constantes variaciones y adaptaciones de los campos de la subjetividad y los imaginarios. En este contexto, el autor destaca los sucesos de 1999 en la ciudad de Seattle con motivo de la ronda de reuniones de la OMC, denominada Ronda del Milenio: “Los días de Seattle fueron un verdadero acontecimiento político que, como todo acontecimiento, ha producido sobre todo una transformación de la subjetividad y de su manera de sentir (...) La diferencia en relación con otros movimientos políticos del siglo que acaba de finalizar es radical. El acontecimiento de Seattle no remite, por ejemplo, a la lucha de clases y a la necesaria toma del poder. (...) Se limita a anunciar que “se ha creado algo posible”, que hay nuevas posibilidades de vida y que se trata de realizarlas; que un mundo posible se ha expresado y que se debe cumplir”.

En este contexto, se pone en franco cuestionamiento la función de la representación como proyecto, quedando activa sólo su función de registro y soporte crítico para la comparecencia de discursos múltiples³⁶: desde la perspectiva de la ciudad, podemos decir que la forma en que la arquitectura intentó modelar el espacio público para la manifestación ciudadana de acuerdo a un proyecto totalizador basado en la síntesis, acorde a la lógica moderna del Estado o las vanguardias, ha quedado obsoleta y actualmente el aparato físico llamado ciudad no sólo es puesto en crisis por la velocidad de cambios impresa por los movimientos del capital, sino que asimismo se demuestra absolutamente incapacitado para contener el acontecimiento y por ende para organizar la expresión espacial de los sujetos políticos contingentes. Para Lazzarato, lo nuevo que produce el acontecimiento se ejemplifica en “una nueva mezcla de cuerpos y la expresión, la enunciación como resultado, efecto de esta mezclanza corporal: otro mundo es posible. La expresión (el sentido) no describe ni representa los cuerpos (...) Es el acontecimiento lo que constituye la relación entre los dos tipos de agenciamiento, es el acontecimiento lo que va a distribuir las subjetividades y las objetividades, lo que va a trastornar las configuraciones de los cuerpos y de los signos”³⁷.

36. “Lenguaje, signos e imágenes no representan nada, sino que contribuyen a hacer advenir algo. Imágenes, lenguajes y signos, son constitutivos de la realidad y no su representación.” LAZZARATO, Maurizio (2003). Op. cit.

37. LAZZARATO, Maurizio. Op. cit.

La contingencia asoma como un factor clave dentro del paradigma del acontecimiento, entendida no sólo como una circunstancia de transformación de las subjetividades, sino también como una potencia irreducible por los discursos y demás representaciones a priori. En tal sentido, las formas de la ciudadanía política contemporánea (organizaciones y discursos) estarían, para Lazzarato, en constante variación, siempre rehaciéndose a partir de las prácticas y su registro en el imaginario: “Todo el mundo llegó con sus máquinas corporales y sus máquinas de expresión, y volvió a casa con la necesidad de definir las en relación a lo que se ha hecho y lo que se ha dicho. Las formas de organización política y las formas de enunciación se deben medir en relación al acontecimiento. (...) Es ahí donde vemos que el régimen del enunciado es lo problemático. Todo el mundo está obligado a abrirse al acontecimiento, es decir, a la esfera de preguntas y respuestas. Quienes tienen las respuestas preparadas de antemano (y son muchos) no se enteran del acontecimiento. Es este el drama político que ya vivimos después del 68, perderse el acontecimiento porque las preguntas tenían ya sus respuestas hechas”³⁸. Este pasaje nos lleva a reflexionar acerca de la cooptación o asimilación de las vanguardias –autocomprendidas como movimiento–, dentro de las tramas de lo institucional, como un emblema trágico de la modernidad o bien como una máscara más de los procesos de modernización.

Los movimientos del mayo francés en 1968³⁹ son analizados por la académica estadounidense Kristin Ross también en la lógica de la contingencia como ámbito sustancial de la potencia del acontecimiento: “La principal idea de mayo del ’68 era la unión de la contienda intelectual con la lucha obrera. Otra manera de decir esto es que la subjetividad política que emergió en mayo era una subjetividad relacional, construida en torno a una polémica por la igualdad: una experiencia día a día de identificaciones, aspiraciones, encuentros y desencuentros, reuniones, engaños y decepciones. La experiencia de la igualdad, tal como fue vivida por muchos en el desarrollo del movimiento –no como una meta o una agenda de futuro sino como algo que ocurre en el presente y se verifica como tal– constituye un enorme desafío para la representación subsiguiente”⁴⁰.

Para Maurizio Lazzarato, así como para autores como Toni Negri y Paolo Virno, los eventos de mayo de 1968 en Francia marcan un importantísimo punto de inflexión en las lógicas de constitución de los sujetos políticos respecto de los paradigmas aquí enunciados (pueblo – multitud y representación – acontecimiento) tanto por su potencia de apertura como obviamente por las lecciones aprendidas a partir del fracaso del movimiento. Lazzarato y Negri hablan en referencia a mayo del ’68 como una “verdadera dislocación epistemológica”; caracterizan a los movimientos que surgen en tal contexto histórico como sujetos que trascienden categorías de clase, lugar y discurso para identificarse a partir de su forma cambiante y móvil, pero fundamentalmente en función de su ruptura con el trabajo como eje de definición de su relación con el poder.

38. Ibidem.

39. La manifestación urbana más evidente de los eventos del mayo francés son sus marcas en la ciudad. Se podría aventurar la conjetura que este movimiento de alguna manera alimenta una opción antiurbana, entendiendo la ciudad como el lugar de la institución y el poder, lo que se demuestra en varios eslóganes, como por ejemplo: “El arte ha muerto. Liberemos nuestra vida cotidiana” o “El patriotismo es un egoísmo en masa”.

40. ROSS, Kristin (2002). *May ’68 and its Afterlives*, Introduction, p. 11. Chicago, University of Chicago Press.

Espacios de control: gubernamentalidad, excepcionalidad y democracia de la emoción

El interés de poner en diálogo estos tres elementos responde al intento de construir una mirada crítica sobre algunas “tramas ocultas” del espacio político que hoy coartan su posibilidad de ampliación, en términos de Seyla Benhabib. En ningún caso se trata de suponer la existencia de una eminencia gris o entidad omnisciente al modo de un Gran Hermano orwelliano, sino precisamente de exponer ciertos procedimientos con el objeto de generar debate informado entre los actores/agentes del espacio público.

El análisis de esta manifestación del espacio público está fuertemente relacionado con las reflexiones de Michel Foucault sobre la gubernamentalidad en el mundo contemporáneo, que se complementan con la noción de excepcionalidad en el ejercicio del poder, así como también con la importancia del factor miedo/temor en la estructuración u obliteración del espacio público, tanto a nivel mundial como en la escala chilena.

En su texto *Biopolítica / Bioeconomía*, Maurizio Lazzarato expone la lectura que Foucault hace del liberalismo como arte de gobernar que logra resolver o más bien dicho, disolver las relaciones entre economía y política dentro de una normalidad perfectamente administrada, sobre la base de dispositivos que se orientan a lo múltiple en lugar de intentar una síntesis conciliadora por medio de los “procedimientos” de la dialéctica.

Para Foucault, hay una heterogeneidad y divergencia evidentes entre el hombre económico y el sujeto de derechos políticos: si éste opera renunciando a su soberanía a favor del Estado en una transferencia de derechos (la acción base del sistema político en Hobbes), aquél se integra al conjunto de los sujetos económicos a partir de una multiplicación espontánea de intereses. En este contexto, se puede decir que el filósofo francés entiende el “éxito” del liberalismo en tanto éste no sería “una teoría económica propiamente dicha, ni tampoco una teoría política, sino un arte de gobernar que asume el mercado como una prueba, como instrumento de inteligibilidad, como verdad y medida de la sociedad”⁴¹.

Si entendemos entonces al liberalismo como un arte de gobernar, cabe observar de cerca las técnicas y mecanismos de gobierno a través de las cuales el liberalismo realiza la biopolítica y las formas que operan para definir los campos de acción de ésta. El conjunto de técnicas de gobierno, cuyo objetivo es preservar la condición global de la gubernamentalidad, se aplica en términos de Foucault sobre un “plano de referencia” que llama la sociedad civil. Hay aquí un claro desafío a la noción moderna de sociedad civil en la tradición de Habermas y su concepción de espacio público como el lugar de producción y representación de autonomía de la ciudadanía respecto al poder. Para Foucault, en cambio, la sociedad civil no es una realidad en sí, sino la correlación de las técnicas de gobierno, forma parte de las técnicas de gubernamentalidad, es una “realidad de transacción” entre el poder y aquello que constantemente escapa a su dominio, margen que la biopolítica tiende a agotar del todo.

41. LAZZARATO, Maurizio (2005). *Biopolítica / Bioeconomía*, Revista Multitudes, n° 22, página 2. Foucault entiende por “mercado” no tanto igualdad del intercambio, sino más bien competencia e inequidad.

Gobernar, en la mirada foucaultiana, consiste en conducir la conducta de los demás, ejercer una acción en acciones posibles; gobernar consiste en actuar en sujetos que deben ser considerados libres. Al mismo tiempo, la biopolítica realiza un viejo anhelo moderno, aquel de la representación total e instantánea: Lazzarato dirá a este respecto leyendo a Foucault, que la macrogubernamentalidad liberal sólo es posible porque ejerce sus micropoderes en una multiplicidad, vale decir, se aboca a lo múltiple en tanto múltiple –a la población, usando el mismo término de Foucault– para reducirlo imperceptiblemente en lo total. Esta población no sólo es entendida como especie, ser biológico, social y económico, sino también como Público, opinión pública, como subjetividad que debe ser modulada en su multiplicidad para incorporarse en lo total como mera imagen del sujeto político.

Esta incorporación de las subjetividades en la lógica del gobierno es lo que distingue a las sociedades de control o más precisamente, de seguridad, respecto a las sociedades disciplinarias, cuya representación domina ampliamente en el imaginario de los detractores del capitalismo como residuo de un esquema que para Foucault ya se ha transformado: lo que hoy tiende a prevalecer son los dispositivos de seguridad. La distinción entre disciplina y seguridad puede leerse también desde el esquema representación –acontecimiento para analizar sus mecanismos de “normalización” de los sujetos.

Si la disciplina es centrípeta, encierra, impide, establece límites y fronteras, la seguridad garantiza el movimiento, es centrífuga, permite hacer, incita, favorece, dice Foucault. La disciplina limita la libertad, la seguridad es fabricante, productora de libertad (libertad de empresa o del individuo empresario).

La disciplina se sustenta en la lógica del modelo, de lo Uno, de una representación que deviene código finito y precisamente genera su potencia a partir de la definición de límites (temporales, espaciales, simbólicos, de los comportamientos): por su carácter netamente representacional y jerárquico, es también fácil blanco de la crítica, provee una referencia clara para que los sujetos políticos se constituyan como alteridad, en este caso entendida como alteridad del poder, como antagonismo.

La seguridad, por su parte, interviene en posibles eventos y no en hechos; en lugar de modelar las conductas y las representaciones, modula los acontecimientos⁴². Esta estrategia se basa en la producción de objetos y sujetos variables, en la modulación continua y constante de los marcos de referencia a partir de lo que Lazzarato llama un “manejo diferencial de las normalidades y de los riesgos”. En tanto lo que está predeterminado son los posibles, el sujeto puede ejercer sus decisiones supuestamente autónomas y nunca transgredirá límite alguno, pues éstos se encuentran en constante variación, para adaptarse a las necesidades de innovación propias de la actual fase de desarrollo capitalista y hacer posible el trabajo. El carácter de esta modulación de los acontecimientos y su pavorosa eficacia quedan de manifiesto en la dificultad que existe hoy en día para distinguir el tiempo de trabajo del tiempo libre. Según Lazzarato, nos

42. “La seguridad construirá un entorno en función de los acontecimientos o de las series de eventos posibles, series que habrá que regular en un marco polivalente y transformable. La seguridad remite a lo aleatorio, a lo temporal, a lo que está ocurriendo. A diferencia de la disciplina, la seguridad es una ciencia de los detalles. Las cosas de la seguridad son cosas de cada instante, mientras que las cosas de la ley son definitivas, permanentes e importantes.” LAZZARATO, Maurizio. Op. cit.

encontramos en tiempo de vida global, en la cual es imposible distinguir entre el tiempo de trabajo y el tiempo de placer.

El filósofo italiano Giorgio Agamben ha trabajado sobre el concepto de estado de excepción enunciado por Carl Schmitt en la década de 1930, donde el filósofo y jurista alemán (militante además del partido nazi) considera que la base de la soberanía reside precisamente en la potestad de suspender el orden jurídico e imponer el uso de la fuerza como modo de salvaguardar la integridad del Estado mediante la declaración de la excepcionalidad. Para Agamben, este concepto transpuesto al presente sirve para analizar los movimientos del poder de la gran potencia militar en un escenario global, donde a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York (que al modo de Hobsbawm, podríamos decir que inauguran el siglo XXI para la historia y política mundiales) se desarrolla una política de administración del trauma como vehículo de legitimidad para la intervención militar a gran escala, sin límites de ningún tipo. En este contexto, la excepcionalidad se vuelve la norma y detona todo tipo de procedimientos de control biopolítico que en conceptos de Agamben restan al individuo la capacidad de agencia sobre su propia vida. El estado de excepción sería entonces el campo de acción del poder desnudo, el cual se identificaría en último término con el poder de decisión sobre la vida humana.

En la línea de la modulación y fenómenos de sumisión voluntaria al poder, Marshall Berman (1992) advierte que en la base de los movimientos totalitarios del siglo XX e incluso en experiencias revolucionarias fallidas del XIX, se encuentra el hecho de que existe una proporción importante del público moderno (la ciudadanía, la esfera pública, el pueblo), hombres y mujeres, que crecieron en un entorno de libertad parcial, pero que sufren angustia y ansiedad por entregar a un tercero –un líder, un colectivo– su derecho a decidir por sí mismo acerca de su propio futuro: el regalo de la modernidad, el libre albedrío, se vuelve una carga insoportable. La generación de 1848, dice Berman, la de Marx, “había entronizado a Prometeo como su modelo a seguir; la realidad demostraría que muchos de los anónimos modernos hubieran estado dispuestos a rogar a Zeus y devolver el fuego a los dioses, si sólo pudieran”.

Esta perspectiva se complementa con la lógica de lo que Paul Virilio (2005) denomina democracia de la emoción y “ciudad pánico”⁴³, que en su descripción original apunta a la devastación de las conciencias producida por la nueva máquina de guerra, los medios de comunicación. El bombardeo de mensajes en tiempo real genera un ciudadano –espectador sin capacidad alguna de discernir ni emitir juicios, un ser apolítico y ajeno a toda racionalidad, que reacciona en función de las amenazas potenciales que pueblan los barrios, las ciudades y el mundo. Este estado de paranoia social es la democracia de la emoción –que sucede a la nonata democracia de la opinión, donde sus líderes se asemejan más a tele-predicadores que a “estadistas” y su rol fundamental radica en accidentalizar todo suceso en función de la expansión de su programa bélico. El espacio de la democracia de la emoción es la ciudad pánico, estructurada en torno a la administración del miedo, como “museos del accidente”, dispersa en miles de condominios cerrados llenos de gente aterrorizada por el afuera

43. “Este pánico anula el lugar de la reflexión y los medios se hacen cargo, no ya de la demanda de reflexión colectiva, sino de una demanda de emoción colectiva”. Entrevista de Héctor Pavón a Paul Virilio, Ñ, 26/3/05.

sin saber cómo es esa ciudad que supuestamente se encuentra tras los muros electrificados. Una no ciudad que coloniza el planeta a través de las emisiones de televisión y la guerra contra los civiles, amparada en el trauma post 9/11 que ha eliminado el asombro y el horror de la experiencia de los ciudadanos – televidentes.

Lo político como consumo

Richard Sennett ha propuesto con cierta audacia en su reciente libro *La cultura del nuevo capitalismo* (2007) la posibilidad de considerar la participación política bajo las lógicas de consumo. Sennett se pregunta ¿elige la gente a los políticos como elige en Wal-Mart? ¿Ha llegado la mercadotecnia de la política a lograr que el consumidor reconozca al instante marcas entre las que escoger? No hay respuestas obvias, dice el autor, pues no se trata de demonizar la mercantilización de la política, sino de entender cómo la economía actual o nueva economía está influyendo en la política. Si la publicidad y el marketing intentan facilitar la elección del cliente, “también el político se presenta de forma que su compra resulte fácil”. En esta línea argumental, el sociólogo se pregunta ¿deberíamos desdeñar la política “barata”?

Al analizar la política como consumo es imprescindible caracterizar ciertos aspectos centrales de los comportamientos de consumo. Probablemente el más interesante dentro de los que analiza Sennett sea la idea del consumo como pasión que se autoconsume. En palabras simples, las estructuras del consumo exageran el deseo de un bien y un objeto, pero una vez que se obtiene ese bien, pierde rápidamente el interés; se podría decir que esta es una versión banal de la moderna angustia por lo nuevo, representativa en este caso de que podríamos llamar la cultura del aburrimiento. En esta cultura, el tedio y la abundancia transforman la melancolía moderna en una ansiedad hasta cierto punto nihilista, la carencia de relatos de sentido crea el escenario perfecto para la supremacía de la entretención como meta de la cultura y por qué no, de la política. En este contexto se debe entender la estrategia del jingle, el discurso de 30 segundos, como perfectos elementos de consumo en el panorama que analiza Richard Sennett.

El escritor español Vicente Verdú (2005) plantea que a partir de los años noventa y como tercer estadio de evolución del capitalismo en el siglo XX (luego del capitalismo de producción y el capitalismo de consumo), se desarrolla el capitalismo de ficción, donde ya “no se tiene tanto interés en la producción de objetos, con o sin envoltura fantástica, como en la producción de realidad”, donde el producto es envuelto en una promesa que trasciende su rendimiento como objeto, asignándole a éste potencialidad de felicidad. Verdú plantea que este nuevo capitalismo no se ocupa tanto de producir objetos nuevos como de producir experiencias nuevas, realidades diferentes, vivencias distintas; el capitalismo de ficción se produce y reproduce como naturaleza, como una segunda realidad perfeccionada que resuelve de modo eficiente las ansiedades producidas por el capitalismo de consumo, incorporando en el acto de consumir la dimensión de la experiencia y del acto ético.

Dentro de la lógica de la política como consumo, Sennett traslada un procedimiento de la industria a la arena política con enorme pertinencia: “Hoy, la fabricación despliega a escala mundial la construcción de una plataforma de bienes, desde automóviles a ordenadores y ropa. La plataforma consta de un objeto básico al que se le imponen cambios poco importantes y superficiales con el propósito de convertirlo en producto de una marca determinada. (...) Los fabricantes llaman dorado (gold-plate) a estos cambios que se introducen en la plataforma”. Lo que cuenta es la superficie, pues al consumidor la marca debe impresionarlo más que la cosa misma. El consumidor busca estimular la diferencia entre bienes cada vez más homogeneizados, por lo cual el estar constantemente cambiando de marca se vuelve una conducta natural y entretenida.

Estos fenómenos –la diferenciación a partir de lo superficial, la no fidelidad a una determinada opción de consumo y la cultura del aburrimiento– ciertamente se expresan en nuestro espacio político. Quizás si el último paso hacia el establecimiento definitivo de lo político como consumo sea el generar la deliberación en el mall. El mall se ha instituido para muchos como lugar de integración social, en su condición de dispositivo “transclase” (Moulian), localizado en casi todos los sectores de la ciudad. El mall es el lugar de reunión de todos, particularmente de las clases medias. El consumo homogeneiza, los bienes de consumo están en apariencia absolutamente disponibles y funcionan como credenciales de pertenencia. En este cuadro, lo político podría quizá perfectamente funcionar como un elemento posible de distinción entre consumidores, que potencialmente eligen según el tipo de dorado que mejor calce con su identidad, más que con sus intereses. Koolhaas dirá respecto a este tipo de comportamientos: “La única actividad es comprar. Pero, ¿por qué no considerar el comprar como temporal, provisional? Es nuestra propia falla -no pensamos en nada mejor que hacer. Los mismos espacios inundados de otros programas -bibliotecas, baños, universidades- serían fabulosos; estaríamos sobrecogidos por su grandeza”.

Sennett dismantela la posibilidad de que por la vía de asimilarse al consumo, la política pueda derivar en opciones progresistas. Lo hace sobre la base de cinco críticas, de las cuales citamos tres:

1. La plataforma industrial en política remite al consenso, a la ilusión de la diferencia entre sectores sistémicos que en las líneas basales de su ideología y desempeño son prácticamente equivalentes.
2. El dorado: la obsesión de la prensa y el público - consumidor por las características personales de los políticos en busca de la diferencia (en la cultura del aburrimiento una figura central es la del personaje, esto es, la proyección mediática de un individuo del cual no se sabe si efectivamente está detrás de su imagen) enmascara la plataforma.
3. El convencimiento consumista de que nada es suficiente: si los políticos se comportan como empresarios, buscando la eficiencia, probablemente chocarán con sus consumidores, pues éstos no han sido integrados al proceso de modificación de ese consumo, como lo hace el capitalismo de ficción según Vicente Verdú.

Lo cierto es que cada vez más nuestro(s) espacio(s) político(s) adquiere características de las prácticas del consumo: habrá que verificar si el consumo logra identificarse con la elección política, tal como lo ha hecho plenamente con la recreación y el ocio, y parcialmente con una versión contemporánea de lo público.

Espacios cotidianos, espacios excepcionales

Teniendo en cuenta uno de los principios o hipótesis de esta investigación, como es la idea que todo espacio público político tiene una forma urbana y que a la vez el espacio urbano construido es constantemente intervenido, modificado y resignificado por las prácticas y representaciones de aquellos que participan del espacio público, proponemos abordar un eje de análisis de la manifestación y estructura del espacio público político mediante dos categorías: los espacios cotidianos y los espacios excepcionales. La distinción que esta línea de análisis intenta poner en escena tiene que ver con la autonomía de la esfera pública, los ámbitos y estrategias de negociación entre poder estatal y contrapoder societal, y la manera en cómo la organización espacial de estas categorías influye decididamente en las prácticas y representaciones del espacio público político.

Existe actualmente una sensibilidad bastante extendida que considera la vida cotidiana urbana como un ámbito o vehículo potencial de emancipación. Esta tendencia se alimenta entre otros factores del redescubrimiento en el mundo académico anglosajón de la obra de Henri Lefebvre, mas la producción (profusa, por cierto) influida al menos en el plano nominal por la obra del filósofo francés no ha logrado definir con precisión en qué medida y de qué manera lo cotidiano supondría condiciones de posibilidad para la emancipación, ni tampoco se aborda muy claramente aquello de lo cual la vida cotidiana nos permitiría emanciparnos: ¿el modelo capitalista, la cultura patriarcal, el monopolio de la política por los poseedores de la alta cultura?

Si bien se puede reconocer en las prácticas de la vida cotidiana un ámbito de libertad y autonomía en tanto descalce espacial y temporal respecto a las macroestructuras sociales y políticas, no menos cierto es el hecho que si tales prácticas se verifican en el ámbito de lo domiciliario o de una colectividad restringida, su impacto político se hace virtualmente nulo, tanto en el ámbito de la representación como en el del acontecimiento. Por lo tanto, es preciso hacer una distinción respecto a la noción de lo cotidiano que se usará en esta investigación: se entenderá el espacio cotidiano como el espacio practicado habitualmente por una colectividad extendida, amplia, y que en términos representacionales posee una presencia a escala urbana. Con esto no se restringe el concepto a los espacios “típicos” de la ciudad, ni tampoco a los que tienen una potencial significación histórica, pero sí se asocia directamente a lo que podríamos llamar la eventualidad de lo masivo.

La arquitecta venezolana Clara Irazábal ha desarrollado en su libro recientemente publicado *Ordinary Places / Extraordinary Events: Democracy, Citizenship, and Public Space in Latin America* (2007) el concepto de un espacio público (entendido en el sentido de los espacios abiertos de la ciudad construida, vale

decir plazas, calles, parques) que en tanto espacio ordinario, normal, rutinario, es transformado por la ocurrencia de eventos extraordinarios como una protesta ciudadana o una gran concentración electoral (por citar un par de ejemplos) en lo que la autora siguiendo a Foucault llama heterotopías de resistencia. Estas heterotopías son contra-espacios, espacios otros que invierten las jerarquías sociales y económicas y cuya función es antes la transformación social que el escapismo: “En la vida cotidiana, pero más intensa e inesperadamente aun durante eventos extraordinarios, los espacios son activamente producidos y reproducidos para sostener o alterar lo socioeconómico o culturalmente dado”. Este análisis se enmarca en la lectura que Irazábal hace del “gran reflujo” que se estaría experimentando en América Latina en oposición a las políticas neoliberales y los regímenes dictatoriales, expresado en la ocupación política del espacio público en lo que la autora denomina “eventos extraordinarios”.

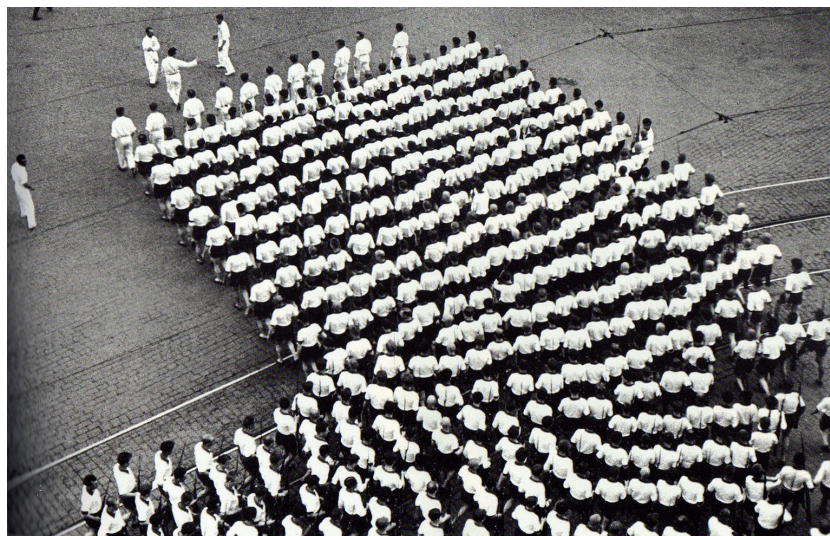
El concepto que se pretende utilizar en la tesis respecto a los espacios cotidianos se relaciona con la idea de Clara Irazábal, en el sentido que asume que se trata de espacios cuyo orden, funcionamiento, simbolismo, percepción, materia e incluso rendimiento económico son transformados radicalmente por la manifestación del espacio político, y es justamente en esa dimensión de espacio trasgredido donde reside su politicidad. En este orden de espacios entrarían fundamentalmente las calles, los espacios rutinarios y funcionales de la ciudad, y aquellos espacios representacionales que en términos de experiencia cotidiana operan como monumento (edificios públicos notables, infraestructuras culturales, plazas y plazoletas ubicadas junto a edificios institucionales y sedes del poder). Ahora bien, en tanto se trata de espacios rutinarios, la temporalidad del espacio político implica un ámbito de alteridad respecto de la normalidad cotidiana y por lo tanto la politicidad del espacio también se juega en la potencia de las prácticas en cuanto a devenir representaciones que “sedimenten” en dichos lugares, al menos a nivel de relato, en la oralidad que implica intercambios y constituye transformación latente.

Por otra parte, la noción analítica de espacios excepcionales que intentamos construir opera en un registro distinto al de la excepcionalidad enunciada en Agamben y Schmitt, si bien comparte un rasgo común, pero empleado en un sentido diferente, quizá analógico. Si para Agamben el estado de excepción supone la suspensión del orden jurídico político y de parte importante de los derechos individuales y civiles (y humanos, habría que agregar), en nuestra perspectiva sobre los espacios que denominamos excepcionales lo que ocurre es que el espacio en sí representa una suspensión de las tramas, los circuitos, el paisaje y las rutinas de la ciudad.

Los espacios excepcionales tendrían esa condición de afuera, de suspensión de las reglas que ordenan el espacio público desde la autoridad, y en ese sentido su politicidad es radicalmente diferente a la de los espacios cotidianos: por una parte, estos espacios tienen en potencia una componente importante de experiencia programada, a partir de la negociación y posible apropiación de su significado y resultados por el poder establecido. En una perspectiva negativa, como espacio político su rendimiento se puede aproximar más a un evento que un acontecimiento, un suceso con guión y escenografía.

Sin embargo, existe en estos espacios una potencia mayor aun, que sí se relaciona con la lógica del acontecimiento y que dice relación con la posibilidad de desborde. El desborde lo entendemos tanto en un sentido literal, de ocupación del espacio de la ciudad más allá de las normas (norma en el sentido de acuerdo) que garantizan la excepcionalidad de ese espacio político, como en un sentido más amplio que tiene que ver con lo se podría denominar la expansión y entrelazamiento de las subjetividades. En el primer caso, la posibilidad de desborde implica un agotamiento, una obsolescencia, una pérdida de legitimidad del marco donde cobra vida un espacio político, luego la necesidad de superar tal estadio; es un momento donde lo normativo excede a lo jurídico, lo hace saltar en pedazos para observar sus fragmentos e imaginar un nuevo orden o incluso la ausencia de todo orden. El segundo caso es muy distinto al primero: si éste se manifiesta como un estallido, aquel lo hace como un murmullo, una voz en sordina que al cabo de un tiempo deviene nuevo idioma.

Ahora bien, estas dos categorías de análisis no implican relación de antinomia ni exclusión: toda relación entre prácticas y espacios puede dar lugar a la producción de politicidad bajo la forma de espacios cotidianos o espacios excepcionales. Incluso es posible en términos teóricos pensar en una superposición de ambas categorías sobre un mismo espacio y tiempo, donde pequeñas variaciones en la relación ciudad – prácticas – representaciones pueden hacer mutar por completo la estructura y manifestación del espacio político, al modo de lo que Allen (1999) ha definido como las condiciones de campo, un sistema de relaciones, un todo donde más que la forma y propiedades de las partes importa las cualidades de los espacios entre las partes (cuerpos, objetos) y donde la más ligera variación de cualquiera de sus componentes transforma el esquema de relaciones del campo completo.



Alexander RODCHENKO. Desfile del club Dínamo, 1930.

Masa, pueblo y multitud

La idea de crisis del espacio moderno supone aquí una mirada a las agonías y aporías del proyecto moderno en su versión emancipadora, no en un sentido lastimero, sino en un sentido crítico, de enjuiciamiento común. Al hablar de espacio moderno en términos de espacio público político es imprescindible referirse a los modos de subjetividad que han emergido en la modernidad y la forma en que todos ellos concurren en la producción de espacio público.

Así como la investigación busca dilucidar o al menos indagar en distintas condiciones –no cortes temporales estrictos ni categorías cerradas– del espacio público político, en su matriz moderna general y para el caso de Santiago en particular, donde se distinguen el espacio trascendente, el espacio sin silueta y el espacio transitorio como una proposición, una invitación a pensar otras posibilidades, también es necesario revisar las diferentes expresiones del sujeto político que pueden corresponder o no a un espacio determinado. Las categorías a analizar son tres, el pueblo, la masa y la multitud, más una pequeña excursión sobre el uso del concepto “gente” en el contexto chileno.

Los criterios de análisis, por otra parte, son tres: la posibilidad de agencia de cada sujeto, sus prácticas que construyen espacio político; las representaciones que cada sujeto produce de sí mismo y cómo es visto desde fuera; y la forma que estos sujetos tienen de ocupar el espacio público, interactuando con el espacio construido.

Desde el punto de vista de la capacidad de agencia de los sujetos políticos, vale decir, de su potencia de acción para transformar el espacio público, podríamos hacer una suerte de comparación entre dos categorías “positivas” y dos “negativas” de subjetividad moderna, de acuerdo a los actores que las describen: las formas de subjetividad positivas serían el pueblo y la multitud,

como sujetos activos en la crítica e intento de transformación del mundo, mientras que la masa y la gente son conceptos que describen una actitud pasiva, se trata de sujetos objetificados⁴⁴, descritos y delimitados por una voluntad externa (si bien pueblo y multitud también son sujetos figurados por diferentes observadores, logran hacerse cargo de esta identidad inventada, imaginada, para generar agencia sobre su espacio y tiempo).

Por otra parte, en términos de la pertenencia de los sujetos políticos a un modo de espacio público específico, se construyen dos pares diferentes al enfoque anterior. Pueblo y masa participan como sujetos del espacio trascendente, el espacio de la modernidad heroica, ilustrada, progresista; por su parte, multitud y gente operan como actores del espacio sin silueta, el espacio de la modernización excesiva, deslocalizada en apariencia, genérica e instantánea a la vez. Puede incluso afirmarse, desde el punto de vista anterior, que cada par representa nociones opuestas de subjetividad dentro de un mismo modo de producción de espacio público político. La masa como antítesis del pueblo en la modernidad heroica y lo propio con la gente respecto de la multitud en tiempos recientes. En lo sucesivo abordaré estas formas de subjetividad en su relación con las representaciones y la ciudad.

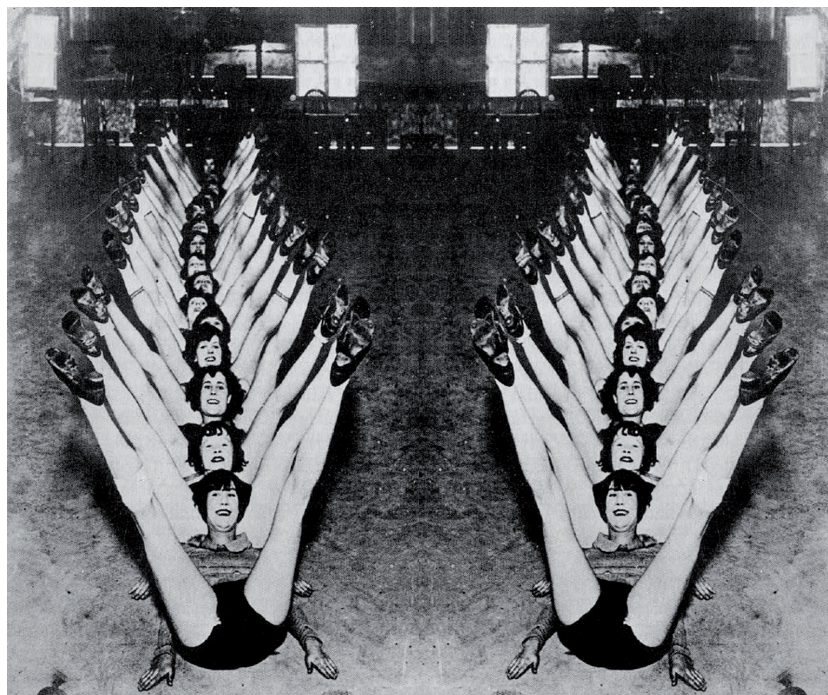
Masa

Conceptos como “arte de masas”, “política de masas”, “educación de masas” y en un contexto más cercano, “rebelión de masas”, son conceptos todos comunes a la política de los últimos siglos, particularmente del siglo XX. La masa –o las masas, dependiendo del contexto y retórica utilizada- es a la vez un sujeto ubicuo y difuso, tanto en los discursos como en sus representaciones y apariciones en la ciudad. Se puede afirmar que la masa es un sujeto cotidiano y silencioso en su función sistémica, su manifestación en la ciudad es la un colectivo sin rostro, ordenado, ajeno a consideraciones de clase, raza o género. En este sentido, se puede decir que la masa es un sujeto moderno en tanto sus rasgos son universales; por otra parte, su débil condición moderna (volviendo a Berman) se expresa en que dichos rasgos evolucionan y se modifican de acuerdo con transformaciones externas a ella, como externos son los observadores que la definen.

El espacio de las masas en la ciudad es hasta cierto punto indeterminado, sin embargo podemos reconocer dos circunstancias privilegiadas de emergencia de la masa: los espacios cotidianos del trabajo, espacio colectivo y de gran escala (la fábrica como imagen clásica), y del tránsito (el movimiento aleatorio de los desplazamientos hogar-trabajo-escuela), por una parte, y por otra, el espacio excepcional de las masas copando las calles, abandonando por un instante su subjetividad pasiva para manifestarse en el espacio público –valga la redundancia- en su condición masiva, excesiva, alterando la “normalidad” de la ciudad.

Uno de los conceptos caros a la modernidad –si bien no del todo coincidente con su espíritu ilustrado igualitario, aun así profusamente utilizado- es el de “cultura de masas”, que curiosamente representa múltiples significados, dependiendo

44. Con este neologismo se entenderá de aquí en más “el individuo concebido o considerado como objeto, mercancía, recurso o materia”. Si bien no se trata de un vocablo aceptado (RAE), su uso académico y literario es profuso.



Tiller Girls, circa 1930.

del emisor del mensaje. Por una parte, se trata de un concepto defensivo creado por las elites para marcar la línea divisoria con la “alta cultura”, aquella resguardada en museos y bibliotecas; por otra, una iniciativa de pretensiones altruistas, pensando en la expansión del “público” de las expresiones culturales como medio de promoción de las clases bajas, tradicionalmente excluidas de tal acceso; y finalmente, una categoría sospechosa para ciertos intelectuales críticos, escépticos ante la posibilidad de que dicha cultura deviniese instrumento de manipulación política.

Siegfried Kracauer (1995) ejecuta en su ensayo *The Mass Ornament* (1927) una fina disección de la cultura de masas en el contexto metropolitano europeo de entreguerras. Kracauer parte desde un punto de vista a todas luces novedoso, que para nuestros propósitos resulta de absoluta pertinencia: “La posición que una época ocupa en el proceso histórico puede ser sorprendentemente mejor determinada desde el análisis de sus manifestaciones superficiales, antes que desde el juicio de dicha época acerca de sí misma. En tanto estos juicios son expresiones de las tendencias de una era particular, no ofrecen testimonio concluyente respecto a su constitución general. Las expresiones superficiales, sin embargo, por virtud de su naturaleza inconsciente, proveen acceso sin mediación a la sustancia fundamental del estado de las cosas. A la inversa, el conocimiento del estado de cosas depende de la interpretación de las expresiones superficiales. La sustancia fundamental de una época y sus impulsos irracionales se iluminan recíprocamente”⁴⁵.

Para Kracauer, la mejor expresión de las formas de subjetividad en el contexto del capitalismo de su época se encuentra en la llamada cultura de masas, particularmente en lo que denomina ornamento de masas y su relación con la

45. KRACAUER, Siegfried (1995). *The Mass Ornament: Weimar Essays*. Translated and edited by Thomas Y. Levin. Harvard University Press, Cambridge.

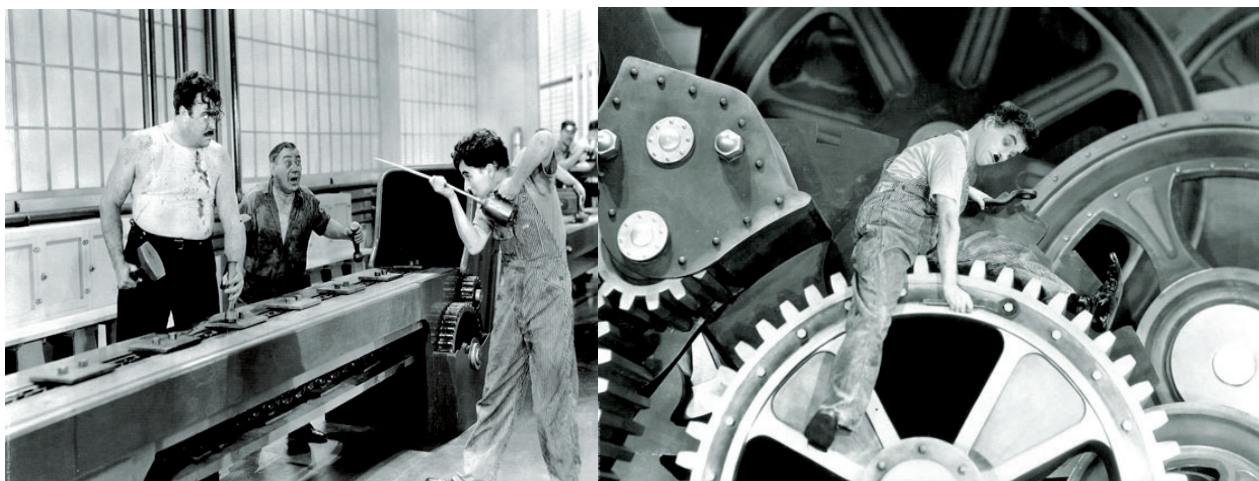
formación de subjetividad y el proceso de producción capitalista. El ejemplo sobre el cual construye su argumento es el de los espectáculos de conjuntos femeninos de baile sincronizado, cuyo caso más notorio para Kracauer son las Tiller Girls⁴⁶. El foco de atención en este ballet femenino se explica por cuanto Kracauer ve en él las características de una nueva cultura, una nueva expresión del cuerpo como sujeto y de la organización de los cuerpos en la ciudad capitalista industrial, reproducida a escala planetaria⁴⁷. Según Kracauer, la manifestación del cuerpo de las Tiller Girls muestra que “ya no son chicas individuales, sino racimos indisolubles de mujeres cuyos movimientos son demostraciones de matemática. (...) Se necesita sólo mirar la pantalla para darse cuenta que los ornamentos están compuestos de miles de cuerpos, cuerpos asexuados en trajes de baño. La regularidad de sus patrones es celebrada por las masas, ellas mismas ordenadas en las tribunas en una fila ordenada sobre otra”.

La masa, entonces, es un colectivo ordenado, monótono, que celebra la regularidad pues en ella se ve representada; es una sumatoria de individuos cuya individualidad aparentemente se disuelve en un agregado informe, falto de propósito y de sentido. La masa supone una condición estática o en el mejor de los casos, de inercia. En la visión de Kracauer, los seres humanos al constituir masa pierden toda posibilidad de agencia, se vuelven meras piezas de una estructura inmensa –fuera de toda medida- que está más allá de su entendimiento. Esta condición, de objeto antes que sujeto, para el crítico alemán responde perfectamente al modo de organización de la sociedad en función de los procesos de producción capitalista: “La estructura del ornamento de masas refleja aquélla de la situación contemporánea entera. En tanto el principio del proceso de producción capitalista no emerge puramente desde la naturaleza, debe destruir los organismos naturales que considera ya sea medios o resistencias. Comunidad y personalidad perecen cuando lo requerido es la calculabilidad; es sólo como una pequeña pieza de la masa que el individuo puede recorrer gráficos y servir máquinas sin fricción alguna”.

De algún modo, lo que Kracauer describe o prefigura es la situación de la masa como el modo de subjetividad propio de lo que aquí he llamado modernidad sin modernización, en este caso una carrera vertiginosa en persecución de la máxima eficiencia en la utilización del tiempo y el espacio para continuar la misma búsqueda de administración total de la existencia, proceso que sin duda caracteriza las distintas fases de la modernidad dominadas por el capitalismo. Dice Kracauer: “Como el ornamento de masas, el proceso de producción capitalista es un fin en sí mismo. Los bienes que vomita no son producidos en realidad para ser poseídos; son hechos en favor de una ganancia que no conoce límites. (...) El proceso de producción recorre su camino secreto en público. Cada uno hace su tarea en la cinta transportadora, realizando una función parcial sin aprehender la totalidad. Como el patrón en el estadio, la organización descansa sobre las masas, una monstruosa figura cuyo creador la esconde de los ojos de sus portadores, sin casi observarla él mismo. (...) Las manos en la fábrica corresponden a las piernas de las Tiller Girls. (...) El ornamento de masas

46. Conjunto de baile de precisión formado por John Tiller en Manchester, Inglaterra, en 1890, famoso por inventar y popularizar el estilo de danza donde las bailarinas se toman de los brazos y realizan piruetas levantando sus piernas muy alto, así como realizando acrobacias de gran exactitud.

47. “Mientras se condensan en figuras durante sus presentaciones, performances de la misma precisión geométrica están teniendo lugar en un estadio igualmente lleno, ya sea en Australia o India, sin mencionar América. El pueblo más pequeño, que este fenómeno no ha todavía alcanzado, se entera de él a través de los noticieros semanales.” KRACAUER (1995), Op. cit.



Tiempos Modernos (1936), dirigida por Charlie Chaplin.

es el reflejo estético de la racionalidad a la cual aspira el sistema económico predominante”.

Un ejemplo de esta forma de subjetividad o de experiencia del mundo como masa la encontramos en *Tiempos Modernos* (1936) de Charles Chaplin. En esta película –la última donde aparece el Vagabundo, la primera obra abiertamente política de Chaplin y según críticos, el filme que cierra el cine mudo- vemos a este personaje lidiar con la vorágine de la producción industrial⁴⁸ y el sinsentido de su participación como parte de la máquina; la tarea repetitiva en la cinta transportadora que describe Kracauer se convierte en un proceso de alienación que disloca la psiquis del individuo –conocida es la secuencia, cargada de humor negro, donde el personaje de Chaplin sale de la fábrica sin poder controlar su cuerpo, que en un tic compulsivo sigue repitiendo el gesto de apretar tuercas.

Otra forma de comprensión de la masa muy distinta es la que representa la mirada de José Ortega y Gasset en *La Rebelión de las Masas* (1930). En su clásico libro, el filósofo español abre con una declaración casi de espanto ante el fenómeno de la masa como muchedumbre, en palabras de Ortega “el hecho de las aglomeraciones”. Para Ortega, la masa y su “advenimiento al pleno poderío social” representa una amenaza: amenaza al orden tradicional de las cosas y por así decirlo, al lugar de cada cosa en la sociedad y la ciudad. La llamada rebelión de las masas supone una crisis ante los ojos de toda Europa, por cuanto su pretensión de emancipación y autonomía choca con su incapacidad e ilegitimidad para gobernarse a sí mismas y a la sociedad⁴⁹.

Ortega, luego de anunciar su programa mediante la observación de la masa como cantidad, como muchedumbre, un concepto “cuantitativo y visual”, describe –desde un punto de vista que ha sido calificado como aristocrático- la

48. En la primera secuencia, después de títulos, aparece el texto “Tiempos Modernos. Una historia de industria, de emprendimiento individual – la humanidad en una cruzada en búsqueda de la felicidad”, y luego dos imágenes reveladoras: el paso de una piara de cerdos vistos desde arriba, y luego desde el mismo punto de vista, una muchedumbre saliendo de una estación del tren subterráneo.

49. “Hay un hecho que, para bien o para mal, es el mas importante de la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su existencia, ni menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. (...) Se llama la rebelión de las masas”. ORTEGA Y GASSET, José (1980). *La rebelión de las masas*. Revista de Occidente / Alianza Editorial, Madrid.

gran división de la sociedad en masas y minorías; las minorías se forman de individuos que en primer lugar operan un distanciamiento de la masa, aquella condición previa a la aglomeración, donde hombres y mujeres que la comparten se identifican por no valorarse a sí mismos por razones especiales, masa es la persona que “se siente como todo el mundo, y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás”. Esta identidad o subjetividad es la que hoy, dice Ortega, se expresa con insolencia, copando los espacios antes reservados para el disfrute de las “minorías selectas” y persiguiendo la asimilación de éstas en una homogeneidad avasalladora⁵⁰.

Sin embargo, estas dos consideraciones negativas sobre la masa –su adscripción y celebración de figuras matemáticas, exactas, maquinales como representación de sí mismas, en la visión de Siegfried Kracauer; el intento de anular a las minorías mediante la imposición de su escala excesiva, en la imagen de Ortega y Gasset- van a ser interpretadas como potencia en un sentido totalmente diferente, en las representaciones a ser construidas por el sujeto moderno heroico por excelencia, el pueblo.

Pueblo

Se ha planteado más arriba que es posible considerar al pueblo como una antítesis de la masa, en tanto se trata de un sujeto que tiene plena consciencia de su capacidad de agencia, de su identidad y de su existencia histórica. Sin embargo, podría considerarse la masa como un estado de consciencia anterior al del pueblo, donde los individuos todavía no han adquirido nociones de identidad como tales ni como colectivo. Por otra parte, cabría observar que ambos sujetos tienen orígenes distintos: uno metropolitano, la masa; el otro nacional, el pueblo. Respecto a la identificación de la forma de subjetividad “pueblo” con la génesis y desarrollo del Estado como categoría y su expresión como estados nacionales, Paolo Virno (2003) destaca la noción de pueblo desarrollada por Thomas Hobbes en *De Cive* (1651): “El concepto de pueblo, según Hobbes, está estrechamente asociado a la existencia del Estado; no es un reflejo, una reverberación: si es Estado es pueblo. Si falta el Estado no puede haber pueblo. En *De Cive*, donde ha expuesto largamente su horror por la multitud, se lee: ‘El pueblo es un uno, porque tiene una única voluntad, y a quien se le puede atribuir una voluntad única’”⁵¹.

Pese a esta identificación del sujeto Pueblo con la identidad Nación y la organización Estado, en su evolución el pueblo lentamente ha adquirido caracteres diferenciadores, fundamentalmente de clase: de allí las nociones extendidas y convencionales de “lo popular”, como una idea o forma ya no inclusiva, sino que particular y distinta de otros grupos de la sociedad. En esta medida, el pueblo en la ciudad se vuelve territorial, no metropolitano, fiel a su origen de sujeto sobre un dominio (la nación). La imagen quizá más llamativa del pueblo en su manifestación en el espacio público ya no es, como en el caso

50. “Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera. Como se dice en Norteamérica: ser diferente es indecente. La masa arrolla todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese “todo el mundo” no es “todo el mundo”. “Todo el mundo” era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa”. ORTEGA Y GASSET, José (1980). Op. cit.

51. VIRNO, Paolo (2003). Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas. Ediciones Colihue, Buenos Aires.



Samari GURARI. Desfile de deportistas, 1940.

de la masa, la admiración por figuras espectaculares y especulares⁵² que se despliegan a una distancia suficiente para ser vistas, pero no comprendidas, sino la celebración de sí mismo en su escala, como demostración de su poder como agente de transformación sobre el mundo. Si una de las manifestaciones de la masa es la ocupación eventual y aislada del espacio público, en el caso del pueblo forma parte de su programa político. La calle es pues su lugar privilegiado, el espacio que le da forma, escala, magnitud y sentido. El pueblo es una organización dirigida, y en ese sentido una de sus expresiones espaciales mas potentes es la marcha, práctica heredera de numerosos antecedentes históricos, entre ellos la marcha de los revolucionarios franceses a Versalles: lo importante es donde la marcha termina, el lugar o edificio representativo del poder interpelado por el pueblo⁵³.

Como vemos, el pueblo se diferencia notoriamente de la masa en su forma de producción de espacio público como espacio político, en tanto práctica, acción. Sin embargo, se hermana con aquella en otros ámbitos, como el de la representación. La separación entre masa y minoría descrita por Ortega se expresa en el espacio moderno heroico de dos maneras, o mejor dicho, la minoría adquiere dos siluetas, dos formas: la de la vanguardia, separada del pueblo por su capacidad de reflexionar y elaborar estrategias políticas y estéticas; y la de los héroes, que operan como espejo en el que el pueblo pretende mirarse, los excelentes que son ejemplo y modelo, depositarios de los valores mas altos y síntesis de las aspiraciones de un colectivo.

En el caso de la relación entre pueblo y vanguardia, la figura de los trabajadores urbanos, y particularmente de los obreros industriales como líderes de los procesos revolucionarios es ineludible: sujetos que hacen de su realidad una posibilidad de transformación, a partir de la “toma de consciencia” del

52. “El portador de los ornamentos es la masa y no el pueblo (Volk), pues cuando el pueblo forma figuras, éstas no se suspenden en el aire, sino que surgen de una comunidad. (...) Sólo como partes de una masa, no como individuos que creen estar formados desde su interior, las personas se vuelven fragmentos de una figura”. KRACAUER (1995), Op. cit.

53. De algún modo y curiosamente, se da por sentado que el pueblo moderno se constituye como sujeto desde la evidencia del desposeimiento, de la carencia de poder.



Izq. Alexander RODCHENKO. Desfile de esgrimistas, 1936.
Der. Estatuas en Foro Mussolini, Roma.

funcionamiento del sistema y de la posición estratégica que ocupan en el sistema de reproducción del capitalismo. La vanguardia “confiere forma” al pueblo, le da orientación, sentido y también le imprime a su movimiento –otra noción clave del espacio moderno- un ritmo, una velocidad. En el caso de los obreros industriales, se trata asimismo de los sujetos de la modernización, aquellos que empujan la sociedad hacia un futuro de progreso⁵⁴. Los trabajadores que conforman la vanguardia del pueblo son lo opuesto al personaje de Chaplin: son capaces de manejar las riendas de la modernización y guiarlas en la dirección “correcta”; sin embargo, la figura del obrero llegará más temprano que tarde a agotarse y convertirse en fetiche, explotada por burocracias e intelligentsias.

La figura de los héroes en los proyectos revolucionarios del siglo XX, sean de derechas o izquierdas, es interesantísima como fenómeno de representación en el espacio público político, particularmente la figura del deportista como emblema de lo más excelso de una sociedad, ya sea en forma de colectivo, como es posible encontrarlo en imágenes de la vanguardia soviética, o bien en la alusión a referentes clásicos, como en el caso del gobierno fascista de Mussolini.

El registro fotográfico de desfiles en el Moscú de los años '30 y '40 nos retrotrae a la discusión inaugurada por Kracauer en *The Mass Ornament*: si bien el sentido de la exhibición de los cuerpos es totalmente diferente –no se trata en absoluto de ilusión, sino de transmitir un sentido épico al conjunto del pueblo (ya sea por la gesta revolucionaria o por la guerra patriótica)- aparece tal como en el caso de las Tiller Girls el recurso a la sincronización perfecta, cuerpos que se deshacen de su individualidad y singularidad (en ello se juega la perfección) para fundirse en un solo cuerpo extenso, compacto, impenetrable en su geometría radical. En un extremo opuesto se encuentra el llamado Foro Mussolini en Roma, circundado por una serie de estatuas reminiscentes de atletas griegos, para simbolizar la fuerza y armonía del régimen y entregarlo como espejo al pueblo italiano. Finalmente, se puede mencionar el caso del héroe singular, paso previo al tristemente célebre culto a la personalidad en contextos de separación entre

54. Se pueden entregar innumerables ejemplos de esta idea, para muestra un botón algo distinto; en una presentación para la televisión peruana en Junio de 1973, Víctor Jara introduce el tema Luchín de la siguiente manera: “Este es un bandidito chico. Un cabrito, como decimos en Chile, que anda con la cara sucia, embarradito. Pero a lo mejor, este bandidito en unos veinte años más, o en unos quince años más, va a ser capaz de dirigir una fábrica en mi país”.



Samari GURARI. Encuentro con Yuri Gagarin, 1961.

pueblo y vanguardia/héroe como los que he mencionado; los rostros de los hombres y mujeres saludando a Yuri Gagarin a su regreso del espacio sintetizan en gran medida el sentido del sujeto pueblo, uno que pone sus metas más allá de su propio horizonte e inunda la ciudad celebrando ese futuro hecho presente por su propia capacidad de agencia.

El componente épico es uno de los elementos que mejor definen la forma de subjetividad del pueblo, sea aquél definido por un elemento nacional (o patriótico, con la carga conservadora que este concepto conlleva) o bien revolucionario (vanguardista). Me interesa resaltar este aspecto por cuanto toda épica supone una narrativa; en el espacio trascendente, la narrativa propone un telos planetario, excesivo e inclusivo a la vez, pero al mismo tiempo movilizador, dinamizador. El pueblo se considera a sí mismo vehículo de transformaciones radicales a las estructuras de la sociedad y opera para hacerlas realidad. Tal como en París en 1968, en Santiago de Chile veinte años después la narrativa es desmantelada: para ciertas vanguardias devenidas elites, es necesario que el pueblo desaparezca del espacio público, que sus ritualidades vuelvan al territorio, que abandone el ámbito metropolitano para recluirse en el domicilio con un nuevo nombre: la gente.

Gente

Guadalupe Santa Cruz (2002) ha sintetizado de un modo preciso cuanto brutal la transformación del pueblo moderno en la gente de la nueva democracia chilena: “No es casual que entre la noción de pueblo y aquella de la gente se ubique un tiempo de torturas y terror. Allí se fraguaba, ya, la dispersión necesaria para establecer las listas de nadie de la ingeniería social y del mercado”⁵⁵. Esta idea de un sujeto disuelto, disperso, aparece en dos escritos de Alfredo Rodríguez con veinte años de distancia entre sí; en *Por una ciudad democrática* (1983), Rodríguez describe la situación de esos años como un desolador panorama, con un espacio público suprimido o suspendido, eliminado todo derecho ciudadano y toda organización que implique una alternativa de colectividad a la versión oficial. Quizás si lo más relevante de su planteamiento es la constatación de que el sujeto político colectivo ha sido atomizado, disgregado en individuos sin

55. SANTA CRUZ, Guadalupe (2002). El rumor de las listas. En: *Revista de Crítica Cultural*, no. 24, junio de 2002, pp. 10-11.

capacidad de agencia (a excepción de la acción política con riesgo de vida ante la represión) y por cierto, en una condición de politicidad nula⁵⁶.

En un artículo de 2004, el mismo autor reitera la idea de un proceso de domiciliación a partir de lo que denomina el repliegue de la sociedad a la esfera privada debido al trauma de la historia reciente (supresión del espacio público ciudadano mediante la instalación de la violencia incontrolada por parte del Estado), lo cual se puede interpretar como factor de lo que Remedi (2004) define como el vaciamiento del espacio público⁵⁷. La ciudad, explica Rodríguez, se nos presenta como un espacio fragmentado⁵⁸, caracterizado por la profundización de dinámicas de segregación socioespacial, el agravamiento de la desigualdad y la marginalidad; el desarrollo de la periferia opulenta como nostalgia de lo rural y la negación de la ciudad como espacio público, entre otras.

El proceso de movilizaciones por el retorno a la democracia entre 1983 y 1988 implicó, ciertamente con altibajos en el camino, la reconstrucción paulatina de la posibilidad de un espacio público político en el país y en la ciudad de Santiago. Sin embargo, el largo paréntesis o clausura de lo público de algún modo ocultó las transformaciones de los sujetos políticos en el duro interregno: si bien hubo en esos años un resurgimiento de las nociones y representaciones de lo popular y lo heroico, los antiguos agentes habían sufrido cambios, tedios, quiebres, desilusiones y pérdidas que no podían obviar a la hora de abordar una construcción genuina del nuevo espacio público; por otro lado, los nuevos actores llegaban con nuevas ideas y nuevos programas que ciertamente tensionaban la antigua esfera republicana. Con todo, las distintas identidades lograron converger en un colectivo coherente, dirigido hacia un objetivo superior, trascendente: la recuperación de la democracia.

El proceso previo al plebiscito de 1988 marcó el inicio de una nueva forma de hacer política y un nuevo espacio público: el espacio de los medios de comunicación y particularmente de la televisión. Si bien durante la dictadura el uso político de la televisión fue una constante, mediante los noticieros diarios y las periódicas cadenas nacionales, 1988 supone una distinción en la comprensión del potencial de este nuevo espacio. Se han escrito numerosos artículos respecto a la estética y contenidos de la franja televisiva del NO; lo que no ha sido explicado o analizado en profundidad es el giro conceptual de la política del que a la postre se convertiría en el sector político dominante. El desplazamiento representacional desde la apelación a la nación (“Chile, la alegría ya viene”) y el ejercicio democrático como una tarea de todos, sin diferencias ni exclusiones (“vamos a decir que NO”) hasta la noción de “gana la gente” requiere de un cuestionamiento, aunque sea breve.

La idea de “gente” se constituye como la estrategia perfecta de disolución del sujeto político en pleno desarrollo hacia fines de los años ’80: en el aspecto superficial, indica el cierre de un ciclo (dictadura dando paso a la democracia), pero en un sentido un poco más profundo, inaugura una nueva “normalidad”,

56. “La ciudad del pasado ha sido destruida. (...) La población fue dispersada, separada, al haber sido socialmente atomizada en sus poblaciones y lugares de trabajo. La ciudad, el escenario urbano, se ha convertido en el espacio de la disciplina” RODRÍGUEZ, Alfredo (1983). *Por una ciudad democrática*. Ediciones SUR, Santiago, pp. 10 - 11.

57. REMEDI, Gustavo (2004). *La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público)*.

58. RODRÍGUEZ, Alfredo y Lucy Winchester (2004). *Santiago de Chile: una ciudad fragmentada*. En: DE MATTOS, Carlos (editor). *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación – Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales PUC, Santiago.



Alejandro HOPPE, 1988.

aquella de la política de salón, la democracia de los acuerdos y la figura del consenso a todo evento como prevención ante un nuevo quiebre y trauma. En esta nueva normalidad el sujeto heroico es un estorbo, la población politizada representa el riesgo para el orden que Ortega y Gasset veía en las masas de su propia época.

La estrategia de la misión cumplida, el retorno a los problemas “reales” y la promesa del equilibrio a fuerza de concesiones a los poderes fácticos, sumados a un desencanto temprano y una ingenuidad inverosímil por parte de los potenciales actores críticos, provocaron la sumisa conversión de la población movilizadora en la gente de la Transición, un sujeto totalmente pasivo, disgregado en individuos domiciliados, reunido en torno a una descripción genérica⁵⁹, anodina y liberadora de la responsabilidad moderna de mirar a la historia en la cara y vivir con ello.

La gente, de este modo, se transforma en el sujeto objetificado perfectamente funcional a la nueva lógica de la modernización en la ciudad, una ciudad gobernada por la racionalidad económica, el criterio técnico de gabinete y la “razón de Estado”, verdadera antítesis del espacio público.

Multitud

El concepto de multitud se encuentra en el centro de la discusión de nuestro tiempo como una nueva posibilidad de lo político, un nuevo sujeto contemporáneo capaz de lidiar con la complejidad de la modernización sin modernidad, el espacio sin silueta. Para algunos postmodernos, la multitud se contrapone al pueblo moderno no sólo en cuanto formas de organización (ante el descalabro de las vanguardias y las estructuras piramidales, la trama horizontal y las redes), sino fundamentalmente en el modo de construcción de subjetividad. Paolo Virno (2003) define al sujeto multitudinario como resultado final de un proceso de individuación, que se inicia en lo genérico, en lo común, para concluir en un individuo resistente a toda síntesis⁶⁰ (característica fundante

59. La idea de una identidad genérica ha tenido en la historia otras expresiones, por cierto más radicales y de apertura, como por ejemplo el movimiento de derechos humanos en Chile (puede haber algo más genérico que los DD.HH.?) o la visión de los anarquistas de principios del siglo XX respecto a lo humano (recordar la versión anarquista del himno La Internacional: “el género humano es la Internacional”).

60. “Como hemos visto, multitud significa la pluralidad- literalmente, el ser-muchos- como forma duradera de existencia social y política, contrapuesta a la unidad cohesiva del pueblo. Pues bien, la multitud consiste en una red de individuos; los muchos son singularidad. El punto decisivo es considerar a esta singularidad como un punto de llegada, no como un dato desde el cual partir; como

del sujeto popular, de la masa y la gente). Sin embargo, no debe confundirse, dice Virno, al individuo de la multitud con el arquetipo liberal: “La noción de multitud parece tener algún parentesco con el pensamiento liberal, puesto que valoriza la individualidad, pero, al mismo tiempo, se diferencia radicalmente porque dicha individualidad es el fruto final de una individuación que proviene de lo universal, de lo genérico, de lo preindividual. La aparente vecindad se destruye en la mayor lejanía”.

La idea de los muchos como “forma duradera de existencia social” implica hoy dos asuntos fundamentales: por una parte, imaginar una representación coherente para la multitud, y por otra, pensar en la condición de posibilidad del nuevo espacio público que supone la “república de la multitud” como esfera pública no estatal, en palabras de Virno. En la actualidad, conceptos como la multitud o el éxodo, si bien tienen un interesante rendimiento potencial como categoría crítica, pertenecen hoy más bien al conjunto de conceptos irrepresentables que por miríadas surgen en el intento de análisis y formulación de alternativas al espacio del capitalismo contemporáneo o espacio sin silueta.

Por cierto, no es ésta una falla de la teoría del filósofo italiano, sino antes la aparente imposibilidad de romper del todo con el espacio trascendente, sus prácticas y representaciones. La multitud como forma de subjetividad se relaciona directamente con lo que Maurizio Lazzarato (2003) ha llamado el paradigma del acontecimiento, y en tal circunstancia su forma de aparición o emergencia en el espacio público conlleva un modo problemático, tal como el propio Lazzarato sugiere: “En el acontecimiento, se observa a la vez lo que una época tiene de intolerable y las nuevas posibilidades de vida que encierra. El modo del acontecimiento es lo problemático. El acontecimiento no es la resolución de un problema, sino una apertura de posibilidades”⁶¹.

Esta apertura de posibilidades se vincula estrechamente con cierta manera episódica que caracteriza a la multitud. La multitud, en tanto opera en la lógica del acontecimiento, estaría ajena a dispositivos teleológicos de toda especie, así como a la posibilidad de representaciones totales e instantáneas; su forma de “acontecer” sino más bien produciría constantes variaciones y adaptaciones de los campos de la subjetividad y los imaginarios.

La idea de éxodo de Paolo Virno se emparenta con la proclama del Operaismo italiano de los años setenta en torno al rechazo del trabajo como forma de acción política. Para Mario Tronti, ideólogo del Operaismo, oponer el trabajo al capital suponía la capacidad negativa de generación de valor, esto es, negarse a trabajar, siendo de ese modo “la palanca material de la disolución capitalista localizada en el punto decisivo del sistema”⁶². Este quiebre de escenario remite a la condición descrita por Virno en el concepto de Éxodo: “Nada es menos pasivo que una fuga, que un éxodo. La defección modifica las condiciones en las que ha tenido lugar la contienda, antes presupuestas como horizonte

el resultado final de un proceso de individuación, no como átomos solipsistas. Porque son el resultado complejo de una diferenciación progresiva, los “muchos” no postulan una síntesis ulterior. El individuo de la multitud es el término final de un proceso tras el cual no hay otro, porque todo el resto (el pasaje del Uno a los Muchos) ya se ha dado”. VIRNO, Paolo (2003) Op. cit., pp. 76-77.

61. LAZZARATO, Maurizio (2003). Lucha, acontecimiento, media. Documento extraído del sitio web www.republicart.net.

62. AURELI, Pier Vittorio (2008). *The Project of Autonomy. Politics and Architecture within and against Capitalism*. Princeton University Press – Temple Hoyne Buell Center for the Study of American Architecture, Columbia University, New York.



Protestas en contra de la reunión de la Organización Mundial del Comercio (OMC), Seattle, 1999.

inamovible; cambia el contexto en el cual está inserto un problema, en lugar de afrontar a este último eligiendo una u otra de las alternativas previstas. En suma, la salida consiste en una invención desprejuiciada, que altera las reglas del juego y enloquece la brújula del adversario”. Virno ha opuesto en el pasado la idea de éxodo a la de revolución, para explicitar la idea de república como la conquista de una esfera no estatal; Lazzarato califica en términos equivalentes las manifestaciones del llamado 30-N, las protestas con motivo de la ronda de reuniones de la OMC en Seattle, en noviembre de 1999: “La diferencia en relación con otros movimientos políticos del siglo que acaba de finalizar es radical. El acontecimiento de Seattle no remite, por ejemplo, a la lucha de clases y a la necesaria toma del poder. (...) Se limita a anunciar que “se ha creado algo posible”, que hay nuevas posibilidades de vida y que se trata de realizarlas; que un mundo posible se ha expresado y que se debe cumplir”.

La forma episódica de la multitud implica la ausencia de una narrativa previa, más no necesariamente la imposibilidad de construir un nuevo tipo de relato. Su estética (su forma de representación) es a la vez teatral y cinematográfica: por una parte construye escena, dialoga con la ciudad e instala un antagonista; por otra, su emergencia impredecible, asincrónica, requiere de una observación que como el montaje de cine pueda recomponer sus elipsis. La multitud es uno de los sujetos del espacio sin silueta, pero es aquel que posee la mayor potencia de crear espacio transitorio.

Sin embargo, la multitud tampoco implica la pérdida de todas las estructuras jerárquicas, todas las relaciones en su interior no son plenamente parte de la lógica del acontecimiento, como apunta Saskia Sassen: “la multitud es algo que sólo se puede ver desde afuera, como tal, esa es mi crítica. Una vez que estás adentro, recuperas todas las arquitecturas que la constituyen: políticas, subjetivas, organizacionales, de poder. La multitud no es simplemente un millón de personas. La multitud como categoría es, como dicen en inglés, ‘a category of the gaze’, tú la ves, el observador puede apreciar la multitud, pero una vez dentro, no se ve de ese modo”⁶³.

63. Entrevista a Saskia Sassen, 25 de marzo de 2008.

Del cuerpo extenso al cuerpo discreto

A modo de síntesis, podemos hablar de una transformación en los sujetos políticos que actúan en el espacio público en el eje de su forma en tanto cuerpo. Esta transformación nos muestra un proceso de desagregación o disociación, con la masividad de los sujetos modernos clásicos como una representación automática y permanente que deja paso a la extensión episódica de los sujetos contemporáneos. La disolución de los cuerpos colectivos en los cuales se había basado el modelo de producción del espacio moderno heroico se debe a factores diversos, sin embargo todos ellos se pueden condensar en lo que podríamos llamar el desmantelamiento de parte importante de las instancias de colectividad que proveían el sustrato para la constitución de dichos cuerpos. Estas instancias no son sino las organizaciones estructurales de la modernidad ilustrada, industrial y épica: organizaciones productivas, como los grandes complejos fabriles, lugar de formación de las organizaciones asociativas masivas de obreros; otras organizaciones representativas, como las federaciones estudiantiles y gremiales; las instituciones educacionales, universidades y escuelas; y por cierto, las organizaciones políticas.

El factor de la reestructuración productiva capitalista de los últimos 35 años impacta tanto en los países industrializados como en aquellos de desarrollo industrial incipiente en relación a la primacía de la representación del progreso a través de la industria, como el caso de Chile, donde el proceso de modernización basado en una industria sustitutiva de importaciones es desechado por los equipos económicos de la dictadura y reemplazado por políticas de laboratorio que algunos han llamado pioneras del neoliberalismo. Como efectos más notorios en el contexto de la ciudad están por una parte la obsolescencia de las grandes instalaciones de la industria transformadora, ahora convertidas en elefantes blancos o barrios completos como ruinas urbanas; por otra parte, la reestructuración productiva involucra la desaparición de las empresas de gran tamaño en tanto organizaciones, con la migración no sólo cuantitativa sino también simbólica desde la figura del obrero fabril a la del empleado del sector terciario y la consiguiente pérdida de protagonismo de un sujeto político de primera línea en el anterior escenario. Para el caso de Santiago, el ejemplo quizás perfecto es el del antiguo “cordón industrial” Vicuña Mackenna, espacio de alta politización durante el gobierno de la UP y fallido símbolo de potencial resistencia a la violencia militar durante el golpe de Estado.

La organización de los trabajadores en este proceso no sólo pierde el lugar referencial, la escena de su constitución y su imaginario –la fábrica-, sino que además es víctima de un andamiaje legal que la atomiza y debilita⁶⁴.

El fin de la guerra fría y el colapso del sistema mundial de dos bloques en un esquema unipolar, por otra parte, sumados a la persecución política en el caso chileno, el desprestigio de los partidos y la privatización de los asuntos públicos en una lógica de la política como pura administración (ver capítulo 7) de algún

64. En el caso chileno, se debe recordar la legislación que señala un número mínimo de 8 trabajadores para formar un sindicato, frente a la cual por ejemplo las grandes empresas de retail han actuado reestructurando filiales y dividiéndose en cientos de razones sociales, que a veces han llegado al extremo de tener un trabajador cada una, para entorpecer la negociación colectiva y la capacidad de asociación de los trabajadores: “Los grandes holdings poseen decenas y a veces cientos de razones sociales, lo que impide que los mini sindicatos tengan fuerza real. Por ejemplo, D&S -de los supermercados Líder-opera con 120 razones sociales y Almacenes París con 152”. Fuente: <http://www.puntofinal.cl/646/maniobra.htm>

modo han producido un desmantelamiento de lo político como instancia de colectividad –para nuestros intereses, de ciudadanía- y han contribuido al actual espacio sin silueta, un espacio político donde los sujetos son ahora cuerpos discretos, cuerpos individuales cuya politicidad se desarrolla a través de su corporalidad, su materialidad en muchos casos precaria.

Este elemento a mi modo de ver es clave en la actual configuración del espacio público político en Chile. La subjetividad política se construye preferentemente ya no más en referencia a cuerpos extensos, sino al propio cuerpo como depositario (o no) de potencia política. La experiencia de la represión, no sólo de la tortura, las desapariciones y las protestas, sino también del toque de queda, de las universidades intervenidas, la censura, la violencia cotidiana, implicó una percepción de estrictos límites a la individualidad, pero también una vivencia común que generó una resistencia masiva a la dictadura y un fuerte movimiento para la recuperación de la democracia. Sin embargo, la opción de las élites de la Transición por el eje modernizador de la política en lugar de una opción por una mayor democratización de la sociedad chilena, las restricciones propias de la institucionalidad heredada de la dictadura⁶⁵ y también la cesión voluntaria de los ciudadanos de toda iniciativa política a sus nuevos representantes ante la presencia ominosa del trauma, concurren como factores en la gestación de un escenario que Alfredo Joignant (2002) ha llamado democracia de la indiferencia, con “gente cada vez más volcada hacia su estrecho ámbito biográfico”⁶⁶.

Lo que Joignant no aborda es la posición de aquellos sujetos que –ya sea de forma circunstancial o sostenida- buscan efectivamente participar de lo público y lo político. Es en estos actores donde sostengo que su potencia política se construye desde la corporalidad, entendida tanto en un sentido individual, como la puesta del cuerpo en situaciones límite (huelgas de hambre, auto inmolaciones), la exhibición pública del cuerpo privado como protesta, la alteración del propio cuerpo como transgresión a los “valores públicos”, por citar algunos ejemplos, o bien en un sentido limitado de colectividad de iguales signado por lo corpóreo, como las políticas de raza, género e incluso de barrio, las cuales en función de su matriz de cuerpos discretos intentan, desde una posición siempre subalterna e incluso de privación (lo que Harvey llama *politics of dispossession*), hacer evidentes los discursos y acciones que operan sobre ellos por parte de un poder asimétrico. Mi punto de vista es que esta misma forma de construcción de identidad o subjetividad representa –no como único factor, pero sí muy importante- una tara para que esta potencial politicidad no alcance la escala de la ciudad.

65. Entre otros elementos de la Constitución de 1980, el sistema electoral binominal a todas luces antidemocrático, la persistencia de enclaves autoritarios como el Consejo de Seguridad Nacional, la inamovilidad de los comandantes en jefe de las FF.AA., los senadores designados.

66. JOIGNANT, Alfredo (2002). La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. En: ATRIA, Muñoz, Stefoni (editores) (2002). El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle. Editorial Universitaria, Santiago.

Calces y descalses entre política y forma en la ciudad moderna

Al tratar la manifestación del espacio público como espacio político en la modernidad, es inevitable referirse al rol de la arquitectura en los procesos de producción de dicho espacio. Dentro de la lógica vanguardista predominante en el arte y la arquitectura del siglo pasado, se pueden reconocer varios elementos centrales en su expresión pública, entre los que destacan el manifiesto como medio privilegiado de enunciación e identidad de las propuestas de vanguardia, el aprovechamiento de las instituciones artísticas como plataforma para su ingreso en lo público y quizá como uno de los aspectos más relevantes, una relación muy estrecha con los medios de comunicación, nuevo lugar de generación de la opinión pública.

En el caso de la arquitectura, muchos de estos procedimientos y estrategias son heredados de otros campos, como el de la poesía (el recurso al manifiesto como forma privilegiada) o la pintura (la realización de exposiciones exaltando la condición de novedad y el supuesto carácter cíclico de las vanguardias). En rigor, dada su condición de disciplina productiva y por ende integrada plenamente en la dinámica del proyecto modernizador, la arquitectura en raras ocasiones opera como práctica crítica del poder; por el contrario, la mayoría de las veces se encuentra en estrecha asociación con él. Sin embargo, sería un error intentar construir una relación de pura causalidad entre proyecto político y proyecto urbano en el contexto moderno, al menos desde el punto de vista de la producción de representaciones, ya sean apologéticas o críticas.

En *La Arquitectura de la Ciudad* (1966; 1982), Aldo Rossi escribió que “Sobre la base de todos los argumentos que hemos expuesto aquí⁶⁷, no sólo afirmamos la relevancia de la política sino que incluso mantenemos que es de primera importancia y, de hecho, decisiva. La política constituye el problema de las opciones. Quién elige la imagen de la ciudad sino la ciudad misma –siempre y solamente a través de sus instituciones políticas. Sostener que esta elección es indiferente es una simplificación banal del problema. No es algo indiferente: Atenas, Roma y París son la forma de su política, los signos de su voluntad colectiva”⁶⁸.

Esta cita trae al centro de nuestra discusión la tensión entre heteronomía y autonomía relacionada con la producción de la ciudad en tanto forma. Los casos referidos por Rossi, por cierto, no son elegidos al azar; guardan relación con algunos de los más grandes ejemplos de la relación entre arquitectura y política como forma urbana: democracia y ciudadanía en Atenas, expansión imperial y desarrollo de las instituciones políticas en Roma y grandiosidad y transformación autocrática en París.

Sin embargo, lo más interesante en el contexto actual y para los propósitos de esta tesis es tomar la afirmación de Rossi y convertirla en una pregunta:

67. Fundamentalmente asuntos relacionados con los conceptos de tipología, funcionalismo ingenuo, la clasificación en arquitectura y el rol de los monumentos en la construcción de la ciudad.

68. ROSSI, Aldo (1982). *La Arquitectura de la Ciudad*. Gustavo Gili, Barcelona.

¿Son las ciudades la forma de su política? Pretendo analizar en este capítulo varios ejemplos de la relación entre arquitectura y política en la producción de la ciudad, a la luz de la discusión entre arquitectura como expresión ideológica y arquitectura como forma autónoma, para expandir estos criterios y desmontar construcciones automáticas respecto de posibles subordinaciones y contaminaciones. Aldo Rossi menciona un elemento que es del mayor interés y relevancia para mi análisis: la idea de la política y lo político como el problema de las decisiones u opciones, y junto con ello, el lugar o espacio donde esta decisión es tomada, lo que Rossi llama “instituciones políticas” -que yo denominaré actores políticos y sus prácticas-, a la vez que lo que el arquitecto italiano llama “voluntad colectiva”, que en esta investigación se entiende como representaciones colectivas.

El análisis abordará varios ejemplos de ciudades observando la tensión entre forma autónoma y heterónoma e indagando acerca de la potencia de la forma urbana como condición de posibilidad para un proyecto político, el rol de las “instituciones políticas” y la expresión de la “voluntad colectiva”. Mi intención es revelar las diferencias y elementos de continuidad en estas encarnaciones de la relación entre política y forma, entendida dentro de la noción extensa de modernidad ejercitada en el proyecto de investigación; cuestionando hasta que punto los elementos ideológicos y estéticos cambian de acuerdo al contexto histórico o bien permanecen inalterados en sus criterios centrales a lo largo del desarrollo de la modernidad.

Los ejemplos elegidos surgen no sólo de periodos históricos diferentes, sino también de distintos contextos culturales, abarcando desde las transformaciones urbanas de la Italia renacentista y barroca, pasando por una idea de ciudad que se materializa finalmente al cabo de un siglo, la capital de un estado desarrollista que conquista su propio territorio y finalmente, una ciudad dividida por la política cuya reunión deviene laboratorio de tardías y entusiastas utopías capitalistas.

Estos ejemplos se encuentran –tal como los de Aldo Rossi- cercanos a una condición tópica en la discusión arquitectónica; sin embargo, plantean interesantes preguntas referentes al tema que trato de abordar, vale decir los procesos de producción de la ciudad, el rol de la arquitectura en ellos, y la relación entre esfera pública y espacio público a través de las prácticas políticas y representaciones. Estas reflexiones se pueden resumir en las siguientes preguntas:

¿Cuál es la relación en cada uno de los casos entre la forma y lógica de las “instituciones políticas” y la arquitectura de la ciudad?

¿Se puede analizar la expresión arquitectónica de la llamada “voluntad colectiva” como una interpretación de arquitectos, basada en su conocimiento disciplinar, y por ende como una afirmación en último término de la autonomía de la arquitectura en la creación de la forma urbana?

¿Es posible descubrir procedimientos ideológicos políticos en la gestación de la forma urbana y el espacio público?

En primer lugar, intentaré describir brevemente la relación entre ideología y arquitectura moderna, para luego disectar cada uno de los casos en función de indagar cuestiones de heteronomía y autonomía en la gestación de la forma urbana, así como líneas de continuidad en el pensamiento y la arquitectura moderna respecto a estos asuntos.

Arquitectura como expresión ideológica o forma autónoma

En su libro *Ideology: an introduction* (1991), Terry Eagleton hace un riguroso recuento de las diferentes nociones de ideología, enfocándose particularmente en dismantelar el cliché de la ideología sólo como falsa consciencia, idea sostenida desafiadamente por algunos y ácidamente criticada por otros, todos según el autor sin un adecuado conocimiento del concepto. Eagleton se refiere en primer lugar a tres doctrinas centrales del pensamiento postmodernista que –en sus palabras– han contribuido a desacreditar el concepto clásico de ideología:

1. Un rechazo de la noción de representación, basado en un modelo empirista.
2. Un escepticismo epistemológico de acuerdo con el cual cualquier intento de identificar una forma de consciencia implica una noción de verdad absoluta (la peor herejía modernista a ojos de un postmodernista), y
3. Una reformulación de las relaciones entre racionalidad, intereses y poder, a partir de la cual se volvería redundante el concepto mismo de ideología.

Además, Eagleton identifica en la discusión de posguerra sobre ideología dos “escuelas” principales: una preocupada con el “fin de las ideologías”, la cual desecha la noción de ideología en sí como algo cerrado, dogmático e inflexible; la otra, etiquetada como post-ideológica (postmoderna), que critica la ideología por teleológica, metafísicamente fundada y en último término totalitaria. Por otra parte, al reconstruir el concepto de ideología, Eagleton describe dos tradiciones dominantes que derivan del marxismo: la que él llama “linaje central”, que en realidad es aquella que instala la noción de ideología como (auto) ilusión, distorsión y mistificación, y otra tradición alternativa, definida por el autor inglés como una “visión sociológica”, que trata la ideología como la función de las ideas en la vida societal.

Existen diversas matrices desde donde analizar la ideología, sus procesos y funciones, varias de las cuales son cubiertas por el autor, desde la visión científicista de Emile Durkheim (“ideología es el uso de nociones para gobernar la recolección de hechos en lugar de derivar conclusiones de ellos”) hasta las visiones de pensadores como Foucault (la ideología como discurso) o Habermas (comunicación sistemáticamente distorsionada) quienes adaptan el concepto al contexto de su propia elaboración teórica; una versión quizás un poco más desarrollada la encontramos en Althusser: “una organización particular de prácticas significantes que constituye a los seres humanos como sujetos sociales, y que produce las relaciones vividas por medio de las cuales dichos sujetos se conectan a las relaciones dominantes de producción en una sociedad”⁶⁹.

69. EAGLETON, Terry (1991). *Ideology: an introduction*. Verso, London.

Ahora bien, para el tema que nos concierne, más que profundizar sobre las múltiples definiciones y escuelas filosóficas, resulta de mayor interés la reflexión inicial de Terry Eagleton respecto al intento de situar la discusión sobre el concepto de ideología en el contexto contemporáneo, guardando distancia tanto de la posición determinista de gran parte de la izquierda durante la Guerra Fría y luego de mayo del '68, como de lecturas más recientes que restan todo valor y potencia a la categoría en tanto función política y social. El punto de vista propuesto por Eagleton considera la ideología no como falsa consciencia, sino más bien como un campo de interacción: se trata de una crítica explícita a la figura simplista de los grupos sociales subordinados como sujetos adormecidos, ingenuos y completamente alienados, hasta cierto punto víctimas de la manipulación por parte de los grupos dominantes en la sociedad, en absoluto control de la emisión de mensajes y producción de “sentido común”. Por otra parte, representa una posición de cierta sospecha frente al liviano anuncio de la futilidad y anacronismo de las ideologías por parte de ciertos críticos postmodernistas.

Finalmente, Eagleton hace una interesante y necesaria distinción entre política e ideología, donde la política sería “los procesos de poder mediante los cuales los órdenes sociales son sostenidos o desafiados”, mientras que ideología implicaría “las maneras en las cuales dichos procesos de poder quedan atrapados en el dominio de la significación”. En el contexto de esta tesis, esta distinción se podría aplicar a las dimensiones del espacio público político expresadas en las prácticas (la política, según Eagleton) y las representaciones (la ideología).

En esta sección, el énfasis estará puesto en reconocer ciertas maneras quizás más específicas de expresiones ideológicas en la producción de ciudad y en arquitectura. Radical importancia adquiere el concepto de proyecto como vehículo ideológico, así como las relaciones entre ideología y monumento e ideología y trama o figura urbana. Las relaciones entre vanguardia y propaganda también revestirán especial relevancia. Me interesa desarrollar una pequeña hipótesis operativa en el contexto teórico de la tesis, referente a una condición ideológica de la arquitectura más cercana al paradigma moderno y aquello que hay de ideológico en él, que a las aproximaciones políticas “discursivas” de arquitectos, artistas o urbanistas. Sin dejar completamente de lado las manifestaciones ideológicas en tanto máscaras (“auto ilusión, distorsión y mistificación”), identidades o estrategias, quiero enfatizar las formas en las que el dominio de la significación o el paradigma de la representación, según sea la referencia autoral, incide decisivamente en los procesos de producción del espacio público político.



Vista desde el aire de Vía Giulia, Roma.

Roma, proyecto de ciudad imperial

Roma ofrece varios casos de estudio respecto a la relación compleja entre forma y política en la ciudad moderna; desde cierto punto de vista, las tensiones entre la renovación renacentista y las estructuras medievales en la inauguración de la modernidad urbana anticipan la génesis del Estado absolutista defendido por Hobbes, en su calidad de estructura unitaria, monolítica y homogénea. Por otra parte, en las políticas urbanas del Cuatrocientos en Roma asistimos a la primera manifestación del espacio político a la vez como monumento y como trama. Manfredo Tafuri (1992) construye un brillante análisis de la relación política – arquitectura en su libro *Ricerca di Rinascimento: principi, città, architetti*⁷⁰, ejemplificada fundamentalmente en la Roma de Nicolás V. El papado de Nicolás V (1447 – 1455) destaca por el proceso de construcción del Estado de la Iglesia, con la concentración del poder papal en un Estado como medio de “asegurar la supervivencia” de la Iglesia, en una era no sólo de monarquías y principados, sino que fundamentalmente un período todavía fuertemente influenciado por la política comunal y sobre todo por el conciliarismo (la idea que la autoridad final en temas espirituales residía en la Iglesia como corporación de cristianos, como colectivo representado por un consejo general, en lugar del Papa), así como por el redescubrimiento del concepto de *civis* antes que el de *subditus* como depositario último del poder político y por ende el cuestionamiento a la figura del príncipe como soberano.

En este proceso, según el autor, “la expansión de la intervención pontificia en la vida pública y la estrategia urbana son momentos fundamentales”, por cuanto el poder pontificio estaba seriamente amenazado por el poder de los tribunos municipales de Roma y su deseo de restaurar las instituciones romanas republicanas, lo que incluso llevó en 1453 a un intento insurreccional encabezado por Stefano Porcari. Tafuri, citando a Paolo Prodi, sugiere que de algún modo Nicolás V persigue ex profeso con su proyecto de *instauratio* generar un rol dual para Roma como capital de un Estado absolutista y lugar simbólico de la Cristiandad a la vez, fortaleciendo la analogía construida por teólogos de la época entre papa y soberano.

70. TAFURI, Manfredo (1992). *Interpreting the Renaissance: princes, cities, architects*. Yale University Press, New Haven. Debe hacerse una observación en este punto respecto del subtítulo de la edición española del libro (Ediciones Cátedra, Madrid, 1995), que traduce *principi* como “principios”, en lugar de “príncipes”, claramente asociado con mayor fuerza al tema del libro, como sí se consigna en la edición inglesa.



En palabras de Tafuri, la Roma del período nicolino era un conglomerado de patrimonios domésticos organizados en complejos, estructuras porosas sobre la base de la domus, un archipiélago de espacios residenciales cerrados y espacios de mediación o filtros (pórticos, galerías, columnatas) destinados a unir, a dar continuidad al espacio urbano de estos archipiélagos controlados por el poder de los “romanos” o nobleza urbana, opositora al poder papal. La ciudad fragmentaria, heredera de la tradición medieval de los clanes, y particularmente los espacios intermedios se erigirán como el principal objetivo de la estrategia urbana del pontífice: Tafuri señala que los pórticos son calificados como “un atentado a lo público” y que el Estatuto urbano de 1452 expresamente prohíbe la superposición de espacios públicos y privados propia de la ciudad medieval tardía. Incluso, el Papa mediante el dictamen de este estatuto pasa a controlar la estructura de los magistrados urbanos (encargados de temas como la edificación, las redes viarias e hidráulicas y la higiene urbana), lo cual revela la importancia de la integración entre autoridad papal y autoridad comunal en el programa político de Nicolás V. Tafuri plantea, siguiendo a Burroughs, que la estrategia nicolina finalmente suponía, ya sea mediante la integración de las capas pudientes en el negocio de la renovatio urbii o bien mediante la progresiva ocupación del espacio público y la esfera del poder civil, la transformación de los “romanos” en súbditos. Sin embargo, esta estrategia finalmente no llegaría más allá del Estatuto, dejando escasa huella en la fábrica de la ciudad.

La expresión del proyecto como ideología en Roma se observa con mayor claridad en el papado de Julio II (1503 – 1513), quien prosigue con el objetivo de transformar al Vaticano (y por extensión a Roma) en un potente y eficiente Estado pontificio, interlocutor legítimo de los demás Estados nacionales europeos. Julio II fue el primero en ensayar una intervención sobre la trama de la ciudad, para adecuar la estructura medieval romana a la condición de centro de un nuevo poder; sin ir mas lejos, Via Giulia (1508 – 1511) es considerada el primer ejemplo moderno de renovación urbana en Europa⁷¹. En este sentido, la apertura de Via Giulia, sobre la base de un proyecto de Bramante de una vía monumental de un kilómetro de largo entre el Ponte Sisto y San Giovanni dei Fiorentini, inaugura de cierto modo la relación entre política y ciudad en la modernidad, donde la arquitectura potencia su carácter representacional con

71. TAFURI, Manfredo; Luigi Spezzaferro y Luigi Salerno (1973). Via Giulia. Una utopia urbanistica del 500. Stabilimento Aristide Staderini, Roma.

la intención del papa de concentrar todas las oficinas y sedes administrativas del poder pontificio en la nueva avenida rectilínea. Si bien al ver la imagen de la calle en el plano de la ciudad, quizás hoy no parece muy impresionante, una intervención de esa escala sobre el tejido medieval significaba en su época un proyecto urbano mayor. Tafuri, Spezzaferro y Salerno (1973) muestran cómo este proyecto se fue completando a lo largo de siglos con nuevas intervenciones de Miguel Ángel, los Sangallo y Borromini, entre otros. Via Giulia marca el inicio de la transformación de la Roma antigua y medieval en la Ciudad de los Papas: la nueva trama urbana de diagonales y grandes aperturas en perfecta conjunción con plazas y monumentos como alegoría de la armonía y grandeza del poder papal.

En el caso de Roma, es interesante la forma en que la historia de la ciudad como poder determina las nuevas intervenciones y apropiaciones: es posible rastrear la idea de ciudad imperial (o mejor dicho, la idea de recuperación de la ciudad imperial) desde estas primeras obras papales en el Quinientos, los proyectos barrocos de la Contrarreforma y en el programa fascista de Mussolini.

La obra de Giuseppe Terragni (1904 – 1943) y el Racionalismo italiano de entreguerras permanecen como uno de los objetos más problemáticos de estudio para la teoría e historia de la arquitectura, por sus conexiones entre vanguardia estética y conservadurismo político. En el caso de Terragni, su vinculación temprana con el fascismo a partir de su participación en el Gruppo 7, por una parte, y su obra dual, radicalmente moderna y racionalista pero a la vez asociada a cánones clásicos, lo convierten en un personaje fascinante e incómodo para los análisis tradicionales de la relación ideología – arquitectura. Justamente por estos motivos es que resulta un buen caso de estudio para esta investigación, asumiendo el carácter problemático de dicha relación como el aspecto más interesante. El período fascista en Italia resulta un contexto particularmente complejo para analizar cualquier materia relacionada con ideología, pues si bien en sus manifestaciones superficiales produjo una imagen sintética, ésta no guarda relación con una supuesta condición de sistema de ideas coherente o monolítico; el propio Mussolini –para algunos estratégicamente, para otros debido a su propia historia política pendular- tenía un discurso diverso según la oportunidad que le permitía aparecer “como demócrata tanto como autoritario, radical y reaccionario, socialista y anti-socialista”⁷².

Diane Ghirardo (1980) sostiene que la historiografía arquitectónica ha eludido sistemáticamente la vinculación entre arquitectura moderna y fascismo en la Italia de los años '30, ya sea omitiendo de plano el tema político y limitándose a un análisis formal estilístico, o bien construyendo una teorización donde se intenta “exculpar” a los arquitectos racionalistas modernos de su trabajo para el régimen de Mussolini⁷³, arguyendo una estrategia de camuflaje fascista por parte de los arquitectos en orden a continuar con el ejercicio de la profesión e impulsar la arquitectura moderna. Sin embargo, plantea la autora, al recurrir a las fuentes históricas encontramos que el debate sobre arquitectura y modernidad en el contexto italiano estuvo íntimamente relacionado con la situación política, al punto que –sostiene Ghirardo- varios de los principales críticos de la época,

72. GHIRARDO, Diane (1980). Italian Architects and Fascist Politics: An Evaluation of the Rationalist's Role in Regime Building. En: *The Journal of the Society of Architectural Historians*, Vol. 39, No. 2 (Mayo 1980), pp. 109 -127.

73. Ibid.

como Giuseppe Pagano (Casabella) en el grupo de los racionalistas o Marcello Piacentini (Architettura) en el grupo de los “moderados” utilizaron su tribuna para promover su visión de la arquitectura como la más representativa del proyecto fascista.

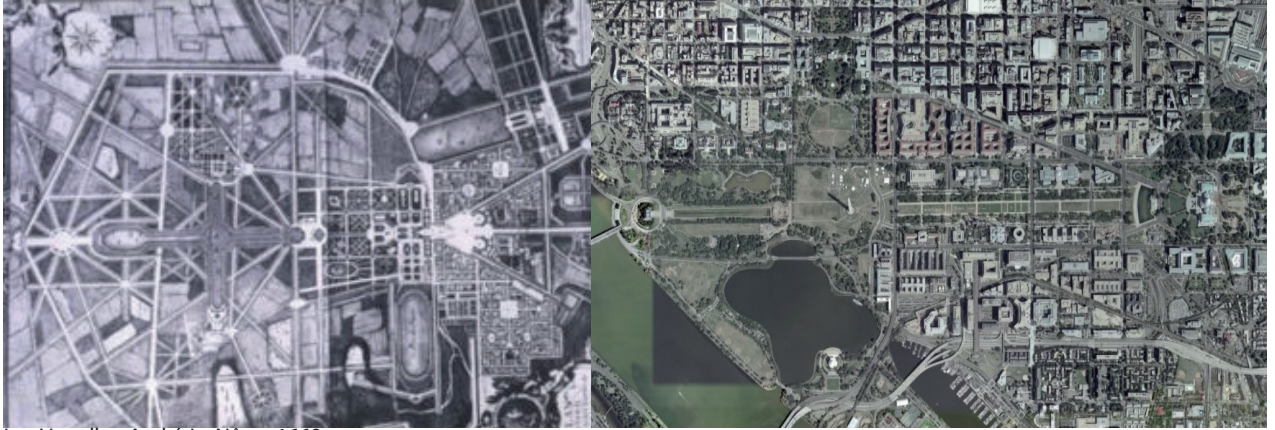
En este sentido, dice Ghirardo, se puede desechar fácilmente el argumento de una persecución del régimen fascista tardío a los arquitectos modernos con la evidencia no sólo del antecedente de la Casa del Fascio (Terragni, Como, 1932 – 1936), sino con la selección de arquitectos racionalistas para el desarrollo de los dos proyectos más emblemáticos del fascismo en Roma, ambos inconclusos o no construidos y por lo mismo pertenecientes por derecho propio al panteón de la arquitectura vanguardista: la ciudad de la Exposición Internacional de Roma (EUR) y el Danteum.

Como relata Thomas Schumacher (1985) en su estudio sobre el Danteum⁷⁴, Mussolini se sentía a gusto tanto con la arquitectura clasicista como moderna, siempre y cuando expresaran la grandeza del régimen. Sin embargo, no se puede dejar de mencionar que a medida que las políticas del Duce lo fueron acercando a Hitler, los arquitectos racionalistas italianos buscaron distanciarse del Movimiento Moderno, cuyas preocupaciones sociales tenían para las jerarquías fascistas una connotación “bolchevique”, buscando un lenguaje propio con mayor relación hacia el clasicismo. Esto explicaría, desde un punto de vista ideológico “de superficie”, el desplazamiento de la obra del mismo Terragni desde una práctica vanguardista como su diseño para la Mostra da Rivoluzione Fascista de 1932, con evidentes referencias al pabellón de El Lissitzky para la exposición soviética en Colonia en 1928, al proyecto del Danteum en 1938, sobre una matriz clasicista que incluía, además de la tipología de sala hipóstila, el recurso a la sección áurea como base del esquema de proporciones del edificio.

El proyecto del Danteum se puede presentar como una síntesis del proyecto fascista sobre la ciudad, pese a su no realización: su localización e inspiración temática guardan estrecha relación con la idea mussoliniana de recuperación del Imperio. Originalmente, el sitio propuesto como emplazamiento del Danteum había sido propuesto como terreno en el concurso del Palazzo Littorio, edificio destinado a cuartel general del partido fascista, en 1934. El solar en cuestión se ubica sobre la Via del Impero –hoy Via dei Fori Imperiali–, avenida abierta en 1932 para conectar espacialmente el Palazzo Venezia, sede del gobierno de Mussolini, con el Coliseo, el edificio de mayor antigüedad de Roma. Las conexiones con la Roma de los Papas son directas: la apropiación del pasado imperial de la mano con nuevas intervenciones a modo de marcas en la ciudad, la función ideológica de la arquitectura como monumento, pero a la vez como trama. Por otra parte, el significado del Dante en el proyecto político del fascismo remite al sueño dantesco de una Italia imperial, hecho realidad por el genio y liderazgo del Duce.

Ahora bien, la condición simbólica fascista del Danteum persiste precisamente gracias a su no realización, si seguimos a Giorgio Ciucci en la introducción al libro de Schumacher. Ciucci propone que las referencias clásicas en el partido del

74. SCHUMACHER, Thomas L. (1985). *The Danteum. A study in the architecture of literature*. Princeton Architectural Press, New Jersey.



Izq. Versailles, André Le Nôtre, 1669.

Der. Washington, Pierre Charles L'Enfant, 1790 y Senate Park Commission, 1902.

edificio, su expresión netamente moderna, purista, y la búsqueda interpretativa de Terragni respecto a la Divina Comedia, resuelta mediante mecanismos netamente abstractos como la referencia a una serie numérica presente en el relato⁷⁵ o la organización del recorrido sobre la base de una espiral, otorgan a la obra una condición de arquitectura metafísica⁷⁶ que resulta vehículo del mito gracias a su falta de vínculo con la realidad. En palabras de Ciucci, “el mito que los edificios intentan transmitir (en este caso, la unidad de Iglesia e Imperio que el fascismo produce y que Dante intenta construir en la Divina Comedia) existe porque es un artificio que se ha vuelto realidad”.

Una capital digna de la nación: Washington D.C.

El proceso de gestación de la capital de Estados Unidos probablemente sea uno de los ejemplos más interesantes de conexiones entre ideología y ciudad: un ejemplo temprano de la planificación moderna ex novo, o bien un caso a medio camino entre simbolismo monumental y racionalidad económica como variables centrales del proceso urbano. En Washington encontramos contradicciones que nos sirven para cuestionar –como se plantea más arriba– los puntos de vista tradicionales sobre la relación que nos ocupa: si bien se trata en algunos casos de rasgos particulares de la sociedad estadounidense, las lógicas subyacentes a la construcción de la ciudad involucran nociones de sociedad y de espacio público que de algún modo tienen un alcance global como una de las versiones del proyecto moderno.

Probablemente sea preciso afirmar que si existió algún tipo de proyecto ideológico coherente y total en la base de la fundación de Washington, demostró ser una iniciativa incompleta hasta los albores del siglo XX. En el caso de la capital norteamericana, los elementos ideológicos podían ser hallados más bien en ciertas cuestiones prácticas, como el requerimiento al planificador de proveer una distribución lógica de la tierra para que el gobierno pudiese vender los lotes. Este punto, que se puede verificar por ejemplo en la correspondencia

75. “En nuestro caso la arquitectura puede adherir a la obra literaria sólo a través de un examen de la admirable estructura del Divino Poema, en sí mismo fiel a un criterio de distribución e interpretación mediante ciertos números simbólicos: 1, 3, 7, 10 y sus combinaciones, los cuales pueden ser felizmente sintetizados en uno y tres (unidad y trinidad)”. TERRAGNI, Giuseppe. *Relazioni sul Danteum*. En: Schumacher, Thomas, op. cit.

76. “Cuando entramos al Danteum y nos encontramos dentro de la lógica interna que gobierna las siluetas y espacios, estamos inmersos en la condición dantesca: Infierno, Purgatorio y Paraíso no son espacios claramente definidos, son no lugares”. CIUCCI, Giorgio. Introducción, en Schumacher, Thomas, op. cit.

entre el presidente Washington y Thomas Jefferson⁷⁷ en los meses siguientes a los primeros trabajos de Pierre Charles L'Enfant en 1790, nombrado alcalde de la nueva ciudad para estos efectos, es fundamental para aproximarse a la expresión construida de esta urbe de aspiraciones monumentales desde su creación.

Por otra parte –y he aquí un motivo de gran interés–, no pueden dejarse de lado las intenciones del proyectista como elemento influyente en la forma del proyecto y de la ciudad. L'Enfant había vivido de niño en Versalles (1758 a 1766) y la influencia de André Le Nôtre era importante en su visión de una ciudad pensada como monumento: grandes avenidas que reforzaran la idea de grandeza conectando funcionalmente y visualmente los edificios principales, sobre un complejo aparato simbólico y perspectivo. Sin embargo, como apunta Tafuri (1976), el plan de 1790 representa claramente un equilibrio, una negociación entre la grandiosidad clásica del arquitecto francés con sus influencias europeas y el pragmatismo y la ideología antiurbana de Thomas Jefferson⁷⁸, principal contralor político del plan para Washington.

Tafuri sugiere que el único motivo que hizo a Jefferson olvidar temporalmente su negativa visión de la ciudad fue la necesidad de crear un lugar simbólico donde la idea de la Unión pudiese ser completamente expresada. Paradojalmente, como comentara John William Reys ya en 1967, “todos los motivos barrocos de la planificación europea desarrollados a lo largo de los años en el viejo mundo repentina y espléndidamente encontraron aplicación en este sitio virgen para la capital de las mas nueva de las naciones del mundo. Era una ironía suprema que las formas originalmente concebidas para magnificar las glorias de reyes y emperadores despóticos vinieran a ser aplicadas como símbolo nacional de un país cuya base filosófica estaba tan firmemente enraizada en la igualdad democrática⁷⁹”.

Esta pugna entre proyecto utópico y pragmatismo definió la silueta de la ciudad, caracterizada por la superposición entre el patrón de la retícula cuadrada (el modelo de ciudad de “tablero de ajedrez” difundido en la expansión hacia el oeste a partir de las ideas de Jefferson) y una estructura radial de bulevares conectando los edificios principales. L'Enfant propuso un esquema basado en un “triángulo noble” que articulaba alegóricamente las sedes del Ejecutivo y el Parlamento con el monumento al héroe nacional y cuyo objetivo fundamental, según sostienen diversos autores, era transmitir la idea de la estabilidad de los valores nacionales, la ciudad ya no como espacio trascendente sino inmanente.

En este sentido, se puede decir que primó la expresión ideológica de la ciudad como monumento, como imagen, antes que su versión como trama, como función, que en el caso de la ciudad norteamericana ha sido calificada por Mario Manieri Elia (1975) como la ciudad del “laissez-faire”, vale decir, un territorio donde el capital determina todo cambio, jerarquía o sentido⁸⁰.

77. Ver REPS, John William (1967). *Monumental Washington. The Planning and Development of the Capital Center*. Princeton University Press, New Jersey. Con posterioridad al proceso independentista, el tema de la necesidad de una ciudad capital para el nuevo Estado (en rigor, la nueva unión de estados) estuvo desde el principio en las discusiones de los llamados founding fathers.

78. TAFURI, Manfredo (1976). *Architecture and Utopia. Design and Capitalist Development*. The MIT Press, Cambridge, pp. 33.

79. REPS, John William (1967). Op. cit.

80. Sin embargo, dentro del fenómeno característico y extendido del boss y su maquina política – económica como motores del desarrollo urbano norteamericano, Manieri Elia considera a Washington

Ahora bien, las intenciones de monumentalidad quedaron trucas con el pobre desarrollo de la ciudad de Washington durante el siglo XIX: incluso en la segunda mitad del siglo, viajeros europeos como Charles Dickens hacían mofa del contraste entre las pretensiones grandilocuentes de la urbe y la provinciana realidad de sus construcciones.

El nuevo impulso a la incompleta ciudad llegó junto con los preparativos para los festejos del centenario de su ocupación, en 1900. Washington en ese momento se había desarrollado sólo parcialmente, contaba con 218.000 habitantes y mantenía un bajo costo de la tierra, lo que en palabras de Manieri Elia, “era una ocasión excepcionalmente propicia para la equívoca alianza entre bosses y reformadores, para quienes la situación no podía ser más oportuna”⁸¹. Después de largas discusiones, en 1901 se formó una comisión de alto nivel patrocinada por el Senado, para diseñar un plan de nuevas obras que permitiera dar un nuevo impulso a la capital como símbolo de la nación: la frase “una capital digna de la nación” se volvió recurrente y de algún modo fue el lema bajo el cual enfrentó su trabajo la Senate Park Commission⁸², integrada por Daniel Burnham, Frederick Law Olmsted Jr. y Charles McKim, tres de los más prestigiosos arquitectos y paisajistas del momento, junto al escultor Augustus Saint-Gaudens.

La intervención de la Senate Park Commission representa un paso adelante en el intento por reafirmar la monumentalidad de la ciudad de Washington, que se manifiesta dentro del proyecto con la mayor fuerza en el espacio que finalmente dotaría de unidad y coherencia al sistema monumental: el National Mall. El Mall hasta fines del siglo XIX era un espacio desdibujado, cuyo sentido de parque lineal estaba alterado por la presencia de numerosas construcciones menores en el eje principal, sobre los prados planificados. De estas, las más notorias eran los rieles del Alexandria and Washington Railroad⁸³ y una serie de edificios de ladrillo irrelevantes en el sector oriental del parque, relativamente cercanos al Capitolio. Para la época del centenario, la única estructura urbana evidente existente en Washington era el eje oblicuo de Pennsylvania Avenue que conectaba la Casa Blanca con el Capitolio, sin embargo la presencia de estos dos edificios junto al monumento a Washington proveía de antemano un sustrato consolidado para la intervención. Manieri Elia señala al respecto que “la concepción básica de Washington no había cambiado desde el plan de L’Enfant; no se trataba de una ciudad de comercios sino de un símbolo, abstracto y colectivo”⁸⁴. La centralidad del Mall en el nuevo proyecto fue anticipada por varios estudios incompletos y arbitrarios a fines del siglo XIX, entre los que destaca el de Bingham (1898)⁸⁵.

como la excepción que confirma la regla, donde las estructuras de poder no están dadas por un carácter familiar o popular como en otras ciudades estadounidenses, sino que por fuertes lazos al poder político nacional, dada la condición de la ciudad como un asentamiento casi solamente burocrático.

81. MANIERI ELIA, Mario. Por una ciudad imperial. En: CIUCCI, Giorgio; Francesco Dal Co, Mario Manieri Elia y Manfredo Tafuri (1975). *La Ciudad Americana. De la guerra civil al New Deal*. Gustavo Gili, Barcelona.

82. También conocida como la comisión McMillan, en homenaje al senador James McMillan, decidido impulsor de la iniciativa.

83. En Julio de 1901, se toma la decisión de mover el terminal ferroviario de Union Station hacia el norte.

84. MANIERI ELIA, Mario. Op. cit.

85. Theodore A. Bingham, ingeniero, propuso el reforzamiento del eje Capitolio – obelisco, eliminando las construcciones en el Mall.

El informe de la comisión se entregó en 1902, acompañado de una exposición diseñada por McKim. La propuesta –influida por los principios del City Beautiful⁸⁶ y por la gira de la comisión a Europa en 1901⁸⁷– incorporaba la transformación del esquema en L original en una inmensa cruz de tres brazos iguales y uno de mayor longitud, prolongando el eje del Mall hacia el Potomac y extendiendo el eje norte – sur, definiendo el monumento a Washington como punto focal de la composición, situado en un nivel más alto que el parque, sobre un pequeño promontorio (pese al ligero desfase de su emplazamiento respecto al eje perspectivo del Mall) y agregando dos nuevos hitos: los memoriales a Lincoln en el eje mayor y a Jefferson en el eje menor. El ambicioso plan –que para su ejecución requería entre otras obras la intervención de las riberas del Potomac y su afluente oriental, el Anacostia⁸⁸– tuvo buena acogida de la prensa y autoridades, que entre otros méritos veían en él un cambio respecto a las formas de desarrollo urbano vigentes hasta entonces, con la consiguiente marginación de los bosses⁸⁹. La propuesta en tanto diseño buscaba representar en su esquema parcialmente simétrico la estabilidad de las instituciones y los principios de la democracia estadounidense, reunidos simbólicamente en una figura estática, permanente y total, cuya mezcla de gran escala y referencias clásicas en su arquitectura la convierten en el mejor ejemplo construido de los ideales ya no sólo del City Beautiful, sino especialmente del movimiento American Renaissance⁹⁰, del cual el primero puede considerarse una manifestación estética.

Si el diseño del plan de Washington refiere a diversos antecedentes europeos, es preciso indicar y analizar los rasgos específicos y singulares de este espacio que lo hacen un caso de gran densidad en sus relaciones entre forma y política. Manfredo Tafuri sostiene en *Architecture and Utopia* (1976) que la operación de transposición de elementos formales desde los modelos europeos (el jardín francés barroco, el plan de Wren para Londres o el plan de Karlsruhe) al suelo americano por parte de L'Enfant comporta la creación de un estado de nueva naturaleza, en el sentido de una forma urbana alienada o descontextualizada de su matriz cultural y social. Para el intelectual italiano, el uso del término naturaleza no es en absoluto casual e implica la crítica marxista al proceso de naturalización de las condiciones del sistema social y económico como una de las estrategias tradicionales de las clases dominantes en el capitalismo.

86. Manieri Elia: “La verdadera City Beautiful en los Estados Unidos fue Washington, que en un cierto sentido, también era la única en territorio nacional; la estabilidad de los “valores” podía ser expresada por completo sólo en la capital.”

87. Los proyectistas recorrieron París, Roma, Venecia, Viena, Budapest, Frankfurt, Versalles, Berlín y Londres.

88. Todas las extensiones del Mall hacia el oeste y sur, como los terrenos para los memoriales se consiguieron ganando terrenos a ambos cauces.

89. REPS, John W. *Monumental Washington*, pp. 142-143.

90. Se denomina American Renaissance al período en la historia del pensamiento, las artes y la arquitectura norteamericana entre 1876 y 1914, caracterizado por una renovada confianza nacional y el sentimiento de que Estados Unidos era el único heredero moderno de la democracia griega, la ley romana y el humanismo renacentista. La identidad nacional y sentimiento nacionalista en este período se expresaban en el modernismo, el ideal de progreso y el desarrollo de la tecnología, de la mano con una estética academicista, todo lo cual se resumía en la idea de una civilización ya madura. Como expresión cultural, el American Renaissance coincide históricamente con la llamada Era Dorada y el Nuevo Imperialismo de fin de siglo en Europa, Japón y el propio Estados Unidos. Como ejemplos construidos, destaca a escala urbana junto al plan de Washington, la World's Columbian Exhibition en Chicago (Burnham y Olmsted, 1893), mientras que como obras arquitectónicas relevantes se pueden mencionar Penn Station (1906–1910, McKim, Mead & White), Grand Central (Reed, Stern, Warren & Wetmore, 1913) y la New York Public Library (Carrere & Hastings, 1902–1911), todas en la ciudad de New York.

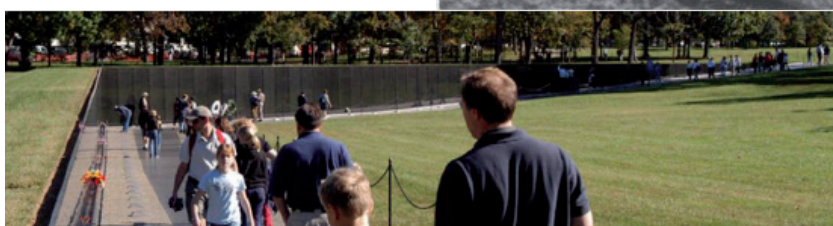


Este punto de vista adquiere sentido al observar el simple hecho que el espacio central de la ciudad capital del país más poderoso del mundo sea un parque con prados y arboledas donde se disponen libremente sobre el plano una serie de monumentos. Curiosamente, la experiencia espacial del National Mall, particularmente en las extensiones hacia el sur y el oeste del plan de 1902, se asemeja menos a las grandes perspectivas de Versalles que a los recorridos “intuitivos” de los grandes parques del pintoresquismo inglés del siglo XVIII: los edificios, a excepción del Capitolio y el obelisco, tienden a desaparecer en una imagen de la ciudad como bosque (perfectamente coincidente según Tafuri con la ideología antiurbana de Jefferson y su ideal de una “democracia agraria”). Esta sensación se refuerza con la integración a lo largo del tiempo de diversos conjuntos escultóricos y memoriales, que tal como lo hiciesen los paisajistas ingleses inspirados en la pintura de Claude de Lorrain y otros, se organizan según estructuras narrativas, que en el caso de Washington están abiertas a la iniciativa del paseante. De esta forma, el Mall se convierte en una suerte de ejemplo del coleccionismo neoclásico de teóricos como el abate Laugier, que Tafuri (1981) criticara tan decididamente en *Para una crítica de la ideología arquitectónica*⁹¹.

Esculturas y memoriales adquieren aquí la condición de follies, de objetos completamente ajenos unos a otros que configuran escenas parciales para el recreo de la vista. El espacio público así naturalizado sublima lo político en el monumento, imponiendo la distancia y silencio respetuosos de quien observa los símbolos de una comunidad imaginada.

Dentro de esta línea, es interesante analizar un objeto que rompe con la lógica del memorial como objeto monumental en un sentido alegórico, predominante en el National Mall: el Memorial de los Veteranos de Vietnam (1982) de Maya Ying Lin. La propuesta de Lin –dos muros de granito negro de 75 metros de largo que se hunden bajo la línea de tierra y forman una V, donde en el vértice de la figura el muro alcanza los 3 metros de alto, mientras que en los extremos

91. TAFURI, Manfredo; Massimo Cacciari y Francesco Dal Co (1981). *De la vanguardia a la metrópoli: crítica radical a la arquitectura*. Gustavo Gili, Barcelona.



o salidas apenas 20 centímetros- suscitó una importante polémica desde el momento de su selección, relativa a su supuesto carácter no representativo y antiheroico⁹², que en palabras de sus críticos recordaría las muertes individuales y la derrota nacional antes que el sentido de la guerra⁹³. Kelly (1996) considera el memorial de Vietnam como un contramonumento, por cuanto despliega una crítica del memorial como categoría, pero a la vez ofrece una apertura a una posibilidad distinta de construir un memorial y, lo mas importante, abandona el concepto vanguardista –que Kelly cuestiona en *Tilted Arc*, de Richard Serra (1981)- de intentar “educar” al público a través de una obra con un significado clausurado, para disponer un espacio de múltiples posibilidades de lectura, que “no consigue y ni siquiera aspira a la reconciliación”, manteniendo abierta la condición política del memorial y en cierto modo, liberándose del paradigma ilustrado del espacio público como vehículo formativo.

Sin embargo, este objeto potencialmente problemático en su referencia al tema arquitectónico del memorial y al tema político de la guerra y las visiones de la sociedad sobre ella, a partir de lo que podríamos llamar sus “operaciones contextuales” (alineación perfecta de sus ejes perspectivos con los monumentos a Washington y Lincoln queda finalmente apropiado y organizado⁹⁴ en la lógica pintoresquista y coleccionista del Mall, limitando su potencia como espacio público político: aparece la paradoja de la ciudad formada por objetos exquisitamente definidos, pero que en el conjunto carece de silueta.

92. KELLY, Michael (1996). Public Art Controversy: The Serra and Lin Cases. En: *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol. 54, no.1, winter 1996, pp. 15-22.

93. El memorial incorporaba sólo los nombres de los muertos en el conflicto, en orden cronológico, sobre la superficie especular del granito pulido, lo cual se mantuvo pese a las críticas, gracias entre otros motivos a que el financiamiento del memorial no provenía de fondos gubernamentales. Esta controversia en último término derivó en la adición al memorial, durante el proceso de proyecto, de una estatua figurativa tradicional denominada Los Tres Soldados, que sin embargo se sitúa en las inmediaciones del Muro, sin alterar su configuración espacial. Mas tarde, en 1993, se agregaría en el entorno del memorial otra escultura figurativa en homenaje a las mujeres que participaron en la guerra.

94. FRIEDMAN, D.S. (1995). Public Things in the Modern City: Belated Notes on ‘Tilted Arc’ and the Vietnam Veterans Memorial. En: *Journal of Architectural Education*, vol. 49, no. 2, November 1995, pp. 62-78.



Vista aérea de Berlín.

Berlín, la reconstrucción de una ciudad dividida

A primera vista, el caso de Berlín aparece como uno de los más interesantes ejemplos de asociación entre ciudad y política en décadas recientes, habiéndose convertido en el centro del debate arquitectónico y urbanístico durante años, particularmente respecto a su ambicioso plan de producción de espacio público, que le valió durante los primeros años 90 el título de “el sitio de construcción más grande de Europa”.

La capital alemana resulta un buen caso para poner a prueba la afirmación de Rossi hecha pregunta: ¿son las ciudades la forma de su política? En el caso de Berlín, es necesario revisar un concepto que en gran medida da forma a la renovación urbana de la ciudad, tanto antes como después de la caída del Muro y la reunificación: el concepto de reconstrucción crítica. Dicho concepto emergió en la escena pública, entre otros motivos, como respuesta a la necesidad prevista por los planificadores urbanos de Berlín, de contar con instrumentos que permitiesen ordenar el futuro escenario de especulación inmobiliaria e ingentes inversiones en edificación que se avecinaba tras el anuncio de la reunificación.

El principal impulsor de esta idea fue el arquitecto Josef Paul Kleihues, un antiguo discípulo de Oswald Mathias Ungers y miembro del colectivo Campaign 507⁹⁵, que a finales de los años '60 propuso una nueva mirada sobre la planificación urbana, con una actitud crítica hacia el Movimiento Moderno. Esta crítica –que a los problemas del funcionalismo cuestionados ampliamente, añadía para el caso específico de Berlín un ataque al abandono en que se encontraban las zonas céntricas hacia fines de los años setenta- más tarde se convertiría en la base del pensamiento urbano “oficial”, proveyendo los fundamentos para el desarrollo del concepto de reconstrucción crítica. La influencia antimodernista en Kleihues se hacía evidente al considerar como punto de partida de su concepto de arquitectura, la destrucción sufrida por Berlín primero debido a

95. Este grupo se componía de estudiantes y profesores de arquitectura y urbanismo de la TU Berlin, quienes en 1968, en medio del agitado clima político de la época, se unieron para enfrentar las políticas urbanísticas de raíz modernista que predominaban en Alemania, recurriendo no sólo a manifiestos, sino a tácticas de protesta como la ocupación de edificios abandonados (squatting).

los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial y luego a las intervenciones urbanísticas del Movimiento Moderno. En términos generales, esta propuesta promueve “la combinación de edificios nuevos y restaurados para crear un entorno urbano que se alimente de formas históricas, en orden a encarnar, según sus proponentes, la verdadera esencia de la metrópoli europea”⁹⁶. Barrows (2007) señala que la influencia de la teoría de la reconstrucción crítica ha sido de capital importancia en la ciudad, pues antes de ser “institucionalizada” en los ’90 como estrategia a impulsar por las autoridades, su aplicación en proyectos de renovación urbana data de los años ’80 e incluso de los ’70⁹⁷.

Kleihues estaba fuertemente influenciado por el trabajo de Aldo Rossi, particularmente su aporte teórico en *La Arquitectura de la Ciudad*, ya que consideraba que la obra de Rossi cubría el vacío existente entre las preocupaciones sociales, políticas y estéticas de la arquitectura. Sin embargo, Kleihues valoraba su propia aproximación al tema como más abierta que la del arquitecto italiano, por cuanto quería eludir el quedar atrapado en una disputa entre tradición y modernismo, para embarcarse en una nueva forma de análisis que rescataba los valores tradicionales a la vez que los procedimientos críticos del modernismo respecto a la ciudad antigua. Pese a su distancia de la planificación urbana modernista, Kleihues pretendía recuperar la aproximación crítica moderna a los problemas de la ciudad, combinándola con un criterio de recuperación de las formas urbanas históricas, para producir un concepto arquitectónico y urbanístico que comprendiera tanto la escala macro de la ciudad como la definición tipológica de los edificios singulares. En este sentido, se ubicaba en el extremo opuesto de las tendencias postmodernistas dominantes en Estados Unidos, con Robert Venturi como su teórico principal; Kleihues en su momento criticó fuertemente al postmodernismo en arquitectura, llamándola una arquitectura “orientada al consumidor”, cuya estrategia de eclecticismo a ultranza había conducido al predominio en el debate disciplinar de una retórica especulativa y una visión regresiva de la historia.

En términos prácticos, el programa de la reconstrucción crítica se expresó fundamentalmente en el diseño de normativas de edificación y planes de acción de renovación urbana en tres niveles: uno, el uso de suelo, fomentando un retorno a la dinámica de la ciudad tradicional con mezcla de actividades en lugar de zoning moderno; dos, la morfología de la manzana, privilegiando una constitución maciza y uniforme en alturas, con fachadas continuas, pero admitiendo la diversidad arquitectónica; y tres, el tipo edificatorio, promoviendo formas de ocupación predial inspiradas en tipologías tradicionales berlinesas de habitación, como el criticado edificio de viviendas de alquiler en cinco pisos con patios interiores de luz denominado *Mietskaserne*. En las diversas iniciativas de la IBA bajo su mando y contando con el apoyo de figuras públicas como el académico Vittorio Magnago Lampugnani y aliados políticos importantes como el influyente senador para asuntos urbanos del gobierno de la ciudad, Hans Stimmann, Kleihues intentó restaurar el antiguo plan barroco de la *Friedrichstadt* (parte del barrio central o *Mitte*), buscando identificar su

96. BARROWS, Naraelle (2007) *Reinventing Traditionalism: The Influence of Critical Reconstruction on the Shape of Berlin's Friedrichstadt*. Comparative History of Ideas Program, University of Washington, Seattle.

97. Sin ir mas lejos, el propio Kleihues fue nombrado en 1979 director de la célebre *Internationale Bauausstellung (IBA)*, institución abocada a la promoción de proyectos de renovación urbana, y que durante los años ’80 y ’90 organizó grandes concursos de vivienda de interés social en Berlín.



Potsdamer Platz, Berlin.

composición morfológica como una suerte de “código genético” de la ciudad. Sin embargo, el plan original admitiría luego notables y numerosas excepciones, como el conocido caso de Potsdamer Platz y su despliegue arquitectónico de mano de las principales empresas transnacionales, la versión berlinesa de la ciudad espectacular que de algún modo eclipsaría en una proporción importante el programa de la reconstrucción crítica.

La visión de los promotores de la “doctrina” de la reconstrucción crítica respecto a su propia posición como una concepción centrada y moderada, alejada por igual de la nostalgia postmodernista y la revuelta radical del modernismo vanguardista de los años '20, ha sido fuertemente criticada por distintos grupos y autores. George Murray (2008) deja bastante clara la sensibilidad de los partidarios de esta tendencia al citar a Hans Kollhoff, quien plantea que la reconstrucción crítica es “primero que todo, el intento por reconocer que no se puede inventar la ciudad, que la ciudad es algo que se desarrolla –se desarrolla a lo largo de muchos años- y que esto lleva a apreciar las estructuras existentes, apreciar la grilla de calles, las tipologías constructivas, las imágenes urbanas”. Murray localiza lo que denomina “orígenes de la retórica de la reconstrucción crítica” en una búsqueda de estabilidad en el medio de lo que sus promotores perciben como el flujo de la modernidad, derivando en una postura conservadora que el autor se encarga de conectar con las posturas del New Urbanism⁹⁸. El énfasis de los reconstruccionistas en la idea de “legibilidad” (antecedentes en Rossi y Lynch) y de los elementos identitarios berlineses y europeos en la arquitectura de la ciudad resulta desde el punto de vista de Murray un ejercicio de retórica a favor de una propuesta por lo demás altamente selectiva: el Berlín que los partidarios de la reconstrucción crítica quieren recuperar es el Berlín ilustrado del siglo XVIII, actitud que Huyssen (1997) describe como conservadurismo que finalmente desemboca en un postmodernismo iluso sobre una tradición inventada⁹⁹. Elizabeth Strom (2001) ha señalado respecto a este punto que en rigor se trata del Berlín existente “después del frenesí especulativo de la Gründerzeit pero antes de los saqueos de la Gran Depresión y el Tercer Reich”¹⁰⁰.

98. MURRAY, George J. A. (2008). City Building and the Rhetoric of “Readability”: Architectural Debates in the New Berlin. *City & Community* 7: 1 March 2008. American Sociological Association, Washington D.C.

99. HUYSEN, Andreas (1997). The Voids of Berlin. En: *Critical Inquiry*, Vol. 24, No. 1, (Autumn, 1997), pp. 57-81. The University of Chicago Press, Chicago.

100. STROM, Elizabeth (2001). Building the New Berlin. The politics of urban development in Germany's capital city. Lexington Books, New York.



Palast der Republik, Berlín Oriental.

Podemos agregar que en el fondo hay una intención implícita pero evidente de despolitizar la ciudad, devolviéndola a un estado que para los alemanes recuerda épocas de prosperidad y desarrollo extendidos y que oculta la dolorosa historia de divisiones del siglo XX: la destrucción casi total del Muro en los '90, la clausura de los cuarteles de la SS y la reciente demolición del Palast der Republik confirman este punto de vista. Si bien sorprende en términos políticos que la negación alcance incluso al legado democrático de Weimar, en una discusión estética y arquitectónica el rechazo a las vanguardias hace comprensible la estrategia de deshistorizar, creando un paisaje propicio para la entrada en escena de una modernidad “apropiada”, aquella representada por las grandes torres de las transnacionales y el gran capital inmobiliario apropiándose de los espacios públicos emblemáticos de la ciudad.

En una línea similar, Peter Marcuse (1998) señala que las decisiones de poder escondidas detrás de discusiones sobre forma urbana y arquitectónica o consideraciones ideológicas superficiales, es el tema central en el desarrollo del nuevo Berlín: un ejemplo claro a su juicio es el manejo de la herencia de la RDA. La decisión de demoler el Palast der Republik (parlamento nacional), que en una primera mirada representaría la animosidad contra la Alemania socialista, en rigor sería mas bien un símbolo de la nueva lógica de desarrollo imperante; suprimir el legado oriental de la primacía de la vida y espacio públicos por sobre lo privado, justamente eliminando no la sede del poder en Berlín Oriental (la sede del SED), sino un espacio público donde se mezclaban funciones políticas con equipamientos sociales, deportivos y culturales¹⁰¹.

Marcuse critica asimismo el criterio detrás de la propuesta para la realización de un Memorial del Holocausto, argumentando que tal como se presenta el proyecto¹⁰² correspondería a un monumento mas a las víctimas, con nombres y

101. MARCUSE, Peter (1998). Reflections on Berlin: The Meaning of Construction and the Construction of Meaning. En: International Journal of Urban and Regional Research, volume 22, June 1998, pp. 331-338. Blackwell Publishing, Oxford.

102. Marcuse se refiere fundamentalmente a la forma de la convocatoria. Es necesario precisar que al momento de la escritura del artículo, la propuesta ganadora del segundo concurso en 1997 (el primero tuvo lugar en 1995, pero las propuestas ganadoras fueron vetadas por el Canciller Helmut Kohl), de Peter Eisenman, no había sido aprobada por el Bundestag (parlamento). El memorial se inauguró finalmente el 10 de mayo de 2005.



Mahnmal (Memorial a las Víctimas del Holocausto), Berlín. Arquitecto: Peter Eisenman, 1997 - 2005



fechas, pero sin presencia de victimarios y por tanto presentando el Holocausto como un fenómeno natural sin agencia humana alguna. Por otra parte, la localización del memorial –cerca de la Puerta de Brandenburgo, pero asimismo adyacente al Tiergarten- lo sitúa según Marcuse en un lugar al margen de todo recorrido cotidiano y por tanto, en cierto modo fuera de la ciudad. Si bien este último argumento ha sido refutado por Haussermann (1999), quien hace énfasis en la centralidad urbana del memorial y en el hecho que la negación del pasado estaría en la decisión de no construirlo¹⁰³, claramente las discusiones sobre arquitectura, representaciones e imágenes de la ciudad (“cortinas de humo” respecto a la política de la ciudad para Marcuse, para Murray no una mera distracción sino por el contrario, un elemento integral de ella) se centran en la idea de un espacio público político naturalizado, domesticado por el olvido y que enmascara los procesos urbanos que realmente transforman la ciudad, sublimados en la estética de las nuevas transformaciones urbanas. A este respecto, el sociólogo Wolf Lepenies (2003) dirá que “En Berlín hoy la sustitución de la cultura por la política es particularmente manifiesta. Uno tiene a veces la impresión que la forma arquitectónica es la forma mas importante de expresión política”¹⁰⁴.

103. HAUSSERMANN, Hartmut (1999). Economic and Political Power in the New Berlin: A Response to Peter Marcuse. En: *International Journal of Urban and Regional Research*, volume 23, March 1999, pp. 180-184. Blackwell Publishing, Oxford.

104. LEPENIES, Wolf (2003). La culture, substitut de la politique: un probleme allemand. *Les Temps Modernes* 625 (August- November 2003): 321-37. Citado en MURRAY (2008), Op. cit.

La crisis del espacio moderno: del espacio trascendente al espacio sin silueta

Como se ha expuesto, las definiciones de espacio público y las lecturas de lo político en el espacio de la ciudad indefectiblemente refieren a categorías modernas y particularmente a una versión reciente de la modernidad – las sociedades capitalistas occidentales del siglo XX-. El período que esta investigación intenta analizar para el caso de la ciudad de Santiago y las maneras en que su espacio público político se transforma (1983 – 2008), es al mismo tiempo –años más, años menos- el contexto para una serie de cambios en la economía y política mundiales que ponen en crisis la idea de la modernidad y su espacio público, ya sea en la lógica de la racionalidad comunicativa (Habermas), del antagonismo radical y la disputa por la hegemonía (Mouffe) o particularmente en el sentido de la modernidad como un proceso de ampliación de la esfera pública, incluyendo a las mayorías (Benhabib).

En su introducción a *The Anti-Aesthetic* (1983), Hal Foster describe y analiza la emergencia de dos formas de postmodernismo en términos estéticos y por qué no decirlo, también políticos: una postura que denomina de reacción, vale decir esencialmente anti-moderna y vuelta hacia el pasado, y otra –en la que inserta los escritos que componen dicho libro- que nombra como postmodernismo de resistencia, el cual corresponde a una búsqueda por acentuar las tendencias liberadoras del proyecto moderno o más precisamente, “deconstruir el modernismo no para fijarlo en su propia imagen sino para abrirlo, reescribirlo; para abrir sus sistemas cerrados (...) en resumen, para desafiar sus meta relatos con el discurso de los otros”¹⁰⁵.

La coexistencia de estas tendencias prácticamente antitéticas –que reafirma el aserto respecto al postmodernismo o la postmodernidad como una crítica a la modernidad desde dentro-, que puede tener un antecedente en el enfrentamiento del siglo XIX entre defensores de la industrialización y del artesanado como tradición cultural y modelo económico, cobra relevancia en la segunda mitad del siglo XX, particularmente a partir de la década de 1960, con la constatación de las consecuencias nocivas del modelo modernizador basado en el desarrollo industrial y la puesta en cuestión de la racionalidad lineal y teleológica del progreso. Se podría aventurar que el quiebre que marca el fin de lo que aquí caracterizaré como espacio trascendente y el comienzo del predominio del espacio sin silueta se encuentra en un ámbito temporal que abarca los fracasos de mayo del '68 en Europa, la muerte del movimiento hippie en Estados Unidos y la derrota del proyecto socialista democrático de Salvador Allende en Chile como hitos políticos notables, así como el surgimiento de una nueva versión del capitalismo posterior a la crisis del petróleo de 1973 y el desmantelamiento del sistema económico mundial regido por los acuerdos de Bretton Woods.

El agotamiento de la industrialización como forma de reproducción económica y social, el surgimiento de la sensibilidad ecológica o ambientalista como

105. FOSTER, Hal (1998). Introduction. En: FOSTER, Hal (editor). *The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture*. The New Press, New York.

corriente política en Europa occidental¹⁰⁶, la corrupción burocrática de los llamados “socialismos reales” y la diáspora de numerosos militantes hacia las distintas formas de la Nueva Izquierda en EE.UU. y Europa, la emergencia en EE.UU e Inglaterra del llamado “nuevo conservadurismo” de la mano de Reagan y Thatcher, son todos síntomas de este momento epocal de cambio no sólo de tendencias, sino de visiones de mundo y en último término –lo que aquí nos interesa- de formas de producción del espacio en cuanto espacio político.

En el caso chileno, así como existen elementos que vinculan los procesos históricos locales con los globales (a simple vista, existen coincidencias evidentes, como la crisis del petróleo con el golpe de Estado y la posterior reestructuración económica, o el fin de la dictadura con la caída del Muro de Berlín, por citar un par de hitos), también es preciso puntualizar las particularidades que signan los cambios en los procesos de producción de lo político y del espacio público, por ejemplo la violencia de Estado como causa fundamental de las mutaciones de lo público en Chile y en Santiago.

En ese sentido, el historiador Alfredo Riquelme pone en cuestión la mirada epocal como sustrato del sentido común, entendido como discurso dominante que plantea una mirada naturalizante de los fenómenos sociales: “Aquí la política cambió porque hubo lo que Steve Stern, un historiador norteamericano –que escribió un par de libros muy interesantes sobre la memoria chilena de la dictadura¹⁰⁷- llama, en un juego de palabras, un “policidio”, es decir, hubo una voluntad del poder político que se expresó en políticas de represión e incluso de exterminio de algunos líderes políticos de la izquierda, orientada a modificar para siempre la forma en la que estaban estructurados los actores políticos, sus formas de organización y sobre todo sus finalidades”¹⁰⁸.

Las finalidades de los actores políticos a los que Riquelme alude y sus formas discursivas se encuentran reflejadas en un sinnúmero de expresiones artísticas y discursos políticos de las décadas de 1960 y 1970, quizás un inmejorable ejemplo lo encontramos en la declaración de principios que incorpora el Programa de Gobierno de la Unidad Popular (1969): “LA UNIDAD DEL PUEBLO ORGANIZADO. El crecimiento de las fuerzas trabajadoras en cuanto a su número, su organización, su lucha y la conciencia de su poder, refuerzan y propagan la voluntad de cambios profundos, la crítica del orden establecido y el choque con sus estructuras. En nuestro país, son más de tres millones de trabajadores, cuyas fuerzas productivas y su enorme capacidad constructiva, no podrán sin embargo liberarse dentro del actual sistema que sólo puede explotarles y someterles. Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizándolo a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, mediante la acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrán romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación”¹⁰⁹.

106. Es preciso señalar que los estragos de la sobreexplotación de la naturaleza entendida como dominio humano (esta relación se expresa de una manera perfecta en el concepto de “recursos naturales”) se extendían por el globo más allá de los países capitalistas avanzados, con el ejemplo de la desaparición casi total del mar de Aral en la Unión Soviética como triste emblema.

107. STERN, Steve J. *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988* (Duke University Press, 2006) y *Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998* (Duke University Press, 2004)

108. Entrevista con Alfredo Riquelme, 28 de noviembre de 2007.

109. Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular. Candidatura Presidencial de Salvador Allende (1969), p.10 (cursivas en el original). Fuente: www.memoriachilena.cl

Este programa, tal como plantea Riquelme, es el que es brutalmente reprimido y expulsado de la esfera pública por la dictadura, al costo de suspender el espacio público político de manera total. En el caso de Santiago, la crisis del espacio moderno, ya sea en su versión ilustrada, progresista –entendiendo por tal las visiones que establecen la racionalidad y el diálogo como fundamentos del espacio público-, o bien en la perspectiva agonista –la posibilidad de coexistencia de posiciones antagónicas que aceptan la disputa como lógica-, se relaciona con la dimensión inefable de la violencia de Estado. Esta matriz violenta se manifiesta de diferentes formas, por una parte en las transformaciones de los sujetos tratadas en el capítulo 5, donde se ha propuesto una forma de mirar los cambios en los sujetos políticos a través de su manifestación en el espacio público, como una trayectoria del cuerpo extenso de la modernidad heroica a los cuerpos discretos de la crisis de la modernidad, que para el caso de estudio podríamos homologar a la dictadura y postdictadura. El “policidio” de Stern impacta decisivamente sobre las representaciones del cuerpo en el espacio público (se analiza más adelante en un apartado específico) y sobre las formas de construcción identitaria y de subjetividad de los sujetos políticos. El otro ámbito de impacto de la matriz violenta del espacio público santiaguino –aunque en este caso con un alcance nacional- tiene que ver con una invisibilización de lo político en la dimensión de lo deliberativo, un retiro a los salones y despachos ante la fuerte asociación entre los espacios abiertos y la violencia, ya sea contra las personas o contra la propiedad, que emerge como uno de los principales miedos de la Transición y uno de los rasgos característicos de su manifestación espacial, el espacio sin silueta.

Como se ha planteado en la introducción a este trabajo, otra de las claves de las transformaciones del espacio público entendido como espacio político en los últimos 25 años en el contexto chileno es la desaparición del elemento épico de los discursos y programas de los agentes que operan en el espacio de la ciudad. En este sentido, resulta interesante la particular forma de construcción de identidad de ciertos actores políticos a partir del concepto de resistencia frente a un Estado represivo durante la dictadura de Pinochet, casi como único leitmotiv, lo que con la llegada de la democracia repercutió en la desmovilización de numerosos agentes, particularmente en los sectores más radicales. El historiador Rolando Álvarez resume la importancia de la desaparición de la violencia en la transformación de las condiciones de producción del espacio público político de la siguiente manera: “Pensando en el sujeto político desde una perspectiva muy genérica, vale decir, el sujeto que se interesa por intervenir en la realidad, el factor decisivo a mi modo de ver es el fin de la represión. Cuando tú decidías involucrarte y participar en política y ocupar espacios públicos, hasta antes del 11 de marzo de 1990 –pensemos que a Jecar Neghme lo mataron en septiembre de 1989¹¹⁰-, existía aunque quizás más lejana la posibilidad de que te mataran, sabías a ciencia cierta que si caías preso te iban a torturar, por lo bajo con golpes y muy probablemente con electricidad; el factor miedo servía como motivación para desafiar al régimen, había en esa etapa mucho de un sentido heroico para mucha gente que fue capaz de vencer sus miedos para enfrentar a la dictadura y que hoy miran con nostalgia ese tiempo en el sentido de este espíritu épico. El atreverse a ocupar los espacios públicos bajo dictadura tenía ese sentido

110. Jecar Neghme, dirigente del MIR político, fue asesinado la noche del 4 de septiembre de 1989 mientras caminaba por calle Bulnes rumbo a la Alameda, a 10 cuadras del Palacio de la Moneda. Este crimen constituyó el último asesinato político de la dictadura, a dos meses de las primeras elecciones libres en 16 años.

épico, el ideal de la resistencia, un relato lleno de mitos, como que tú estabas rompiendo y lo estabas haciendo por todos, y estaban cientos de miles detrás y estaban las canciones, y el sueño de que íbamos a pasar marchando con banderas rojas frente de La Moneda, saludando al presidente revolucionario. ¿Qué es lo que pasa después? Que la calle “te la regalan”, te dicen “ahora sí se puede”, entonces ya no está ese relato heroico, no hay una razón para que uno postergue su vida personal por la causa, desaparece esa motivación, además se caen los socialismos, pierden los sandinistas en Nicaragua –lo que pienso yo tuvo un mayor impacto en Chile que la caída del Muro–, entonces la opción que asoma es la de “irse para la casa”, que fue un concepto muy común, dejar de participar en el espacio público porque se pierde el sentido heroico”¹¹¹.

El cientista político Alfredo Joignant (2002) también ha evaluado este fenómeno desde otro punto de vista, en base a encuestas que representan probablemente una opinión menos politizada que los sujetos que analiza Álvarez: “En efecto, todo parece indicar que la normalización democrática que experimenta el país a partir de 1990, y en primer lugar en la forma de elecciones que tienden a perder el dramatismo de lo inédito, incide en los usos de lo político (calidad del interés y de la percepción) por parte de ciudadanos para quienes los objetos de la contienda pierden centralidad”¹¹². Para Joignant, lo que ocurre durante el gobierno de Frei Ruiz-Tagle es un desplazamiento del eje transicional (centrado en las reformas políticas democratizadoras) por un eje modernizador (basado en reformas económicas), predominio marcado –en palabras de Joignant– por una hegemonía del principio de eficiencia por sobre el principio deliberativo: “en todo caso, son las expectativas de transformación económica generadas por el Presidente Frei, así como la propuesta explícitamente modernizante de nuevos tiempos para Chile, las que terminarían desplazando el eje transicional, lo cual condujo a difundir poderosas corrientes despolitizadoras en la población ante las cuales la promesa de más y mejor democracia sólo podía sucumbir frente a los embates provenientes de sectores tecnocráticos de las élites concertacionistas”¹¹³.

Para Joignant, el predominio tecnocrático suponía tácitamente suspender la transición, en el sentido de la ausencia de espacios de deliberación sobre lo deseable y lo posible, así como la discusión sobre los límites de la democracia. El resultado más visible –o paradójicamente, más invisible– de este proceso fue sin dudas la resolución cada vez más privada de los asuntos públicos en una especie de domiciliación voluntaria, muy similar a prácticas de viejo cuño en la línea de la política de salones palaciegos o en una extraña reformulación de los conceptos de Hannah Arendt, como una retirada de la bios al espacio de la zoé.

111. Entrevista con Rolando Álvarez, 22 de noviembre de 2007.

112. JOIGNANT, Alfredo (2002). La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. En: ATRIA, Muñoz, Stefoni (editores) (2002). El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle. Editorial Universitaria, Santiago.

113. *Ibidem*.

Espacio trascendente

El primer elemento para definir el espacio trascendente desde el punto de vista del espacio público como espacio político es algo que ya se ha mencionado al principio de esta tesis, cual es su condición de espacio público con una vocación formativa; en otras palabras, el espacio trascendente responde a una necesidad de representación del Estado en su doble acepción de imagen simbólica de la nación, por una parte, y de centro de un territorio, por otra. Vale decir, el espacio trascendente es el espacio representacional construido por el Estado-nación, pero también el espacio que escenifica las luchas contra ese Estado.

En segundo lugar, podemos definir el espacio trascendente como el espacio de la visión vanguardista de la modernidad, en el sentido de modernidad como un proceso o tránsito lineal hacia el progreso, bajo cualquiera de sus formas (el desarrollo industrial, el triunfo de la técnica sobre la naturaleza, la crisis y superación de un régimen político –primero monárquico, luego burgués– con la consiguiente transformación del Estado), pero siempre guiado por un colectivo (la élite tradicional, el partido revolucionario, la tecnocracia, los grupos artísticos) que marca el camino y orienta la marcha de la sociedad hacia un estadio más avanzado.

Una tercera mirada al espacio trascendente nos presenta un espacio público político habitado o practicado por cuerpos cerrados (Schlögell), definidos principalmente desde la vanguardia o la estatalidad, que construyen su identidad como sujetos políticos fundamentalmente mediante la escenificación de sí mismos (Tafari) en los lugares que operan como teatros del poder.

Finalmente, este espacio trascendente, cuya crisis sirve de contexto a las transformaciones que este proyecto intenta estudiar, podría caracterizarse como la superposición de distintas herencias de la modernidad: por una parte, la noción de espacio perspectivo o espacio albertiano del siglo XV¹¹⁴, luego la noción de Estado creada en el siglo XVII y finalmente, el mito de la máquina incubado en la revolución industrial del siglo XIX.

El espacio trascendente como espacio del Estado

Probablemente al intentar tratar la relación entre arquitectura y representación del poder en la modernidad, se vuelve una y otra vez a revisar los mismos ejemplos tópicos: el París de Haussmann, Brasilia, Chandigarh y el ineludible antecedente de Versalles. Todos estos casos resultan del más alto interés, más en el desarrollo de este trabajo he preferido relevar dos casos, Washington y Berlín, que a mi modo de ver representan elementos que tienen cierta centralidad en esta investigación: la persistencia de la idea de nación como proyecto heroico en el caso de la capital estadounidense, con una vocación representacional cruzada por la proyección externa de lo nacional, así como por la expansión

114. Cuando la ciudad rompe los muros, baja de las colinas y se expande sobre la extensión terrestre, emerge el hombre como centro del espacio y “nace” el horizonte, junto con la necesidad humana de capturarlo (Benévolo); entonces aparece el aparato perspectivo como instrumento de dominio e invención del mundo, luego el requerimiento de crear aperturas en la ciudad medieval, relacionando el sitio del poder (y su cuerpo) con el mundo capturado por el punto de fuga. Sin lugar a dudas el ejemplo paradigmático de esta vinculación entre nueva concepción espacial y representación del poder es la obra de André Le Nôtre en Versalles, inspiradora de numerosos proyectos posteriores.

puertas adentro del espacio público; y en el caso de Berlín, los difíciles intentos de sintetizar una nueva identidad que se haga cargo (o no, según los más críticos) de experiencias traumáticas pero también de los aprendizajes y nuevos proyectos nacionales.

El Estado moderno que construye espacio trascendente se puede entender principalmente a partir de dos factores: por una parte, su nacimiento en el tiempo de Hobbes como estructura de un poder basado en la cesión de soberanía por parte de la sociedad y la subordinación de ésta a aquél, y por otra parte, la emergencia del concepto de soberanía nacional vinculada a un territorio y a cuerpos similares en cuanto habla, costumbres, colores. A este respecto se ha referido Benedict Anderson (1983) con su concepto de comunidades imaginadas: “En un sentido antropológico, propongo la siguiente definición de nación: es una comunidad política imaginada –e imaginada como inherentemente limitada tanto como inherentemente soberana”¹¹⁵.

Anderson sostiene que la nación es una comunidad imaginada porque es un concepto que vive en la mente de aquellos que supuestamente forman parte de ella, pero que están imposibilitados en la práctica de conocerse; más aun, dice el autor que toda comunidad ha de ser distinguida no por su falsedad o condición genuina, sino por el estilo en el que es imaginada. En segundo lugar, plantea que estas comunidades son limitadas o mejor, que la nación es limitada porque “incluso la mayor de ellas, que abarca quizás mil millones de seres humanos, tiene límites, finitos aunque elásticos, más allá de los cuales existen las otras naciones. Ninguna se imagina a sí misma como colindante con la humanidad”. Luego, las comunidades son soberanas debido a que emergen en un contexto de disolución del ancien regime en cuanto sistema de orden divino y regla dinástica; el principio moderno de autonomía lleva a los colectivos llamados naciones al sueño de ser libres, si es posible de forma directa. Para Anderson, “el calibre y emblema de esta libertad es el Estado soberano”. Finalmente, dice Anderson, las naciones son comunidades porque más allá de la inequidad y explotación que puedan existir en sus intereses, la nación siempre se concibe como una “camaradería profunda y horizontal”. Este vínculo profundo que lo nacional instala supone en su base una exclusión, la extensión artificial de un límite territorial (en sí artificial) sobre cuerpos quizás más parecidos que disímiles respecto de “los nacionales”. Si bien no es el tema de esta tesis, he aquí un excelente ejemplo de la imposición del Estado en su lucha contra la ciudad: la condición de nacionalidad se instituye en muchos casos como un requisito de ciudadanía, la cual se ha identificado conceptual y jurídicamente con la anterior¹¹⁶, pese a la porfiada realidad que exhibe a las ciudades como lugares que prosperan justamente a partir de la cruce de culturas y donde también la muerte –no voluntaria ni supuestamente altruista como el sacrificio por la nación que describe Anderson, sino fortuita, pero cuyo duelo implica una pertenencia insoslayable de las víctimas a la ciudad- puede eliminar ciudadanos sin diferenciar pasaportes¹¹⁷.

115. ANDERSON, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, London.

116. No es casual que uno de los más conocidos anatemas nazis fuese dirigido contra el cosmopolitanismo como corrupción de la cultura y la identidad.

117. Los sucesos del 11-S y del 11-M, por citar los casos más recientes y de mayor impacto mediático, son trágicos ejemplos de que entender hoy la ciudadanía enclaustrada en la nacionalidad es un error conceptual o quizás un yerro político.

Benedict Anderson también expone la lógica en que el Estado nación –la estructura a la vez manifiesta e invisible de la comunidad imaginada- construye las formas de esta particular colectividad en la ciudad, mediante el ejemplo del monumento al soldado desconocido: “no existen ejemplos más deslumbrantes de la cultura moderna del nacionalismo que los cenotafios y tumbas del Soldado Desconocido. La reverencia del ceremonial público conferida a estos monumentos precisamente porque están deliberadamente vacíos o porque nadie sabe quién yace allí, no tiene precedentes reales en épocas anteriores (...) tan vacías como están estas tumbas de restos mortales identificables o almas inmortales, de todas formas están saturadas de fantasmales imaginarios nacionales”¹¹⁸.

La exposición en el espacio público de lo nacional se expresa en varias formas, siendo una de ellas la del culto al héroe que de cierto modo señala Anderson y que también he comentado en el apartado referente a la formación del pueblo como sujeto político moderno. Sin embargo, probablemente la más importante y por cierto la más pertinente a los propósitos de este trabajo es la que tiene que ver con la presencia de las instituciones en la ciudad a través de su arquitectura y como ésta configura el espacio público. El rasgo común entre instituciones y memoriales a héroes en términos de su forma construida –que no por ser evidente resulta necesariamente obvio- es el ámbito de lo monumental. Desde este punto de vista podemos interrogar a la arquitectura como lo hace Georges Bataille en la definición de su *Encyclopaedia Acephalica*: “La arquitectura es la naturaleza verdadera de las sociedades (...) De hecho, sólo la naturaleza ideal de la sociedad –aquella del dominio autoritario y la prohibición- se expresa a sí misma en las actuales construcciones arquitectónicas. Así grandes monumentos se alzan como represas, oponiendo una lógica de majestad y autoridad a todos los elementos inquietos; es bajo la forma de catedrales y palacios que la Iglesia y el Estado hablan a las muchedumbres y les imponen silencio”¹¹⁹.

Durante el desarrollo del siglo XX se proyectan numerosos experimentos de espacios representativos del poder político y estatal, cuya realización difiere en cuanto a principios estéticos y grados de concreción, pero que comparte un rasgo fundamental, cual es el involucramiento de principios vanguardistas o utópicos en su concepción y la reinterpretación de lo nacional a través de aquel prisma. Tanto en el caso de Washington, con la participación de los miembros del movimiento City Beautiful, como las proposiciones de los constructivistas soviéticos de estructuras de soporte para el discurso político, el rol de los futuristas y algunos modernistas italianos en la construcción de la infraestructura pública bajo el régimen de Mussolini, al ejemplo paradigmático de Brasilia, las diferentes vanguardias positivas (Tafuri) del siglo pasado se acoplaron a procesos políticos de cambios radicales, bien por convencimiento o por oportunismo, para participar en la construcción de las nuevas naciones a partir de proyectos monumentales. Sin ánimo de polemizar, podemos incluir los proyectos no materializados de Albert Speer para Berlín en este panorama de vinculación entre vanguardia, utopía y representación del poder estatal y nacional; las visiones del arquitecto de Hitler comparten con las definiciones

118. ANDERSON, Benedict (1983), op. cit.

119. G. Bataille, ‘Architecture’, in G. Bataille, M. Leiris, M. Griaule, R. Desnos, et al., *Encyclopaedia Acephalica*, ‘Critical Dictionary’ (London, Atlas Press, 1995), pp. 35–36, citado en STOPPANI, Teresa (2007). *Dust revolutions. Dust, informe, architecture* (notes for a reading of Dust in Bataille). *The Journal of Architecture*, 12:4, 437 – 447

tradicionales de vanguardia el carácter excesivo de sus planteamientos, por mucho que su lenguaje (y el movimiento político que buscaron representar) se ubicaran en las antípodas estéticas de las vanguardias europeas, y también se asemejan en la vocación heroica de una generación envuelta en la dimensión sublime de la guerra como acto fundacional. También se puede incorporar a este argumento la fascinación tanto de vanguardistas como clasicistas con la potencia modernizadora de los Estados.

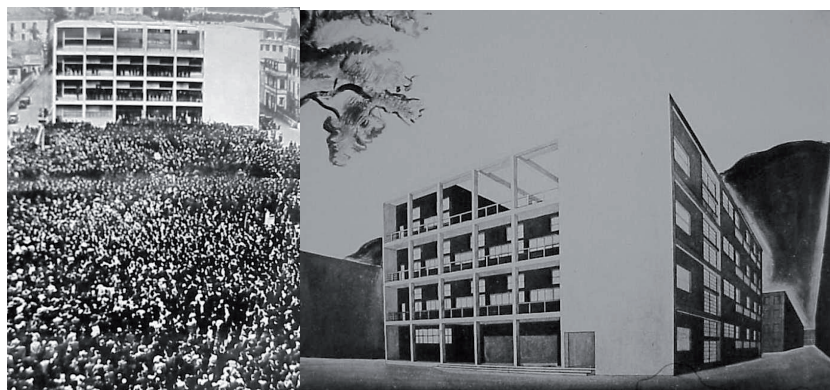
La tradición monumental de la arquitectura a través de la cual el Estado le habla a las muchedumbres, en palabras de Bataille, se encuentra y mezcla con culturas en principio iconoclastas, que a partir de la abstracción intentan proponer una nueva representación, como las vanguardias post cubistas (los constructivistas rusos, por ejemplo); con apologistas de la máquina como los futuristas italianos, quienes entre su producción incluyen represas y plantas eléctricas que se alzan como monumentos (Sant'Elia); y con polémicas reinterpretaciones del clasicismo en arquitectura y artes (la arquitectura de Speer y el realismo socialista). En rigor, no se trata de obviar las enormes distancias estéticas y conceptuales existentes por ejemplo entre el pabellón de Melnikov para la exposición de París en 1925 y la obra de Iofan en la misma ciudad 12 años más tarde, sino de evidenciar las similitudes en el manejo de la escala y la escena en el diseño de estos espacios representativos.

Las similitudes en la forma de escenificar el poder mediante la arquitectura, en proyectos de inspiración casi mesiánica como los regímenes nazi y el soviético bajo Stalin, encuentra un excelente ejemplo en la Exposición Universal de París de 1937, donde ambos pabellones (obras de Albert Speer y Boris Iofan respectivamente) quedaron situados uno en frente del otro, como un duelo mudo entre las figuras de los proletarios (Vera Mukhina) y el águila alemana (Kurt Schmid-Ehmen). Sudjic (2007) sostiene que “el carácter esencial de los programas de construcción nazi y soviético es casi indistinguible” y que la única manera de diferenciarlos “era por la representación gigantesca de dos obreros blandiendo la hoz y el martillo en el soviético y la esvástica que coronaba el pión de Speer”¹²⁰. Sudjic basa su aserto en la similitud del manejo de los estilos arquitectónicos de ambos regímenes, en la línea –por cierto paradójica– de recuperar elementos del pasado imperial de ambos países para escenificar la política de movimientos supuestamente portadores de una renovación radical de la sociedad: “Los edificios enormes, los ejes triunfantes y el uso de grandes cantidades de piedra exhibidos de manera que debían intimidar a los transeúntes caracterizaron a todos los regímenes totalitarios, tanto marxistas como fascistas o nacionalistas”¹²¹.

Sudjic pone de relieve la importancia que puede llegar a tener la arquitectura como vehículo ideológico refiriéndose al ejemplo quizás ineludible al referirse a este tema: el caso de Albert Speer. Sudjic recuerda la pregunta de Leon Krier respecto a por qué Speer fue el último preso en abandonar la prisión de Spandau –exceptuando a Rudolf Hess, quien murió dentro– incluso después de Werner Von Braun, el inventor del V2. La respuesta cae muy cerca del centro de nuestra discusión: “la razón por la que tendemos a culpar al arquitecto más que al

120. SUDJIC, Deyan (2007). *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*. Ediciones Ariel, Barcelona, p.59.

121. *Ibid.*



Casa del Fascio, Como. Giuseppe Terragni, 1936.

ingeniero (en este caso Von Braun): por haber concebido la forma de un Estado totalitario. Speer contribuyó a que el totalitarismo fuese una posibilidad real al hacerlo visible (...) Convierte una posibilidad desagradable en una terrible realidad. Y eso puede hacer que la arquitectura parezca un instrumento de represión”¹²². Sin embargo y por otro lado, observa la aparente neutralidad de la forma arquitectónica respecto de la ideología política o dicho de otro modo, la poca resistencia de la arquitectura a su apropiación por parte de determinados grupos políticos, incluso contrapuestos entre sí. Una vez que representa poder, la arquitectura de la ciudad (y particularmente del Estado) se vuelve un botín preciado para señalar la conquista de la hegemonía, de una posición dominante en el espacio político.

Sudjic expone las paradojas de una posible búsqueda de relación lineal entre política y arquitectura mediante el caso de los futuristas italianos, particularmente de Terragni: “Los arquitectos de Mussolini construyeron las infraestructuras modernas del país, las nuevas estaciones de ferrocarril y las oficinas de correos, los tribunales de justicia y las universidades, las fábricas y los hospitales, e hicieron todo lo posible para relacionar el fascismo con el progreso. De un modo inquietante para aquellos que dudan que un sistema político brutal sea capaz de generar una gran arquitectura, Giuseppe Terragni, un fascista de toda la vida, lo bastante comprometido con la causa de Mussolini como para alistarse como voluntario e ir a luchar en el frente ruso, produjo uno de los grandes edificios del siglo XX. Su Casa del Fascio en Como tiene tanta carga ideológica como cualquiera de los diseños de Speer o Iofan. Y, sin embargo, se basa en una exploración sutil y muy imaginativa, empleada para glorificar el movimiento de los camisas negras sin caer en los habituales trucos visuales del tamaño, la intimidación o la iconografía explícita”¹²³.

La arquitectura de vanguardia incluso funcionó eventualmente como metáfora para este proyecto político, como lo señala el propio Deyan Sudjic al plantear que “El fascismo se describió en cierta ocasión como una casa de cristal, palabras que los arquitectos contemporáneos deberían recordar antes de intentar sugerir que la transparencia –y, por lo tanto, de manera implícita, el cristal- es inherentemente democrática”¹²⁴.

122. Ibid., p.72.

123. Ibid.

124. Ibid., p.66. Respecto a la “cultura de lo transparente” en la arquitectura moderna, habría que remontarse probablemente a las ideas de Bruno Taut y los miembros de la Cadena de Cristal (Glaserne Kette), a su vez inspirados por el poeta y filósofo Paul Scheerbart (Glasarchitektur, 1914) y sus ideas sobre el vidrio como elemento representativo de una nueva moral.



Sin ir más lejos, intervenciones arquitectónicas y urbanas recientes que han buscado deliberadamente distanciarse y diferenciarse de manera radical respecto de un pasado marcado por el autoritarismo y específicamente el nazismo, como en los casos de los nuevos edificios del Bundestag, actual Bundeshaus, en Bonn (1992; Günter Behnisch) y la recuperación pocos años después del Reichstag en Berlín (1997; Norman Foster) comparten el uso de estructuras vidriadas para utilizar la metáfora de la transparencia como elemento constitutivo de la democracia.

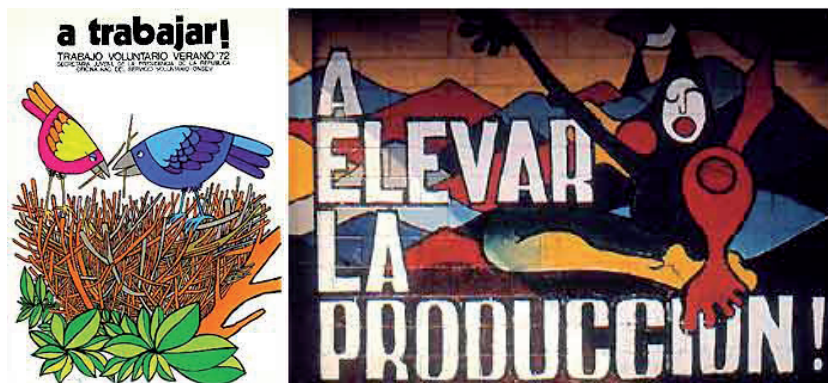
Esta inapropiabilidad de la forma no sólo es visible en la arquitectura, sino también en manifestaciones del arte de vanguardia que sirven propósitos opuestos, como es el caso del trabajo de algunos artistas del constructivismo y de las obras cinematográficas de Leni Riefenstahl (*El Triunfo de la Voluntad* y *Olimpia*), todas ellas entendidas bajo el concepto de propaganda. Linda Schulte-Sasse (1991) caracteriza en su análisis como elemento central del arte fascista la voluntad de romper los límites entre estética y vida real, mediante la movilización de tecnologías y representaciones¹²⁵. Esta “estetización” de la política¹²⁶, en palabras de Benjamin (1935; 1989), involucra la participación de individuos –masas, dirá Benjamin– cuyo activismo es estetizado y que participan de un espectáculo fabricado para ellos pero también por ellos.

La función de la vanguardia en la construcción de la representación de la “comunidad imaginada” tiene uno de sus mejores ejemplos en el trabajo de artistas como El Lissitzky, Alexander Rodchenko, Varvara Stepanova y Arcadi Shaikhet en la producción de la revista propagandística *USSR in Construction*, editada por el gobierno soviético en cinco idiomas entre 1930 y 1941. La publicación tuvo por objeto difundir en el extranjero el enorme programa de construcción e industrialización que el régimen llevaba adelante con el propósito de convertir a la Unión Soviética en una potencia industrial. Conocido es el caso del desarrollo de la tendencia productivista liderada por Tatlin al interior del llamado Constructivismo Ruso, que ya hacia 1927 había tomado fuerza desplazando a tendencias quizá más abstractas¹²⁷; con posterioridad a 1932, cuando Stalin decreta la nueva política cultural a favor de una visión apegada

125. SCHULTE-SASSE, Linda (1991). Leni Riefenstahl's Feature Films and the Question of a Fascist Aesthetic. En: *Cultural Critique*, No. 18 (Spring, 1991), pp. 123-148.

126. BENJAMIN, Walter (1935). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En: BENJAMIN, Walter (1989). *Discursos Interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires.

127. BUCHLOH, Benjamin H. D. (1984). From Faktura to Factography. En: *October*, Vol. 30. (Autumn, 1984), pp. 82-119.



Afiche y mural de la Unidad Popular, 1970 - 1973.

a lo que se conocería como realismo socialista, muchos artistas vanguardistas encuentran refugio en las publicaciones propagandísticas como espacio de desarrollo artístico, amparados de algún modo en este desarrollo anterior. Buchloh (1984) rescata, para ilustrar esta transformación de la vanguardia constructivista en productivista, la definición de producción artística hecha en 1921 por Babichev, líder del Grupo para el Análisis Objetivo: “El arte es un análisis informado de las tareas concretas que la vida social plantea (...) si el arte se vuelve propiedad pública, organizará la conciencia y psiquis de las masas al organizar objetos e ideas”¹²⁸.

Se puede construir un paralelo entre esta lectura del rol del arte y las expresiones artísticas, particularmente en la música y el diseño gráfico, que se desarrollaron en la cultura chilena de izquierda desde los años ´60 en adelante y que alcanzaron probablemente su apogeo durante el gobierno de la Unidad Popular (1970 – 1973). Bajo el concepto de “arte comprometido”, numerosos artistas incorporaron la componente política en sus trabajos y también se aproximaron en muchos casos al trabajo de propaganda, siempre asociada a la construcción de una nueva concepción de lo nacional. En el caso de la música, importantes grupos de raíz folclórica, pertenecientes a la llamada Nueva Canción Chilena, popularizaron hoy conocidos himnos como Venceremos o El pueblo unido jamás será vencido¹²⁹ (cantados por Quilapayún) u otras canciones menos conocidas como Canción del poder popular, cuya letra incluye versos como “porque esta vez no se trata de cambiar un Presidente, será el pueblo quien construya un Chile bien diferente”¹³⁰, e incluso discos absolutamente militantes como Canto al Programa (1970). En el ámbito de la plástica, desde mediados de los años ´60, específicamente desde la campaña presidencial de 1964, se masificó el uso de los murales como propaganda política, a través de las célebres brigadas creadas por las juventudes políticas de izquierda, que recogieron la influencia del muralismo mexicano¹³¹ para crear su estética, que incorpora iconografía no sólo de orientación nacional sino latinoamericanista. El trabajo de estas brigadas –de las cuales la más importante es la Brigada Ramona Parra (BRP), cuyo trabajo quizás de manera paradójica llegó a exponerse en el Museo de Arte Contemporáneo en 1971- se prolonga hasta el presente, incluso conservando la estética de dibujo y colores. Otro ejemplo interesante de propaganda son los

128. *Ibíd.*

129. Ambas con música del compositor docto chileno Sergio Ortega (1938 – 2003)

130. Canción del poder popular (Julio Rojas – Luis Advís), incluida en el disco ¡Viva Chile! (1973), de Inti-Illimani.

131. Existen importantes ejemplos del arte muralista mexicano en Chile, ninguno de ellos en Santiago: los más destacados son los de la Escuela México, en Chillán (1941-1942), de David Alfaro Siqueiros y Xavier Guerrero y el de la Pinacoteca de Concepción, de Jorge González Camarena (1964-1965).

afiches creados por importantes diseñadores gráficos, los cuales tuvieron una importante intención formativa que coincide con el enunciado de Babichev respecto a la organización de objetos e ideas. Numerosas campañas públicas de la Unidad Popular, donde se invitaba al voluntariado, por ejemplo, tuvieron como soporte el trabajo de los diseñadores de afiches.

Se ha planteado en el capítulo sobre los sujetos políticos (Masa, pueblo y multitud) que la manera principal de manifestación de los sujetos políticos modernos en el espacio público es la escenificación de sí mismas en los espacios principales de la ciudad. Tales “espacios principales” necesariamente tienen que ver, en el caso de una ciudad capital como Santiago, con aquellos lugares que por tradición han devenido espacios de reunión masiva o de celebración ritual, por una parte, y con los sitios planificados y diseñados para la representación del Estado en la ciudad. El concepto arquitectónico desarrollado en la Alemania socialista según Wise (1998), vale decir, la idea de hacer accesible a las grandes masas aquella arquitectura antes reservada sólo para la burguesía¹³² (en este caso, las construcciones neoclásicas y los bulevares), no carece de toda lógica si tenemos en cuenta que la ampliación de la esfera pública –o de la democracia, en otras palabras- efectivamente implica la ocupación por nuevos habitantes de espacios antes restringidos de manera física, legal o simbólica. En el caso de Santiago esto supone la ocupación de espacios como el Parque Forestal y principalmente la Alameda, que durante el siglo XX se consolida como el principal espacio de expresión y manifestación política de la ciudadanía.

Sin lugar a dudas, el espacio más representativo del poder en Santiago y en el país es el llamado Barrio Cívico, que reúne la sede del Poder Ejecutivo, el Palacio de La Moneda, y los edificios de los diferentes ministerios y servicios públicos principales. Su edificación coincide con el inicio del proceso de modernización del país liderada por el Estado, un proceso que comienza una vez definidas las identidades territorial (después de las guerras y cesiones de territorio de fines del siglo XIX) e institucional (la estabilización de un régimen presidencialista) de la nación y reemplazados los antiguos leitmotiv por el del progreso.

Gurovich (2003) realiza un detallado recuento de las discusiones a todo nivel que reflejan el largo proceso de concepción y materialización de la idea de barrio cívico en Santiago¹³³, inserto en lo que Cáceres ha llamado el proceso chileno de modernización autoritaria¹³⁴. De acuerdo con este trabajo, en el contexto del gobierno dictatorial de Ibáñez del Campo (1927 – 1931) aumentan notoriamente las intervenciones del Estado en obras públicas, orientadas no sólo a paliar los efectos de la crisis económica mundial sino a incrementar los niveles de cobertura y equidad en el acceso a equipamientos e infraestructura en la ciudad. En este escenario, “como parte de un Plan General y después de un Plan Extraordinario de Obras Públicas, sufragados por la vía de empréstitos internacionales, se intenta materializar en un proyecto toda la intención de

132. WISE, Michael (1998). *Capital Dilemma. Germany's Search for a New Architecture of Democracy*. Princeton Architectural Press, New York.

133. GUROVICH, Alberto (2003). La solitaria estrella: en torno a la reallización del Barrio Cívico de Santiago de Chile, 1846 – 1946. En: *Revista de Urbanismo* n° 7, 2003, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. <http://revistaurbanismo.uchile.cl>

134. Este concepto, aplicado por Cáceres al primer gobierno de Ibáñez, lo usa Eugenio Tironi curiosamente para referirse a las transformaciones estructurales tanto económicas como sociales bajo la dictadura de Pinochet. Ver: TIRONI, Eugenio (1990). *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973 – 1990*. Ediciones Sur, Santiago.

crear un conjunto urbano representativo de la fuerza del aparato del Estado y la identidad nacional en torno del Palacio de La Moneda”¹³⁵.

Sin embargo, las justificaciones de tal empresa se orientan hacia necesidades de carácter funcional, tanto en términos de los flujos viales urbanos, para conectar el centro con los barrios del sur y suroriente de la capital, como en términos de la labor gubernamental, “para un mejor control y coordinación administrativa”, agregando la finalidad de “hermoseamiento urbanístico”. El primer proyecto corresponde a Smith Solar y Smith Miller, que se aprueba en febrero de 1930: la propuesta comprende entre otras intervenciones la supresión del eje norte – sur y su reemplazo por la ampliación de las calles laterales a La Moneda – existentes en la trama- en su proyección hacia el sur; la expropiación de la manzana equivalente al palacio de gobierno, situada al sur de la Alameda, para ubicar en ella un Palacio Presidencial, flanqueado por los ministerios de Guerra y Marina (la concentración y alianza del poder civil y militar), dejando entre el nuevo edificio y la Moneda una gran plaza atravesada por la Alameda, con un obelisco al centro (¿en un guiño a Washington D.C.?). Por último, el proyecto incluye la expropiación de las edificaciones ubicadas en la manzana al norte de La Moneda, para generar otra plaza, la actual Plaza de la Constitución¹³⁶.

La caída del gobierno ibañista en 1931 supone la detención de este proyecto, así como de muchas iniciativas. Recién en 1934 la idea del Centro Cívico se reactiva, teniendo como protagonista esta vez al urbanista austríaco Karl Brunner, quien regresa al país contratado por la Municipalidad de Santiago para estudiar y diseñar su plan regulador, contexto en el cual además recibe el encargo de desarrollar una propuesta nueva y “definitiva” para el Barrio Cívico, incluyendo el espacio de la Alameda y la nueva plaza al norte del palacio de gobierno¹³⁷.

La propuesta de Brunner consulta una serie de decisiones cuyo propósito en términos de forma urbana se enfoca en destacar la centralidad del Palacio de La Moneda, aplicando configuraciones simétricas y proporciones al conjunto que buscan “enfaticar la escala de magnificencia”. Quizás si la propuesta más elocuente es la idea de unir los edificios a ambos lados del eje norte sur en su parte superior para crear un gran arco que enmarque y acentúe la perspectiva de La Moneda desde el sur sobre el eje, así como desde el norte, sirviendo de fondo a la imagen del palacio.

La importancia de la apertura del eje norte sur es recalcada con la propuesta de ubicar en el remate sur de la avenida, en el Parque Almagro, el edificio para el nuevo Conservatorio Nacional de Música, que sin embargo más tarde es reemplazado por la idea de situar allí la nueva sede del Congreso Nacional, según Gurovich, siguiendo al referente original de la Avenida de Mayo de Buenos Aires, de 1892.

135. GUROVICH, Alberto (2003). Op. cit.

136. Otra similitud curiosa con Washington D.C. radica en que tanto el proyecto de la Senate Park Commission como las propuestas de los Smith y más tarde de Brunner y Vera, no modifican el acceso principal de las sedes de gobierno (hacia Pennsylvania Avenue, en el caso de la Casa Blanca y en La Moneda, hacia la calle del mismo nombre) para orientarlo hacia el gran espacio público, quizás buscando mantener una escala controlada entre monumento y atrio.

137. Es interesante notar que es el municipio quien se hace cargo de reanudar el proyecto de barrio cívico, teniendo en cuenta que el proyecto de los Smith responde a un encargo del organismo de obras públicas del gobierno nacional. Dentro del equipo de trabajo que colabora con Brunner, destaca el arquitecto Roberto Humeres Solar.



“200.000 personas expresaron su adhesión”. Manifestación de apoyo al Presidente Pedro Aguirre Cerda con motivo del intento de golpe de Estado del general Ariosto Herrera. Revista Ercilla, 26 de agosto de 1939.

En 1935, el gobierno vuelve a tomar la batuta y encarga –en el marco de otro programa de obras públicas pro empleo y mejoramiento de la ciudad, y de las ideas y partido general planteado por Brunner - un nuevo proyecto “definitivo” del Barrio Cívico, a un grupo de arquitectos entre los que destaca Carlos Vera Mandujano. Vera logra llevar adelante en dos años un proyecto unitario que considera como elementos de su composición tanto los nuevos edificios gubernamentales como asimismo plazas, calles y avenidas. El proyecto de Vera y su equipo recupera el planteamiento de los Smith en torno a utilizar la modulación de las fachadas de La Moneda como elemento formal y simbólico de referencia y ritmo compositivo para todo el conjunto (estrategia que repetirían 47 años más tarde Undurraga y Devés para el proyecto de la Plaza de la Constitución). Por otra parte, se propone generar un impacto urbano efectivo a partir de este nuevo centro potenciado, concentrando los servicios públicos y generando comercio en primera planta, generando una relación hacia los barrios del sur de la ciudad y en lo que más nos interesa aquí, “plasmando la escenografía y el espacio apropiado al enaltecimiento del ceremonial civil, militar y religioso”¹³⁸.

Luego de arduas discusiones en torno a la definición de proporciones y estilo de la edificación del nuevo Barrio Cívico, se opta por una propuesta en bloques cúbicos de hormigón armado, con nueve pisos de altura en los frentes laterales de las calles Morandé y Teatinos, ocho pisos a lo largo de la avenida, y doce pisos en los volúmenes que enfrentan La Moneda por el sur y siguen hasta la calle Alonso de Ovalle. Estos últimos son atravesados por las calles Gálvez (actual Zenteno) y Nataniel Cox, a través de grandes portadas rectilíneas. Gurovich refiere la propuesta definitiva a un símil con el proyecto de Haussmann para París, en lo referido a la implacable simetría y regularidad de ritmos y elementos en la composición. En sus palabras, el proyecto, inspirado en el “prototipo conservador” haussmaniano, en tanto resultado “expresa una fuga al infinito de líneas horizontales, que tiende a parecer abierta a gran escala, acentuando el efecto de diálogo con la Alameda, pero también arrollando el ritmo del tejido tradicional de las manzanas y fragmentando las alianzas entre lo viejo y lo nuevo, las uniones entre el lleno y el vacío, y las cadenas de actividades diversificadas”.

El logro del proyecto de Barrio Cívico en cuanto a la creación de una nueva centralidad para la vida política y urbana del país y de Santiago es evidente desde su proceso de construcción, cuando se convierte en escenario de los sucesos conocidos como la matanza del Seguro Obrero en septiembre de 1938, en plena

138. GUROVICH (2003), op. cit.



Celebración de la elección de Pedro Aguirre Cerda en La Moneda, 1938.



Pinochet con Juan Pablo II en uno de los balcones de La Moneda, 1987.

campana presidencial. Este hecho político influye fuertemente el rumbo de los comicios y permite que triunfe el abanderado del Frente Popular, Pedro Aguirre Cerda. El apoyo al presidente Aguirre Cerda también se manifiesta masivamente en las calles del Barrio Cívico frente al intento de golpe de Estado de agosto de 1940, más conocido como el Ariostazo, en referencia a su principal protagonista, el general Ariosto Herrera, de marcada tendencia fascista¹³⁹.

La figura de Aguirre Cerda se relaciona con otro evento y espacio particulares que arrojan una imagen propia y característica de este espacio trascendente y que vuelve a repetirse en nuevos momentos de la historia del país como una marca de esta lógica de ocupación del espacio en un sentido político: la figura del orador (o el tribuno, o el líder) en los balcones de La Moneda dirigiéndose al pueblo. Los partidarios de Aguirre Cerda trepando el edificio para entregarle la bandera nacional al nuevo presidente; Allende en otro balcón, el de la Fech, muy cerca de allí, celebrando su triunfo en 1970; el balcón destruido por el bombardeo del palacio en septiembre de 1973; Pinochet buscando legitimación internacional exhibiéndose en uno de los balcones junto a Juan Pablo II en 1987; Patricio Aylwin dirigiéndose por primera vez a la muchedumbre¹⁴⁰ ("Pueblo de Santiago; compatriotas todos") desde La Moneda como símbolo de la recuperación democrática.

Es este espacio de la épica, del gran relato unívoco (cuando no único) en torno a los ideales e identidad de la comunidad imaginada, de los cuerpos extensos y a la vez cerrados, de la monumentalidad, el que representa la promesa moderna del futuro en torno al progreso liderado por la vanguardia de la Nación; es este espacio el que cederá primacía, en algunos ámbitos violentamente (Gurovich lo ejemplifica en la connotación negativa que adquiere con las intervenciones posteriores la Plaza Bulnes, espacio principal del Barrio Cívico, como ejemplo de la destrucción de la imagen del Estado democrático y su refundación bajo formas autoritarias¹⁴¹) y en otros poco a poco, al espacio sin silueta de la modernización como la producción incesante de pasado y la actualidad ineludible del presente efímero pero a la vez excesivo.

139. Ante el movimiento de tropas, el gobierno, informado de la situación, hace un llamado a la población para que salga a la calle a defender el gobierno constitucional, el cual tiene una amplia acogida. El intento golpista, remedo de putsch anteriores y antecedente de futuros arrestos insurreccionales, está retratado en la edición especial de revista Ercilla del 26 de agosto de 1940, un día después del Ariostazo, la cual incluye una entrevista al fallido líder golpista donde declara sus preferencias políticas mostrando las efigies de Hitler, Mussolini y Hindenburg que conserva en su oficina. Fuente: www.memoriachilena.cl

140. Discurso de Patricio Aylwin al pueblo de Chile desde los balcones del Palacio de La Moneda, 11 de marzo de 1990. Fuente: Wikisource.

141. Citando a Humeros (1982), Gurovich recupera el caso del Altar de la Patria, originalmente proyectado en el remate del eje cívico en el Parque Almagro, y luego utilizado por la dictadura para clausurar tanto la apertura y perspectiva de la avenida republicana como la identidad nacional en torno a lo militar, reuniendo el símbolo de la "epopeya" golpista (la infame Llama de la Libertad) con la tumba de O' Higgins, padre de la Patria.

Un espacio sin silueta

La caracterización que intento hacer de las diferentes formas de producción de espacio público político que a mi juicio constituyen el panorama actual, enmarcado en lo que para efectos de la tesis he denominado la crisis del espacio moderno, pretende ante todo evitar las caricaturas y la descripción de polaridades o binomios maniqueos. Como ya he dicho anteriormente, esta distinción de dos grandes “categorías” no involucra una lectura donde una se disuelve en la otra o es desalojada completamente por ésta. La postura que busco sustentar en este trabajo refiere a dinámicas propias de la modernidad tal como la retratado Berman, vale decir, un fenómeno de dos caras: por una parte, la conciencia histórica que llamamos modernismo, basada en los conceptos de autonomía, libertad y agencia; y por otra, el proceso naturalizado que conocemos como modernización, el cual muchas veces pareciera no tener causas ni fuerzas motrices identificables, representables.

Propongo la denominación de espacio sin silueta para caracterizar el modo de producción de espacio público dominante, el cual de algún modo es producto y desde otros puntos de vista, causa de ciertas dinámicas asociadas al aparente ocaso del modo que he definido como espacio trascendente. Como se expone en el capítulo anterior, tal espacio se funda en visiones particulares de colectividad vinculadas al concepto de Nación (la comunidad imaginada) y de Estado como su forma organizativa y representacional, todo lo cual de algún modo he intentado resumir como modernidad heroica y que Lyotard ha llamado las grandes narrativas o meta relatos. Un elemento que me parece importante en esta “versión” de la modernidad es su relación con una promesa de futuro como leitmotiv de la sociedad; de algún modo, todas las visiones vanguardistas y utópicas sitúan el progreso, la sociedad ideal en un lugar distinto (y lejano) al aquí y ahora. Esa misma distancia existente en la base de dichas concepciones involucra la necesidad del quiebre, el shock casi como única estrategia posible para salvar la brecha entre la realidad vivida y la alteridad imaginada. En el caso de aquellas versiones menos radicales de la modernidad, las esperanzas estuvieron por mucho tiempo puestas en el ideal de progreso como camino sin retorno hacia la sociedad mejor, entendiendo el progreso básicamente como el desarrollo en plenitud de la técnica y las capacidades humanas asociadas a ella. En este punto, quisiera considerar la siguiente idea como posible variable explicativa de lo que me interesa proponer como espacio sin silueta: de algún modo, las lógicas, prácticas y proyectos vanguardistas, progresistas o utópicos han producido una suerte de agotamiento del futuro, de copamiento de sus imágenes, de sus condiciones de posibilidad. Este agotamiento ha generado una situación donde el modernismo prácticamente no tiene cabida y lo único que permanece, incólume y casi devenida fuerza natural, es la dinámica de la modernización. Esto de alguna manera corresponde a lo que Norbert Lechner ha llamado presentismo, característica propia de la vida contemporánea en Chile.

En este contexto, la crisis del espacio moderno no significa en la práctica otra cosa que la aparente incapacidad de los sujetos para generar nuevos relatos, nuevas formas de representación que puedan dar sentido a la existencia de la ciudad o de la sociedad como colectivo político, que puedan darle a mujeres y hombres modernos la capacidad de dominar las fuerzas de la modernización

con vistas a iniciativas liberadoras o simplemente a formas de colectividad que impliquen avanzar en la conquista de mayores espacios de autodeterminación. Las distintas experiencias de colapso de sistemas políticos, económicos, sociales, de ideas, de relación con la naturaleza, de estructuras –donde los vínculos entre espacio concreto, prácticas de los sujetos y formas de representación eran, si no transparentes o completamente legítimos, sí evidentes y de algún modo omnipresentes para todos los sujetos y grupos-, involucraron un desmantelamiento de las posiciones de dichos sujetos y una suerte de pérdida de referencia, de figura, de silueta, de la sociedad y también de la ciudad.

Esta situación se vería reflejada de diversas formas, entre ellas en la emergencia de la crítica postmoderna bajo la forma del “fin de las certidumbres” y la casi absoluta invalidación –paradójicamente- de toda postura o posición con base en una concepción a priori de la realidad, luego el cuestionamiento de las ideologías en tanto sistemas rígidos y tendientes al totalitarismo en su supuesto intento de adaptar la realidad a sus fines.

En el caso chileno, la disolución o suspensión prolongada de numerosos espacios de colectividad, particularmente aquellos vinculados a lo político, generó una transformación radical de las formas de lo político, donde lo público debió reinventarse desde lo domiciliario y las identidades políticas debieron reconstruirse desde lo más precario de los individuos, desde su materialidad, su corporeidad amenazada por la violencia de Estado.

La experiencia de la violencia y la suspensión del espacio político entendido como espacio de deliberación de la sociedad en su conjunto, sumadas al colapso de los grandes proyectos heroicos de distinto signo, generaron por otro lado una mentalidad “de la resistencia”, donde se abandonan las dinámicas constructivas de la vanguardia y la identidad se construye en base a la restricción, a la represión y por lo tanto a partir de la existencia de un enemigo más poderoso como centro del espacio político. Desde esta forma de construcción de subjetividad política y tal como plantea el historiador Rolando Álvarez, una vez desaparecido el enemigo (en el caso chileno, al menos una vez privado del poder omnímodo) lo político se vuelve fútil, la epopeya de la recuperación de la democracia se disuelve en los discursos de la democracia de los acuerdos y la justicia en la medida de lo posible¹⁴².

Resulta de interés para estudiar la condición del sistema político chileno posterior a 1990 en términos de las estructuras de participación y conquista de legitimidad, hacer referencia a lo que Guillermo O’Donnell (1993) ha

142. El presidente chileno Patricio Aylwin declaró en 1991, frente a las exigencias de justicia en los casos de detenidos desaparecidos, que “se haría justicia en la medida de lo posible”, frase que fue muy criticada en la época pero que finalmente fue bastante ilustrativa de los tortuosos procesos judiciales para perseguir responsabilidades en las violaciones a los derechos humanos bajo la dictadura de Pinochet.

denominado democracias delegativas¹⁴³. Si bien para el autor Chile no es un ejemplo de los estados que pueden ser caracterizados bajo esta categoría –definida por la presencia de elementos formales de una democracia, como la poliarquía, pero a la vez por la ausencia de agentes intermedios fuertes y grados de control horizontal¹⁴⁴, característicos de lo que O’Donnell denomina democracias representativas-, podemos observar otros rasgos que sí hacen pensar en esta definición como una forma de análisis válida para nuestro espacio político.

O’Donnell plantea que por definición las democracias delegativas son fuertemente mayoritarias, entendiendo por ello que para generar la percepción de una delegación legítima del poder se debe crear una mayoría (por ejemplo, mediante el recurso del balotaje), lo cual calza con el modelo chileno del esquema binominal donde lo que se persigue supuestamente es estructurar el sistema político en torno a dos grandes bloques que otorgan estabilidad a la institucionalidad. O por ejemplo, el hecho que en las democracias delegativas se espera que los votantes después de la elección “retornen a la posición de espectadores pasivos, ojalá entusiastas, de lo que el Presidente hace”¹⁴⁵. En esta línea, Hernán Cuevas (2007) se refiere a esta categoría de democracias delegativas como democracias de baja intensidad ciudadana, donde los controles que O’Donnell define como controles verticales desde la ciudadanía hacia el poder no operan, pero no sólo por falta de reconocimiento institucional (de arriba hacia abajo) sino también por cierta falta de movimiento ciudadano, de energía cívica, relacionada con la fragmentación que revela la ausencia de grandes referentes y un panorama donde lo que prima es la aparición de grupos de ciudadanos que se movilizan cuando lo que consideran sus propios intereses se ven afectados¹⁴⁶.

En una primera mirada, la ciudad sin silueta pareciera carecer de un espacio público representacional como lo conocieran y concibieran los sujetos políticos de la modernidad heroica y sus herederos, con un espíritu formativo (o disciplinario, según Foucault) expresado en su forma. El espacio trascendente de la modernidad heroica permanece en la ciudad, aparentemente como forma vaciada en parte importante de su sentido de representación, pese a los esfuerzos del Estado por realzar sus escenarios.

La orfandad de los grandes relatos y el intento de aniquilar la historia nos han “dejado” un espacio político cuya moral formativa es casi anti-moderna; tiende al control mediante el despliegue del poder estatal como complemento del poder corporativo en una lógica y mecánica de entendimiento y reproducción casi naturales, presentando toda alternativa de constitución política del espacio público como potencia de caos. Por otra parte, los elementos ideológicos existentes en lo público son de algún modo naturalizados y también privatizados, dando lugar a un debate donde habitualmente lo central son los derechos

143. O’DONNELL, Guillermo (1993). *Delegative democracy?* Kellogg Institute for International Studies, Notre Dame.

144. Otra característica central que O’Donnell observa en las democracias delegativas es su fundamento en la figura del presidente (a) como el personaje en el cual se delega el poder casi absoluto y cuyo sustento político se basa en movimientos que se autoproclaman por sobre los partidos. Nuestro sistema político en la llamada transición a la democracia, en cambio, ha estado basado prácticamente en el mismo sistema de partidos políticos de antes del golpe de Estado de 1973.

145. O’DONNELL, Guillermo (1993). *Op. cit.*

146. Entrevista con el cientista político Hernán Cuevas, 15 de noviembre de 2007.

de propiedad sobre la ciudad. En este contexto, lo jurídico –y finalmente lo policial- usurpa el lugar de lo político.

Desde la perspectiva de la arquitectura y el urbanismo, el instrumental tradicional (tanto analítico como operativo, referido bien al edificio, sus tipologías, relaciones con otros objetos y con la trama y ritmo de la ciudad, o bien al sistema urbano, sus flujos e intercambios) para generar propuestas de ciudad que impliquen alternativa de coherencia aparece como limitado. Estas limitaciones revelan en la mayoría de los casos un desajuste tanto de escala (sus posibilidades de agencia se disuelven en intervenciones puntuales o en planteamientos abstractos) como de contingencia o sentido (como buenas disciplinas productivas a merced del encargo e insertas en el paradigma de la modernización, no hay aparentemente lugar en el proyecto para pensar otros posibles). Si pensamos en la arquitectura no sólo como oficio o técnica, sino también como una disciplina donde una de sus funciones sociales es precisamente expandir el imaginario colectivo respecto a las formas de habitar –lo que en último término, implica reflexionar sobre las formas de colectividad contemporáneas-, encontramos que las principales propuestas se orientan hacia las tecno-utopías (una herencia directa del ideal de progreso llevada a nuevos derroteros y nuevos extremos, como los desarrollos inmobiliarios en Dubai o China), a la recuperación – gentrificación de barrios con nuevos usos culturales y recreativos, o bien a la generación de proyectos “estratégicos” enfocados en mejorar la competitividad económica de ciudades. Con todo y sumando incluso aquellas propuestas centradas en el tema de la sustentabilidad ambiental, pareciera que la arquitectura como disciplina no tiene en este momento la capacidad o el interés en construir una propuesta para la ciudad que vaya más allá de los modos de producción del espacio orientados por la velocidad y la modernización (el espacio de las redes como forma silenciosa de transformación de la ciudad, a partir del concepto de destrucción creadora acuñado por Schumpeter) o por la otra gran variable, el consumo (la colonización total del tiempo por el capitalismo en las ciudades).

En lo concreto, en tanto modo de producción del espacio público, este espacio sin silueta se puede caracterizar en un primer término a partir de una paradoja: por una parte la ciudad como espacio político carece de silueta en el sentido de un espacio (o un sistema de espacios) que articule un relato, frente a la constatación de la incapacidad de los sujetos políticos de generar representaciones y relatos que ofrezcan una posibilidad de coherencia, de inclusión que vaya más allá de sus propias escalas, mientras que por otra parte la arquitectura de la ciudad la satura de formas, como ha apuntado David Harvey¹⁴⁷, en una abundancia de hitos (pensar por ejemplo en la profusión de edificios corporativos a mitad de los años 90), un exceso de objetos característico de la metrópoli contemporánea. En el espacio sin silueta, como decíamos, paradójicamente, el exceso de formas implica la imposibilidad de distinguir una figura en el sentido que he descrito anteriormente para el espacio trascendente, por ejemplo. La distancia crítica de la que hablara Jameson ha sido suprimida por el exceso y de algún modo la cultura de la congestión referida por Koolhaas y ejemplificada según Aureli (2008) en la coexistencia del hito y el enclave¹⁴⁸ sobre una trama indiferenciada como la de Manhattan (para el caso de Santiago, la cultura de la congestión se

147. Entrevista con David Harvey, 21 de abril de 2008.

148. AURELI, Pier Vittorio (2008). *Toward the Archipelago*. En: Log 11. Anycorp Publishers, New York.



expresaría en el intento de reunir todo lo “necesario” de la ciudad en el mall, dejando fuera lo indeseable) se vuelve quizás la forma más representativa de generación de lo público bajo este espacio sin silueta.

La posibilidad de lo político en la ciudad se ve entonces limitado, condicionado por esta forma de producción del espacio público que se manifiesta a mi parecer de un modo particularmente explícito o sintomático en tres fenómenos o formas de concebir el espacio de la ciudad que desde un cruce entre teoría y la experiencia del caso santiaguino en los últimos años podemos denominar como los espacios del control, del espectáculo y de la administración de la alteridad o diferencia, todos ellos enmarcados en la idea de modernización sin modernidad que he intentado exponer como hilo conductor del modo dominante de producción del espacio en los últimos 25 años en Santiago.

Santiago y la modernización

Un elemento característico del desarrollo de Santiago como principal ciudad y sede del poder estatal, que atraviesa los distintos períodos presidenciales y los distintos grupos de élite que logran controlar el Estado, es el hecho que los distintos gobiernos, pese a sus diferencias ideológicas, comparten un marcado afán por la idea de modernización, lo cual es particularmente evidente en las grandes transformaciones urbanas. Se podría decir que esta característica es una línea de continuidad histórica con la categoría que hemos descrito como espacio trascendente, además de un eje de transversalidad política, tal como lo subraya Lefebvre (1991): “El Estado se está consolidando en una escala mundial. Se carga sobre la sociedad (sobre todas las sociedades) con total fuerza; planifica y organiza la sociedad “racionalmente”, con la ayuda del conocimiento y la tecnología, imponiendo medidas análogas, por no decir homogéneas, sin importar la ideología política, herencia histórica u origen de clase de aquéllos en el poder. El Estado aplasta el tiempo reduciendo las diferencias a repeticiones o circularidades (denominadas “equilibrio”, retroalimentación, “autorregulación” entre otras). El espacio en su forma hegeliana vuelve en sí. Este estado moderno se promueve e impone a sí mismo como el centro estable –definitivamente- de espacios y sociedades (nacionales). En tanto fin y significado de la historia –tal

como Hegel había predicho- aplana las esferas cultural y social. Refuerza una lógica que pone fin a los conflictos y contradicciones; neutraliza cualquier cosa que resista mediante castración o aplastamiento. ¿Es esto entropía social? ¿O se trata de una excrecencia monstruosa transformada en normalidad? Cualquiera sea la respuesta, el resultado yace ante nosotros”¹⁴⁹.

La modernización como concepto –si bien bajo muy distintas interpretaciones dependiendo del gobierno de turno- ha guiado las más importantes transformaciones urbanas en la capital desde el período conocido como del Estado Desarrollista (1925 – 1973), siempre de la mano con la voluntad de construir una representación del Estado. En este sentido se pueden leer las intervenciones de Karl Brunner y Carlos Vera en el Barrio Cívico durante la primera mitad del siglo, quizás si el ejemplo más potente de obra urbana en Santiago durante el siglo XX y caso representativo del espacio trascendente, ya analizado en el capítulo anterior.

En los últimos 35 años, podemos observar distintas estrategias de aproximación al uso político del espacio urbano. En el caso de la dictadura militar, probablemente la intervención urbana de mayor influencia sobre Santiago tiene que ver con dos operaciones que revelan la misma estrategia, vale decir, la modificación de la estructura de la ciudad y de las formas de habitarla para disponer el territorio en función de la reproducción del capital privado, entendido como principal agente de la modernización. Me refiero concretamente a la conocida eliminación del límite urbano en 1979 y a las acciones de erradicación de campamentos y poblaciones obreras del sector oriente de Santiago, asentamiento de las élites chilenas consolidado lentamente desde mediados del siglo XX. De Mattos (2004) plantea respecto a la transformación de la ciudad en función de las nuevas políticas económicas que “con el discurso teórico ideológico liberalizador que sustentó esta (nueva) fase de modernización capitalista, también se impuso un nuevo enfoque de gestión urbana compatible con la convicción de que la subsidiaridad del Estado debía ser considerada como un principio rector. En lo esencial, este cambio redefinió las reglas del juego a favor de aquellos actores sociales capaces de llevar a cabo las intervenciones urbanas de mayor impacto que, en última instancia, son las que marcan el rumbo de la transformación de la ciudad”¹⁵⁰.

La expansión de la ciudad y el abandono de la planificación, promovida por los tecnócratas a cargo de la economía bajo Pinochet bajo los principios del suelo urbano como un recurso no escaso y la determinación del uso del suelo por su mayor rentabilidad¹⁵¹, marca en términos urbanos el quiebre con el incipiente esquema de Estado de Bienestar y desarrollo planificado que habían desarrollado los distintos gobiernos desde la década de 1940, consolidándose la maximización de la plusvalía urbana como el principal criterio urbanístico (De Mattos). Este quiebre se puede considerar equivalente a las revoluciones hechas por la dictadura en los sistemas educacionales –con la municipalización

149. LEFEBVRE, Henri (1991). The production of space. Blackwell, Oxford, p. 23.

150. DE MATTOS, Carlos A. (2004). Metamorfosis bajo un nuevo impulso de modernización capitalista. En: De Mattos, Ducci, Rodríguez, Yáñez, editores (2004). Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad? Ediciones SUR (SUR – IEU+T UC), Santiago.

151. De Mattos señala que la visión base de la política económica del gobierno militar, contenida en el documento conocido como “El Ladrillo” (De Castro et al, 1973; 1992), se incorporó a la Política Nacional de Desarrollo Urbano promulgada en 1979, donde se establecía que es el sector privado el principal responsable de materializar las iniciativas de desarrollo urbano y responder a las necesidades de la población mediante una adecuada oferta de bienes y servicios.

de la educación primaria y secundaria, así como con el fin de la gratuidad y la atomización de las universidades estatales-; en el sistema de salud y previsión social con la privatización de la administración y el fin de los sistemas solidarios; y en los programas de vivienda y mejoramiento urbano, con el retiro del Estado de la función ejecutora y la reorientación de la concepción de la vivienda hacia la idea de un bien privado transable.

En el contexto de estas ideas como ejes directores del desarrollo urbano, la ciudad experimentó cambios importantes en su forma y tamaño, así como en sus modos de poblamiento, en el período que trata esta tesis. De Mattos (2004) lo sintetiza en cinco fenómenos: la pérdida de población de áreas centrales; el crecimiento de las provincias y centros urbanos en torno a la ciudad (directamente relacionado con el anterior, y donde los centros urbanos que crecen terminan de consolidar su conurbación con el área metropolitana de Santiago); una creciente policentralización de la estructura, la organización y el funcionamiento metropolitano; la aparición de áreas intersticiales como espacios híbridos, ni rurales ni urbanos; y la proliferación de nuevos “artefactos urbanos” de gran capacidad estructurante (principalmente se refiere a la versión santiaguina de los regional malls, los cuales se han multiplicado en la última década y media, principalmente localizados sobre el anillo Américo Vespucio, generando en algunos casos nuevas centralidades que la planificación urbana ha debido integrar como subcentros a posteriori). Estas transformaciones se reflejan entre otros hechos en el crecimiento de la superficie total de la ciudad, con un incremento entre 1991 y 2000 de 12.049 hectáreas, vale decir un 24% de crecimiento, para alcanzar un total de 61.396 hectáreas¹⁵². La expansión urbana ha sido escenario no sólo de dinámicas inmobiliarias y empresariales, sino particularmente de la segregación social producto de las políticas de vivienda social –inicialmente de erradicación forzosa y vinculadas a la tenencia de terrenos en la periferia por parte de empresarios privados¹⁵³, nuevos gestores del desarrollo urbano- implantadas en dictadura y continuadas en los gobiernos democráticos post 1990, que han sido objeto de numerosos análisis, debido a sus efectos nocivos de segregación, pérdida de oportunidades, marginalización y hacinamiento, entre otros, lo que ha llevado a Alfredo Rodríguez y Ana Sugranyes a plantear que hoy el principal sujeto de las políticas públicas urbanas y de vivienda debieran ser los “con techo”¹⁵⁴.

Por otra parte, las políticas económicas de los llamados Chicago Boys¹⁵⁵ fomentaron a mediados de los años ´80 una profundización del radical cambio que sufrió la economía chilena después del golpe de Estado, focalizando los esfuerzos y las medidas gubernamentales en promover la apertura económica, apoyando las exportaciones y desprotegiendo la todavía existente industria

152. Al 2008, la ciudad tenía una superficie total de 63.561 hectáreas, según Boletín de Mercado de Suelo del Gran Santiago, Pablo Trivelli y Cía. Ltda., primer trimestre de 2008.

153. RODRÍGUEZ, Alfredo y Ana Sugranyes (2004). El problema de vivienda de los “con techo”. EURE, diciembre, año/vol. XXX, n° 91. PUC, Santiago. Páginas 53 a 65.

154. *Ibidem*.

155. En 1957 se firmó un convenio entre la Universidad Católica y la Universidad de Chicago para que alumnos del primer plantel cursaran postgrados en Economía. Este grupo –que tuvo por principales maestros y guías a Milton Friedman y Arnold Harberger- generó un cambio total en la enseñanza de la economía de la UC y ya a fines de la década de 1960 se involucraron directamente en política ayudando a diseñar el programa de gobierno de Jorge Alessandri para la elección presidencial de 1970. DE CASTRO, Sergio, Pablo Baraona et al. (1992). El Ladrillo. Bases de la política económica del gobierno militar chileno. Centro de Estudios Públicos, Santiago.

local¹⁵⁶. La desindustrialización de la década de 1980 tiene su emblema en la desaparición –en términos de empresas- de los grandes complejos textiles (Yarur, Sumar) del sector sur de la ciudad de Santiago, más precisamente en el sector de Vicuña Mackenna y Carlos Valdovinos, junto a numerosas empresas de rubros como electrónica (IRT) y otras. La transformación productiva y la tercerización de la economía trajeron aparejada una dispersión de los grandes conglomerados industriales y de los colectivos de trabajadores asociados a ellos.

En este sentido, el espacio sin silueta del Santiago modernizado –primero bajo dictadura, luego en democracia- tiene dos de sus condiciones fundantes en la erradicación de los pobladores pobres de las áreas céntricas de la ciudad y de las zonas de altos ingresos, por una parte, y en la desaparición de los grandes sindicatos en los cuales radicaba una parte importante de la fuerza política de clase de los trabajadores y de sus imaginarios de representación en el espacio público.

Probablemente una de las críticas más centrales que se le pueden hacer a la conducción del proceso político de los últimos 20 años en Chile, en el marco de nuestra discusión, es el haber hecho primar sin contrapeso los objetivos de la modernización por sobre la democratización de la sociedad. La restauración de la fractura social ejemplificada al extremo en las erradicaciones de los campamentos durante los años '80 parecía una misión urgente en los primeros momentos del retorno a la democracia, sin embargo dicho fenómeno se acentuó y se hizo más complejo durante los '90, tal como lo plantean Ramos y Guzmán (2000): “La fractura social no fue un fenómeno inventado en los '90. Pero el argumento de ser la gran respuesta a la criminalidad le dio un fuerte empuje, consolidando y extendiendo las fronteras interiores dentro de cada ciudad”¹⁵⁷. Para los autores, Santiago fue caldo de cultivo para esta dinámica por su mayor población, perdiendo sentido la tradicional división de clases en torno a la Plaza Italia (sectores pudientes hacia el oriente, clases medias bajas y pobres hacia el poniente) ante “una segmentación más fina e incuantificable”.

Tras la recuperación democrática, se observan criterios dispares a la hora de analizar las relaciones entre proyecto político y proyecto urbano, más allá de la continuidad de la coalición en el poder. El gobierno de Patricio Aylwin (1990 – 1994) opta por el desarrollo de parques como estrategia urbana, argumentando una respuesta a la necesidad real de espacios públicos en áreas de la ciudad desprovistas de equipamiento, además de la carencia crónica de áreas verdes en la capital. Desde un punto de vista crítico, se puede interpretar la opción por la construcción de parques como una estrategia representacional que busca instaurar un nuevo imaginario de la Transición: la imagen bucólica, de niños jugando y familias paseando en perfecto orden y tranquilidad en un espacio fuera de la ciudad (Koolhaas ha llegado a decir que en la actualidad todo lo que queda de alteridad en la ciudad son los campos de golf), frente a la convulsionada postal de las calles santiaguinas en los últimos años de la dictadura, el uso de la calle en tanto espacio político como una imagen del pasado.

156. A este respecto Tomás Moulian (1997) ha señalado que el modelo chileno de sustitución de importaciones, prevalente durante la segunda mitad del siglo XX, ya estaba en una fase de decadencia previo al golpe de Estado y las transformaciones económicas de la dictadura.

157. RAMOS, Marcela y Juan Andrés Guzmán (2000). *La Guerra y la Paz Ciudadana*. Ediciones LOM, Santiago.

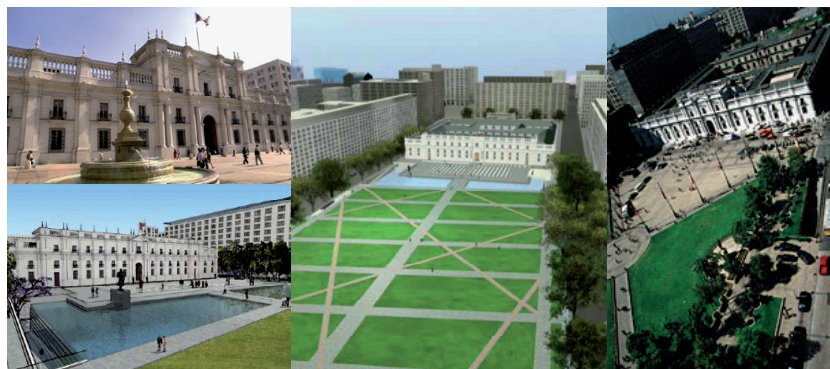


Ciudad Empresarial, Huechuraba, Santiago.

El gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994 – 2000) asume de manera frontal un programa modernizador, donde lo prioritario es transformar la ciudad y el territorio en un soporte eficiente para los desplazamientos de personas, mercancías y capitales, en una línea de desarrollo urbano, una lógica de construcción de ciudad en las diferentes escalas que había sido instalada a fines de los '70 por la dictadura con graves consecuencias y continuada por los gobiernos democráticos, con algunos leves intentos de corrección a principios de los '90: el abandono de la lógica de la planificación por la lógica de la gestión del territorio y la ciudad, en el marco de una retirada del Estado del rol de principal productor de espacio para dejar tal función primordialmente a la empresa privada.

En este contexto se produce la creación de la Coordinación de Concesiones MOP en 1996 y el inicio de los proyectos de autopistas urbanas y de otras infraestructuras públicas entregadas al sector privado para su desarrollo y explotación comercial. En el caso de Santiago, esta iniciativa de asociación pública – privada (y excelente ejemplo de los procesos de reestructuración o “modernización” del Estado) permitió que se dieran las condiciones para retomar ideas de planificación de corte modernizador que por falta de decisión política o de recursos económicos habían quedado truncas; particularmente notorio es el caso de la circunvalación Américo Vespucio, cuya reactivación como autopista urbana se vio reflejada en el notable desarrollo de enclaves empresariales por parte de la inversión privada (Enea, Ciudad Empresarial) e importantes centros comerciales (Plaza Vespucio, Plaza Oeste, entre otros). Esta modalidad de desarrollo urbano, el reemplazo del plan por el megaproyecto, se gestó durante el gobierno de Frei para dar sus mayores frutos en el gobierno de Ricardo Lagos (2000 – 2006).

Durante el gobierno de Lagos, el afán modernizador cobra forma en los proyectos de infraestructura de movilidad bajo el sistema de concesiones; en este período surgen asimismo numerosos espacios de consumo y poder corporativo al amparo de la iniciativa privada. Sin embargo, a la vez se construyen una serie



de artefactos que buscan representar una nueva cara del Estado, expresada en tres conceptos: la eficiencia (Centro de Justicia de Santiago), la inclusión social, en este caso a través de la cultura (Matucana 100, Biblioteca de Santiago) y finalmente la estabilidad como imagen de un país que mira al futuro y que ha cerrado los procesos de transición a la democracia de manera exitosa. Este último punto se resume en la recuperación y renovación del principal espacio simbólico del poder, el Palacio de la Moneda, con la reapertura de la puerta de los presidentes de Morandé 80, el libre acceso de las personas a través del palacio y la construcción de un nuevo espacio, la Plaza de la Ciudadanía, que borra la intervención dictatorial (Altar de la Patria, Llama de la Libertad) y restablece el vínculo histórico (y espacial) con la tradición republicana y el sueño moderno. En este sentido, quizás se puede entender el reemplazo de los símbolos de la dictadura como la máxima expresión del discurso político traducido en las políticas de reforma social.

Los nuevos equipamientos culturales que se construyen en los gobiernos de la Concertación siguen un patrón de concentración territorial en el área del centro histórico de la ciudad, posiblemente por dos motivos. Por una parte, la tendencia internacional a la recuperación de los centros históricos como forma de preservar el valor económico y turístico de la ciudad, frente a la fuga del poder corporativo desde el centro de la ciudad a nuevos barrios de oficinas y servicios. Por otra parte, la renovación del centro como forma de reafirmar la imagen y primacía de las instituciones del Estado en la sociedad y en el imaginario nacional y urbano. El ejemplo más notable de estas dos tendencias es la construcción del Centro Cultural Palacio La Moneda: el aparato público busca exhibir la nueva relación entre Estado y cultura (la deuda pendiente de la transición) mediante la construcción de este edificio con programas de escala internacional. Esta nueva oferta tiene un sentido práctico (acceso de la ciudadanía a la cultura), pero por sobre todo un objetivo simbólico, potenciar el icono máximo del poder.

La segunda línea de análisis tiene que ver con el uso de los programas culturales como forma privilegiada de recuperación del patrimonio edificado, siguiendo una tendencia europea de las últimas décadas, que en el caso santiaguino se ejemplifica en casos como el Centro Cultural Estación Mapocho, la Biblioteca de Santiago y el Centro Cultural Matucana 100, además de las dos sedes del Museo de Arte Contemporáneo, en Matucana y el Parque Forestal. Quizás la única

excepción a esta regla sea la construcción del Museo Interactivo Mirador (MIM, 1999), un experimento extraño a cualquier plan, en la comuna de La Granja. La construcción de este equipamiento de alto nivel inserto en un contexto periférico, pensado como una de las grandes obras urbanas del gobierno de Frei, resulta un ejemplo de edificación con intenciones monumentales cuyo impacto político y ciudadano se ve minimizado por su localización y situación de virtual invisibilidad. Desde un punto de vista, se trata de una anomalía en el gran proyecto del Santiago interconectado a altas velocidades pues su emplazamiento es invisible desde las redes de infraestructura; desde otra mirada, el MIM representa un ejemplo muy interesante de potencial descentralización de la cultura y los equipamientos metropolitanos en general, sin embargo hasta la fecha no se ha logrado resolver el quiebre de escala que mantiene con el barrio, ni tampoco su modelo de administración lo ha podido convertir en un lugar público real, abierto a la población que lo rodea.

En términos del proyecto urbano del espacio público y su localización estratégica en las ciudades, las políticas públicas de los sucesivos gobiernos democráticos se pueden analizar bajo la perspectiva de una estrategia dual respecto a una posible idea de ciudad, estrategia que expresa los aspectos hasta cierto punto contradictorios del proceso de modernización. Por una parte existe el establecimiento de un esquema de desarrollo urbano basado en la lógica de la asociación público-privada y sus límites como condición de lo posible, mientras que por otro lado se encuentra la voluntad de reforzar la imagen del Estado, a través de nuevas intervenciones en el casco histórico de la ciudad, en torno a las sedes del poder y la burocracia, y asimismo mediante el fuerte desarrollo de infraestructuras culturales, con un claro patrón de concentración en el área central de la ciudad.

Este fenómeno de dos caras está directamente relacionado con lo que podríamos entender como una metamorfosis del Estado, analizada por innumerables especialistas, ya sean partidarios o críticos de la conversión neoliberal del modelo de desarrollo económico y social chileno, y sólo recientemente se ha logrado exponer la naturaleza específica de esta transformación estatal. La primera ortodoxia neoliberal proponía el desmantelamiento del Estado, conservando solamente las funciones de defensa y orden público. Autores como Jessop¹⁵⁸ (1999b) y Panitch¹⁵⁹ (2000) sostienen que en rigor el proceso de globalización ha supuesto, al contrario de lo previsto y entre otros fenómenos, el fortalecimiento de las estructuras estatales y su perfeccionamiento, en términos de proveer el marco legal, gestionar la apertura de todas las barreras al movimiento de capitales e inversiones y asegurar que las funciones tanto productivas como sociales que le son transferidas al sector privado, tengan un retorno atractivo en términos de rentabilidad de dichas inversiones.

Más allá de los temas netamente económicos, en el ámbito representacional se puede observar en el conjunto de ejemplos analizados una clara manifestación de la necesidad de un Estado contemporáneo y globalizado de materializar ciertos iconos, emblemas que expresen los avances cualitativos del proceso de desarrollo del país. En este sentido y a modo de ejemplo, se ha buscado dar

158. JESSOP, Bob (1999b). *Globalization and the National State*. Department of Sociology, Lancaster University, 1999.

159. PANITCH, Leo (2000). *The New Imperial State*. *New Left Review*, no.2, March – April 2000.

un contenido trascendental a la celebración del Bicentenario de la República con el anuncio de la construcción de numerosas obras públicas en todo el país. En Santiago en particular, se ha llevado adelante una estrategia similar a la del programa de Grands Travaux de François Mitterrand¹⁶⁰, vale decir, incluir en un mismo “plan” proyectos de diverso origen, categoría y escala, dándoles la apariencia de pertenecer a un programa complejo y coherente. Si se revisa el listado de iniciativas descritas como parte del Proyecto Bicentenario (que incluye la extensión del Metro, el plan Transantiago -a estas alturas tristemente célebre-, el Centro de Justicia, Matucana 100, la Biblioteca de Santiago, el Portal Bicentenario de Cerrillos y el Anillo Interior de Santiago, entre otros), se verá que fuera de sus dispares grados de avance, lo más evidente es que se trata de proyectos y planes que carecen de una coordinación central o una motivación estratégica común. Sin embargo, lo que los une finalmente es algo quizá mucho más relevante que los eslóganes trascendentales o la función política de la cultura: se trata de la vieja alianza moderna entre arquitectura, urbanismo y modernización, las disciplinas productivas de la ciudad –una técnica del artificio, la otra ciencia del uso del territorio- como soporte fundamental de un proceso que no conoce más ideología que la de su propia reproducción.

Espacios del control y la vigilancia

Una de las manifestaciones a través de las cuales podemos caracterizar el espacio sin silueta en términos de una forma de producción del espacio público es lo que aquí denominaré espacio del control y la vigilancia. Como antecedente teórico, en la primera parte se revisaron algunas nociones generales de lo que Michel Foucault y otros autores definen como biopolítica, vale decir, la extensión de los mecanismos de control y disciplina propios de los espacios del trabajo y la productividad capitalista a todas las demás esferas de la vida de los individuos. Lazzarato (2005) rescata la distinción que hace Foucault entre sociedades disciplinarias y la sociedad del control o más precisamente de la seguridad, cuyo rasgo más característico es la incorporación de las subjetividades en la lógica del gobierno, por una parte, y por otra la condición de ser sociedades productoras de libertades, a diferencia de las sociedades disciplinarias, que justamente limitaban las libertades. Si la disciplina es centrípeta, encierra, impide, establece límites y fronteras, la seguridad garantiza el movimiento, es centrífuga, permite hacer, incita, favorece, dice Foucault. La disciplina limita la libertad, la seguridad es fabricante, productora de libertad (sobre todo, libertad de empresa o del individuo empresario).

En el caso de Chile y particularmente de Santiago, la expresión más evidente de la materialización de esta sociedad de seguridad es la fuerte influencia que ha tenido desde la década de 1990 una forma de entender la ciudad a partir de la concepción del espacio público como lugar de oportunidad para el delito. Esta visión forma parte del proceso de instalación del concepto de “seguridad ciudadana” como uno de los ejes centrales de la agenda pública y por cierto política en Chile, fundamentalmente de la mano de la prensa de derecha y vinculada a los grupos económicos (lo que implica casi la totalidad de los medios escritos y gran parte de las estaciones de radio y televisión) y de la Fundación Paz Ciudadana, creada en 1992 por el dueño del diario El Mercurio,

160. COLLARD, Susan (2008). The architecture of power: François Mitterrand's Grands Travaux revisited. *International Journal of Cultural Policy*, 14:2, pp. 195 — 208. Routledge, London.

Agustín Edwards, después del secuestro de uno de sus hijos. Marcela Ramos y Juan Andrés Guzmán¹⁶¹ explican con aguda precisión tanto las matrices de pensamiento de la Fundación como sus estrategias para enquistarse en las altas esferas del poder político y desde allí influir, así como también los efectos que el éxito del programa ideológico de esta entidad ha tenido sobre la caracterización de ciertos sujetos ante la opinión pública y sobre la definición de prioridades en la manera de construir ciudad.

La concepción de la ciudad y específicamente del espacio público como lugar de oportunidad para el delito está estrechamente vinculada con cierta pérdida de politicidad del espacio urbano, frente al retiro (tanto simbólico como efectivo) de las organizaciones políticas desde el espacio público, en línea con lo que Rolando Álvarez caracterizaba como el “irse para la casa”, que en cierto sentido es muy decidor respecto a la despolitización de la sociedad completa. Lo que intento explicar es que de cierta forma lo político en el espacio público pasó a ser una expresión de lo excepcional frente a lo cotidiano que supuestamente, tras largos años de prohibiciones, suspensiones de derechos y satanización de la actividad política, implica la total ausencia de lo político en el espacio urbano dado que en condiciones de normalidad, las decisiones se toman en ámbitos privados.

En este espacio simbólicamente vaciado, como propone Gustavo Remedi¹⁶², la nueva imagen que se ofrece a los ciudadanos – televidentes involucra su copamiento por nuevos agentes, ya sean delincuentes, artistas callejeros o tribus urbanas. El espacio público es el lugar de lo otro en la sociedad actual, la democracia de la emoción¹⁶³ de la que habla Paul Virilio (2006) y debe ser domesticado para poder representar y permitir la reproducción de lo mismo, vale decir, lo establecido, lo convencional, lo supuestamente consensuado.

El consenso de las élites respecto a la criminalización del espacio público se ve reflejado por ejemplo en la constitución hasta cierto punto transversal del directorio de Paz Ciudadana, principal actor en la promoción de nuevos criterios de seguridad ciudadana como ejes orientadores de las políticas públicas sobre usos del espacio público y caso peculiar, según Ramos y Guzmán, de un think tank sin producción de pensamiento¹⁶⁴; la influencia de Paz Ciudadana ha llegado a ser tal que varios de sus directivos han pasado al gobierno y viceversa (sin ir más lejos, la actual subsecretaria de Carabineros, Javiera Blanco, emergió desde la división de estudios de la Fundación). Pero quizás el ejemplo más importante de dicho consenso para nuestra discusión es la preeminencia que han ganado ciertas metodologías que piensan el espacio urbano en primer lugar a partir de la seguridad, como es el caso de la metodología llamada CPTED (Crime Prevention Through Environmental Design), desarrollada por la organización del mismo nombre con sede central en Toronto y cuya filial en Chile ha participado activamente en el diseño de manuales para la configuración

161. RAMOS, Marcela y Juan Andrés Guzmán (2000). *La Guerra y la Paz Ciudadana*. Ediciones LOM, Santiago. 162. REMEDI, Gustavo (2004). *La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público)*. En: *Las dimensiones del espacio público. Problemas y proyectos*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires – Argentina, Subsecretaría de Planeamiento, 2004, 15-25. 163. VIRILIO, Paul (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Libros del Zorzal, Buenos Aires.

164. RAMOS, Marcela y Juan Andrés Guzmán (2000). *Op. cit.* Los autores demuestran cómo el impacto en la opinión pública del trabajo de la fundación no se condice con su escaso trabajo de investigación y prácticamente se sustenta sólo en el posicionamiento mediático de sus encuestas sobre victimización frente al delito.

de espacios “seguros”, como el caso del Manual de Espacios Seguros (2004) de los ministerios del Interior y de la Vivienda y Urbanismo, en ese mismo orden jerárquico y estratégico. El acento no es menor, si entendemos que se trata de políticas donde la seguridad pública (competencia de Interior) se sitúa sobre la calidad de vida (supuesto mandato del MINVU). Podríamos caracterizar el punto de vista que impera en estos métodos como uno que concibe a la ciudad como una agregación de comunidades, siendo la comunidad “un grupo de personas que ocupa un espacio territorial determinado”. La asociación entre comunidad y territorio es clara y muy potente, en el sentido que comprende dos factores absolutamente imbricados: una alteridad radical respecto a lo distinto o a los distintos y una concepción de la ciudad (y del rol del ciudadano) a partir de un derecho de propiedad sobre el suelo, el medio, etc. De esto se sigue que la relación con otros está marcada por su pertenencia o no a la comunidad, y luego por el potencial riesgo que el otro representa para mis bienes, para mi propiedad; es precisamente ésta la matriz de la noción de espacio público como escenario potencial del delito.

Según las definiciones de este manual, es relevante que el diseño del espacio maximice las condiciones favorables a la “vigilancia natural” por parte de los habitantes de un barrio. En este sentido, la máxima visibilidad o transparencia de un espacio favorece el control social; por otra parte, se hace énfasis en la conveniencia de planificar la ciudad a una escala menor, pues en ella “el ciudadano siente que puede controlar su espacio, que responde a su tamaño personal”¹⁶⁵. Asimismo, se hace referencia al papel clave que juega el involucramiento vecinal en la constitución de espacios seguros, pues a partir del reconocimiento entre iguales se estrechan los lazos y se generan instancias de protección. Si bien estos enunciados no parecen sino un conjunto de buenas intenciones para el desarrollo de una ciudad armónica, un objetivo a priori deseable por cualquier habitante de la ciudad, en rigor pueden ser cuestionables, particularmente desde el punto de vista de la ciudad como espacio de lo político.

Las políticas del miedo, del temor, que concurren actualmente en la producción de la ciudad implican una desconfianza hacia lo público y especialmente hacia lo político (estigmatizado ya sea como generador de violencia, de división o bien en una versión más contemporánea, como una actividad sin sentido, irrelevante e incluso improductiva), así como una concepción de comunidad que se asemeja mucho a un compartimento estanco donde conviven los idénticos. La imagen de compartimentos es prácticamente literal si se observa cómo se ha desarrollado la ciudad en las últimas décadas: el Estado produciendo áreas segregadas de pobres a través de la política de vivienda social (vivienda económica con subsidio estatal) y por otra parte el capital inmobiliario generando ciudad mediante la creación de condominios cerrados e instancias semipúblicas estructuradas básicamente en torno al consumo.

El rol central otorgado al sector privado en el desarrollo urbano, consagrado en la Política de 1979 e iniciativas posteriores bajo la forma de un *laissez-faire* como condición general, ha implicado que la producción de ciudad esté determinada por la ideología de las élites que controlan el capital inmobiliario, por una parte,

165. Espacios seguros. Recomendaciones de diseño y gestión comunitaria para la obtención de espacios urbanos seguros. Ministerio de Vivienda y Urbanismo / Ministerio del Interior / Fundación Paz Ciudadana, 2004.

y el poder político, por otra, grupos que coinciden no sólo en conceptos como se ha ilustrado sino también muchas veces en nombres.

El modelo de ciudad dual bajo el cual se ha desarrollado Santiago supone una forma de segregación espacial que no persigue la diferenciación social, sino prácticamente el aislamiento total de las clases adineradas respecto a los espacios comunes tradicionales de la ciudad donde la ciudadanía supuestamente se reconoce como un colectivo. La provisión de servicios cada vez más complejos y completos en los nuevos barrios de élite, así como la disponibilidad de infraestructuras de conectividad que –en una curiosa imagen- permiten salir de la ciudad sin pasar por ella, contribuyen a un ensimismamiento de las élites que implica en cierto sentido una negación de lo público. Esta negación de lo público, la reclusión entre iguales, no sólo se considera un fenómeno natural sino también un derecho pleno, sólo limitado por el poder adquisitivo, como ha quedado de manifiesto en un reciente debate contingente en la prensa respecto a las universidades “de cota mil”¹⁶⁶.

Esta concepción anti-pública ha conseguido legitimarse entre los grupos tomadores de decisión bajo la justificación de que las iniciativas privatizadoras de la ciudad (en el sentido de la clausura o restricción de acceso a los espacios públicos) provienen de una voluntad mayoritaria de los habitantes. Como ejemplo de esta lógica podemos citar las cada vez más comunes resoluciones positivas respecto a solicitudes de cierre de pasajes e incluso de calles, potestad que reside en los municipios. En un artículo publicado en noviembre de 2008 en el diario El Mercurio, se evidencian las diferencias en la interpretación de los instrumentos legales que regulan la posibilidad de cerrar (vale decir, privatizar) bienes nacionales de uso público como las calles, partiendo por el principio constitucional que garantiza el libre acceso a ellas¹⁶⁷. Estas iniciativas por lo general trasuntan una expresión del triunfo de las políticas del temor en la producción de la ciudad, las cuales en términos políticos encuentran terreno fértil ante los procesos de despolitización que caracterizan la emergencia del espacio sin silueta.

Otro ejemplo de la centralidad de las lógicas del control y la vigilancia en la producción contemporánea de ciudad y espacio público en Santiago, es la actual discusión en torno al Parque Forestal, uno de los principales espacios públicos de la ciudad, debido a la aparente contradicción entre un proyecto del municipio de Santiago para construir una explanada frente al Museo de Bellas Artes y por otra parte, la molestia de un grupo de residentes de los sectores aledaños al parque por la presencia constante de grupos juveniles que en la perspectiva de dichos vecinos, desarrollan conductas nocivas y peligrosas que deterioran su calidad de vida, frente a lo cual se ha propuesto la idea de enjear el parque, suscitando un interesante debate público¹⁶⁸ con numerosas expresiones en contra de la idea de cerrar este espacio público.

166. Esta discusión se inició con la publicación en el diario El Mercurio de una columna del sacerdote católico Felipe Berrios donde criticaba la estrategia de ciertas universidades privadas de localizarse en enclaves de sectores acomodados en los faldeos cordilleranos (la cota de los 1.000 metros de altitud es el límite que tradicionalmente se ha puesto a la urbanización continua en Santiago), generando una formación de profesionales que podían graduarse sin nunca haber salido de su barrio.

167. <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2008/11/18/los-municipios-difieren-por-el-cierre-de-calles/>

168. <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2009/03/25/la-reja-del-parque-forestal/>; <http://www.plataformaurbana.cl/archive/2008/03/11/%C2%A1quieren-cerrar-el-parque-forestal/>



Feria artesanal informal en el Parque Forestal, 2009.

La posición conservadora, anti-pública o mejor dicho, anti-política, se puede ejemplificar en dos opiniones aparecidas a mediados de 2009 en el diario El Mercurio. En la editorial del 11 de junio, se argumenta en contra del proyecto de construir una explanada frente al Museo de Bellas Artes para la realización de actos ciudadanos y otros usos, recurriendo a conceptos como los siguientes: “En el Parque Forestal, de 171 mil m2, diseñado por Georges Dubois a principios del siglo pasado, un cambio de estructura repercute en uno de los ejes geográficos y culturales de mayor importancia urbana. Desde luego, no parece conveniente que se convierta en un sitio para concentraciones masivas, que alteran la vida del sector -sus habitantes ya protestan por los desórdenes, desaseo y bullicio durante los fines de semana- y atentan contra su estilo de “bosque jardín” (...) Restarle superficie para destinarla a encuentros ciudadanos vulnera su finalidad, que es entregar a la población un lugar de prados, jardines y arbolado para recreo y ornato”¹⁶⁹. Por su parte un concejal de la municipalidad, representante de derecha, señala en carta al director del mismo medio que “me asusta la idea de que el frontis del Museo de Bellas Artes y la calle José Miguel de la Barra se integren a una explanada que sirva como lugar de encuentro ciudadano. Hemos visto en los meses recientes que las grandes manifestaciones en el área, autorizadas o no, han producido el desorden y la suciedad del parque y sus alrededores. Ojalá que esta “explanada de encuentro ciudadano” no sea el pretexto de estudiantes, okupas, delincuentes y subversivos para manifestarse y seguir destruyendo el espacio público de la comuna capital que tanto nos cuesta mantener”¹⁷⁰.

La evidente estrategia de supresión de lo político mediante la exclusión del otro, considerado como amenaza, es un caso más que refuerza el concepto expuesto al principio de esta sección en el sentido que la dinámica dominante en el presente es la de pensar lo público desde categorías que surgen de lo privado, como la de propiedad, con el efecto que lo policial reemplaza a lo político como criterio de producción de ciudad.

De alguna manera, casos como éste son evidencias del desarrollo de la matriz que condiciona el espacio público político en los últimos 25 años: la supresión de los espacios de deliberación y decisión colectiva sobre los asuntos públicos, la pérdida de una cultura del disenso y la institución de una identidad entre diferencia y violencia como justificación para la imposición del consenso

169. El Mercurio, 11 de junio de 2009, Editorial.

170. El Mercurio, 11 de junio de 2009. Carta del concejal por Santiago Jorge Alessandri V. Sección Cartas al Director.

forzado como alternativa única. Estos elementos explican en cierta forma las conductas de los sujetos y la desconfianza respecto a lo público y lo político. La propiedad implica certidumbre y no requiere para su legitimación de otra cosa que un contrato jurídico, mientras que la deliberación involucra riesgos, como la eventualidad de la existencia de posiciones antagónicas irreconciliables o la exposición al encuentro con los diferentes. Ahora, si bien es posible comprender el trasfondo de ciertas posiciones, no es menos importante señalar la grave disrupción respecto de la posibilidad de existencia de un espacio público democrático que comporta la hegemonía de este tipo de pensamiento. Un debate crucial que se está llevando adelante en el parlamento chileno mientras se escribe este texto, al cual no se le ha dado la suficiente cobertura en los medios de comunicación, es la idea de legislar para perseguir penal y civilmente a los organizadores de eventos políticos en el espacio público en caso que se produzcan desmanes y daños a la propiedad pública y privada.

El proyecto se gestó en 2006, específicamente después de un incidente ocurrido el 10 de septiembre de ese año en la marcha de conmemoración del golpe de Estado de 1973, contexto en el cual fue lanzada una bomba molotov a través de una de las ventanas del Palacio de la Moneda que enfrenta a calle Morandé. Desde el gobierno se hicieron declaraciones públicas comparando la figura de la bomba incendiaria con el bombardeo de los Hawker Hunter, así como oponiendo la violencia de los manifestantes¹⁷¹ (en rigor, de uno o una) a la supuesta voluntad democrática del Estado al permitir el tránsito ciudadano a través del palacio y reabrir la histórica puerta de Morandé 80. El texto legal enviado en noviembre de 2006 señala en el mensaje presidencial, entre otros fundamentos y propósitos, que “En el último tiempo hemos podido ver cómo, con el pretexto de participar en legítimas manifestaciones ciudadanas, una o más personas han incurrido en conductas delictivas o dañosas, que deslegitiman el ejercicio de los derechos garantizados por la Carta Fundamental y provocan diversas consecuencias en el patrimonio público y privado”¹⁷². Más adelante, en el título relacionado con el aumento de sanciones por delitos de desórdenes graves, se afirma que “como se ha señalado, la participación en manifestaciones públicas de personas que cubren sus rostros y causan graves daños a la propiedad pública y privada, ha creado en la ciudadanía una sensación de ilegitimidad del derecho de reunión, y de temor frente a la eventual comisión de delitos con ocasión de las legítimas manifestaciones callejeras”¹⁷³. Lo que por cierto se omite en el mensaje presidencial es que esta sensación de ilegitimidad que supuestamente cruza la sociedad es producto entre otros factores, del bombardeo mediático constante que destaca la inseguridad de la ciudad y el espacio público, lo cual proviene a su vez del acuerdo entre élites (económicas y estatales) para imponer la lógica del control como estrategia y táctica de producción de espacio público, excluyendo lo político.

171. Inicialmente se responsabilizó del hecho a Jorge Lizama Suazo, de 18 años de edad, a quien los medios y autoridades de Gobierno se encargaron de estigmatizar como un anarquista y violentista. El joven no tenía militancia política –tan sólo participaba en grupos contra el maltrato animal– y más tarde fue dejado en libertad por falta de pruebas en su contra.

172. “Mensaje de S.E. la Presidenta de la República con el que inicia un proyecto de ley que modifica diversos cuerpos legales en materia de orden público y establece normas en materia de reuniones públicas”. MENSAJE N° 497-354 al Presidente del Senado, 21 de noviembre de 2006.

173. *Ibidem*.

Espacios del espectáculo

Un segundo elemento constituyente del espacio sin silueta que me interesa analizar es la manifestación de la ciudad como espacio del espectáculo. Esta categoría ha sido definida con precisión y amplio desarrollo por Guy Debord en *La sociedad del espectáculo* (1967), por lo que parece de particular interés incorporar una breve revisión de los postulados de este estratega, especialmente teniendo en cuenta la centralidad de su pensamiento para la definición del tránsito desde el paradigma de la representación al del acontecimiento, proceso que he propuesto como contexto general para entender los cambios en las formas de producción del espacio público en tanto espacio político.

Para Debord, el espectáculo es al mismo tiempo la lógica estructural y la manifestación superficial del actual modo de producción capitalista: el espectáculo es la forma de organización de la sociedad que el modelo utiliza para triunfar sobre toda resistencia, incorporándolas en la maquinaria de lo espectacular de modo tal que toda posible alteración sea entendida como una variación de la normalidad. La clave para entender la lógica del espectáculo se encuentra en la condición de separación entre la realidad y su representación, división en partes que no pueden volver a ser reunidas, excepto en el propio espectáculo: “las imágenes que se han desprendido de cada aspecto de la vida se fusionan en un curso común, donde la unidad de la vida ya no puede ser restablecida (...) El espectáculo se muestra a la vez como la sociedad misma, como una parte de la sociedad y como instrumento de unificación”¹⁷⁴.

Precisamente para hacer claridad acerca de la pertinencia del concepto de espectáculo respecto al interés central de esta investigación, Debord plantea que el espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes, una visión de mundo que se ha objetivado y traducido materialmente¹⁷⁵. Respecto al tránsito desde el espacio trascendente moderno al actual espacio sin silueta, es interesante recuperar el aserto de Debord en el sentido que “el origen del espectáculo es la pérdida de unidad del mundo”. Si bien la separación que para Debord está en la base del espectáculo guarda estrecha relación con la alienación de los hombres y mujeres respecto al fruto de su trabajo, a su producción en el contexto del desarrollo capitalista industrial, me interesa utilizar la idea de pérdida de unidad del mundo referida en este caso a la desaparición de las figuras unitarias o totales características del espacio trascendente tal como lo he intentado caracterizar en esta tesis. Desaparición que para coincidir con el concepto de espectáculo debordiano no supone una disolución, por ejemplo en este caso del Estado, sino más bien un ocultamiento, una separación estratégica, un simulacro que implica una retirada desde lo público en apariencia, en lo que corresponde a su figuración icónica, mas no necesariamente en lo que respecta a las estructuras de poder.

En este sentido, pareciera que la política espectacular se sustenta sobre otra paradoja: así como describíamos el espacio sin silueta como la combinación de la sobreabundancia de formas con la falta de una figura para la ciudad, su dimensión de espacio político espectacular se construye a partir de la interacción entre el vacío de representación del Estado en relación a la escala de

174. DEBORD, Guy (2004). *La sociedad del espectáculo*. Núcleo de Ira – Rojosuro, Santiago.

175. *Ibidem*.

la ciudad, el carácter iconoclasta de las fuerzas modernizadoras –iconoclasta en lo referente a las representaciones políticas, no precisamente a la glorificación de lo corporativo y la velocidad- y por parte de los actores sociales resistentes a la modernización, la recurrencia a imágenes propias del espacio trascendente, a falta de un lenguaje común que permita articular una alternativa a las formas de producción del espacio propias de la actual fase modernizadora de la ciudad.

El espacio del espectáculo en la sociedad santiaguina (y chilena) manifiesta rasgos de continuidad con el espacio trascendente, particularmente con uno de sus elementos principales, la utopía, mas no en un sentido no sólo representacional, sino también funcional, por llamarlo de algún modo. Esta continuidad o afinidad dice relación principalmente con la voluntad de reconciliación de los antagonismos y diferencias presente tanto en los programas utópicos como en el discurso ilustrado que se proyecta en el caso de Santiago en el proyecto político de la Transición. Ahora bien, la asociación con el espectáculo se da en la dimensión estética que está en la base de la constitución de lo político; no como expresión superficial (como lo observaría por ejemplo Kracauer) sino como fundamento: “Al reflexionar sobre la noción de Benjamin de la estetización de la política, es crítico notar que nos referimos más que a una representación de la realidad política bajo una forma estética, más que a un excedente ornamental de la política que permanece externo al proceso político mismo. Más bien, la realidad política está siendo definida, desde el principio, por el imaginario de lenguaje e imágenes mediáticas”¹⁷⁶.

Linda y Jochen Schulte-Sasse sostienen a este respecto que “La naturaleza fundamentalmente estética de las utopías –como construcciones de estados “futuros” de las cosas donde todas las diferencias son reconciliadas- introduce en el proceso político una tensión entre dos elementos irreconciliables en una sociedad dada: diferentes grupos de interés compitiendo por la distribución de la riqueza, entre otros temas, y el deseo por la comunidad o por un cuerpo político unificado. Lo primero supone una agenda política que debe ser solucionada por los constituyentes de un estado; lo segundo es básicamente una agenda estética que es perseguida, por ejemplo, en festividades públicas que unifican el cuerpo político. Sostenemos que un conflicto intrínseco entre los aspectos políticos y estéticos de la esfera pública atrae a los gobiernos a cambiar los énfasis desde un aspecto al otro, dependiendo de su agenda vigente. Tensionados por contradicciones domésticas internas, las sociedades imperiales declinantes tienden a desplegar un interés en fabricar consenso no tanto a través de debates públicos sino a través de la puesta en escena de eventos que permiten a los constituyentes del estado experimentarse a sí mismos como una comunidad imaginada o un cuerpo unificado. En tales sociedades, la construcción narrativa de un telos utópico es reemplazada por imágenes ahistóricas de unidad y superioridad, tales como la bandera, el héroe de guerra como punto de identificación, o bien imágenes televisivas de superioridad tecnológica, luego nacional, como en tomas de “bombas inteligentes” y otras formas de “ataque quirúrgico”. Las imágenes mediáticas se convierten en las herederas postmodernas de las utopías construidas narrativamente”¹⁷⁷.

176. SCHULTE-SASSE, Jochen y Linda Schulte-Sasse (1991). War, Otherness and Illusionary Identifications with the State. En: Cultural Critique, no. 19, The Economies of War (Autumn, 1991), pp. 67 – 95, University of Minnesota Press.

177. SCHULTE-SASSE, Jochen y Linda Schulte-Sasse (1991). Op.cit.

Ahora bien, existe una diferencia importante entre lo que los Schulte-Sasse llaman la naturaleza estética de las utopías y la dimensión estética de lo político en el espacio sin silueta, cual es su manifestación en espacios concretos y programas específicos que funcionan como vehículo del discurso reconciliador, aniquilador de lo político en cuanto construcción basada en una lógica de disputa, agonista, argumental y por qué no decirlo, ideológica. La utopía –precisamente por su condición irrepresentable– no es traducible en el espacio urbano; en este sentido, los proyectos llamados utópicos a lo largo de la historia moderna indefectiblemente han implicado un rechazo a la ciudad real y el intento de construir realidades artificiales. En cambio, el discurso espectacular se sirve de espacios físicos que, en conjunto con el entramado mediático, soportan en gran medida la separación entre lo político y la ciudad que es condición central para el avance de la modernización como proyecto.

Esta separación en la actualidad se da a través de la exclusión de lo político del espacio público y el copamiento de éste por programas culturales, recreativos y de consumo, los cuales en ciertos casos se superponen o concentran espacialmente. En el caso de la cultura, Lepenies ha señalado que en el caso de Berlín lo cultural funciona como sustituto de lo político¹⁷⁸; en el caso de Santiago, también se puede observar una primacía creciente de lo cultural y lo artístico por sobre lo programático y discursivo en la ocupación política del espacio público, lo cual podemos interpretar como un indicio cierto del predominio de lo espectacular en la producción de lo público y lo político. Desde las convocatorias a los actos políticos, la difusión de los apoyos mediáticos de figuras de la cultura a ciertas candidaturas, hasta lo que nos interesa más, vale decir, las formas de manifestación espacial de lo político en la ciudad, se evidencian elementos que tienen que ver con concepciones ligadas a lo espectacular.

Si bien esta crítica no pretende en ningún caso establecer una forzosa oposición binaria entre las culturas del himno y el jingle¹⁷⁹, ni tampoco suscribir una postura reaccionaria frente a nuevas posibilidades de instrumental político, como el uso cada vez más masivo de las tecnologías de la información y comunicación como herramienta de coordinación para la acción y construcción de opinión (presente en casos emblemáticos de movimientos sociales recientes como el de los secundarios o los de organizaciones territoriales de “defensa” de barrios), sí persigue exponer algunos elementos y expresiones actuales que nos permiten caracterizar el espacio político santiaguino como espacio del espectáculo. Por ejemplo, la consolidación de los medios de comunicación como lugar privilegiado de lo político, casi de manera excluyente: desde cómo estas estructuras influyen en la concepción de las campañas políticas o las acciones de protesta (recordar en este punto la definición que Lazzarato y Negri hacen de la época actual como la de la política de la comunicación donde impera la estrategia del estribillo, mensajes a la vez omnipresentes e imperceptibles) hasta la condición de invisibilidad en la que quedan aquellos sujetos políticos –y los conflictos que intentan instalar en la opinión pública– que no acceden a los medios. O por otra parte, la espectacularidad en el uso de la calle por parte del Estado (las fiestas de la cultura, por citar un caso) y de los actores políticos ganadores en el marco del actual sistema, cuyas expresiones estéticas tienden a la uniformidad.

178. LEPENIES, Wolf (2003). La culture, substitut de la politique: un probleme allemand. Les Temps Modernes 625 (August- November 2003): 321–37. Citado en MURRAY (2008), Op. cit.

179. Entrevista con Alfredo Riquelme, 28 de noviembre de 2007.

Se puede recoger un ejemplo concreto de ello en los cierres de campaña de los dos principales bloques políticos para la elección presidencial de 1999; ambos comandos eligieron no sólo el mismo emplazamiento (la Alameda entre Plaza Italia y el cerro Santa Lucía), que resulta comprensible por el simbolismo de la avenida y su centralidad, sino asimismo el mismo diseño espacial de la concentración (un escenario cerrando la calle hacia el oriente y una larga pasarela por encima de la mediana y los setos que delimitan las dos calzadas de la Alameda), lo que es bastante más difícil de explicar, excepto desde un prisma atento a la tendencia a la asimilación estética como resultado de la búsqueda del consenso y el ocultamiento de los conflictos. En términos de la comparación con las representaciones del espacio que se ha denominado como espacio trascendente, la figura del tinglado efímero, el escenario que reemplaza al púlpito (en épocas anteriores, el balcón del edificio desde donde el “tribuno” se dirigía a la muchedumbre, el pueblo, la masa), o bien el guión que reemplaza al discurso improvisado (sin caer en lecturas nostálgicas), dan luces de transformaciones tanto en el sentido del lugar y tiempo de lo político, como del problema de escala de los eventos políticos, cuyo alcance una vez más está condicionado en gran medida a los medios de comunicación. Los espacios representacionales tradicionales de la ciudad adquieren viabilidad y legitimidad en tanto “aparecen” en la televisión o la prensa; el poder que recae en los medios como administradores no sólo de lo político sino también de lo real se basa en una proporción importante en su capacidad de abarcar la escala de la ciudad completa, de manera instantánea, sintética y a la vez total.

La idea de que hoy más que nunca lo político está condicionado por el imaginario se expresa en el análisis que recientemente ha realizado Sergio Rojas (2006) para referirse a ciertos movimientos políticos y sociales contemporáneos en Santiago, bajo el concepto de lo que denomina como “estética del malestar”¹⁸⁰. Rojas observa que para muchos de los nuevos sujetos que pueblan el espacio político, parte importante de su ser radica en su aparecer. Entendiendo la ciudadanía contemporánea como “antes que algo que se posee y se ejerce, un cierto derecho abstracto a exigir”¹⁸¹, Rojas analiza ciertas expresiones sociales no institucionales (que podríamos analizar como representaciones todavía no sedimentadas, representaciones móviles respecto al imaginario más rígido o estable del Estado, por ejemplo) caracterizadas porque la generación de formas colectivas de subjetividad se da a partir de formas de expresión. Rojas propone a modo de hipótesis la idea que “los procesos sociales de producción estética implican, de manera esencial, procesos de producción de subjetividad. Es decir, el sujeto colectivo que “comunica” sus demandas generando determinados recursos representacionales, en sentido estricto no existe con anterioridad a la generación de esos recursos”¹⁸². En paralelo a estas nuevas formas de construcción de subjetividad, sugiere Rojas, nos encontramos ante el hecho que el destinatario de las manifestaciones ciudadanas no es siempre nítido: “En efecto, ¿a quién se dirige el colectivo? Si el énfasis se pone en el “contenido” de las demandas, entonces el destino de sus expresiones será la institución

180. ROJAS, Sergio (2006). Estética del malestar y expresión ciudadana. Hacia una cultura crítica. Ponencia en el marco del Seminario Internacional “Ciudadanía, Participación y Cultura”, organizado por el Consejo Nacional de la Cultura, realizado en el Centro Cultural Palacio La Moneda los días 5 y 6 de octubre de 2006.

181. ROJAS, Sergio (2006). Op. cit.

182. Ibidem.

o autoridad políticamente responsable de las soluciones concretas que se requieren. Sin embargo, el espesor lingüístico de esa expresividad, esto es, la densidad de su cuerpo retórico, amplían hasta un horizonte incierto aquello que cabe considerar como su “destinatario” (...) La manifestación, por cierto, quiere llamar la atención sobre ciertos problemas concretos, pero a la vez impide una lectura absolutamente literal”¹⁸³. En cierto sentido, podemos interpretar esta falta de claridad respecto al destinatario de las demandas ciudadanas como un elemento que mueve a estos nuevos actores sociales a manifestarse, a aparecer en aquellos lugares ya instalados y validados en el inconsciente colectivo como espacios públicos de representación de lo político, en tanto su mensaje está dirigido no sólo contra el Estado, por ejemplo, sino más bien hacia todos aquellos quienes comparecen en dicho espacio para conformar el soporte del acto político. El espacio de la ciudad no es el vacío donde circulan los mensajes de los sujetos, sino el cuerpo, la materia que permite a tales agentes existir como tales.

Para Rojas existe una paradoja en el concepto de espacio público que cruza estos procesos de producción estética como producción de subjetividad, cual es el hecho de que en la práctica el espacio llamado público no está disponible y contiene un principio implícito de exclusión, luego la relación de los actores con el espacio tiene un sentido de recuperación, de reapropiación que confirma la condición de lo público como instancia de disputa. La dimensión estética de la política en la actualidad, que se expresa por sobre todo en los nuevos sujetos, queda de manifiesto en que en sus procesos de producción de lenguaje, los sujetos expresan ante todo su deseo de ser admitidos; deseo que aparentemente se cumple en parte en la expresividad misma. Los mecanismos de legitimación de estas nuevas subjetividades son estéticos y de la propuesta estética depende su efectividad como expresión, pues como plantea Rojas, “se trata de hacer acontecer en el plano de la representación estética la falta de representación política” y concretamente la operación política consiste en hacer visibles los límites que generan la exclusión (de allí, por ejemplo, proviene la lógica de intervención de la normalidad que caracteriza las manifestaciones en el espacio público), que para Rojas es ni más ni menos que la condición moderna del individuo.

Para Rojas, una posible explicación a la importancia de la dimensión estética en la expresión política contemporánea radica en que “el sujeto reconoce el lenguaje mismo como campo de su exclusión”¹⁸⁴. En este sentido, quizás si la conclusión más interesante del análisis de Sergio Rojas es la siguiente: “La necesidad de ensayar formas “originales” de expresión no se debe necesariamente a que sea el lenguaje un campo de ejercicio de la prohibición, sino a que las demandas plantean la exigencia de imaginar formas y procesos sociales diferentes a los que existen. Los temas relativos, por ejemplo, a la igualdad en la educación, al medioambiente, a los derechos de las minorías, a la ecología, a los derechos humanos, etc., corresponden a demandas de transformación social de tal radicalidad, que su realización concreta y total implicaría una sociedad diferente a la que existe”. Esto implica que nos enfrentamos a un escenario donde lo que existe son intentos de construir representaciones que permitan generar sentido

183. *Ibíd.*

184. *Ibíd.*



Mujeres celebrando el triunfo de Michelle Bachelet vistiendo la banda presidencial, enero de 2006.

colectivo, el discurso de alguna manera se constituye a partir de lo estético, no necesariamente de lo teórico o ideológico. El malestar que observa Rojas es de alguna manera difuso, no posee una unidad figurativa –por llamarla de algún modo– que le permita situarse frente la también difusa (pese a su abundancia formal) experiencia de lo espectacular; el conflicto principal probablemente está en el hecho que después de la crítica postmoderna y su herencia de rechazo a los grandes relatos y desconfianza hacia los discursos totales, la modalidad de pensar lo posible, la sociedad diferente como alternativa radical (por ende única) pareciera poco viable. Por otra parte, el espectáculo cuenta no sólo con la profusión de imágenes que caracteriza hoy tanto lo político como lo social (recordemos que para Debord el espectáculo son las relaciones sociales mediadas por imágenes), sino también con el viejo recurso del Estado a la figura de lo nacional como instancia de cohesión, tal como lo indican Linda y Jochen Schulte-Sasse: “La placentera experiencia colectiva de un cuerpo nacional unificado, en el cual el individuo experimenta una reconciliación de los deseos agonísticos y descentrados, se ha vuelto un ingrediente importante para asegurar la reproducción cultural de las sociedades modernas. Sin embargo tales experiencias son tan antagonistas de una esfera pública como críticas a la reproducción cultural. Debilitan el debate público, especialmente cuando están organizadas como ‘eventos’ públicos”¹⁸⁵.

185. SCHULTE-SASSE, Jochen y Linda Schulte-Sasse (1991). Op. cit.

Espacios de la diferencia

Tomás Moulian define a la sociedad chilena de la transición a partir de dos rasgos principales, complementarios entre sí y simultáneos: la sociedad –y por ende la ciudad- como páramo del ciudadano y paraíso del consumidor¹⁸⁶. Para Moulian, un ejemplo por excelencia de esta nueva ciudad se encuentra en la instalación del mall como lugar de integración social, particularmente a raíz de su condición de dispositivo “transclase”, localizado en casi todos los sectores de la ciudad. El consumo homogeneiza, los bienes de consumo están en apariencia absolutamente disponibles y funcionan como credenciales de pertenencia. En este espacio no se propone otra imagen colectiva (para no decir figura) que la acción del consumo identificado con la recreación, el ocio y los perfiles de compra como elemento de comunidad; el consumo representa la colonización total del tiempo por el capitalismo en las ciudades y organiza la producción de realidad característica de lo que Verdú (2005) denomina el capitalismo de ficción¹⁸⁷.

El contexto que Moulian describía en 1997 se proyecta en el presente como la imagen representativa de la normalidad de la ciudad y sus formas de sociabilidad. La identidad entre consumo y recreación, el proceso de privatización de ámbitos importantes del espacio público, el predominio de una cultura que entiende lo público como amenaza y la escasez de alternativas de experiencia de la ciudad como algo distinto al evento, vale decir, la experiencia programada, constituyen el contexto de producción del espacio público y de lo político en el Santiago contemporáneo. Dentro de este marco, se debe considerar una variable complementaria y que permite a los actores hegemónicos del espacio sin silueta sustentar su posición y continuar con la reproducción del modelo. Me refiero a la presencia en el ámbito de la ciudad de la diferencia y sus espacios, los cuales podemos caracterizar más bien como espacios de administración de la diferencia, fundamentalmente a partir de las dos lógicas antes enunciadas, la del control y la del espectáculo.

Como hemos revisado en anteriores secciones del presente trabajo, la desaparición de los grandes relatos y de las formas de modernismo asociadas a ellos, así como los impactos de la reestructuración productiva post crisis del petróleo, tuvieron una profunda influencia en la manera en cómo se construyen las subjetividades políticas, sumando en el caso chileno y santiaguino la experiencia de una violenta clausura del espacio público, especialmente en términos de su dimensión política, en ambos casos acentuando su carácter de clase.

En este contexto, surgen actores sociales que se diferencian de aquellos predominantes en el espacio trascendente, cuya matriz identitaria estaba ya sea en el trabajo o en el territorio, acentuando en ambos casos la identidad de clase (obreros o pobladores). A partir del retiro de lo político a lo domiciliario debido a la represión, lo político en el espacio público debe canalizarse por vías distintas, con representaciones nuevas producidas por o aplicadas sobre

186. “El crédito permite realizar una consumación del deseo del consumo sobre la base de un disciplinamiento (sic) a posteriori. Es la puerta de entrada al paraíso del consumo a través del purgatorio del endeudamiento” MOULIAN, Tomás. Chile Actual: anatomía de un mito. Editorial LOM, Santiago de Chile, 1997, Pág. 89.

187. VERDÚ, Vicente (2005). Yo y tú, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI. Debate, Madrid.

“nuevos” cuerpos. Un ejemplo de esto lo proporciona el movimiento por los derechos de la mujer, el cual emerge con fuerza durante la dictadura, tal como lo señala Cecilia Sánchez (2006): “La situación de clausura del espacio público y la institucionalidad democrática durante el régimen militar, permitió iniciar reflexiones acerca de las diferencias de género y de las identidades sexuales en las formas de representación y actos simbólicos en que se configura dicha esfera. La anterior homogeneización política invisibilizaba las señales de género en la medida en que acogía la voz trópica del Hombre genérico, cuyo comportamiento público correspondía a la adopción formal de identidades expresadas por un logos neutro que, sin decirlo de manera explícita, es excluyente de las mujeres y de todos quienes no adoptan códigos homogéneos para su aparición en público”¹⁸⁸.

Desde este punto de vista, adquiere mayor sentido la observación de Sergio Rojas respecto a que el concepto de ciudadanía hoy agrega a su estatuto político y jurídico una exigencia de reconocimiento, teniendo en cuenta que la constitución del espacio público político implica una variable de exclusión y desigualdad; de cierta manera, todo nuevo actor político emerge a la vida pública como una suerte de sujeto ilegítimo cuyo cuerpo requiere de un espacio, un lugar específico para completar su representación o su aparición, en palabras de Rojas.

Es en este punto donde la lógica domiciliaria de lo político en la ciudad actual y la precariedad de los cuerpos que intentan constituir sujeto se cruzan con las dinámicas del control y el espectáculo para generar los espacios de la diferencia, que como hemos dicho en realidad son espacios de administración de la diferencia. La selección de lugares dentro de la ciudad por parte de los nuevos colectivos y sus particulares identidades implica la posibilidad de que aquéllos sean ámbitos de generación de nuevas subjetividades urbanas y políticas. Sin embargo, las acciones de delimitación o marcaje de un territorio en rigor producen o facilitan precisamente la circunscripción de estas nuevas subjetividades, por parte de los agentes del Estado o del poder económico expresado en el mainstream comunicacional, a un dominio restringido que obviamente limita su potencial de deliberación, de ampliación del espacio público en cuanto a nuevos temas de derechos y deberes ciudadanos.

Ahora bien, la estrategia de la alianza Estado – capital no se reduce a las políticas de control sobre el espacio y los cuerpos, sino que éstas se complementan con dispositivos espectaculares que se expresan sobre todo en la ritualización de ciertas manifestaciones políticas y su posterior debilitamiento o vaciamiento de potencia política, quedando un continente, un significante mudo integrado a un paisaje. Un buen ejemplo de este fenómeno se encuentra en las manifestaciones públicas de los grupos lésbicos, gay, bisexuales y transexuales (LGBT). Las marchas en conmemoración del Día del Orgullo Gay, así como otros eventos progresivamente han ido ganando espacio en la opinión pública, así como también se han logrado instalar algunos temas de discusión, como la posibilidad de regular legalmente las uniones civiles entre personas del mismo sexo o permitir a parejas homosexuales adoptar niños. Sin embargo, los movimientos

188. SÁNCHEZ, Cecilia (2003). El cuerpo descentrado y la memoria de sus marcas en Chile. En: Revista Universum, Universidad de Talca, número 18.



Gay Parade - Open Mind Fest, Paseo Bulnes, Santiago, 2008.

LGBT reproducen la misma atomización y dispersión que otros sujetos políticos antiguamente cohesionados como los trabajadores o las agrupaciones de izquierda “extraparlamentaria”; anualmente se organizan además del Día del Orgullo Gay, otras celebraciones como el Día de la Tolerancia –realizado desde 2006 bajo la forma de una fiesta electrónica, el “Gay Parade Chile – Open Mind Fest”, que reunió en 2008 a más de 20.000 personas en el Paseo Bulnes, en pleno Barrio Cívico¹⁸⁹, lideradas por distintas organizaciones como el MOVILH (Movimiento de Liberación Homosexual) o el MUMS (Movimiento Unificado de Minorías Sexuales, escindido del anterior) o por ejemplo el caso de los grupos de lesbianas feministas, que con ocasión del Día del Orgullo realizan lo que denominan la Otra Marcha, bajo el lema “nada que celebrar, mucho que protestar”¹⁹⁰.

Esta última visión crítica a la creciente figuración mediática del mundo gay radica justamente en la derivación hacia el espectáculo de un movimiento que en los comienzos de la transición fue altamente politizado, en el sentido que las demandas por mayores derechos y libertades no estaban separadas de las demandas por el retorno a la democracia plena. Ahora, si bien las demandas sociales de otros grupos o de la sociedad en general todavía forman parte de la plataforma LGBT (en las celebraciones organizadas por los distintos movimientos se integran a nivel discursivo las reivindicaciones contra la discriminación de grupos tanto étnicos como religiosos o de inmigrantes, incluso de personas con discapacidad) y los colectivos han orientado su trabajo hacia la idea de abandonar los ghettos y ocupar el espacio público, la representación de la comunidad gay producida por terceros y ofrecida a la opinión pública a través de los medios se orienta fuertemente hacia una imagen totalmente alejada de lo político y estructurada en torno al consumo y el espectáculo. Esta línea de discurso está relacionada con la visión de teóricos como Richard Florida y su análisis del rol positivo de las comunidades LGBT en la creación de entornos urbanos de mayor desarrollo económico a partir de industrias creativas¹⁹¹, lo cual también se expresa supuestamente en la aglomeración de población gay en determinados barrios, condicionándolos como enclaves de este tipo de actividades, caracterizados entre otros rasgos por un consumo de

189. <http://www.elciudadano.cl/2008/11/16/gay-parade-chile-2008-mas-de-20-mil-personas-celebraron-en-libertad/>

190. http://www.feministatramando.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=1295&Itemid=73

191. Richard Florida, teórico urbano, publicó en 2002 su libro *The Rise of the Creative Class* (Basic Books), donde identificaba a los grupos gay como parte de determinados grupos sociales cuya aglomeración en áreas y centros metropolitanos se relacionaba con el desarrollo de una economía basada en sectores creativos y generaba polos de atracción para capital humano avanzado.

alta sofisticación. Un ejemplo de lo anterior –si bien no es el objeto de estudio de esta investigación– se ha generado en el último lustro en el barrio Lastarria – Bellas Artes.

Esta despolitización, como se puede ver, va de la mano con nuevas domiciliaciones que se construyen en parte desde las prácticas de los “diferentes” (el ejemplo de los grupos LGBT es un caso, pero el mismo análisis se podría hacer para otros grupos a la vez marginales y minoritarios como las subculturas juveniles o los inmigrantes) y en parte desde el monopolio de las representaciones por parte de los grupos de poder, que a veces parece caracterizar en una medida importante el espacio sin silueta.

La administración de la diferencia es posible gracias a esta hegemonía sobre la producción del imaginario público y ciertamente gracias a operaciones netamente espaciales sobre ciertos programas específicos que funcionan como zonas de amortiguación entre lo político (vale decir, lo no deseado) y el funcionamiento normal de la ciudad y sus dinámicas de modernización.

El argumento es que mediante recursos administrativos, como por ejemplo las solicitudes de autorización a la Intendencia Metropolitana, se busca situar lo político en espacios que cumplen con la extraña condición de estar a la vez dentro y fuera de la ciudad; espacios que responden de cierto modo a la definición que hace Michel Foucault de los “espacios otros” o heterotopías. Las heterotopías –a diferencia de las utopías, que son “sitios sin un lugar real. Son sitios que tienen una relación general de analogía directa o invertida con el espacio real de la Sociedad. Presentan la sociedad a sí misma en una forma perfeccionada, o bien la sociedad revolucionada, pero en cualquier caso estas utopías son fundamentalmente espacios irreales”¹⁹² – son lugares reales, que existen y que son “algo así como contra-sitios, una forma de utopía efectivamente representada en la cual los sitios reales, todos los otros sitios reales que pueden ser encontrados dentro de la cultura, están simultáneamente representados, desafiados e invertidos. Lugares de este tipo están fuera de todos los lugares, incluso aunque puede ser posible indicar su localización en la realidad”¹⁹³. La remisión de lo político a estas heterotopías desdibuja la dimensión crítica de los sujetos y asegura la reproducción de “lo mismo” mediante la domesticación de “lo otro” que para efectos de nuestra discusión no es sino lo político.

Para Foucault, las heterotopías se definen a partir de varias condiciones o principios que se explican brevemente a continuación:

En la modernidad, las heterotopías de crisis características de las sociedades primitivas (lugares prohibidos o privilegiados o sagrados, “reservados para individuos que están, en relación con la sociedad y con el entorno humano en el que viven, en un estado de crisis”) han sido reemplazadas por lo que Foucault llama heterotopías de la desviación, que no son otra cosa que las instituciones disciplinarias a las cuales dedicó gran parte de su trabajo filosófico: hospitales psiquiátricos y prisiones, entre otras. En definitiva, son lugares en los cuales se sitúa a aquellos individuos cuyo comportamiento es desviado en relación a

192. FOUCAULT, Michel (1984). Of other spaces (Des espaces autres). Publicado originalmente por la revista francesa *Architecture / Mouvement / Continuité*. Fuente: www.foucault.info

193. *Ibidem*.

la norma o la media. Este principio o rasgo es interesante para el argumento que intento desarrollar en la medida que lo que Foucault llama heterotopías de desviación se puede interpretar no sólo como las instituciones mencionadas, sino también como otro tipo de espacios donde se confina la diferencia, espacios que pertenecen al espacio urbano pero que contienen la potencia de generar instancias conectadas con un afuera, utilizado en este caso para aislar a los “desviados”. El segundo principio consiste en que una heterotopía puede ser utilizada de maneras muy diferentes por una sociedad dependiendo de los cambios culturales que ocurran en dicha sociedad, y un tercer principio tiene que ver con lo temporal, en la idea que la heterotopía puede ser también una heterocronía, vale decir que “empieza a funcionar en su capacidad plena cuando los hombres llegan a una suerte de quiebre absoluto con su tiempo tradicional”¹⁹⁴. Otro elemento interesante en esta línea es que –en palabras de Foucault- las heterotopías “siempre presuponen un sistema de apertura y clausura que a la vez las aísla y las hace penetrables”¹⁹⁵.

Por otra parte, las heterotopías tienen una suerte de rol social que se mueve entre dos polos: hacia un extremo, crear espacios de ilusión que exponen lo real como ilusorio a la vez, y en la otra dirección, crear un espacio otro, un espacio que remita a la perfección en contraste con la realidad.

Finalmente, Foucault propone que la heterotopía “es capaz de yuxtaponer en un solo lugar real varios espacios, varios sitios que en sí mismos son incompatibles” y como ejemplo notable de ello cita al jardín¹⁹⁶. He aquí la conexión con la observación que me interesa hacer sobre los espacios de la diferencia y la administración de la diferencia por parte del poder, a través de la designación (por fuerza legal o policial) de determinados lugares como espacio de lo político o mejor dicho, para lo político.

En el caso de Santiago, la orientación o restricción de las manifestaciones políticas a los parques de la ciudad ilustra de una manera particularmente precisa, a mi modo de ver, la aplicación de los caracteres de las heterotopías al problema de las formas de producción de espacio público político. El parque en tanto heterotopía, o más bien dicho su uso¹⁹⁷, varía en términos de la función que se le adscribe. Así, como en otro tiempo el parque servía de vehículo para la transmisión de determinados valores ilustrados y burgueses desde las élites al conjunto de la sociedad, hoy sirve como un instrumento para separar lo político de la ciudad, aislarlo del tránsito y de las funciones normales de la ciudad, cuya función principal no es otra que la producción de bienes y servicios, más la presencia ocasional de la “fiesta ciudadana” limitada a lo cultural.

Lugares como los parques O’Higgins, Almagro o Bustamante operan como “barreras de ruido” para minimizar la presencia de lo político en la ciudad, particularmente de aquellas manifestaciones hoy excluidas de la representación popular formal. Al situarse en el parque, lo político “sale” de la ciudad.

194. *Ibidem*.

195. *Ibid*.

196. “Quizás el ejemplo más antiguo de estas heterotopías que toman la forma de lugares contradictorios es el jardín. El jardín es la parcela más pequeña del mundo y por eso es la totalidad del mundo”. FOUCAULT, Michel (1984). *Op. cit*.

197. Aquí el concepto de uso ciertamente se asocia más a la idea de manejo de un recurso que a la de práctica de un espacio por parte de los ciudadanos, dado que el enfoque se centra en la administración del espacio por el Estado, en este caso.



Acto de cierre marcha anti-APEC, Parque Bustamante, Santiago, 2005.

Casos se pueden citar muchos, por ejemplo, el tratamiento diferencial de los espacios urbanos cedidos a los candidatos en la elección presidencial de 1999 para sus actos finales de campaña¹⁹⁸ o la exclusión del centro de la ciudad de las manifestaciones de protesta o actividades en general consideradas “anti-sistema”¹⁹⁹, casi siempre aludiendo al argumento de la violencia como resultado ineludible.

La calle, no obstante han pasado dos décadas desde el retorno a la democracia, sigue siendo un lugar prohibido para el ejercicio de la manifestación política y el legítimo derecho a la expresión de la protesta ciudadana. El parque, por el contrario, permite a la autoridad localizar las expresiones disidentes en espacios que evidentemente son públicos, pero donde la potencia representacional de los sujetos se diluye en las tramas más o menos definidas de estos artificios de naturaleza en la ciudad. El parque, en su calidad de espacio excepcional –tanto en términos de escala y de suelo como de usos, normas y hábitos- es capaz de absorber lo político como un acontecimiento ordinario dentro de lo extraordinario de lo natural en medio de lo construido.

198. En la campaña electoral de 1999 y como ya se ha referido más arriba, los actos finales de las candidaturas del oficialismo y la derecha ocuparon el espacio principal de la ciudad, la Alameda, que fue cerrada al tránsito vehicular y el transporte público para la ocasión, en circunstancias que se trataba de días laborales (martes en el caso de Joaquín Lavín y jueves en el de Ricardo Lagos); en contraste, la concentración del bloque denominado como izquierda extraparlamentaria fue autorizada para realizarse en el Parque O’Higgins, a pesar que se celebraría un día festivo.

199. En esta categoría podemos citar hechos como la marcha de protesta por la realización de la cumbre de la APEC en Santiago en 2005 o el acto contra la matanza israelí en Gaza realizado en enero de 2009.

Cartografías del espacio público como espacio político en Santiago de Chile 1983 - 2008

Lo que pretendo hacer en este capítulo es analizar las trayectorias de cambio del espacio público político en Santiago durante los últimos 25 años, a través de la observación de distintas configuraciones espaciales, discursos, prácticas y representaciones agrupadas en tres categorías que ayudan a caracterizar tales transformaciones, comprendidas fundamentalmente en las dos dimensiones del espacio público político que he explicado, el espacio trascendente y el espacio sin silueta.

Una de las ideas centrales de la tesis es revisar la evolución del espacio público político en Santiago haciendo uso de la frase acuñada por Aldo Rossi respecto a que “la ciudad es la forma de su política”, invirtiendo la idea y presentándola como pregunta: ¿Son las ciudades la forma de su política? Y si lo son, entonces ¿Cuál es la política detrás de la forma de Santiago?

Los desplazamientos y persistencias, o dicho de otro modo, los elementos de continuidad y cambio del espacio público en su dimensión política en Santiago durante los últimos veinticinco años se relacionan –a mi juicio- con dos variables principales: por una parte están los cambios experimentados por los sujetos políticos tanto en sus formas de subjetividad y pertenencia colectiva, como en sus manifestaciones en el espacio público en tanto cuerpos, todo lo cual se relaciona con las formas del sujeto político que analizamos en el capítulo sobre masa, pueblo y multitud; mientras que por otra parte tienen que ver con las reconfiguraciones producidas en lo político por la experiencia de la domiciliación bajo dictadura.

En el primer caso sostendré que la modificación principal dice relación con la disolución de los cuerpos extensos del espacio trascendente, pero por sobre todo en una nueva matriz de subjetividad que emerge de la propia corporalidad de los individuos. La vivencia de los límites impuestos por el Estado en el propio cuerpo y la condición liminal de éste muchas veces trasgredida por la violencia, producen un desplazamiento donde las prácticas y representaciones comienzan a referir a cuerpos singulares y desplazarse del eje político ilustrado – ideológico hacia un eje si se quiere más concreto y cultural, donde la simple exhibición del cuerpo o la auto trasgresión del mismo eventualmente devienen expresión política. En el segundo caso la hipótesis de trabajo es que el retiro de lo político a lo domiciliario no supone una simple suspensión del espacio público que luego es recuperado incólume, sino que muy por el contrario, las nuevas formas de construcción de lo político –en lo referente a los sujetos- se desarrollan a partir de una proyección de lo privado en lo público; así, nociones de propiedad, identidad por una parte, y racionalidades tecnocráticas por otra colonizan el espacio de lo público y lo redefinen radicalmente.

En la introducción a la presente tesis he postulado que el período analizado en términos de la evolución de las formas de producción del espacio público se caracterizaría por el desarrollo de una fuerte tendencia hacia un proceso de modernización sin modernismo. Una forma de ejemplificar este fenómeno es la autonomía casi absoluta de los movimientos y operaciones del capital respecto a los espacios de deliberación y legitimidad política, instancias que por obra de las representaciones dominantes en la sociedad son eventualmente vistas como obstáculos al progreso²⁰⁰; en el caso de la ciudad esto es evidente en las intervenciones que transforman sectores completos sin ninguna consulta pública o instancia de participación real respecto a las implicancias e impactos de tales proyectos y obras.

En este contexto, se observa una transformación de los sujetos políticos tanto en sus formas de producción de subjetividad como en sus representaciones. El sujeto político transita desde la noción de pueblo o masas, figura paradigmática de los movimientos políticos de los últimos dos siglos, hacia las formas actuales que algunos críticos han denominado multitud²⁰¹ y que se caracterizarían por privilegiar lo múltiple, lo diverso y lo horizontal por sobre lo singular, lo monolítico y lo jerárquico, propio de la organización social moderna. Así, un rasgo fundamental del escenario actual es la ausencia de un sujeto político tan definido como lo fueron los obreros industriales durante el siglo XX. Por otra parte, y pese a la naturaleza discreta y menos visible del nuevo sujeto político, es evidente que hoy nos enfrentamos a una demanda creciente por la expansión y ampliación del espacio público²⁰², algo que para Benhabib (1992) constituye uno de los elementos centrales de la modernidad, donde el foco quizás no está tanto en una concepción trascendente de lo político, sino en asociaciones más bien efímeras y localizadas²⁰³.

Esta última idea, basada parcialmente en la observación de la evolución de las manifestaciones públicas, la adscripción a partidos políticos, la desaparición de los meta relatos²⁰⁴ y la declinación en la población que ejerce su derecho a voto, entre otras variables y conceptos, muchas veces deviene lugar común al ser propuesta fuera de contexto. En este capítulo se argumenta que, en Chile, el desplazamiento del eje de la construcción de subjetividad política y de concepción del espacio público se produce durante la década de 1980 e influye todo el desarrollo posterior de la dimensión política del espacio público. Las claves para entender este cambio estarían en la reconstrucción de lo político desde lo domiciliario y desde la corporalidad individual antes que colectiva; ciertamente estos nuevos rasgos conviven –hasta hoy– con las formas de la movilización política previa al golpe de 1973, tanto en discursos como en prácticas y representaciones, pero los elementos antes mencionados señalan una diferencia que en último término tendrá una influencia fundamental.

200. En esta caricaturización podemos incluir desde los sindicatos en materias económicas hasta las instancias de participación ciudadana –desde ya limitadas– en temas urbanos o relativos a la institucionalidad ambiental.

201. VIRNO, Paolo (2003). Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas. Ediciones Colihue, Buenos Aires; NEGRI, Toni y Michael Hardt (2002). Imperio. Paidós, Buenos Aires.

202. BENHABIB, Seyla (1992). Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas. En: CALHOUN, Craig (editor) (1992). Habermas and the public sphere. The MIT Press, Cambridge.

203. DELGADO, Manuel (1999). El animal público. Anagrama, Barcelona; DELGADO, Manuel (2007). Sociedades movedizas. Anagrama, Barcelona

204. LYOTARD, Jean François (1987). La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Ediciones Cátedra, Madrid.

Este trabajo de análisis no es un esfuerzo comprensivo, sino más bien selectivo; mi meta no es construir una representación exacta de una condición espacial de lo político o del espacio público respecto a un evento histórico dado, sino destacar movimientos y acontecimientos específicos que en mi opinión contienen los elementos críticos del debate entre las nociones que he propuesto respecto al espacio trascendente, el espacio sin silueta y finalmente la posibilidad de un espacio transitorio. En este sentido, mi uso del término cartografías no refiere a las representaciones contemporáneas avanzadas en SIG, informadas por datos estadísticos y números precisos, limitadas por su propia precisión para poder representar procesos subjetivos o dialécticos. Lo que en rigor me interesa es la idea del mapa como narrativa, guía de viaje, como descripción de trayectorias cuyos dispositivos nos permitan construir relaciones, trazar genealogías, parentescos, similitudes, continuidades y quiebres en la manifestación de la ciudad como espacio político.

En esta dirección, el significado del mapa que aquí se aplica tiene más que ver con los mapas de los antiguos exploradores, dibujados a la distancia, observando y describiendo los rasgos de la costa; con las observaciones de Benjamin respecto a los pasajes de París a fines del siglo XIX, o con la psicogeografía de los Situacionistas: la cartografía dentro de este proyecto es entendida como un artefacto para construir una narrativa coherente del desarrollo del espacio público durante un período de tiempo extendido y en ocasiones caótico. Tampoco se trata de una metáfora vacía: estas cartografías ciertamente poseen elementos espaciales, señalan relaciones entre la ciudad construida y las prácticas y representaciones políticas, pero intentan escapar a la racionalidad de la planificación y las operaciones tradicionales de la cartografía como disciplina o técnica. De tal manera, el sentido de mapa que pretendo usar no es necesariamente territorial ni metropolitano; tampoco es un “paisaje de datos”, sino como ya he planteado, es un intento de narrativa que integra la condición espacial de la ciudad como una variable central.

Los temas en los cuales se organiza este capítulo son los siguientes: Cuerpos, Domicilios y Siluetas. Esta clasificación intenta hilvanar un relato a partir de los supuestos que he expuesto preliminarmente como claves de la transformación del espacio público entendido como espacio político en Santiago durante los últimos 25 años. Los cambios en los cuerpos y la situación del cuerpo como matriz de las prácticas políticas; las lógicas domiciliarias expresadas o proyectadas en el espacio de lo público; la relación entre acción política y arquitectura de las instituciones, en la línea de la persistencia del espacio trascendente y el tema de la teatralidad como forma de producción de espacio político (Marchart); la mirada sobre dos “siluetas”, léase calles y plazas como formas que pueden constituir condición de posibilidad para lo político y cómo la manera de pensar estos espacios y la manera de usarlos van cambiando.

Para cada uno de los temas intentaré relacionar manifestaciones políticas y ciudadanas en el espacio público con las tendencias de cambio de la ciudad como realidad construida, así como también analizaré algunas operaciones provenientes del mundo del arte, en la búsqueda por ampliar el espectro de

representaciones con potencial para evidenciar los modos dominantes de producción del espacio y las transformaciones que busco exponer de manera crítica. La idea es complementar la mirada sobre la arquitectura de la ciudad – entendida aquí como forma emergente del espacio público y lo político asociado a éste- con un foco en otro tipo de relaciones que participan en la producción del espacio público: los discursos y aproximaciones de las artes visuales, la fotografía o el cine; los límites de la arquitectura como forma representacional; las relaciones entre la forma de la ciudad y sus formas de gubernamentalidad.

Cuerpos

En esta sección se pretende examinar una forma particular de producción de espacio político, aquella que se genera a partir de la exposición, manifestación o interacción del cuerpo con el espacio público urbano. Dentro del contexto de categorías que la tesis propone como conceptos para analizar la ciudad como espacio político, como los pares modernidad – modernización, representación – acontecimiento y complementariamente el binomio teatralidad – espectáculo, el análisis de la función política del cuerpo en el espacio público puede servir a la vez para agregar una nueva mirada y para ejercitar ideas ya propuestas sobre cómo hilar una narrativa de las transformaciones del espacio público y de la ciudad entendidos como espacio político. Por otra parte, considerando la importancia radical de la representación del cuerpo en el espacio político chileno de los últimos veinticinco años o incluso en los últimos cuarenta años, cobra mayor interés aun el poder realizar este análisis en el marco de esta investigación y del marco de observación propuesto-.

La importancia del cuerpo en el espacio político abarca desde la representación modernista heroica de las masas presentes en las calles para manifestarse por sus derechos, apoyar algún movimiento político o candidato en eventos electorales, hasta la expresión del cuerpo individual como último recurso de identidad, ciudadanía y manifestación política. Es posible identificar en el concepto del cuerpo en el espacio político como forma de producción de espacio público, las tensiones y desplazamientos entre el paradigma de la representación y el paradigma del acontecimiento a las cuales se ha hecho referencia anteriormente. Asimismo, se puede advertir en el mapeo de las distintas experiencias o ejemplos de este fenómeno, expresiones de distintas concepciones de espacio público tal cual se han expuesto y analizado en la primera parte de esta tesis.

Si bien en el espacio político moderno prevalecen las representaciones abstractas del colectivo como cuerpo extenso, tal como las encontramos en el pensamiento inaugural de figuras como Thomas Hobbes o bien en los enunciados programáticos y discursos públicos de los movimientos populistas y desarrollistas de América Latina en el siglo XX, nuestro énfasis aquí se centra en otras expresiones más concretas del cuerpo, citando aquella del cuerpo extenso como punto de apoyo de la narrativa y distinciones en operación durante la construcción de estas “cartografías”.

Esta concepción concreta no supone una aproximación al cuerpo como mera representación del individuo y por ende una supuesta mirada individualista de la política como opuesto de la lógica colectivista de la modernidad heroica, sino más bien implica poner atención sobre la condición “material” o –valga la redundancia- “corpórea” del cuerpo en tanto cuerpo político. La referencia de este modo se orienta a poner de manifiesto las relaciones entre la fragilidad, la figura y representaciones del cuerpo, y las condiciones de su publicidad o bien la represión de su expresión pública.

De esta manera, el cuerpo ausente de las víctimas de la dictadura y particularmente de los detenidos desaparecidos, los cuerpos violentados, torturados y asesinados abandonados en la vía pública, la censura a la exposición pública del cuerpo como manifestación de libertad y autonomía o como crítica al sistema conservador de valores que perdura en Chile incluso después de la recuperación democrática, la radicalidad de la transgresión del propio cuerpo como signo de protesta, son todos elementos que concentran el interés de este capítulo.

La hipótesis que se encuentra a la base de esta sección dice relación con los dos ejes principales de desplazamiento en el modo de producción del espacio público como espacio político que he enunciado más arriba, y se relaciona de cerca con la lectura que hace Eugenia Brito (1990) en la introducción a su estudio *Campos Minados*: “durante los primeros años de la dictadura emerge una zona de barricada hasta entonces impensable en Chile: será el cuerpo, escenario de protesta o de acción histriónica. El cuerpo como un doble del pensamiento, tomado por la neurosis o bien parcelado en pulsiones fragmentarias, muchas de ellas letales, en otras, animado por un impulso de restauración. En todo caso, el cuerpo como signifiante de transgresión al sistema, revelando su insatisfacción, su horror y en ocasiones, el placer de lo inédito de ese descubrimiento, desde el pasado del cuerpo, hacia las zonas de la memoria activadas y presentificadas como eslabón de lucha, grafiti, presencia psíquica poderosa e imposible de reprimir. Por la índole privada de su aparición, responderá al domesticado cuerpo nacional, uniformado, como un primer signo de un mapa alternativo de resujeción. Es un cuerpo que revelará, como icono de sí mismo, una escritura, cuyos grafos: la llaga, la exhibición, el histrionismo, serán la metáfora que condensará una respuesta al requisado cuerpo nacional, y a la toma de un espacio urbano, aislado y circunscrito al silencio del acosado ghetto, en donde encontrarán su lugar los primeros escenarios de la poesía que emerge después del golpe. La ciudad no está abierta; los lugares desde los cuales se hablan son casas, departamentos y dentro de ellos, salones gastados, baños, eriales, oficinas desmobladas, galerías de arte deshabitadas”²⁰⁵. Brito señala la publicación de *Lumpérica*, de Diamela Eltit (1985), como el hito que proporciona “el foco, el ojo, la pantalla, para mirar in extenso la ciudad en toda su desarticulación como centro de la vida social y cultural de un país”.

El cuerpo extenso

La figura del colectivo como cuerpo, los “sujetos sociales” como cuerpos sintetizados en una identidad homogénea son –como se ha analizado en

205. BRITO, Eugenia (1990). *Campos minados*. Literatura post-golpe en Chile. Editorial Cuarto Propio, Santiago.

capítulos anteriores- una característica central del espacio público y el espacio político de la modernidad que aquí he llamado heroica, la modernidad ilustrada, industrial, contexto de las vanguardias. La escena de las muchedumbres copando las calles de las capitales del mundo es una imagen que se repite a lo largo del siglo XX e incluso en experiencias recientes; sin embargo, en el caso chileno y de Santiago (rasgo por cierto no único, pero sí de una centralidad mayor que en otras ciudades como por ejemplo Buenos Aires o Montevideo), la presencia del cuerpo extenso en el espacio de la ciudad durante el período que analizamos ha tendido a desaparecer, producto de varios motivos, entre ellos la desfiguración (podríamos también decir destrucción o disolución, pero quizás implicaría ejercer miradas maniqueas o excesivamente ingenuas) de los espacios donde ese cuerpo extenso se constituía previo a su expresión pública: sus espacios matrices de identidad, tanto los más “privados” –la fábrica como ejemplo notable- como aquellos espacios donde se generaba una interfase con lo público, como la universidad. En 1983, Alfredo Rodríguez describe el fenómeno de la siguiente manera: “El escenario urbano donde se expresa, se manifiesta la lucha política, es muy diferente al que existía hace diez años atrás. La ciudad ha cambiado, pero no sólo como resultado de la aplicación de nuevas políticas urbanas, sino en una medida mucho mayor por los efectos de las políticas económicas, por las transformaciones de la administración urbana y por los efectos de la represión. Si miramos al pasado reciente, podemos apreciar diferencias notables. Así, por ejemplo, si consideramos lo que era Santiago en octubre de 1972, momento en que la lucha política alcanzó su mayor intensidad, la expresión territorial que ésta presentaba era radicalmente diferente a la que ahora muestran las jornadas de protesta. En esa época la organización territorial popular estaba centrada en los Cordones Industriales –Cerrillos, Vicuña Mackenna, Panamericana Norte-, en los Comandos de Pobladores –campamentos- y en un espacio ceremonial simbólico compuesto por la Alameda y la Plaza Bulnes”²⁰⁶.

La relación entre el cambio en el espacio y las transformaciones de los sujetos en tanto cuerpos son vistas por Cecilia Sánchez (2003) como inseparables, como procesos imbricados: “El silenciamiento y las severas intervenciones de que fueron objeto los lugares en que el logos es predominante y la voz se proyecta bajo la dicción de la voz de asamblea y de la voz docta (colegios, universidades, parlamentos, tribunales, sindicatos, entre otros) hizo aparecer, por desplazamiento, espacios urbanos que las performances de los años 80 señalan como zonas libres. Espacios en los que, por momentos, se pierden los límites y las identidades fijadas para el cuerpo instrumental que reclama la dictadura para incorporarlo a la economía global. Por contraste, se adhiere a la errancia y a las traslaciones de los códigos de los cuerpos normativizados. En este sentido, las acciones de algunas de las performances de los años 80 elaboran en sus escenas ciertos referentes artísticos que permiten vincular cuerpo y política. En ellas, el cuerpo propio desaparece al encarnar el cuerpo social, o bien el cuerpo biográfico actualiza algunos deseos fantasmáticos en donde se establecen tensiones con modelos delineados por la sociedad sobre la base de normativas ideológicas dominantes”²⁰⁷.

206. RODRÍGUEZ, Alfredo (1983). Por una ciudad democrática. Ediciones SUR, Santiago.

207. SÁNCHEZ, Cecilia (2003). El cuerpo descentrado y la memoria de sus marcas en Chile. En: Revista Universum, Universidad de Talca, número 18.

La clausura del espacio público en lo referente a su manifestación política durante casi diez años con posterioridad al golpe de Estado, implicó curiosamente la presencia de otro cuerpo extenso como único sujeto con derecho a ocupar calles, plazas, esquinas e incluso el espacio de los medios; un cuerpo extenso pero radicalmente opuesto al sujeto deliberante de la modernidad: los uniformados de distintas ramas. El cuerpo extenso de las masas reaparece con las protestas nacionales de 1983, pero la hipótesis en juego es que ya se trata de un sujeto diferente, armado a partir de criterios o fórmulas distintas, sobre la base de acciones menos programáticas (Álvarez); su constitución es como su ocupación del espacio público, vale decir, episódica, y sus representaciones aluden al espacio que hemos llamado espacio trascendente sin calzar del todo en términos de significado. Una señal de este cambio también se puede encontrar en el análisis de Negri y Lazzarato sobre el mayo francés, en el sentido que la aparición de los estudiantes como sujeto protagónico implica una disolución de las figuras de identificación según clase, lugar o discurso, particularmente a partir de la ruptura con el trabajo como forma de validación como sujeto.

Con posterioridad a 1990 fueron precisamente los estudiantes quienes encarnaron con mayor potencia la representación de este cuerpo unitario, monolítico, que en su escala desbordante concentra su capacidad de trastocar el orden escenificado en la ciudad. Durante la década, los estudiantes universitarios recurrieron una y otra vez a las marchas, sobre un guión reiterado: en el contexto de la crisis de financiamiento para la educación superior que se repite cada año en el primer semestre del año, la escena involucraba la marcha, el caminar ocupando una de las dos calzadas de la Alameda, con el objetivo de llegar ya sea a La Moneda o en la mayoría de los casos, al Ministerio de Educación. El resultado final casi indefectiblemente implicaba represión por parte de la fuerza policial, en una manifestación del espacio del control del cual hemos hablado anteriormente. Sin embargo, estas expresiones finalmente no lograron impactar en la opinión pública como sí lo hizo otro movimiento ya entrada la presente década: las protestas de los estudiantes secundarios por la calidad de la educación.

Se podría observar la experiencia de 2006 de la llamada “revolución pingüina” como un resurgimiento del cuerpo extenso, copando calles, escuelas y sobre todo los medios de comunicación. El impacto del movimiento de los secundarios fue enorme, dado el carácter transversal de constitución de este sujeto; el hecho de que en la mayoría de los hogares hubiese jóvenes en edad estudiantil y que dichos estudios fueran una experiencia común para gran parte de la ciudadanía (he aquí una enorme diferencia con los universitarios, quienes casi invariablemente son vistos como un grupo privilegiado, luego no representativo de la mayoría nacional) provocó una identificación masiva y transversal frente a un tema que de por sí forma parte del programa moderno de progreso y movilidad social arraigado en la población desde el siglo XX (movilidad a través del mérito, pero contando con la opción de estudiar como un derecho). La ubicuidad y escala del movimiento secundario, como se ha planteado, hacen referencia al cuerpo extenso que ocupa y protagoniza el espacio trascendente. Sin embargo, este movimiento se relaciona mucho más a una condición transitoria que

trascendente, por cuanto más allá de su unicidad incluso estética –gracias al uniforme escolar- estos actores están condicionados por varios motivos, entre ellos la caducidad obvia de su condición de secundarios y por ende la renovación constante de sus miembros y liderazgos, lo cual los asemeja hasta cierto punto a los universitarios en el sentido de ser un actor permanente en su presencia pero siempre cambiante en su composición. Esta situación ha supuesto, sumada a otras variables y circunstancias, que la participación de los estudiantes secundarios y universitarios en la producción del espacio público político tenga un carácter episódico, fluctuante, que se afirma en la representación más superficial pero que no logra una consolidación de los estudiantes como un actor político con una figura propia.

El cuerpo ausente, el cuerpo expulsado

Un ejemplo ineludible, tanto al hablar del espacio político chileno y santiaguino de los últimos 35 años como de las políticas del cuerpo en el espacio público, es el caso de las manifestaciones desarrolladas por las agrupaciones de defensa de los derechos humanos y de familiares de víctimas de la represión política durante la dictadura militar.

La experiencia notable de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD), en su constante intento de recuperación del espacio público del centro de Santiago mediante la operación de hacer presente el cuerpo ausente de sus familiares desaparecidos por los organismos de seguridad de la dictadura, es probablemente uno de los mejores ejemplos para analizar esta expresión de espacio público político.

Es larga y tristemente conocida la historia de cómo la represión política y particularmente la desaparición forzada de personas durante la dictadura militar fue sistemáticamente negada y rechazada como un intento de propaganda antigubernamental por el régimen de la época y sus partidarios²⁰⁸. Frente a esta situación de ocultamiento, de negación de la realidad por parte de los medios proclives a la dictadura y la inexistencia de canales alternativos para manifestar su reclamo, la AFDD y las demás agrupaciones de defensa de los derechos humanos optan por la recuperación del espacio urbano, por la denuncia en el espacio público de hechos ocultos (sobre este punto Hernán Cuevas²⁰⁹ ha reflexionado en cómo la distinción público – privado hoy refiere más que al acceso o a la propiedad, a la condición de transparencia u opacidad). La primera operación de manifestación en el espacio público responde a la instalación de una pregunta –utilizando la figura habermasiana del espacio público como lugar de institución del contrapoder-, una interpelación a la vez angustiosa y pertinaz desde la ciudad hacia el poder: ¿Dónde están?, utilizando pancartas con los nombres y fotografías de las personas desaparecidas.

Es interesante observar que la construcción de este cuerpo ausente es un proceso creciente de adquisición de corporalidad desde la total inadvertencia

208. Entre los momentos más recordados se encuentran la intervención del embajador de Chile ante Naciones Unidas en 1975, Sergio Diez, negando la existencia de detenidos desaparecidos, catalogándolos de “presuntos” desaparecidos e incluso de personas inexistentes; así como el titular de La Segunda del 24 de julio del mismo año, que titulaba “Exterminan como ratas a miristas”, refiriendo al montaje organizado en torno al exterminio de 119 militantes del MIR y el montaje para hacer aparecer el hecho como una purga interna, mediante el traslado de los cuerpos a Argentina.

209. Entrevista al cientista político Hernán Cuevas, 15 de noviembre de 2007.



Protesta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, Paseo Ahumada, 1983.

y gracias a ello, de una gradual adquisición de politicidad. Primero la presencia en las calles de los familiares con la foto de sus seres queridos, deambulando por juzgados, ministerios y comisarías en la penumbra de personas anónimas buscando otras personas anónimas, y luego la combinación entre el enunciado ¿Dónde están? y la ocupación de los espacios tópicos de la ciudad, en una curiosa relación de cercanía y distancia con el poder, rompen poco a poco con la lógica de la detención y desaparición que según Antonia García (2000) “no sólo elimina, no sólo sustrae cuerpos, la desaparición busca penetrar imaginarios mediante los cuales se extiende el campo de intervención de ese poder que quiere ser absoluto mucho más allá de los límites de los centros clandestinos, de las cárceles, de los campos de concentración. Todos pueden imaginar lo que ocurre con los detenidos-desaparecidos. Nadie puede probarlo”²¹⁰.

Se produce de esta manera un proceso de agregación constante de elementos representacionales y prácticas espaciales: las imágenes también se van transformando, desde la abstracta foto carnet a imágenes cotidianas de cada uno de los desaparecidos, que los hacen aparecer en lo público como seres semejantes dotados de realidad corpórea²¹¹. Por otra parte, el error individual de madres, esposas e hijas en sus acciones tempranas se va transformando en la comparecencia de un nuevo sujeto cohesionado y dispuesto a enfrentar la clausura del espacio público.

La interacción quizá más representativa de estos cuerpos ausentes con la ciudad se genera a partir de la localización de las instituciones que ampararon la lucha por los derechos humanos y la justicia. La creación en 1976 de la Vicaría de la Solidaridad, cuyas oficinas fueron situadas en los edificios del Arzobispado junto a la Catedral Metropolitana en Plaza de Armas, hizo de la plaza en cierto modo el lugar privilegiado, la matriz de todas las manifestaciones de la época, ya fuesen concentraciones en la plaza o bien el punto de partida de marchas²¹².

210. García, Antonia: “Por un análisis político de la desaparición-forzada.”. En: RICHARD, Nelly (editora) (2000) Políticas y estéticas de la memoria. Santiago, Editorial Cuarto Propio.

211. Ver al respecto el testimonio del fotógrafo Claudio Pérez en el documental La ciudad de los fotógrafos (2006) de Sebastián Moreno.

212. Sobre la significación de la Plaza de Armas como lugar de la democracia en potencial oposición a la Plaza de la Constitución durante los años ‘80, ver en este mismo capítulo la sección sobre Siluetas.



Protesta de la Agrupación de Mujeres por la Vida, Paseo Ahumada, 1986.

Mediante el recurso de las marchas se produjo asimismo un fenómeno posible de ser analizado como una suerte de paradoja en los procesos de producción del espacio durante la dictadura. Se trata de lo que podría llamarse la reapropiación por las agrupaciones de derechos humanos del Paseo Ahumada, calle peatonalizada en 1977 durante la gestión del alcalde designado Patricio Mekis (1976 – 1979). Lo interesante es constatar cómo un espacio creado con el objetivo de revitalizar el centro de la ciudad, amenazado en su condición de tal por la emergente Providencia, y que logró convertirse en la arteria más concurrida de la ciudad, deviene por una parte teatro perfecto –en tanto conexión entre la Plaza de Armas, bastión de la defensa de los DD.HH., y la Alameda, quizá el espacio público más tradicional– y por otra caja de resonancia gracias a la altura de sus edificios, para la procesión y las voces de un grupo pequeño que interpelaba a la ciudadanía con la pregunta ¿Dónde están?

A la tradicional proclama se agregaría en 1986 una nueva representación creada por el grupo político feminista Mujeres por la Vida: el nombre del detenido desaparecido, mujer u hombre, más la frase ¿Me olvidaste?, escrita sobre siluetas negras de tamaño real. Estas figuras, si bien carecen de rostro, en una apuesta estética que apela a una noción de lo colectivo por sobre los rostros individuales, por otra parte proveen una idea de corporalidad orientada a hacer de la ausencia materia, a perturbar la normalidad mediante la presencia de estos cuerpos negativos, sombras con peso y medida.

Dos figuras se pueden agregar para profundizar en la idea del cuerpo ausente como sujeto de producción de espacio público político. La primera es la conocida interpretación de la cueca sola, por parte del Conjunto Folklórico de la AFDD, donde una mujer baila este baile sin acompañante, sola con su pañuelo. En este ejemplo se reúnen diversos simbolismos, no por evidentes menos sofisticados; al tratarse de un baile en pareja, de corte romántico, se refuerza la referencia al cuerpo ausente del compañero, a la vez que se potencia la imagen de la bailarina como único foco del espacio. Por otra parte, al tratarse del baile nacional, hay una interpelación a la nación, al colectivo extenso de semejantes, a favor del



Manifestación de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en acto político en el Estadio Santa Laura, 1990.

reclamo por el paradero de los desaparecidos, así como por democracia, justicia y libertad.

En esta operación se entrelazan complejas utilizaciones de figuras con fuerte significación no sólo política, sino también de género, como plantea Sánchez (2003): “En este sentido, es sorprendente la reversión de este modelo y su diversificación en las intervenciones públicas que Sonia Montecino rotula de “política maternal”, en especial las practicadas por las mujeres que integran la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Sin que jamás se hablara de performance en este caso, el uso del cuerpo en el acto alegórico de bailar la “cueca sola” en cada uno de sus actos como ritual de duelo, constituye una manera de señalar una herida histórica. La cueca es un baile “en pareja” que se asocia al momento fundacional de la Independencia. El cuerpo solitario de quien baila pasa a ser un indicador que ritualiza la memoria del desaparecido. Cabría preguntarse, sin embargo, de una injusticia que, en su momento, pasó desapercibida en la práctica de este ritual. Si bien gran parte de los desaparecidos parecen ser del género masculino, este baile, al ser realizado por una mujer, dejó en un segundo abandono a los cuerpos de las mujeres desaparecidas. A ellas nadie las acompañó en su ausencia”²¹³.

La segunda figura tiene una intención más problemática y responde a lo que Jean-Marc Ferry (1989) ha denominado espacio público expandido o global. Ferry propone que la expansión de las comunicaciones y su influencia en la esfera de lo público, si bien ha desdibujado el espacio político de la ciudad y la sociedad moderna, ha producido al mismo tiempo una condición de ciudadanía transfronteriza, donde los conflictos, programas y discursos tienen una presencia simultánea en distintas partes del mundo, frente a distintos “públicos”. Un ejemplo de ello es las repercusiones internacionales de la detención de Pinochet en Londres en 1998, donde se expresa claramente la condición finisecular de

213. SÁNCHEZ, Cecilia (2003). Op. cit.



Manifestación del denominado Piquete de Londres en favor de la detención de Augusto Pinochet, Londres, 1998.

los derechos humanos como programa político trascendente, no local, en un espacio de la llamada cultura occidental.

Desde el punto de vista de las representaciones, resulta de particular interés una instalación realizada por el denominado Piquete de Londres, donde se dispone un campo de cruces sobre un prado verde, a la usanza de los cementerios nórdicos y anglosajones. Lo curioso está justamente en la operación de selección de una forma que logre transmitir el concepto de Pinochet como genocida ante la opinión pública inglesa e internacional. Al emular un cementerio para acercarse a este imaginario, el concepto de cuerpo ausente de los desaparecidos –representado asimismo en la figura judicial del secuestro permanentes– es transmutado en la idea del cuerpo muerto, sepultado, producto de una matanza masiva. Queda abierta la pregunta respecto a si esto representa una especie de clausura del “sujeto detenido desaparecido” en el espacio político, particularmente internacional. Con todo, estas dos experiencias reafirman la centralidad del cuerpo en la producción de espacio público político en Chile, específicamente desde la operación en este caso de señalar la ausencia del cuerpo como signo y motor de lo político. El acto de la señal es el que en nuestro ejemplo cobra una importancia central y cuya politicidad queda de manifiesto, entre otros motivos, frente a la instalación de memoriales, vale decir, de monumentos que fijan la conmemoración de cierto hecho histórico al lugar urbano de su ocurrencia.

Sin lugar a dudas, las violaciones a los derechos humanos cometidas bajo la dictadura militar han marcado la política chilena de los últimos 35 años. La conmemoración en el espacio de la ciudad de este tipo de hechos ha generado fuertes polémicas respecto a su pertinencia y oportunidad, cuando no respecto a su legitimidad en un sentido global. A diferencia de otras grandes ciudades y particularmente de dos que hemos analizado en este trabajo, como Washington y Berlín, las primeras acciones conmemorativas de los cuerpos ausentes realizadas en democracia tienden a acentuar su desaparición, en el siguiente sentido. En los casos de Berlín y Washington, las grandes tragedias contemporáneas encuentran su lugar, su presencia como hito histórico en los espacios ceremoniales y simbólicos de la mayor relevancia, en el centro de la ciudad: los ejemplos del Memorial de Vietnam de Maya Lin, situado en el Mall, o del Memorial del Holocausto, de Peter Eisenman, recientemente inaugurado

en el centro berlinés, adyacente al Tiergarten, cumplen con esta característica y suman otro rasgo que interesa para esta discusión. En ambos casos se trata de intervenciones que definen un espacio, una suerte de teatro donde el habitante urbano –y no sólo el sujeto político organizado- se ve implicado en una relación problemática²¹⁴ con la memoria, con la historia.

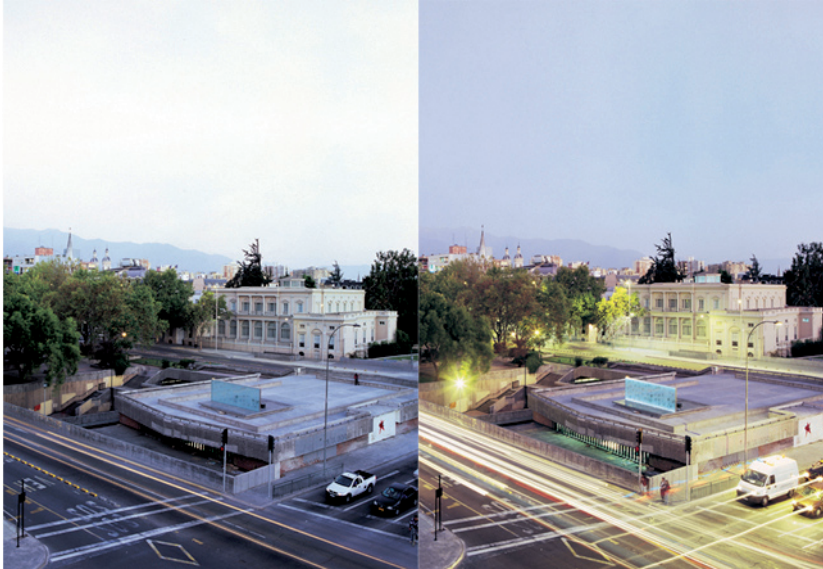
En el caso de Santiago, no es en absoluto trivial que la hasta ahora principal intervención de espacio público destinada a la memoria de los detenidos desaparecidos sea un monumento fúnebre situado en el Cementerio General de Santiago, una especie de muro de los lamentos. La operación de localizar el memorial allí produce una circunscripción de los cuerpos ausentes como tragedias familiares y los privatiza, los fija, despojándolos de su potencia y legitimidad como memoria colectiva. A este respecto Nelly Richard (2007) ha escrito que “Los cementerios son lugares designados para darles sepultura a los muertos y, también, para circunscribir a la muerte. Los cementerios delimitan y separan el ritual de la muerte del resto de la vida que sigue transcurriendo a sus alrededores como si nada. En el Cementerio General hay un Memorial a los Detenidos-Desaparecidos. Asignarle a la fantasmalidad de sus cuerpos errantes el cementerio como residencia fija es aliviar la pena y la incertidumbre de los cuerpos errantes que fueron condenados por la desaparición a vagar como fantasmas sin paradero conocido. El Memorial a los Detenidos-Desaparecidos –ubicado en el Cementerio General- lleva la muerte inverificable, el no-lugar de la desaparición, a encontrar finalmente refugio bajo la convención simbólica de un domicilio asignado”²¹⁵.

Durante los años desde el retorno a la democracia podemos observar una “política” no declarada de exclusión de los cuerpos ausentes del espacio representacional de la Nación, donde se sitúan los poderes del Estado, el espacio que anteriormente hemos denominado espacio trascendente. Un caso reciente lo ejemplifica el concurso para el diseño del monumento Mujeres en la Memoria: este concurso para proyectar un memorial dedicado específicamente a las mujeres víctimas de la represión dictatorial fue convocado a mediados de 2004 por la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas en conjunto con el Programa de Derechos Humanos del Ministerio del Interior, tras un trabajo de más de 12 años hecho por un comité de ex presas políticas y familiares de mujeres desaparecidas, primero de forma inorgánica y a partir de 2003 constituidas en el Comité Pro Monumento a las Mujeres Víctimas de la Represión.

El concurso fue jurado y premiado en septiembre de 2004, ganado por los arquitectos Emilio Marín y Nicolás Norero; la propuesta consistió en un muro de cristal traslúcido e iluminado, inserto en una plataforma de madera, el cual incorporaba recuadros transparentes y otros espejados, inspirados en los carteles de ¿Dónde están?, característicos de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD). La idea básicamente era reutilizar signos que fuesen fácilmente apropiados por las personas y de esa manera integrarlos a su vida cotidiana. La memoria y el trauma histórico son enfrentados desde la

214. En lo que constituye una característica fundamental del arte post vanguardista, característico de la segunda mitad del siglo XX: la creación no de objetos, sino de espacios de relación entre obra y observador, quien se vuelve participante.

215. RICHARD, Nelly (2007). Sitios de la memoria: vaciamiento del recuerdo. En: <http://www.espaciocultural.cl/forum/viewtopic.php?t=1930>



Memorial Memoria Mujer, Santiago. Arquitectos Emilio Marín y Nicolás Norero, 2004.

perspectiva de la necesidad de asimilar como sociedad lo ocurrido, en lugar de tratar de esconderlo e intentar la imposición del olvido por decreto o simple omisión, de allí la idea de incluir algunos cuadros como ventanas para ver a través del muro (el futuro) y otros como espejos (el observador poniéndose en el lugar de la víctima). Los méritos de la obra en términos de una arquitectura comprometida con su dimensión cultural y societal, que a partir de su simpleza y apelando a una imagen fuertemente grabada en el inconsciente colectivo (los carteles con las fotos de los detenidos desaparecidos), logra conjugar el rescate de la memoria y la proyección hacia el futuro, quedan de manifiesto en la opinión de una dirigente de los familiares que llevaron adelante la iniciativa de construcción del memorial: “un muro transparente que no divide las vidas, que en cualquier tiempo y desde cualquier lugar, nos permite mirar hacia el pasado y hacia el futuro, a través de los rostros ausentes en los carteles que los familiares de las víctimas de la represión llevan apretados al corazón”²¹⁶.

Los problemas comenzaron al momento de la construcción de este memorial, cuya inauguración estaba prevista para el 8 de marzo de 2005, Día Internacional de la Mujer. El lugar elegido y señalado en las bases del concurso para emplazar el memorial era el paseo Bulnes, eje del Barrio Cívico y supuesto depósito simbólico de los valores republicanos. Sin embargo, destinar dicho sitio para emplazamiento del monumento fue considerado por la autoridad comunal de ese momento como un elemento problemático, principalmente debido a la cercanía con las sedes de la comandancia general del Ejército y Carabineros de Chile, instituciones protagonistas de la represión política durante la dictadura, lo que finalmente movió al alcalde Alcaíno a prohibir la construcción del memorial en el sitio original. La opción última ofrecida como alternativa, y que finalmente constituyó el emplazamiento definitivo del memorial, fue un espacio dotado en el papel de similares condiciones de centralidad: un sitio inserto dentro del bandejón central de la Alameda Bernardo O’Higgins –avenida principal de la ciudad y que atraviesa el Barrio Cívico dividiéndolo en dos-, cercano a un cruce de líneas de metro y a la principal ruta de conexión nacional.

216. Sandra Palestro, Discurso Premiación Memorial Memoria Mujer, Santiago, 27 de septiembre 2004.

En la práctica, el sitio está sobre una plataforma casi inaccesible que lo aísla de todos los recorridos regulares peatonales del entorno, su presencia es perceptible casi únicamente de noche gracias a su diseño lumínico. Esta operación de descentramiento –que quizás sobre este único ejemplo puede tomarse como una interpretación antojadiza- no es un hecho aislado si lo tomamos en una suerte de “genealogía larga” donde la irrupción de la lógica de la guerra en lo político (y no de cualquier guerra, sino de guerra sucia en la tradición de la Escuela de las Américas²¹⁷) implica la opción por eliminar por completo el rastro del enemigo, desde su presencia física hasta sus manifestaciones simbólicas o representaciones.

Probablemente haya pocos ejemplos mejores que este tema –más allá de lo trágico que pueda resultar como argumento- para identificar y exponer la estructura subyacente del espacio trascendente. En varios casos de bullados asesinatos de opositores a la dictadura, se repite el mismo patrón: los cuerpos muertos son dejados fuera de la ciudad, en sus extramuros. La estrategia de dejar los cuerpos fuera de la ciudad no responde sólo a la obvia circunstancia de eliminar las evidencias de los crímenes, depositando los cuerpos en lugares deshabitados; podríamos concluir que el crimen fuera de la ciudad pierde su estatuto político, pasa a formar parte de una violencia natural, sin rostro o causa humana.

Este patrón, como decíamos, se repite en tres casos que se encuentran entre los más bullados y significativos de la represión dictatorial y las violaciones a los derechos humanos: el caso Degollados, el caso Quemados y el asesinato del periodista José Carrasco junto a otros tres opositores.

El 29 de marzo de 1985, tres profesionales comunistas fueron secuestrados por efectivos de Carabineros, dos de ellos desde la puerta del colegio donde uno –Manuel Guerrero- trabajaba y el otro –José Manuel Parada- era apoderado. El tercer secuestrado, Santiago Nattino, fue capturado en la comuna de Las Condes. Fueron torturados por sus secuestradores y luego llevados a un sector rural cercano al aeropuerto de Pudahuel y a la circunvalación Américo Vespucio, donde fueron salvajemente degollados y sus cadáveres dejados el día 30 de marzo. Este caso se convirtió en uno de los más emblemáticos de las violaciones a derechos humanos durante la dictadura, particularmente porque el juez a cargo rompió la tendencia de la justicia bajo dictadura y efectivamente logró identificar culpables²¹⁸, lo que en último término derivó en la renuncia del comandante en jefe de la policía y miembro de la Junta de Gobierno²¹⁹, general César Mendoza.

El caso Quemados recuerda otra de las acciones más brutales cometidas por las fuerzas de seguridad bajo dictadura. El 2 de julio de 1986, en el marco de

217. The School of the Americas (SOA, desde 2001 rebautizada como Western Hemisphere Institute for Security Cooperation) es una institución de formación del Ejército de los Estados Unidos que entre 1946 y 1984 funcionó en Panamá, período durante el cual se formaron allí numerosos oficiales latinoamericanos acorde a los principios de la Doctrina de Seguridad Nacional. Muchos de los cuadros formados allí más tarde protagonizaron golpes de Estado y dictaduras en toda América Latina, procesos donde aplicaron las técnicas anti-insurgentes (con tortura incluida) aprendidas en la SOA. Uno de los ex alumnos es Manuel Contreras, ex director de la DINA, principal organismo de seguridad de la dictadura de Pinochet.

218. Pese a esto, recién 19 años después, en 2004, la justicia determinó finalmente responsabilidades y dictó condena de cadena perpetua en contra de 5 ex agentes de seguridad de Carabineros.

219. Organismo integrado por los cuatro comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, equivalente al Poder Legislativo durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973 – 1990).

una protesta nacional contra el gobierno de Pinochet, un grupo de personas estaba preparando una barricada en el barrio de Los Nogales, en la comuna de Estación Central. Entre ellos se encontraban dos jóvenes de 19 años, Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri. Según prensa de la época, “el grupo llevaba 5 neumáticos usados, un cóctel molotov y un galón de gasolina. El grupo fue interceptado por una patrulla militar²²⁰ que se encontraba despejando barricadas en el área de la Avenida General Velásquez”²²¹. Todos, menos los dos jóvenes, lograron escapar. Una vez en poder de los militares, fueron golpeados duramente y más tarde empapadas sus ropas con gasolina, a las que les prendieron fuego. Como consigna la nota de prensa, “después, estando ambos jóvenes en llamas e inconscientes, miembros de la patrulla los envolvieron en mantas, los cargaron en un vehículo militar y los condujeron a un camino aislado en las afueras de Santiago (Quilicura), a más de 20 kilómetros de distancia. Allí, en una zanja de regadío, los arrojaron y los dejaron para que murieran. Algunos trabajadores agrícolas los encontraron y notificaron a la policía, la cual los llevó a un hospital público”²²².

Rodrigo Rojas murió cuatro días más tarde debido a sus heridas; Carmen Gloria Quintana finalmente sobrevivió pero quedó con quemaduras de segundo y tercer grado en un 62% de su cuerpo, que la desfiguraron totalmente. Ella en tanto sobreviviente al horror se convirtió luego en un símbolo de la lucha por el fin de la dictadura²²³ y de algún modo también en un ejemplo del nuevo rol del cuerpo en la generación de subjetividad política.

Tras el atentado del 6 de septiembre de 1986 en contra de Pinochet, los organismos de seguridad se movilizaron rápidamente para ejecutar represalias en contra de opositores. Entre los días 7 y 9 de septiembre, fueron secuestrados Abraham Muskatblit, Felipe Rivera, Gastón Vidaurrázaga y José Carrasco, todos ellos militantes de izquierda y el último, periodista y editor de la revista *Análisis*, uno de los más destacados medios opositores. Los tres últimos fueron llevados a las afueras del cementerio Parque del Recuerdo, en Huechuraba, donde fueron ejecutados contra el muro de cierre del cementerio y sus cuerpos abandonados allí.

El hecho que los asesinatos de José Carrasco y los tres degollados, Manuel Guerrero, José Manuel Parada y Santiago Nattino, hayan sido cometidos y sus cuerpos abandonados en distintos lugares de la Circunvalación Américo Vespucio, o en el caso de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas, en un camino rural en Quilicura, nos remite a una suerte de estrategia donde conscientemente se busca situar la violencia más allá de los límites de la ciudad para convertir a estos militantes en cuerpos desterrados del lugar de lo político.

Recientemente, se han desarrollado iniciativas para la edificación de memoriales a víctimas de la represión política y el terrorismo de Estado en distintos lugares del país; uno de ellos es el memorial a los tres profesionales degollados, ubicado en el mismo lugar donde los cuerpos fueron encontrados. Hoy dicho lugar

220. Comandada por el teniente Pedro Fernández Dittus y compuesta por 3 civiles, 5 suboficiales y 17 soldados.

221. Revista *Qué Pasa* del 17 al 23 de julio de 1986

222. *Ibidem*.

223. La joven incluso protagonizó un emotivo encuentro con Juan Pablo II durante la visita del Papa a Chile en 1987.



Memorial en homenaje a Manuel Guerrero, Santiago Nattino y José Manuel Parada, Quilicura. Autores: Rodrigo Mora, arquitecto y Jorge Lankin, artista visual.

está situado junto a una autopista urbana de alta velocidad, lo que hace casi inaccesible el sitio para peatones: esta situación orienta el sentido y escala del memorial hacia una condición más bien icónica, con tres sillas que representan a los tres profesionales en una escala enorme, pensada para ser vista desde los aviones que despegan y aterrizan en el aeropuerto principal del país, vecino al emplazamiento del memorial. En cierto modo, podríamos decir que ejemplos como el monumento Mujeres en la Memoria, el Memorial a Guerrero, Nattino y Parada y por sobre todo el Memorial del Detenido Desaparecido y Ejecutado Político del Cementerio General, señalan una voluntad implícita desde el poder de excluir la memoria dolorosa del espacio representativo de lo nacional, y por otra parte, la incapacidad de la sociedad para enfrentar el tema de la memoria histórica desde un punto de vista responsable, más allá del obsesivo e infructuoso discurso de la reconciliación nacional que imperó en los años 90.

Esta opción colectiva por la ignorancia se demuestra en la condición de inadvertencia que algunos lugares signados por la violencia política tienen en Santiago. Un caso muy interesante es el del memorial situado en el puente Bulnes sobre el río Mapocho, el denominado “Muro de la Memoria”. El puente Bulnes también fue escenario de crímenes de la represión, siendo el más famoso aunque en absoluto el único, el del cura obrero Joan Alsina en 1973. Este memorial -que consiste en el revestimiento de uno de los muros que sostienen el puente con los rostros de 936 detenidos desaparecidos, impresos en palmetas cerámicas- tiene como particularidad ser una iniciativa de un grupo de artistas, de fotógrafos encabezados por Claudio Pérez y Rodrigo Gómez, en lugar de una iniciativa promovida desde el Estado como en el caso de los demás memoriales, si bien la obra contó con financiamiento público. Como sutilmente se grafica



Muro de la Memoria, Puente Bulnes, Santiago. Autores: Claudio Pérez y Rodrigo Gómez, fotógrafos.

en el documental *La ciudad de los fotógrafos* (2006), el proyecto de Pérez y sus colegas es recuperar la dimensión humana de los detenidos desaparecidos, aquella impresa en la acción de sus familiares portando su imagen en el pecho. Claudio Pérez relata cómo se involucró en una reelaboración de dichas fotos en tiempos de dictadura, para reemplazar las originales fotos de carnet por imágenes que retrataran a los ausentes en contextos familiares, cotidianos, que les devolvieran su condición de personas. Richard (2007) analiza esta propuesta como un opuesto a la operación del memorial en el cementerio: “Al elegir el Puente Bulnes como sitio de recordación, los autores del Muro de la Memoria hacen un gesto inverso al que homenajea a los desaparecidos en el Cementerio General como residencia fija de la muerte. En lugar de que la conmemoración de la muerte suceda en un recinto demarcado y apartado de la cotidianidad de los vivos, el Muro de la Memoria elige un puente como zona de múltiples trayectos urbanos cuyo día a día va a ser interceptado (asaltado) por estas señales del recuerdo que dan la cara y miran a la cara”²²⁴. Richard observa que en lugar de situar la memoria en un espacio “que invita al recogimiento autoexcluyéndose de los tráficos de la ciudad”, el memorial del puente Bulnes por el contrario pone en juego el cruce de la memoria histórica con la vivencia cotidiana de la ciudad. La intención explícita de los artistas es “que la gente común se apropie de esos rostros, por eso escogió un lugar público, de tránsito, con acceso para todo el mundo, sólo así las personas lo sentirán como parte de ellas (...) Así, dice el autor, se hace conciencia pública en la medida que algunos pasan y se detienen a mirarlo, unos para conocer y otros para reconocer”²²⁵.

224. RICHARD, Nelly (2007). Op. cit.

225. ARANCIBIA, Nancy (2002). En busca de los desaparecidos extraviados. *Primera Línea*, 21 de diciembre de 2002.

El cuerpo censurado

Otra expresión de las manifestaciones del cuerpo como nueva matriz de subjetividad política está en lo que llamaremos aquí el cuerpo censurado. La experiencia de la censura durante los años de dictadura fue muy fuerte, ya que ésta se extendió a casi todos los ámbitos, entendiendo censura aquí no sólo como la prohibición de libros, películas, obras de teatro u otras expresiones artísticas, sino también la prohibición de reunirse, de organizarse e incluso de desplazarse por la ciudad a determinadas horas de la noche.

Parte de la hipótesis respecto a la condición del cuerpo como matriz de nuevas subjetividades políticas en la ciudad se basa en la paradoja de una nueva concepción del cuerpo extenso que emerge precisamente a partir de experiencias colectivas como la de la violencia y la censura en cuanto a restricción de las libertades y prohibición de gran parte de las manifestaciones públicas: la imagen del cuerpo en el espacio público entendiendo aquél no como cualquier cuerpo, sino como cada uno de los cuerpos. Desde cierto punto de vista, esto remite a una situación básica, quizás mínima, de lo político, una especie de reacción de especie a una esfera pública donde predomina la violencia como única forma de imposición de autoridad y posibilidad de orden. Sin embargo, desde otro punto de vista, esa consciencia del cuerpo eventualmente como último reducto también sirvió para reforzar el relato heroico de la derrota de la dictadura, incluso reuniendo cuerpos que en el pasado habían sido discriminados incluso por aquellos sectores denominados progresistas.

En su libro *Bandera Hueca. Historia del movimiento homosexual de Chile*, Víctor Hugo Robles (2008) traza el desarrollo de esta identidad sexual como militancia política en Chile, comenzando por la primera protesta por los derechos de los homosexuales, realizada el 22 de abril de 1973 en la Plaza de Armas. Para la época, el hecho revistió un importante escándalo, pese a su limitada escala: se trataba de un grupo de aproximadamente 20 personas dando vueltas a la plaza con carteles y gritando “queremos libertad, queremos libertad”. Robles hace énfasis en cómo esta protesta fue violentamente anatematizada por la prensa de esos años, sin importar su color político: “La pro comunista revista *Paloma* hablaba de ‘50 anormales reunidos en Plaza de Armas’, y el diario *Clarín*, en su edición del 24 de abril del 73, hacía lo propio al señalar en portada: COLIPATOS PIDEN CHICHA Y CHANCHO (...) Por su parte, la prensa sensacionalista de derecha, representada por la revista *VEA*, sumó epítetos y tituló en portada del 26 de abril de 1973: REBELIÓN HOMOSEXUAL. LOS RAROS QUIEREN CASARSE”²²⁶.

Nuestro argumento propone que la nueva radicalidad del sujeto político a partir de su(s) cuerpo(s) implica la integración y la apertura a nuevas sensibilidades y nuevos sujetos, ya que los sujetos históricos modernos (partidos políticos, trabajadores) estaban impedidos de expresarse en el espacio público. No es casual que la primera manifestación política bajo dictadura en Santiago haya sido un acto en el Teatro Caupolicán para conmemorar el Día Internacional de la Mujer, el 8 de marzo de 1978. En 1983 se repetiría el acto en el mismo lugar, esta vez un acto de 11.000 personas, exclusivamente femenino, convocado por

²²⁶. ROBLES, Víctor Hugo (2008). *Bandera Hueca. Historia del movimiento homosexual de Chile*. Editorial Cuarto Propio, Santiago.

el movimiento Mujeres por la Vida, bajo el lema “La libertad tiene nombre de mujer”.

El 8 de marzo se transformó en una fecha emblemática, una de las pocas ocasiones rituales durante dictadura donde los movimientos sociales salían a la calle, al centro de la ciudad. Particularmente significativas fueron las marchas de 1980 y de 1986, donde en esta última se utilizó el lema “NO +, porque somos más”. La emergencia de un nuevo sujeto –en este caso las mujeres como rostro público de los grupos opositores y grupo bastión de defensa de los Derechos Humanos– contribuyó a dar espacio a otros sujetos, como los grupos de homosexuales o los movimientos ambientalistas. En el caso de los primeros, su constitución como movimiento organizado a la usanza tradicional (en el sentido general de una orgánica representativa, con resabios de la actividad partidista, según Pedro Lemebel, integrante de las Yeguas del Apocalipsis) se produjo de forma definitiva con la llegada de la democracia: en 1991 se formó el Movimiento de Liberación Homosexual, MOVILH. El movimiento homosexual se involucró activamente en la manifestación política en el espacio público, como por ejemplo en la marcha convocada el 4 de marzo de 1992 con motivo de la entrega del informe de la Comisión Rettig²²⁷ (de Verdad y Reconciliación), donde miembros del movimiento se presentaron vestidos de luto y enmascarados, portando un lienzo con la leyenda “Por nuestros hermanos caídos. Movimiento de Liberación Homosexual”. Uno de los miembros del MOVILH, resume de la siguiente forma el simbolismo de la presencia gay en la marcha: “A través de la participación de los homosexuales en esa histórica marcha, el movimiento fue capaz de encauzar demandas nacidas de lo privado hacia un espacio político público, un espacio que se encontraba en pleno auge debido al retorno a la democracia”²²⁸. Con el paso del tiempo el movimiento buscó construir sus propios espacios organizando a partir de 1998 y en forma ininterrumpida la Marcha del Orgullo Gay²²⁹.

La aparición de los homosexuales en el espacio público de la novel democracia ciertamente implicaba una continuidad de la lucha contra la dictadura y la afirmación política de un conjunto de cuerpos sexuados, contraviniendo las figuras dominantes en la producción del espacio de la ciudad, que como lo señala Cecilia Sánchez (2001), implican valoraciones desiguales hacia los atributos corporales que “han sido extrapolados y traducidos de manera topográfica a espacios urbanísticos exclusivos para algunos y excluyentes para otros. Habría que identificar en las nuevas ciudades de qué modo la máxima exclusividad topológica la ostentan los espacios consagrados a la política, al saber y a la productividad, espacios traspasados por una violenta misoginia de la que deriva la construcción de dispositivos jerarquizantes que normativizan el modo de ponerse en escena de los cuerpos mediante una estricta disciplina corporal. Dicho disciplinamiento viene configurándose desde antaño y ha posibilitado la fabricación de un artificioso cuerpo, suerte de prótesis generada por el deseo de omnipotente de erigirse en amo. Contrariamente a lo que usualmente se

227. Comisión de Verdad y Reconciliación Nacional, más conocida como Comisión Rettig, creada por el gobierno de Patricio Aylwin con el mandato de esclarecer los casos de violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura militar entre 1973 y 1990.

228. ROBLES, Víctor Hugo, op. cit.

229. Se trata de una tradición copiada de otros países, pero que en Chile se celebra en el mes de septiembre para conmemorar a las personas muertas en el incendio de la disco gay Divine en Valparaíso, el 4 de septiembre de 1993.



Performance de Patricia Rivadeneira y Vicente Ruiz, Museo de Bellas Artes, febrero de 1992.

sostiene, el cuerpo del patriarca –del que piensa y manda– es uno cuyo género, en rigor, no es masculino ni femenino”²³⁰.

El cuerpo censurado también se puede comprender a partir de la producción de representaciones que provienen del arte y con posterioridad impactan y determinan la formación de prácticas en el espacio público. El lema “No +”, utilizado en la marcha del Día de la Mujer de 1986, representa una apropiación directa desde el mundo del arte, pues corresponde al título de una de las acciones del grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte), cuyos integrantes consideran la acción más relevante del colectivo. Así lo describe Robert Neustadt (2001): “Entre los finales de 1983 y 1984, los miembros del CADA²³¹ (y muchos colaboradores) salieron de noche en grupos para “rayar” las paredes de Santiago con la oración “No +”. Poco tiempo después de pintar la frase “No +” en el espacio urbano, se notaría que alguien, algún desconocido de la ciudad, completaría la oración con una imagen, palabra o grupo de palabras. Las frases “No + dictadura”, “No + tortura”, “No + armas”, “No + desaparecidos”, “No + muerte”, “No + (con la figura de un revólver) etc. empezaron a figurar entre las paredes de Santiago, formando así una red textual de graffiti contradictorial”²³².

Desde el mundo del arte se realizaron numerosas acciones que delatan la condición política del cuerpo característica del nuevo espacio público. El 27 de febrero de 1992, se realizó el denominado “Desfile de modas alternativo” en el Museo Nacional de Bellas Artes, organizado por el director teatral y performer Vicente Ruiz. Para cerrar el evento, la actriz Patricia Rivadeneira desfiló desnuda, sólo cubierta por una bandera chilena, produciendo una imagen que de cierto modo hacía colisionar la nueva subjetividad del cuerpo discreto con el imaginario de la Nación expresado en la bandera. El hecho produjo gran polémica en los medios de comunicación, con sectores conservadores acusando la afrenta al emblema patrio, dejando claro el nuevo estatus de los medios como lugar de lo público.

En el terreno de la búsqueda por instalar al cuerpo sexuado como sujeto político, quizás si una de las experiencias más emblemáticas del período final de la dictadura fue la del dúo de performance y arte homosexual Las Yeguas

230. SÁNCHEZ, Cecilia (2001). Disfraces del saber: economías del cuerpo y del género. En: Revista de la Academia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, n° 6, pp. 9-30.

231. Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld, Raúl Zurita, Juan Castillo y Fernando Balcells.

232. NEUSTADT, Robert (2001). CADA día: la creación de un arte social. Editorial Cuarto Propio, Santiago.



Performance de Las Yeguas del Apocalipsis, sede Comisión Chilena de DD.HH., octubre de 1989.

del Apocalipsis, formado por Francisco Casas y Pedro Lemebel en 1985. Estos artistas y activistas buscaban instalar la figura del sujeto homosexual marginal en el espacio público como un discurso político, mediante performances basadas en la estrategia del shock propia de las vanguardias, pero recogiendo y resignificando elementos en una práctica más bien posmoderna. Entre diversas acciones –como su entrada a la Universidad de Chile desnudas sobre un caballo o su irrupción travestida en distintos actos políticos- destaca la reinterpretación de la cueca sola hecha en octubre de 1989 en la Comisión Chilena de Derechos Humanos, donde dispusieron en el suelo un mapa de América cubierto con botellas de vidrio quebradas y bailaron encima, resignificando el baile con la presencia de dos homosexuales que danzan y dejan las marcas de su sangre: “A diferencia de otras, ésta fue una performance planificada. Diría que fue una de las acciones más políticas, porque ahí estaba nuestra huella; estaba la sangre y el baile. Ahí estaba todo, el contagio del SIDA, los desaparecidos, dos hombres y también estaba el doblaje de dos mujeres solas”²³³. De cierto modo sus acciones fueron entendidas muchas veces y convenientemente encasilladas en la lógica del espectáculo y el escándalo gratuito: “Creo que ese discurso (el travestismo) lo empleó la burguesía de la derecha chilena para despreciar nuestro trabajo plástico. El trabajo más importante de las Yeguas del Apocalipsis no es travesti”²³⁴.

Un ejemplo más reciente de performance asociada al cuerpo sexuado –en este caso también homosexual- como matriz de activismo político es el trabajo desarrollado por Víctor Hugo Robles para crearse a sí mismo como el personaje del Che de los Gays. Robles apela a una suerte de sincretismo barroco para producir una representación compleja sobre su propio cuerpo, que mezcla la boina del Che Guevara con maquillaje travesti y la camiseta de la selección chilena de fútbol, “un Che Guevara homosexual que buscó reinventar la utopía libertaria de la izquierda latinoamericana, pero encarnada en personajes contemporáneos, desvalidos y estigmatizados, entre ellos, las minorías sexuales; lesbianas, travestis y homosexuales”²³⁵.

233. Entrevista a Pedro Lemebel en ROBLES (2008).

234. Entrevista a Francisco Casas en ROBLES (2008).

235. ROBLES (2008), Op. cit.



Izq. Víctor Hugo Robles caracterizado como el Che de los Gays.
Der. Inmolación a la bonzo de Eduardo Miño, noviembre de 2001.

El cuerpo como último reducto de ciudadanía

Una expresión más extrema del cuerpo político está en la noción del cuerpo como último reducto precario para la constitución de una voz, un mensaje hacia el colectivo. El antecedente más conocido de lo que intento explicar aquí lo constituye la inmolación de Sebastián Acevedo, trabajador de la construcción y padre de dos hijos detenidos sin paradero conocido por la Central Nacional de Investigaciones (CNI) en Concepción, tras una protesta llevada a cabo el 9 de noviembre de 1983. Presa de la desesperación por no saber de sus hijos Galo y María Candelaria, Acevedo se inmoló quemándose a lo bonzo frente a la catedral de Concepción el día 11 de noviembre del mismo año, gritando “Que la CNI devuelva a mis hijos!”. Sólo unos días más tarde, el 14 de noviembre, un grupo de sacerdotes, religiosas y laicos organizados para denunciar y combatir la práctica de la tortura se rebautiza como el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, teniendo como vocero público al sacerdote jesuita José Aldunate. Sus acciones públicas consistieron en declaraciones a la opinión pública, acciones de felicitaciones o “aplausos” a periodistas y jueces, realización de liturgias y vigiliadas para rogar por la vida y libertad de los prisioneros políticos, y lo más importante, operativos colectivos o “acciones”, que eran actividades colectivas de denuncia frente a cuarteles ilegales de detención, tribunales de justicia y otras instituciones públicas, extendiendo lienzos (en el caso de los cuarteles) con la leyenda “Aquí se Tortura”, cantando la canción “Yo te nombro, libertad” y deteniendo el tránsito para llamar la atención de los medios. El movimiento se disolvió en mayo de 1990.

El 30 de noviembre de 2001, la opinión pública sufrió una conmoción con una nueva inmolación pública a lo bonzo, en la Plaza de la Constitución, en medio de los actos oficiales por el Día Mundial del SIDA. Se trataba de Eduardo Miño, obrero fabril y miembro de la Asociación Chilena de Víctimas del Asbesto, quien tomó la decisión de inmolarse para protestar en una forma “última y terrible”, acusando a la empresa Pizarreño, la Mutual de Seguridad y los organismos de

gobierno por no fiscalizar de manera pertinente respecto a los padecimientos de su enfermedad, provocada y no asumida por la empresa de fabricación de planchas de asbesto. En la carta de despedida encontrada con posterioridad al sacrificio, Miño plantea que “esta forma de protesta, última y terrible, la hago en plena condición física y mental como una forma de dejar en la conciencia de los culpables el peso de sus culpas criminales (...) Mi alma que desborda humanidad ya no soporta tanta injusticia”²³⁶.

Esta conciencia del cuerpo como último reducto de ciudadanía no sólo remite a individuos como Sebastián Acevedo y Eduardo Miño, sino que también –en una clave menos trágica- a sujetos marginados del lugar de lo público y que intentan afirmarse en el espacio público de la nueva democracia. En el caso de los movimientos ambientalistas, la lucha contra la central hidroeléctrica Ralco significó una nueva instancia de colectividad que no sólo involucraba temas ecológicos, sino también de índole étnica. Algunos activistas decidieron concurrir a La Moneda semanalmente para protestar por la construcción de Ralco, emulando prácticas del Movimiento Sebastián Acevedo en la línea de la no violencia activa. Uno de sus líderes hace la siguiente reflexión: “Su esencia (la del activismo anti Ralco) era practicar una acción frágil, donde el único soporte era nuestro cuerpo (como dice alguien por ahí: el único territorio que le queda a los Mapuche son sus cuerpos)”²³⁷.

El cuerpo liberado: un nuevo cuerpo extenso, esta vez multitudinario

En junio de 2002, el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile (MAC) invitó al fotógrafo estadounidense Spencer Tunick a realizar una de sus obras – performances en Santiago, en el marco de la presentación de parte de la muestra de la Bienal de Arte de Sao Paulo. Contra todo pronóstico²³⁸, más de 4.000 personas llegaron la mañana del domingo 30 de junio a las afueras del Museo, repletando la calle José Miguel de la Barra junto al Parque Forestal. Sin embargo, más allá de la multitudinaria reunión de cuerpos que en sí ya supuso una trasgresión a la figura de la ciudad, lo interesante fue la mutación en el propio proyecto de representación que produjo la actitud de los sujetos participantes: si la obra de Tunick se caracteriza por una mirada sobre el cuerpo inerte e inerte a la vez en el ámbito de la ciudad vacía, en este caso se trató de un absoluto festejo de la desnudez, de la pérdida total de las trabas y del deseo de romper con el peso de la censura y el conservadurismo. En este sentido, de alguna manera esta acción de arte inauguró una nueva forma de manifestación política, la que a partir de esa ocasión se repetiría y masificaría: la exposición del cuerpo como acto de protesta y desafío. De hecho, a partir de la famosa fotografía de Tunick se repitieron varias experiencias de manifestantes cuyo modo de protesta fue desnudarse, lo cual de alguna manera subraya, en algunos casos su condición de indefensión frente al silencio de la esfera pública (particularmente los medios), lo cual detona esta especie de politicidad basada en el escándalo –el espectáculo-, mientras que en otros casos lo que expone es

236. Fuente: <http://trincheralaimagen.blogspot.com/2006/12/recordamos-eduardo-mio.html>

237. Fuente: entrevista a Claudio Escobar en <http://mapuexpress.net/content/publications/print.php?id=758>

238. La propuesta del artista tuvo amplia difusión y debate en los medios, dada la presencia del cuerpo desnudo o más bien dicho, del conjunto de cuerpos en el espacio urbano como centro de su trabajo. La convocatoria de la acción de arte fue absolutamente abierta y los organizadores esperaban unas 300 personas, en vista de lo frío del clima y lo temprano de la cita, sumado al consabido conservadurismo de la sociedad chilena.



Performance del artista Spencer Tunick, Museo de Bellas Artes, junio de 2002.

por sobre todo el aislamiento, la falta de referentes de colectividad. Se pueden encontrar varios ejemplos de ambas formas de la desnudez como recurso estético y representacional para personas protestando en los meses posteriores a la acción de arte de Tunick, como muestra podemos citar dos:

En el marco de una visita del Presidente Ricardo Lagos a las obras de un colector de aguas lluvias en la comuna de La Cisterna en junio de 2004²³⁹, en el sur de la ciudad, un comerciante y vecino del sector salió a protestar desde su casa sólo en ropa interior, como único modo de hacerse notar. Si bien el motivo de la protesta puede calificarse de doméstico –la nula solución a los perjuicios causados a su negocio por las obras del colector, que lo habían dejado totalmente aislado, sin mediar además una oferta de indemnización por parte del Ministerio de Obras Públicas-, el caso no deja de ser interesante. Por una parte, muestra lo que podríamos llamar nueva tipología de conflictos en la ciudad, fundamentalmente vinculados a los procesos de modernización de la ciudad en cuanto infraestructura y soporte de flujos de personas y capital, procesos liderados por las nuevas instancias de “gobernanza” público – privada. Por otra, acentúa el carácter de último recurso, de expresión de desesperanza de un individuo que no pertenece a ninguna instancia tradicional de construcción de opinión pública o expresión política, y que por lo tanto busca escenificar su demanda en la única escala posible, la del cuerpo, a partir del cual puede interpelar a la autoridad, en este caso el Presidente, como individuo y no como Estado.

La estrategia de la protesta mediante la desnudez también fue utilizada por activistas organizados en contra de la construcción de la central hidroeléctrica de Ralco, en la zona cordillerana de la cuenca del río Bío-Bío, un conflicto de envergadura nacional donde no sólo estaban en juego temas medioambientales sino también de los derechos de los pueblos originarios, en este caso pehuenches.

239. Fuente: La Cuarta, 9 de junio de 2004. El hombre que protestaba, Gabriel Bustamante, luego de que el Presidente le ofreciera revisar el tema, comentó ““espero que las palabras del Presidente no se vayan así, en el aire, así es que si no hay contacto con el señor Presidente y no puedo solucionar el problema, díganle al señor Presidente que yo, aunque sea con una pura bandera, voy a ir a La Moneda”.

El 17 de abril de 2004, seis miembros de la Coordinadora de Fuerzas por el Bío Bío, subieron a la terraza del Ministerio de Hacienda, en plena Plaza de la Constitución, para colgar un lienzo donde se leía “Lagos, cómplice del genocidio. No a Ralco”, mientras uno de los activistas, Ignacio Rivera, se colgaba desnudo en un arnés. Al ser detenido por Carabineros, bajo los cargos de “desorden, usurpación ilegal de dependencias, ofensa al pudor y ofensas al Presidente” el joven justificó su acción argumentando que lo había hecho “porque no hay otra forma de que nos escuchen”²⁴⁰.

Cuerpos en desplazamiento

Las trayectorias que he intentado analizar en este capítulo tienen que ver con el desplazamiento del cuerpo político desde la masividad del cuerpo extenso a la singularidad de los cuerpos diferenciados pero no necesariamente por ello reconocidos como dimensión de ciudadanía. La idea que el cuerpo discreto en su performance en el espacio político representa, a diferencia del cuerpo extenso, la idea del cuerpo social no como cualquier cuerpo, sino como cada uno de los cuerpos, implica una cierta condición de precariedad que se relaciona también con un cambio en la percepción y vinculación de estos cuerpos políticos con el espacio de la ciudad. Esa relación se constituye sobre un eje, o en un contexto, de domesticidad mayor y más influyente que las figuras del espacio público. Lo político a partir de los años 80 en Santiago se produce a partir de comunidades más que de actores de la sociedad, y los proyectos se remiten a imaginarios que no alcanzan la escala de la totalidad, característica central del espacio trascendente que he descrito. La pérdida de silueta, de figura, de la ciudad; su quiebre de escala y los procesos de retirada del Estado en comparación con la preeminencia de lo privado como forma de producción (y construcción) de la ciudad, en cierto modo conspiran para generar un escenario donde los sujetos y sus cuerpos discretos deben aferrarse a espacios matrices más estables o reconocibles si se quiere, lo que en último término redundará en la domiciliación de la política como línea dominante. Este fenómeno a su vez supone una crisis de la representación del espacio público y una nueva centralidad de las instituciones y sus edificios como objetivo de crítica, de ruptura por aquellos sujetos que buscan ocupar el espacio público desde el paradigma del acontecimiento para poder construir nuevas representaciones, o también desplegar antiguas figuras cuyo rendimiento se debe más a la inercia que a su potencia o legitimidad contemporáneas.

240. “Ecologista se colgó de edificio protestando contra central Ralco” Fuente: La Cuarta, 18 de abril de 2004.

Domicilios

“En una sociedad donde durante largos años se han clausurado los canales de participación, se produce inevitablemente una separación entre la sociedad civil y la política, quedando como único recurso para los sectores dominados el de organizarse ocupando los espacios de la sociedad civil”
Alfredo Rodríguez, *Por una ciudad democrática*

Con posterioridad a la clausura y suspensión del espacio público que marcan los diez primeros años de la dictadura (1973 – 1983), el espacio de lo político se comienza a reconstruir desde lo domiciliario, el espacio privado, comunitario, en los barrios. Respecto a este fenómeno, Alfredo Rodríguez (1983) plantea que “por contraposición al orden abstracto y vertical del aparato represivo militar, y como ampliaciones de las reivindicaciones de la población, ha surgido una valorización de lo cotidiano. En estos años se han revalorizado las relaciones personales, las pequeñas redes, las capacidades propias, la creación de movimientos, al reconocerse uno en muchos otros en el espacio de lo cotidiano. En el registro de la multitud de pequeños hechos que en su conjunto han conformado las jornadas de protesta, se aprecia que éstas no han estado constituidas por grandes gestas ni grandes discursos, sino al contrario, por la palabra dicha al oído, por el panfleto reproducido anónimamente, por los cientos de pequeñas barricadas en los barrios, por las manifestaciones realizadas por grupos de vecinos o jóvenes en las poblaciones”²⁴¹. Rodríguez interpreta las jornadas de protesta nacional de 1983 como una perspectiva de reconquista del espacio público, más específicamente como “actos ciudadanos que han ido recuperando para los habitantes de la ciudad el espacio de lo público – de la política- usurpado por el gobierno militar” y como “un cierto sentido de la historia como construcción colectiva a partir de una multiplicidad de pequeños actos simultáneos, casi anónimos, y que tienen una dimensión espacial”²⁴².

Frente a la prohibición y la carencia de espacios de manifestación, la imagen del pueblo –un colectivo, una muchedumbre con un objetivo, una meta- ocupando los espacios principales de la ciudad, que ha sido proscrita del espacio público- es reemplazada por otros recursos de coherencia que logran lentamente alcanzar la escala de la ciudad completa, de los cuales quisiera rescatar a modo de ejemplo el sonido de las cacerolas en las protestas contra la dictadura de Pinochet entre 1983 y 1986. Los espacios tradicionales de lo político, como la calle, la plaza y el local del sindicato o del partido, son sustituidos por otros espacios, con límites espaciales más restringidos, pero al mismo tiempo habitados por sujetos con lógicas diferentes y cuyos programas comienzan a “contaminar” lo político entendido sólo como la discusión sobre los grandes relatos: las ollas comunes, los centros y agrupaciones culturales y particularmente las parroquias cristianas (la mayor parte católicas) se transforman en los espacios posibles de utilizar para la acción política²⁴³, cuya propia dinámica se proyectará más tarde en lo político.

241. RODRÍGUEZ, Alfredo (1983). *Por una ciudad democrática*. Ediciones Sur, Colección Estudios Sociales, Santiago.

242. *Ibíd.*

243. “Después del Golpe todo tipo de organización tenía que atenerse a las normas del Estado de Sitio, luego Estado de Emergencia; incluso en un club deportivo se tenían que hacer las reuniones con un policía dentro de la sede, todo tipo de organización se vio afectada, hasta la más elemental. (...) Entonces, no es casual que el espacio público que se tuvo que ocupar para empezar a rearmar la política fuera el lugar donde los militares no podían entrar con tanta facilidad, que era la iglesia”. Entrevista con el historiador Rolando Álvarez, 22 de noviembre de 2007.

Lo que interesa analizar en este capítulo es la manera cómo esta retirada de lo político a lo domiciliario -a la vez obligada y táctica- no representa solamente una fase o una expresión del espacio político, sino más bien un momento o mejor dicho, un proceso de transformación estructural de la producción de espacio político en Santiago (y quizás por extensión simbólica, en el país entero). El propio Rodríguez de algún modo sostiene una línea de análisis cercana a la aquí propuesta, cuando propone que “Al no existir cabida para la expresión política pública, ni sistemas de representación, lo político se ha volcado a la esfera de lo cotidiano, como dimensión en la cual aún era posible rescatar ciertos niveles de autonomía y libertad frente al autoritarismo impuesto por el régimen”²⁴⁴ y particularmente cuando dibuja la imagen de un “asalto” a lo público desde lo privado, desde la escala del domicilio. En su análisis, las jornadas de protesta nacional expresan la diversidad de luchas (por los derechos humanos, de los trabajadores, pobladores, estudiantes, mujeres) y grupos que pugnan por habitar el espacio público como espacio político. Sin embargo, lo más interesante desde nuestro punto de vista radica en la siguiente afirmación: “Estas trayectorias han desplegado diferentes modalidades de lucha y formulado demandas en los espacios de representación que han ido identificando como propios, y es desde allí que simultáneamente asaltan lo público. Se han ido estructurando a partir de la conquista de espacios de la sociedad civil; ahora su confluencia, simultaneidad y sucesión comienzan a configurar lo público de la ciudad”²⁴⁵.

Este último concepto es central: a partir de la década de 1980, lo público comienza a configurarse a partir de la interacción –agonística o consensual- de concepciones que emanan de lo privado, proyectando tales visiones como una nueva estructura de límites y posibilidades para lo público y lo político. Rolando Álvarez reflexiona a este respecto planteando que “El sujeto político no actúa sólo en base a órdenes emanadas de centros rectores, la gente actúa en base a su experiencia cotidiana (...), esto de retrotraerse a los espacios privados y perder los espacios públicos, ese solo hecho, que es un aspecto no discursivo de la política, instala una crisis epistemológica en el sujeto, quien tiene que empezar a vivir de otro modo”²⁴⁶. Esta lógica es la que hoy impera y se manifiesta en diferentes prácticas y representaciones, de las cuales analizaré algunos ejemplos.

El abandono de la modernidad por la modernización

Durante la década de los '90 y de manera muy marcada a partir de fines del primer gobierno de la Concertación, asistimos en nuestra ciudad a un fenómeno de transformación del espacio público en el cual éste asume nuevas formas y modalidades y se distancia de la concepción del espacio público como lugar primado de la deliberación ciudadana. Nuestra reflexión acerca del carácter moderno de los sujetos políticos en el espacio público santiaguino se enfrenta en este punto a un escenario nuevo, generado por la lógica de la “democracia de los acuerdos” y la figura dominante del consenso, vale decir, la opción de las élites por configurar una estructura de toma de decisiones fundada en dos aspectos clave: por una parte, una nueva domiciliación de lo político, motivada –además de las dinámicas sociales anteriormente mencionadas- por el horror de los grupos dirigentes al trauma de la ruptura violenta en la historia reciente

244. RODRÍGUEZ, Alfredo. Op. cit.

245. Ibid.

246. Entrevista con Rolando Álvarez, 22 de noviembre de 2007.

y escenificada en el retiro de las calles y el retorno al espacio y lenguaje de los salones palaciegos; y por otra, el abordaje de una nueva fase modernizadora que deja de lado las formas de producción del espacio público propias de lo que hemos llamado la modernidad heroica.

El proceso de domiciliación se compone de una serie de factores, de los cuales interesa mencionar fundamentalmente tres: la desaparición de la prensa independiente y crítica, la institucionalización de los cambios sociales a través del gobierno, y la estrategia de desarticulación de las demandas sociales desde el poder, para convertirlas en demandas sectoriales.

Los medios de prensa independientes (entendiendo por tales aquellos medios no pertenecientes al duopolio periodístico y a la vez parte de la oposición al régimen de Pinochet), asediados constantemente durante la dictadura e incluso en democracia²⁴⁷, donde las prohibiciones de informar fueron moneda común durante la década de 1990, fueron eliminados sutilmente del espacio público de la transición mediante dos silenciosas operaciones: su abandono por parte del nuevo gobierno en la indefensión del mercado publicitario y las gestiones desarrolladas en Europa por importantes personeros para terminar con el apoyo económico de la cooperación internacional²⁴⁸. Con la desaparición en el lapso de unos pocos años de medios como Cauce (1989), Fortín Mapocho (1991), Análisis (1993), Apsi (1995), Hoy y La Época (1998), el debate ciudadano perdió actores de enorme importancia, potenciales críticos a las formas y lógicas de la transición pactada.

Esta desaparición de ciertos actores del espacio público también se observa en el caso de los movimientos sociales, cuyos programas fueron asimilados institucionalmente o bien convertidos en problemas sectoriales, parciales, sometidos a una práctica clientelista del poder, dentro de una lógica de la política como administración: en el primer caso se puede observar fenómenos como la conversión de antiguos dirigentes sociales en parlamentarios o funcionarios de Gobierno (comprensible desde la lógica de un conglomerado político que controla el poder del Estado) y particularmente la creación de comisiones para la investigación y diseño de solución de diferentes problemáticas nacionales²⁴⁹, en el marco de la política de los consensos y los salones cerrados. En el segundo caso se puede inscribir el proceso de desmovilización²⁵⁰ de los

247. Sin ir más lejos, en un informe fechado el 4 de octubre de 1990, Amnistía Internacional expresa su preocupación y llama a una campaña global de solidaridad por la situación de tres periodistas (Juan Pablo Cárdenas, Juan Andrés Lagos y Guillermo Torres) y un abogado (Alfonso Stephens), miembros de la redacción de las publicaciones Análisis y El Siglo, detenidos en prisión y encausados por tribunales militares en el mes de septiembre, bajo el cargo de ofensas a las FF.AA. Fuente: <http://web.amnesty.org>

248. Los representantes del gobierno de Patricio Aylwin adujeron ante los gobiernos europeos que las nuevas condiciones garantizaban la existencia de una prensa plural y que este apoyo foráneo podía ser considerado una intromisión en los asuntos internos. Fuente: entrevista de Mauricio Becerra a Juan Pablo Cárdenas, ex director de revista Análisis, en sitio web www.elciudadano.cl, 15 de diciembre de 2006.

249. El ejemplo inicial de esta práctica lo constituye la formación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1990 – 1991), más conocida como Comisión Rettig. En el gobierno de Michelle Bachelet, la designación de comisiones nominalmente plurales ha sido una herramienta utilizada profusamente como señal del estilo de “gobierno ciudadano”, pese a la paradoja de ser oficialmente “consejos asesores presidenciales”. Ejemplos notables son el Consejo Asesor Presidencial para la Educación (2006) y para el Trabajo y la Equidad (2007).

250. El documental Actores Secundarios (Patricia Bustos y Jorge Leiva, 2004) expone con claridad la manera en que el nuevo gobierno logra instalar el acceso estudiantil al Metro con tarifa preferente como eje temático único del diálogo con los “pingüinos”, desvirtuando reivindicaciones del movimiento estudiantil pro democracia, como la equidad en el acceso a la educación y la democratización de ésta, incluyendo como principal demanda el fin de la municipalización de los liceos y escuelas públicas.

estudiantes a principios de la década de 1990, tanto los secundarios como los universitarios, en cuyo caso los dirigentes oficialistas en la práctica legitimaron la subordinación programática del movimiento a la agenda gubernamental e incluso contribuyeron a la desarticulación de algunas orgánicas estudiantiles, siendo el peor ejemplo la disolución de la FECh en 1993.

Este importante fenómeno de nueva domiciliación de lo político, visto tanto desde la lógica de la gubernamentalidad (en un sentido foucaultiano) como desde la óptica de los actores del espacio público, es el que sirve de marco a la adopción por parte del Estado (o mejor dicho los sucesivos gobiernos) de un eje programático que estaba ya incorporado en los primeros planteamientos de la Concertación, pero que a partir del gobierno de Frei Ruiz-Tagle se despliega con toda su fuerza: la idea de la modernización como concepto central de la agenda estatal y la política pública. Este proceso de modernización se desarrollaría en los años siguientes dejando cada vez más de lado el espacio público en su concepción moderna, extensiva, como lugar de la deliberación sobre lo público.

Este proceso de “modernización sin modernidad” será el escenario para la aparición de nuevos actores del espacio público político, como los movimientos ambientalistas, los movimientos homosexuales militantes, nuevos sujetos sociales como los deudores habitacionales, los pueblos originarios (aunque con menor fuerza en Santiago), todos sujetos que se sumarán a la dispersión del movimiento social de estructura modernista que se había configurado en la lucha por la recuperación de la democracia. De los actores tradicionales, sólo los universitarios lograron recobrar cierto protagonismo en la segunda mitad de la década de los '90, considerando como punto alto del movimiento las movilizaciones de mayo y junio de 1997²⁵¹ en defensa de la universidad pública, que se verificaron bajo la forma de tomas de diversas facultades de las universidades estatales y grandes marchas por la Alameda, que llegaron a congregarse a más de 25.000 estudiantes.

Sin embargo, pese a su fuerza tanto real como comunicacional y a que las movilizaciones se repitieron con relativa fuerza hasta 1999²⁵², el movimiento universitario no logró instalar su crisis y conflictos en el espacio público con la potencia suficiente como para transformar la defensa de la universidad pública en una plataforma colectiva, que lograra aglutinar al conjunto de la sociedad en pos de un conjunto de reivindicaciones. A este respecto Roco (2005) plantea que “En efecto, y pese a que durante los años 90 éste será uno de los movimientos sociales de mayor envergadura, sería desproporcionado e incorrecto pensar que este movimiento logró alterar radicalmente el cuadro social y político. No podía hacerlo ni necesariamente se lo propuso. Tampoco se ramificó hacia otros sectores sociales de manera categórica, y no existe ni un antes ni un después de

251. En algunas facultades de la Universidad de Chile, Universidad Tecnológica Metropolitana y Universidad de Santiago, las tomas se prolongaron por más de un mes, con resultados divergentes en términos de los objetivos de la movilización: frente a la táctica de desgaste a la que apostó en su minuto el Gobierno, algunas organizaciones estudiantiles optaron por privilegiar una salida institucional, mientras que aquellas que intentaron sostener la movilización como un conflicto de escala nacional finalmente quedaron a la deriva y en muchos casos no consiguieron siquiera grandes avances al interior de sus propias universidades.

252. El 19 de mayo de 1999 fue asesinado por Carabineros Daniel Menco Prieto, estudiante de la carrera de Auditoría en la Universidad de Tarapacá en Arica, quien participaba en una movilización estudiantil. El asesinato de Menco generó intensas manifestaciones de protesta, que en el caso de Santiago convocaron a más de 10.000 jóvenes.

corte nacional a la manera de un Agosto 1967 en Chile o de un Mayo 1968 en París”²⁵³. El movimiento de 1997 se desarmó, diluyéndose la reivindicación de escala nacional y con cada universidad enfocándose en sus conflictos internos, en un claro ejemplo de la lógica domiciliaria que intento representar²⁵⁴; en años sucesivos, el movimiento universitario se convirtió para la opinión pública en un sujeto cuya aparición pública se limitaba al ritual de protestas entre marzo y mayo por la escasez de recursos financieros para becas y créditos de estudio²⁵⁵.

En este sentido, se trata de un buen ejemplo de la atomización del movimiento social que se produce durante los años '90, generada en parte por estrategias de cooptación, negociación y represión desde el Estado y en parte importante por una incapacidad de los distintos actores de distinguir y concordar un conjunto de ejes programáticos tendientes a la ampliación del espacio público.

La década de los '90 se cerraría con el triunfo total de la lógica de la democracia de masas, en términos de Dominique Wolton, caracterizada por una fuerte remisión del espacio público al ámbito de los medios de comunicación: si el año 1988 la figura predominante en el imaginario es la de la gran multitud reunida en un espacio urbano semiperiférico, en un acontecimiento estructurado en torno a imágenes y discursos colectivos, el año 1999 la imagen triunfante es la de un evento diseñado de modo espectacular, ocupando un espacio simbólicamente asociado a la tradición democrática pero organizado en torno a la figura publicitaria del personaje, donde las distinciones entre opciones políticas se dan en un matiz de color, de sonidos o ritmos, sin lograr enmascarar la similitud del acto coreográfico de los candidatos desfilando por la pasarela instalada en la Alameda por sobre las cabezas de la masa, al compás del jingle promocional correspondiente.

Domicilios y segregación

En otras coordenadas, Rodríguez y Winchester (2004) hacen una lectura del fenómeno de domiciliación a partir de lo que denominan el repliegue de la sociedad a la esfera privada debido al trauma de la historia reciente (supresión del espacio público ciudadano mediante la instalación de la violencia incontrolada por parte del Estado), lo cual se puede interpretar como factor de lo que Remedi (2004) define como el vaciamiento del espacio público²⁵⁶. Este proceso es fuertemente exacerbado por la instalación desde el aparato mediático del concepto de la ciudad como amenaza, el cual tiende a anular toda reflexión posible por parte de los habitantes y en cierta medida desdibuja la noción de lo público en sí misma, en la lógica de lo que Paul Virilio (2005) ha denominado democracia de la emoción.

253. ROCO, Rodrigo (2005). La Fech de fines de los 90: Relatos de una historia presente. En: Anales de la Universidad de Chile, Sexta Serie, N° 17, diciembre de 2005.

254. En el caso de la Universidad de Chile, por ejemplo, el movimiento se institucionalizó casi por completo, buscando democratizar los estatutos de la Universidad, para lo cual se constituyeron sucesivas comisiones con participación triestamental. La evidencia muestra que muchos de los dirigentes y estudiantes que habían liderado el movimiento en las facultades de la universidad se comprometieron a fondo con el proceso institucional, generando un enclaustramiento del debate en las comisiones.

255. En Chile, este período de tres meses está marcado por el inicio del año académico en marzo y el comienzo del período regular de sesiones del Congreso el 21 de mayo.

256. Lo que caracterizaría a este fenómeno “no es tanto la apropiación personal de lo público (lo cual sería una forma de democratización) sino el vaciamiento y deterioro del espacio social, la desaparición de un conjunto de formas que favorecían el relacionamiento social y la vida democrática”. REMEDI, Gustavo (2004). La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público).

Remedi describe el vaciamiento del espacio público como el proceso de privatización de la ciudad en tanto espacio del consumo; la ciudad de la eficiencia, de la competitividad del territorio, de la sociedad “globalizada” que se representa a sí misma en la proliferación de las infraestructuras asociadas a la lógica del espacio de redes económicas de diferentes escalas y a los conceptos de “casa-mundo” y “barrio-mundo”²⁵⁷.

La idea del barrio como mundo es otro buen ejemplo de cómo hoy lo público –y lo político por extensión– se piensa, se imagina, se diseña desde los sectores hegemónicos como una proyección de lo privado. Un ejemplo claro son las construcciones representacionales que desde los sectores dominantes se imponen a la clase popular.

Como detalladamente han expuesto Ramos y Guzmán²⁵⁸ (2000), el sujeto poblacional durante los años ‘90 es estigmatizado, sus prácticas son asociadas a la delincuencia; este sujeto adquiere una condición radical de otro, un individuo peligroso, antisocial, marginal. Su marginalidad se expresa en su supuesto accionar al margen, fuera de la ley, pero asimismo (y señalando un notorio retroceso de los afanes integradores posibles de encontrar en las intervenciones urbanas del proyecto moderno en Santiago) es un habitante de los márgenes de la ciudad, virtualmente un no-sujeto, hombres (especialmente jóvenes) y mujeres sin derechos.

La transición democrática en Chile convierte a los pobladores que Alfredo Rodríguez visualizaba en 1983 como un nuevo sujeto político –condición que ostentaron efectivamente durante la segunda mitad de los ‘80– en mera población en el sentido foucaultiano más brutal: seres objeto de políticas de control no sólo mediante tácticas policiales, sino en forma flagrante a través del desarrollo de la ciudad. La idea de Rossi de la ciudad como forma de su política adquiere aquí sus ribetes más crudos. La erradicación de campamentos que intervino brutalmente el paisaje urbano y social de Santiago bajo dictadura ha tenido continuidad en democracia bajo la forma de una política pública cuyo objetivo –paradójicamente– es la promoción social, como es el caso de las políticas de vivienda económica con subsidio estatal, mal llamada vivienda social, las cuales durante mucho tiempo casi no han contemplado inversión en espacios públicos, destinando todos los recursos a satisfacer el problema de la habitación.

Como producto de estas carencias y de las lógicas de segregación socioespacial que caracterizan el desarrollo de Santiago en las últimas décadas, se generan zonas completas de la ciudad donde el lugar de lo político parece no existir. Los habitantes de las grandes extensiones de conjuntos de vivienda construidos por el Estado entre 1990 y 2006 aparentemente carecen de la capacidad de organización y agencia característica del movimiento poblacional santiaguino protagonista de tomas de terreno y procesos de autoconstrucción de viviendas y barrios completos desde 1957. Se trata de individuos y familias que prácticamente sólo comparecen en lo público como objeto de políticas estatales, demandantes de soluciones a sus problemas puntuales, como en el bullado caso

257. REMEDI, Gustavo. Op. cit.

258. RAMOS, Marcela y Juan Andrés Guzmán (2000). *La Guerra y la Paz Ciudadana*. LOM Ediciones, Santiago.

de las llamadas “casas COPEVA” en junio de 1997²⁵⁹. En los casos donde se evidencia la capacidad de los habitantes por modificar su entorno, muchas veces la lógica predominante –explicable por las condiciones de hacinamiento en que viven muchas familias- también se sitúa en el ámbito de lo domiciliario, en un sentido literal de expansión del espacio privado a expensas del ya escaso espacio público, como se refleja en los casos de ampliaciones ilegales de departamentos registrados por Pilar Ortiz y Paola Velásquez en el video Mutación Block (2003)²⁶⁰.

Otras manifestaciones domiciliarias contemporáneas

La proyección de lo privado en lo público que caracteriza a la concepción domiciliaria de lo político se expresa en ejemplos como los mencionados en el capítulo sobre espacios del control y la vigilancia, como la idea de cerrar con rejas el Parque Forestal para ahuyentar a las “indeseables” tribus urbanas. Pero no es la visión quizás más evidentemente conservadora y favorecedora de la segregación la única representativa de esta estructura de pensamiento sobre las formas de lo político en la ciudad, acercándonos tangencialmente de nuevo a Aldo Rossi. Parte de los grupos que se oponen a la modernización urbana bajo la forma de la destrucción de barrios por la especulación inmobiliaria, cuyas posturas los acercan al conocido concepto NIMBY (not in my backyard), también son una expresión de la proyección de lo domiciliario en lo público –supuestamente opuesta a la anterior en tanto se aducen razones de defensa de las identidades barriales y otras nobles razones, pero coincidente en muchos aspectos. Existen por cierto muchos matices en función de las situaciones asimétricas de acceso a la opinión pública y a los grupos tomadores de decisión entre los distintos grupos de vecinos, pero el elemento en común es la postura conservadora a priori que se podría resumir en la frase “nosotros siempre hemos vivido de este modo y nos estamos dispuestos a aceptar cambios”. Un interesante contrapunto se puede hacer a este respecto entre los movimientos de la Plaza Las Lilas y el del Barrio Yungay, fallido el uno, exitoso el otro. Si bien ambos colectivos de vecinos enuncian como leitmotiv la defensa de sus barrios, en el segundo caso existe una voluntad de preservar un patrimonio para la ciudad, lo cual se ha traducido en iniciativas de amplia participación y sólida organización ciudadana, contacto con habitantes de otros barrios patrimoniales no sólo en Santiago sino incluso en el extranjero, elaboración de antecedentes técnicos, gestión cultural y un conjunto de acciones que le ha permitido a la organización ciudadana lograr la declaratoria de Zona Típica (protección legal a las construcciones y la configuración urbana del barrio frente a potenciales modificaciones) para 113 hectáreas de la zona norponiente de la comuna de Santiago. El punto aquí es que no se trata sólo de los vecinos de las manzanas en torno a la plaza Yungay o Brasil, sino que hay una concepción de la ciudad como

259. Se trata de las viviendas sociales construidas en la Villa El Volcán de Puente Alto por la empresa del mismo nombre, propiedad del actual Ministro del Interior, las cuales evidenciaron fallas gravísimas de edificación y acondicionamiento, al resultar completamente vulneradas por la lluvia tras un temporal en esa fecha. Las llamadas “casas nylon” y sus habitantes coparon la agenda mediática. En 2006, después de efectuar varios procesos de reparación, el MINVU decidió demoler una cantidad importante de ellas para reconstruir con estándares dignos de calidad.

260. El video de Ortiz y Velásquez, de veintisiete minutos de duración, fue realizado como parte de un proyecto del Fondo Nacional para el Desarrollo de las Artes (Fondart), en el año 2003. El objetivo fue observar el fenómeno de ampliaciones ilegales realizadas en los conjuntos de vivienda social tipo block. El lugar escogido fue el Condominio Nuevo Horizonte, construido en 1993, en la comuna de El Bosque, área sur de Santiago; este condominio está compuesto por once blocks, con un total de 300 departamentos de 40 m2 cada uno. Las autoras observaron la evolución de las relaciones sociales y la organización del espacio, privado y público en un grupo ya consolidado; asimismo, cómo las ampliaciones aparecen espontáneamente, condicionadas por su ubicación en el block y las posibilidades de cada familia. Fuente: www.sitiosur.cl

bien colectivo, como un espacio común que es importante conservar como algo vivo, no como algo estático.

Otras manifestaciones de lo domiciliario que quizás son más evidentes y hasta cotidianas, pero no por ello menos importantes, tienen que ver con la privatización y reclusión en enclaves de los debates sobre lo público, debates que se restringen a las élites y sus necesidades circunstanciales de apertura y/o cooptación de terceros. Este fenómeno se ve ejemplificado en el éxito de infraestructuras de eventos localizadas en los barrios pudientes de la ciudad o bien conectados con las principales redes de movilidad vehicular metropolitana. Los casos más notables son sin duda Casa Piedra, centro de eventos propiedad del conglomerado de El Mercurio ubicado sobre terrenos públicos en el borde del río Mapocho en Vitacura, y Espacio Riesco, emplazado cercano al anillo de autopistas Américo Vespucio y al polo de empresas Ciudad Empresarial, en Huechuraba. Particularmente en el caso del primer centro de eventos, no se trata simplemente de un nuevo rubro de negocios, sino específicamente del interés de grupos de poder por mantener su influencia sobre las actuales formas de toma de decisiones sobre la política, la economía y la cultura. Esta privatización de lo político se ha extendido como un fenómeno naturalizado a los hacedores de políticas públicas, entre los cuales no es extraño el manejo del concepto de “actores relevantes” (vale decir, sujetos con poder) cuando se trata de definir instancias de participación ciudadana, si es que las hay.

De la comunidad a la ciudad

En la mirada que he denominado como del domicilio subyace el concepto de comunidad como una instancia definida y cerrada, como referentes podemos citar la *Gemeinschaft* de Tönnies o la comunidad imaginada de Benedict Anderson. La posibilidad de pensar la ciudad como espacio político implica la necesidad de trascender los límites de la comunidad para encontrarse con lo otro y poder reconocer la silueta de la ciudad, el lenguaje compartido, las instancias donde nos podemos reconocer como ciudadanos que participan de un espacio público y se enriquecen en su contacto con la diferencia.

Una iniciativa interesante de construcción de ciudad desde lo local, superando lo domiciliario, es el programa Quiero mi Barrio (PQMB), del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, tanto desde el punto de vista del cambio de lógica en las políticas públicas como por la escala y forma de intervención en la base social, sin una perspectiva asistencialista o tecnocrática, sino intentando construir organización local. En la primera etapa del programa –el cual se dio a conocer ante la opinión pública como el mejoramiento de 200 barrios vulnerables para festejar los 200 años de vida independiente–, la primera acción es organizar lo que se ha dado en llamar Comités Vecinales de Desarrollo (CVD), vale decir, la organización ciudadana que con el apoyo de los técnicos serán encargados de liderar los procesos de transformación de los barrios. Este criterio es central, por cuanto los vecinos en tanto ciudadanos se ven enfrentados a debatir y decidir sobre el bien común, materializado en obras concretas²⁶¹, dejando de lado el interés y necesidad personal como criterio único para habitar la ciudad. El discurso oficial habla de un nuevo urbanismo, producido “desde los ciudadanos

261. El programa se desarrolla de acuerdo a las siguientes etapas: 1. Presentación (¿De qué se trata?); 2. Estudio técnico y diagnóstico compartido; 3. Conformación del CVD; 4. Definición, ejecución e inauguración de la Obra de Confianza; 5. Firma del Contrato de Barrio, que define el programa completo de obras y el compromiso entre la autoridad y los vecinos.

y desde la escala barrial, cuyos ejes sean la recuperación física de los barrios, y, fundamentalmente, el fortalecimiento del tejido social y la recomposición de la comunidad”. Si bien se trata de una política relativamente reciente, la inclusión en la agenda estatal de una lógica de producción de la ciudad distinta a la de la modernización sin modernidad y poniendo a los ciudadanos al centro de su propio desarrollo es ya un signo positivo.

Mediante la incorporación de la organización ciudadana como contraparte de la acción pública, se afecta la lógica del espacio sin silueta y se abren incipientes espacios de deliberación sobre la forma de la ciudad que pueden generar amplios espacios de oportunidad para construir una ciudad democrática.

Siluetas

La idea de siluetas refiere a la necesidad de distinguir. Distinguir los elementos ideológicos –casi siempre tácitos cuando exitosos– que subyacen en las dinámicas del desarrollo urbano y las formas dominantes de producción del espacio público es imprescindible para la toma de posición y la construcción de puntos de vista y proyectos alternativos. Por otra parte, desde la concepción del espacio público como la articulación entre espacio construido, prácticas de los sujetos y representaciones legitimadas o sedimentadas en el imaginario colectivo, la existencia de estas siluetas es una condición sustantiva para la constitución de un espacio público político real, inclusivo y expansivo, donde los sujetos puedan interactuar y construir futuros posibles sobre una base común, la ciudad.

La necesidad de forma es entonces un elemento clave para la constitución de lo político, particularmente en un contexto donde ante la ausencia de relatos y la disolución o precariedad de los cuerpos colectivos, las subjetividades políticas se manifiestan a través de la expresión estética –abierta, aunque débil desde un punto de vista programático o pragmático– del malestar, del descontento. Este descontento, que en muchos casos puede caracterizarse como no programático, que en palabras de Rolando Álvarez supone una suerte de rebeldía primitiva, un fenómeno de ocupación del espacio público donde se pone en cuestión ciertas nociones de autoridad y orden, pero que estaría fuera de lo político o del discurso político al menos, representa la actual estructura individual de lo social en nuestra ciudad. Rojas (2006) plantea a este respecto como elemento iluminador la distinción propuesta por Guattari en torno a las “luchas de interés” (estructuradas en torno a demandas sociales o económicas propias de la modernidad desarrollista o heroica) y las “luchas del deseo”, que plantean un cuestionamiento de la vida cotidiana, así como tensiones respecto a las relaciones entre individuos singulares y sus sociedades. Para Rojas, el malestar individual “acontece precisamente en el nivel inarticulado ideológicamente de los deseos, cuyo coeficiente de emancipación consiste en una convergencia de singularidades y efectos de masas, sin una articulación en torno a objetivos estandarizados”²⁶². Este rasgo convierte al malestar en un fenómeno posible

262. ROJAS, Sergio (2006). Op. cit.

de ser capturado, sublimado e integrado en los procesos de producción del capital (Rojas).

La operación política consiste entonces en hacer visibles los límites que generan exclusión, asimetrías, ocultamiento de debates públicos; de allí, por ejemplo, proviene la lógica de intervención de la normalidad que caracteriza las manifestaciones en el espacio público. Esta visibilización constituye una posibilidad para operar políticamente, ya sea transgrediendo dichos límites o proponiendo nuevas figuras, nuevas formas que puedan constituir condición de posibilidad para lo político, no como imágenes fijas sino como elementos de referencia para la definición y redefinición constante de lo público en la escala de la ciudad metropolitana.

La calle como espacio político

Se puede identificar el año 1983 como un punto de inflexión en el desarrollo del espacio político durante la dictadura. Se trata de un momento donde confluye la transformación en la organización y dinámicas de movilización de los sujetos sociales con un factor detonante para la protesta ciudadana, como lo fue la crisis económica de 1982 y la subsiguiente recesión que vivió el país en los años subsiguientes. Desde el punto de vista del espacio público, se trata de un momento de cambio importante respecto a la primera década de la dictadura militar. Este período –también descrito como el período de “dictadura terrorista”– se caracterizó por la supresión del espacio público ciudadano mediante la instalación de la violencia incontrolada por parte del Estado y el consiguiente repliegue de la sociedad a la esfera privada debido al trauma que supone este proceso. El espacio público de aquel período puede ser visto como un espacio “suspendido”, entendiendo por tal la casi total disolución de la esfera de lo público como lugar de la deliberación ciudadana²⁶³. Podemos decir, de este modo, que la manifestación del espacio público como espacio político sufre un proceso de domiciliación: los actores sociales se repliegan al espacio privado o protegido, como lo fue la iglesia, lugares que cumplen funciones y cargan significados distintos al del tradicional espacio de lo político²⁶⁴. Con todo, estos espacios se transforman en pequeños ámbitos de libertad para la reunión, el debate y la articulación de un tejido social fuertemente dañado por la represión (Rodríguez, 1983)²⁶⁵.

A través del recurso de las protestas nacionales se produce una primera recuperación del espacio público, frente a la cual las acciones represivas se trasladan al ámbito de la calle, teniendo como objetivo la muchedumbre por sobre los individuos. Pese a que persiste en esta época la coerción hacia la

263. Este espacio público suspendido se expresó en fenómenos como la clausura de las instituciones republicanas, la prohibición del uso del espacio urbano mediante el toque de queda, la censura y ciertamente la política de exterminio de los sujetos tanto individuales como sociales.

264. “(...) no es casual que el espacio público que se tuvo que ocupar para empezar a rearmar la política fuera el lugar donde los militares no podían entrar con tanta facilidad, que era la iglesia. Por eso es que la capilla –y estoy pensando en la micropolítica, no en la macropolítica– era un espacio fundamental para recuperar el espacio público en los ‘70 y luego está el germen de la actividad que explota en los ‘80”. Entrevista con el historiador Rolando Álvarez, 22 de noviembre de 2007.

265. “La ciudad del pasado ha sido destruida. El escenario urbano que conociéramos, la organización social existente en las ciudades antes del Golpe de Estado, han desaparecido. Su recuerdo es constantemente acosado para evitar que resurjan las costumbres de los habitantes. Al parecer, antes de la palabra Orden, sólo existían el caos y las tinieblas. La población fue dispersada, separada, al haber sido socialmente atomizada en sus poblaciones y lugares de trabajo. La ciudad, el escenario urbano, se ha convertido en el espacio de la disciplina. Represión y mercado, simultánea y complementariamente, disgregan y segregan a la población; la disuelven en individuos controlables, moldeables, ubicables y ubicados”. RODRÍGUEZ, Alfredo (1983). Por una ciudad democrática. Ediciones SUR, Santiago, páginas 10 - 11.

domiciliación de las prácticas políticas, diversas situaciones²⁶⁶ dan cuenta de un proceso lento y tortuoso, mas no por ello necesariamente menos fructífero, de reconstitución del espacio público en Santiago. Este proceso se realiza no sólo esquivando la violencia política ejercida por el poder militar, sino también en un marco de profundización de las dinámicas de segregación espacial y desigualdad social.

Partiendo de este contexto, la apuesta es doble. Primero, propongo analizar las transformaciones mencionadas a partir de la lectura de la calle como silueta del espacio político. La idea de silueta aquí refiere a la condición de forma que estos espacios generan para la manifestación política. La referencia a la “forma” del espacio político no es trivial, en tanto dicha forma es condición de posibilidad de lo político, componente ineludible del imaginario de los sujetos que actúan en lo público. Y segundo, propongo interpretar las nuevas formas de ocupación del espacio público –como formas de expresión política– que irrumpen entre 1983 y 1990 como un momento clave en el nacimiento de una nueva forma de movilización colectiva, una forma que quiebra con el modelo moderno pero que mantiene algunos de sus patrones.

La calle aparece en las movilizaciones de comienzos de los años ´80 como una forma de construcción de espacio público donde la identidad del sujeto se adquiere participando de la muchedumbre que copa y desborda la figura de la calle: en la masividad reside su fuerza y su legitimidad como sujeto político. Por otra parte, su condición de cuerpo extenso (la suma de innumerables cuerpos) la relaciona con grandes discursos que apelan a las nociones de pueblo o nación, vale decir constructos a la vez inclusivos y totalizantes. Este fenómeno corresponde por ejemplo a las imágenes de marchas ocupando la Alameda u otras calles céntricas de la ciudad, como lo ha retratado Patricio Guzmán en su documental *La Batalla de Chile* (1972 – 1979) y más recientemente, haciendo un guiño a esta última película, Andrés Wood en la premiada *Machuca* (2004). En el período que analizamos, las primeras expresiones de manifestación política post golpe de Estado se encuadran en este fenómeno: la recuperación de los espacios públicos tradicionales tiene un importante antecedente en las denominadas “marchas del hambre” realizadas durante 1982 y que otorgan protagonismo y liderazgo a las organizaciones sindicales²⁶⁷. El itinerario de movilizaciones de 1983 evidencia un proceso paulatino de recuperación de la calle como escenario natural de la expresión política de la ciudadanía: las primeras manifestaciones públicas tienen lugar el 24 de marzo, en la Plaza de Armas y calles céntricas aledañas²⁶⁸, y el 1º de mayo, cuando se realiza la “Fiesta del Trabajo” en la Plaza Artesanos²⁶⁹, convocada por las diferentes orgánicas

266. Por ejemplo, la existencia de la Agrupación Cultural Universitaria (1977-1983), la realización del primer acto público de la oposición en el Teatro Caupolicán (1980) y posteriormente la reconstrucción de las federaciones universitarias democráticas entre 1984 y 1985, la firma del Acuerdo Nacional para la Transición a la Democracia en 1985 y la formación de la Asamblea de la Civilidad en enero de 1986.

267. Estas organizaciones fueron duramente golpeadas ese mismo año, con el asesinato de Tucapel Jiménez, dirigente de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), el 25 de febrero y la expulsión del país de Manuel Bustos, dirigente de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), el 3 de diciembre.

268. Esta protesta termina con 227 detenidos; en la ocasión hace su reestreno el carro lanza aguas, más conocido como guanaco. El régimen reacciona con dureza relegando a 34 personas a Pisagua, otrora campo de concentración.

269. Durante el desarrollo de esta manifestación, una marcha de aproximadamente 400 personas que caminaba al lugar de la convocatoria por calle Ismael Valdés Vergara, contigua al Parque Forestal, es atacada antes de llegar a la plaza por un grupo de civiles armados con laques: se trata del debut de los tristemente célebres gurkas.



Escala del centro de la ciudad. Leyenda. Rojo: espacios abiertos de manifestaciones / Amarillo: espacios del poder político, vedados a la ciudadanía / Azul: Instituciones utilizadas como escena de manifestaciones.

de trabajadores existentes en la época; sin embargo, ambas manifestaciones fueron objeto de una dura represión, lo que provocará cambios de estrategia entre los opositores.

¿Qué calles son espacios de la manifestación política masiva y en qué períodos? Durante los años de la dictadura y prácticamente hasta 1990, las calles del centro de la ciudad, lugar tradicional de emplazamiento de las instituciones del Estado, fueron vedadas para la manifestación por medio de la prohibición y la represión policial. En este contexto, la calle desaparece como escenario de la gran marcha o concentración en la cual el pueblo, las masas, se observan a sí mismas y su potencia de acción enmarcada por la arquitectura de la ciudad. A lo anterior se suma la gestación de una nueva cultura domiciliaria de lo político, influenciada por los largos períodos de Estado de Sitio y toque de queda, donde la organización entre 1973 y 1983 se gestó principalmente en los barrios, en las poblaciones e implicó la emergencia de nuevos espacios para la expresión política.

Un buen ejemplo de esta nueva lógica está en las Jornadas de Protesta Nacional (JPN) que se producen a partir de 1983 y que podemos considerar las primeras manifestaciones masivas de descontento ciudadano hacia los efectos de las políticas económicas y la conculcación de los derechos políticos más básicos.

Ante el escenario de absoluto control sobre el centro cívico de la ciudad y la evidencia de represión ante el menor asomo de manifestaciones opositoras, la 1ª Jornada de Protesta Nacional del 11 de mayo de 1983²⁷⁰ se remite a sólo dos actividades de escala menor en el centro de la ciudad (una marcha pacífica de religiosos y otra en el mismo tono a Tribunales) y adquiere una forma que sería característica de las manifestaciones sucesivas de ese año: una protesta masiva, pero anónima; organizada y coordinada, pero dispersa en la inmensa extensión

270. Respecto al control sobre el espacio público, es sintomático que el liderazgo aparece en manos de una organización de trabajadores no urbanos, como la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC). Por otra parte, aparecen como actores políticos trabajadores del sector terciario (los empleados fiscales) en un escenario de desaparición de los obreros industriales y fabriles.

de la ciudad. Protestar y generar el espacio público a través de la ausencia, del vacío, del silencio (no enviar a los niños al colegio, no comprar en el comercio, no hacer trámites), para en la noche aparecer como un gran murmullo de descontento esparcido por todo Santiago²⁷¹, sería la estrategia sobre la cual se comenzaría a rearticular el sujeto político de la oposición a Pinochet.

Nuevas protestas se suceden los días 14 de junio, 12 de julio, 11 y 12 de agosto, 8 al 11 de septiembre y 11 al 13 de octubre de 1983. En ellas se desarrollan diversas formas de ocupación del espacio público, como protestas en universidades, con la toma de la biblioteca del Pedagógico por 1.000 estudiantes como hito, y una serie de “sentadas” (sit-in) en las puertas de industrias, la Catedral Metropolitana y los Tribunales de Justicia. A partir de mediados de año, la conducción del movimiento social y el sentido y oportunidad de las convocatorias comienzan a desplazarse desde las orgánicas sindicales a los movimientos políticos y a diferenciarse según tendencias²⁷². En palabras de Quiroga (1998), a las formas de protesta ciudadana convencionales se sumaron otras claramente “pre-insurreccionales” como quema de microbuses, atentados a instituciones estatales, sabotaje menor y fogatas – barricadas, todo ello en el marco de una presión social creciente. El 18 de noviembre de 1983, una convocatoria logra por primera vez en mucho tiempo reunir a una gran masa en un lugar público emblemático: 300.000 personas se manifiestan por la democracia en el Parque O’Higgins. El punto culminante de este proceso tiene lugar el 24 de marzo de 1984 con la séptima JPN, que tuvo una altísima adhesión y se caracterizó por la transversalidad de su convocatoria (movimientos políticos, pobladores, organizaciones juveniles, femeninas, estudiantiles, de DD.HH., así como por primera vez la participación del comercio minorista y los transportistas) y la ampliación del murmullo de protestas al sector oriente, específicamente a las comunas de capas medias, Providencia, Ñuñoa y La Reina. Un elemento de coherencia en la propia dispersión de la protesta lo constituyen el sonido de las cacerolas en los distintos barrios, en los diferentes sectores sociales, y la radio (único medio que presenta opiniones disidentes al régimen), que de cierta manera conecta en el imaginario las escaramuzas de escala siempre local.

A lo largo de esta escalada de protestas, la dictadura intenta reprimir la recuperación del espacio público mediante el establecimiento del toque de queda, la censura de publicaciones (Hoy, Análisis, Cauce, Apsi y Fortín Mapocho), allanamientos masivos en poblaciones de larga “tradición combativa” como La Victoria, La Castrina, Yungay, Joao Goulart, Villa Francia y otras como El Pinar, Nuestra Esperanza, La Legua y La Pincoya, con un grado in crescendo de violencia asociada a la represión²⁷³ y un flagrante abuso de la excepcionalidad estatuida en la Constitución de 1980, llegando en noviembre de 1984 a decretar

271. A partir de las 20:00 horas de ese día (estrategia que se aplicaría en las protestas venideras) se programó que en los hogares y calles de los vecindarios se tocaran cacerolas (en una interesante reapropiación del característico modo de protesta de las mujeres contrarias a Allende) y bocinazos, y a las 21:30 un apagón voluntario en las casas. A los cacerolazos y apagones siguieron barricadas en distintos puntos de la ciudad; el gobierno respondió sacando 10 mil efectivos del Ejército a las calles para reprimir las protestas, con un resultado de 350 detenidos y 2 muertos.

272. Hacia fines de 1983, el movimiento de las protestas ha visto crecer en su seno dos tendencias claramente diferenciadas, por un lado la oposición centrista, la Alianza Democrática (AD), y por otro la izquierda más tradicional, reunida en el Movimiento Democrático Popular (MDP).

273. Tras la protesta del 12 de julio de 1983, la represión recurrió profusamente al uso de bombas lacrimógenas, lanzadas incluso al interior de viviendas en poblaciones periféricas como Nuestra Esperanza, en La Reina, y La Victoria y El Pinar, en San Miguel. El 11 de agosto, el régimen convirtió la capital en una ciudad sitiada, con 18.000 soldados en las calles y la división de Santiago en cinco zonas militares. El triste saldo del amedrentamiento y la violencia contra la población civil fue un total de 35 muertos y más de 200 heridos.



Escala de la ciudad. Verde: manifestaciones difusas. Rojo: grandes concentraciones.

el estado de sitio, que duraría hasta marzo de 1985. Sin embargo, el éxito sólo parcial y temporal de sus propósitos se debería más a la división y falencias estratégicas de la oposición que a la política del miedo, que en los hechos ya había sido superada por la manifestación espontánea (y también organizada) de la ciudadanía. El actor principal en este nuevo escenario de disputa por el espacio público ya no es el militante, sino el poblador, un sujeto cuya identidad no se construye a partir de la ideología (como los activistas), de la ética del trabajo (como los obreros) ni desde la estética (como las subculturas juveniles); su simple intento de habitar es ya político por cuanto plantea una exigencia de derechos que como se planteó han sido conculcados casi universalmente.

Un ejemplo interesante de esta lógica de disputa por el control del espacio público se encuentra en el caso de los llamados territorios libres. Fruto de una estrategia casi militar²⁷⁴, las operaciones de territorios libres consistían en que grupos organizados de pobladores trabajaban cavando zanjas en las principales calles de acceso a las poblaciones donde se realizaban las protestas más importantes contra la dictadura, para evitar que ingresara la policía y poder desplegar los mensajes contra el régimen (Álvarez, 2007). Uno de los ejemplos más recordados se produjo durante la Jornada de Protesta Nacional del 4 de septiembre de 1985: “El 3 de septiembre a las 22 horas comienzan los pobladores a trabajar haciendo zanjas para impedir el paso de la represión, dirigido por el comando poblacional y la dirección del comité local. Estas zanjas permitieron que desde tempranas horas del día siguiente, La Victoria quedara fuera del control de la policía: a partir de las 8 la población era Territorio Libre. A las 11 de la mañana, una marcha de unas 2000 personas, según el cálculo del PC local, recorre la población. Al mediodía, el llamado “nudo Departamental-La Feria” es copado por cientos de personas”²⁷⁵. Esta estrategia se replica en

274. Un ejemplo más reciente de esta lógica que podríamos llamar de la importación de acciones de guerra a la política, es el caso de los piqueteros en Argentina después de la crisis económica y política de 2001: el bloqueo de calles o carreteras de acceso a la ciudad como un medio de cortar el libre flujo del capital y la modernización.

275. ÁLVAREZ, Rolando (2007). La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990). Tesis Doctoral para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Chile, Santiago.



distintas poblaciones de la ciudad y si bien las operaciones en muchos casos son dirigidas por militantes políticos, el carácter abierto de la práctica implica que una vez “liberados” los territorios, el espacio queda disponible no sólo para la proclama, sino incluso para manifestaciones culturales y deportivas. Lo interesante de esta experiencia para nuestro argumento reside en la posibilidad simultánea y no centralizada de apertura de espacios fuera del control estatal, la demostración que es posible actuar sobre la ciudad y provocar un cambio aunque sea efímero o circunstancial.

La consolidación de un nuevo espacio y sujeto político: el proceso previo al plebiscito de 1988

El plebiscito de octubre de 1988 representa el contexto para la vuelta de la política a la calle impulsada por el movimiento por la democracia, convocado bajo la forma de un llamado a la unidad en torno a la opción NO²⁷⁶, que de algún modo logra articular nuevamente un gran relato. La oposición a la dictadura logra desarrollar masivas concentraciones, las que tienen lugar en espacios tanto externos como contiguos al espacio del poder: espacios periféricos, inusuales y asimismo cargados históricamente. Como ejemplo, observemos tres casos: las concentraciones del 4 de septiembre en Vicuña Mackenna con Ñuble, del 24 de septiembre en el Parque La Bandera y la gran concentración final del 1º de octubre en la Panamericana Sur con Carlos Valdovinos.

Las tres grandes concentraciones finales de la campaña del NO reunieron ingentes multitudes, en una demostración más del proceso de recuperación del espacio público que se había iniciado en 1983, no sólo en el sentido concreto de la ocupación de las calles, sino también en el sentido de un intento de recuperación simbólica:

El 4 de septiembre, bajo el lema de “reencuentro con la historia”²⁷⁷, el denominado ACUSO (Acuerdo Social por el No) convocó a una concentración

276. El significado del voto NO como fin de la dictadura y la potencia de su asimilación simbólica por parte de la ciudadanía tiene un antecedente notable en el trabajo de Lotty Rosenfeld a fines de los setenta y durante los ochenta, consistente principalmente en intervenciones del espacio público aludiendo a circunstancias políticas de violencia.

277. La fecha de la manifestación y su lema son una abierta alegoría al triunfo electoral de Salvador Allende y la Unidad Popular, el 4 de septiembre de 1970.

en avenida Vicuña Mackenna, que reunió aproximadamente 500.000 personas en una columna de 1,5 km de extensión desde el escenario ubicado en la esquina de avenida Ñuble hacia el norte, hasta más allá de avenida Irarrázaval. No es casual que el espacio elegido como punto focal del acto se encuentre en medio del antiguo cordón industrial de Vicuña Mackenna, símbolo de la combatividad sindical y el auge del obrero industrial como sujeto político. Ahora, se produce en esta concentración, precisamente por su masividad, una cierta ruptura de la representación de la calle en tanto silueta: las personas participan y vivencian el acontecimiento en su vecindad, en la proximidad de los cuerpos que circunstancialmente comparten el espacio con ellas. Los discursos no necesariamente se oyen y por lo tanto el fin, la meta (el escenario como remate de una organización lineal) se diluye en una variabilidad de pancartas, colores, gritos; incluso en términos de tiempo se pierde la referencia de cuándo termina la manifestación, puesto que la conducción está ausente, no por omisión sino por escala.

El parque La Bandera, ubicado en el anillo de circunvalación Américo Vespucio, una de las avenidas principales de la ciudad para entonces inconclusa, se había instalado en el imaginario colectivo como espacio público con la visita a Chile del Papa Juan Pablo II en 1987: allí el pontífice había sostenido un encuentro con pobladores de la zona sur de Santiago, ocasión aprovechada por opositores al régimen para denunciar los crímenes y protestar por las condiciones de pobreza, lo que a su vez produjo el ya acostumbrado escenario de represión policial. Fue éste el lugar elegido por la izquierda para desarrollar uno de los últimos eventos de la campaña por el NO: al simbolismo de celebrar un acto político en el espacio de los grupos populares, se suma en este caso la metáfora de la recuperación del territorio representada en ciertos casos emblemáticos del fin del exilio que participan de la multitudinaria concentración²⁷⁸. En rigor, el parque como tal no era sino una gran explanada de tierra, donde tras la visita papal se había instalado una gran cruz que servía de única marca espacial. Este elemento, sin embargo, no bastaba para organizar el espacio ni tampoco lo hacía el escenario, incapaz de generar un único foco para tantas personas; se trataba de otro caso de uso de símbolos modernos (las banderas, los himnos y consignas) pero por parte de una silueta vaga.

La concentración final se llevó a cabo en Panamericana Sur con Carlos Valdovinos que, según los cálculos de prensa opositora de la época, logró reunir a 1.000.000 de personas. Es interesante observar el lugar de la manifestación en el sentido del desplazamiento que proponemos: frente a la prohibición de ocupar el centro de la ciudad, silueta tradicional de las grandes concentraciones, existe un reacomodo en sitios emplazados en lo que podríamos denominar el pericentro de la ciudad e incluso en la periferia; espacios de tránsito, autopistas, lugares con una ausencia total de las representaciones tradicionales del Estado y de la política. En el caso de la Panamericana, el sitio posee una cierta carga política por encontrarse a una distancia relativamente corta de la Penitenciaría, lugar de reclusión de numerosos activistas, sin embargo la silueta más condicionante la entrega una autopista a la vez urbana y nacional (la Ruta 5) y cercana a un cauce de aguas contaminadas (el Zanjón de la Aguada). Estos lugares podrían

278. Como número artístico principal del acto, se presenta el grupo de raíz folclórica Illapu, quienes acababan de retornar del exilio en Francia y se presentaban ante 100.000 personas en un evento que luego sería registrado en el disco "En Vivo – Parque La Bandera" (Alerce, 1989)



Manifestación en contra de la tortura como método de represión política, escalinatas de la Biblioteca Nacional, 1988. Fotografía: Alejandro Hoppe.

estar próximos a lo que Augé ha definido como no lugares, espacios de lo móvil, lo circunstancial, la “contractualidad solitaria”, lugares residuales producto de la erosión de la ciudad provocada por las fuerzas de la modernización; sin embargo, también pueden servir para verificar la proposición de Borja sobre el espacio público: “la dinámica propia de la ciudad y los comportamientos de sus gentes pueden crear espacios públicos que jurídicamente no lo son, o que no estaban previstos como tales”²⁷⁹. En este sentido, la práctica determina el espacio y los sujetos de algún modo se han desligado de las construcciones representacionales tradicionales (los espacios públicos tradicionales como escenario de la pugna por el poder político, o del antagonismo entre Estado y ciudadanía en este caso).

En los ’90 la Alameda se volvería a utilizar para manifestaciones políticas, tanto de protestas como de proselitismo electoral, tratando en cierto modo de recuperar la silueta de los espacios céntricos de la ciudad. Sin embargo, el uso de la calle sería restringido, particularmente en la cercanía a los sitios del poder (La Moneda, ministerios). Fruto de diferentes dinámicas se produce un decaimiento del movimiento social, característico de lo que Guillermo O’Donnell (1993) ha llamado democracias delegativas²⁸⁰. Recién a mediados de la actual década se manifiestan en el espacio público movimientos tanto programáticos (aunque flexibles, como los pingüinos) como “ecuménicos” (los altermundialistas, más conocidos como anti globalización) que, sin perjuicio de intentar establecer un diálogo antagónico con los sitios del poder (ministerios, sede de gobierno o de eventos internacionales), no dependen de dicha relación, de dicha silueta para construir su identidad y subjetividad: a partir de sus propias corporalidades, tanto semejantes (el uniforme de los escolares, su rasgo generacional) como dispares (las diferentes consignas, pancartas, razas –mapuches o aymaras-, sexos –la integración del movimiento por los derechos sexuales-, estéticas –hippies y punks, Hare Krishna y rastafaris) estos nuevos sujetos construyen una plataforma para expresar su opinión, sus discursos más contingentes que ideológicos, en el espacio público que a partir de estas concepciones se vuelve un nuevo espacio público y político.

279. BORJA, Jordi (1998). Ciudadanía y espacio público. Revista Ambiente y Desarrollo, septiembre 1998, Vol. XIV N° 3. CIPMA, Santiago.

280. O’DONNELL, Guillermo (1993). Delegative democracy? Kellogg Institute for International Studies, Notre Dame.



Manifestación en contra de la tortura como método de represión política, frontis de la Catedral Metropolitana, 1988.

Si intentamos caracterizar a este nuevo sujeto político –la ciudadanía que ocupa las calles a partir de 1983– desde la óptica del espacio público moderno, en el sentido de identificar los rasgos que lo hacen partícipe de esta lógica y aquellos elementos de sus prácticas e imaginario que lo hacen salir o transgredir esta definición, encontraremos que por una parte los protagonistas de la recuperación del espacio público intentan encarnar el espíritu de la modernidad en el sentido que se enuncia en el concepto de nación (lo nacional, el pueblo como un colectivo diverso en su composición social, cultural y valórica, pero homogéneo en términos de una figura representacional que se articula en pos de un objetivo común); en el sentido heroico que los actores le dan a su propia acción, la operación de atribuirse la “misión” de generar la crisis, la lucha por la emancipación y las transformaciones democráticas, así como en la conciencia histórica de continuidad con un pasado de tradición democrática y en el soporte sobre dispositivos teleológicos de diversa especie, asociados a las nociones de progreso y tiempo lineal propias de la modernidad.

Ahora bien, el recurso a lo nacional –quizás como único recurso posible de unidad– delata al mismo tiempo el lugar (o los lugares) más allá de la modernidad donde este nuevo sujeto se constituye. Observemos más de cerca los lugares utilizados como espacios públicos políticos durante este período y el inmediatamente anterior: juntas de vecinos, agrupaciones de cesantes, de mujeres, ollas comunes, centros culturales y particularmente los distintos espacios al amparo de la Iglesia Católica, tanto a nivel de base, en las parroquias, como a nivel eclesiástico (la Vicaría de la Solidaridad y la Catedral Metropolitana), vale decir, espacios totalmente disociados de los espacios públicos tradicionales²⁸¹. Los sucesos de 1983 – 1984 marcan una recuperación de las calles como espacio público y el inicio de un proceso que poco a poco irá reconquistando los espacios emblemáticos de la ciudad, los espacios de representación del poder, pero en una lógica distinta, no del todo definida, pero sí claramente distante de las orgánicas de la anterior democracia. Los sujetos políticos actuales operan en lo público con una lógica muchas veces y todavía domiciliaria, que inadvertidamente extiende los conceptos de lo privado sobre

281. En el caso de los partidarios del régimen militar, el trabajo político en gran medida también se localizaba en nuevos espacios como eventos deportivos, centros de madres, si bien este grupo ocupaba las calles y el centro cívico en ocasiones de eventos de escenificación del poder.

lo público, tanto en el sentido de propiedad (lo cual es evidente en numerosos conflictos en la escala barrial) como en el de la transparencia u opacidad de la deliberación y decisión política (el secretismo, la poca y decorativa participación ciudadana).

Las movilizaciones desarrolladas por los estudiantes secundarios durante el año 2006 marcan para algunos observadores un punto de inflexión en el paisaje de las prácticas e imaginario político que habían dominado la Transición. La manida figura del “no estoy ni ahí” como lema representativo de la actitud de los jóvenes hacia la participación en política, parecía dar lugar a un nuevo tipo de protagonismo, caracterizado por la búsqueda de estructuras transversales al espectro político, horizontales en su estructura jerárquica, asambleísticas en su modelo organizacional y por sobre todo innovadoras y creativas en su producción de representaciones. En este sentido, se podría afirmar que se trata de una generación inmersa en lo que Maurizio Lazzarato (2003) ha llamado el paradigma del acontecimiento²⁸², cuya novedad o mejor dicho, su pertinencia, radica en que involucraría una condición de apertura y potencialidad más que una condición de límite a priori²⁸³. Desde la perspectiva de la ciudad, podemos decir que la forma en que la arquitectura intentó modelar el espacio público para la manifestación ciudadana de acuerdo a un proyecto totalizador basado en la síntesis, acorde a la lógica moderna del Estado o las vanguardias, ha quedado obsoleta y actualmente el aparato físico llamado ciudad no sólo es puesto en crisis por la velocidad de cambios impresa por los movimientos del capital, sino que asimismo se demuestra absolutamente incapacitado para contener el acontecimiento y por ende para organizar la expresión espacial de los sujetos políticos contingentes.

Los pingüinos construyen su propia versión de un nuevo sujeto político a partir del paradigma del acontecimiento: utilizando los recursos del humor²⁸⁴ y particularmente los métodos de lo que se ha dado en llamar ciberactivismo²⁸⁵, los secundarios logran crear nuevas imágenes, signos y enunciados que si bien heredan cierta carga épica propia del sujeto moderno, describen una forma de ocupación del espacio público político basada en una interpretación distinta de los procesos sociales, así como una nueva relación entre ciudad como soporte, prácticas cotidianas, eventuales y elementos que componen su propio imaginario, libre de las sombras de la dictadura y los traumas de la transición.

La pregunta que queda abierta es ¿qué tipo de espacio público necesitamos, qué silueta para estos nuevos actores? Nuestros modelos actuales en términos generales replican concepciones de lo público del siglo XX e incluso del XIX; si bien en la óptica de algunos autores las representaciones de lo público hoy son

282. LAZZARATO, Maurizio (2003). Lucha, acontecimiento, media. Documento extraído del sitio web www.republicart.net.

283. “En el acontecimiento, se observa a la vez lo que una época tiene de intolerable y las nuevas posibilidades de vida que encierra. El modo del acontecimiento es lo problemático. El acontecimiento no es la resolución de un problema, sino una apertura de posibilidades”. “Lenguaje, signos e imágenes no representan nada, sino que contribuyen a hacer advenir algo. Imágenes, lenguajes y signos, son constitutivos de la realidad y no su representación.” LAZZARATO, Maurizio (2003). Op. cit.

284. Con leyendas plagadas de humor negro en sus lienzos, como “Bachelet: quírimo’ educacion”, los estudiantes consiguieron granjearse el apoyo de la ciudadanía, que vio representada en los reclamos en pro de una mejor calidad en educación una demanda de toda la población.

285. Según distintos observadores, la “revolución pingüina” constituye el primer ejemplo potente de una integración de los recursos propios de la era de las comunicaciones en un movimiento social: no sólo se trata de cadenas de e-mails para coordinar manifestaciones, sino también el uso del blog como medio de propaganda actualizado en forma permanente, entre otros indicios.

construidas principalmente por el poder corporativo, no es menos cierto que el Estado también intenta mantener sus espacios representacionales como centro de la ciudad, mientras los grandes ausentes en la definición siguen siendo los ciudadanos. Las primeras experiencias de participación en la definición de la ciudad se asocian a los barrios, ante la falta de referentes para dar coherencia a una idea de ciudad y de colectividad. Las demandas de los actores sociales, sin importar su clase social y ubicación territorial, están todavía fuertemente marcadas por lo que he intentado describir como la domiciliación de lo político, luego sus miradas sobre el espacio público se dirigen desde la idea de propiedad privada antes que la de bien público.

La arquitectura de la ciudad en lo referente a espacios públicos ha prestado históricamente atención en forma preferente a aquellos lugares asociados a lo monumental (los espacios del poder estatal) o bien a lo bucólico, a la creación de espacios de alteridad dentro de la ciudad que también cumplen un rol formativo, en el sentido de pacificación, como los parques. Ejemplos de lo primero son la intervención de espacios como la Plaza de Armas y el complejo Plaza de la Constitución – Plaza de la Ciudadanía, y en el segundo caso, el programa de Parques Urbanos desarrollado por el MINVU durante los años '90. Sin embargo, poca atención e interés ha habido en proponer una idea de ciudad que refleje un acuerdo sobre lo común, aquello que como sociedad consideramos necesario y un derecho para todos. Esa silueta –que no necesariamente refiere al megaproyecto urbano, sino a una lógica de construcción del espacio más ligada a lo que Lefebvre y más recientemente Harvey han denominado el derecho a la ciudad- es la pregunta, la tarea primordial que la arquitectura de la ciudad tiene por delante.

La plaza como figura normativa

Así como el parque involucra la creación de una utopía construida en la ciudad, un espacio de alteridad donde se puede inscribir y naturalizar lo político en una especie de “afuera”, y por otra parte la calle representa el espacio de oposición de la ciudadanía a las dinámicas de la modernización, el lugar emblemático del espacio sin silueta, la plaza guarda una relación muy estrecha con la representación de las instituciones y del poder del Estado en la ciudad. De los tres tipos (programas, figuras, espacios) es el más relacionado con una dimensión teatral, ya sea por su condición de atrio del monumento, o bien por su estructura de relaciones figura – fondo – actores. Deyan Sudjic (2007) lo grafica en su caracterización de Tiananmen, en Beijing: “La plaza de Tiananmen, cuya construcción duró diez años, sigue siendo el paisaje urbano más cargado de significado y con mayor importancia simbólica de China. Fue obra de Mao, que mandó construir para la proclamación ceremonial de la República Popular China en octubre de 1949. Tiananmen fue la encarnación física como una representación metafórica de un nuevo orden político, un escenario teatral para que el régimen celebrara sus triunfos, amenazara a sus enemigos con desfiles de tanques y misiles, se definiera a sí mismo y contribuyera a afianzar su poder en un inmenso país. La plaza se empleó para señalar el traspaso del poder de los nacionalistas a los comunistas, y para reivindicar la legitimidad de la historia, así como para poner de manifiesto el lugar de los comunistas en el orden mundial.

La plaza de Tiananmen de Mao era la imagen más ubicua de China, el icono con el que se reconocía el país en todo el mundo. No es de extrañar que un lugar tan preñado de significado también haya sido empleado para enfrentarse a la represión con que los comunistas se mantuvieron en el poder. Se ha convertido en uno de los sitios más reñidos, en una representación de la autoridad de Mao y sus sucesores, pero también en un recordatorio de la trágica matanza de 1989 y los acontecimientos que la provocaron²⁸⁶. Sudjic concluye que “la plaza en sí pertenece inequívocamente al Estado, y no al pueblo”.

Prosiguiendo con la idea de siluetas como espacios de posibilidad de lo político, el espacio de la plaza emerge como un ejemplo interesante de los desplazamientos entre representación y acontecimiento, así como de la sucesión del espacio trascendente por el espacio sin silueta como espacio paradigmático contemporáneo, si bien ambos coexisten y el predominio de uno no implica la desaparición del otro. Me interesa la posibilidad de analizar ciertos espacios donde de manera más explícita se da la relación entre una arquitectura más figurativa y una voluntad representacional “formativa”, frente a otros espacios cuya escala, o mejor dicho, sentido metropolitano, escapa a las figuras tradicionales para situarse en otro marco de lectura. Finalmente, quiero traer a escena dos casos de intervenciones de arte que de algún modo producen un espacio distinto, que a la vez excede la figura normativa y acentúa el carácter público del espacio, a través del comentario crítico y la reapropiación, para generar una “arquitectura” otra.

Con distintos énfasis, analizaré cuatro ejemplos: las plazas de Armas, de la Constitución, de la Ciudadanía e Italia, diferenciadas en dos grupos respecto a la forma de ciudad (“arquitectura” para Rossi) en la que encuentran su matriz y a partir de la cual despliegan distintos potenciales de espacio público político.

La idea del espacio público como espacio normativo y formativo se expresa fundamentalmente en las dos primeras plazas, en el intento de unión perfecta entre figura y monumento bajo un esquema de espacio que pertenece a lo que podríamos llamar el ámbito interior de la ciudad, ordenado por la geometría de la retícula fundacional. Esta es la primera distinción: mientras la Plaza de Armas y la Plaza de la Constitución responden a la escala original de la ciudad y la medida del damero, a la vez que se configuran a partir de una estrecha relación entre trazado y monumento, la Plaza Italia responde a otra lógica y escala, la del espacio de la movilidad y la apertura espacial en la ciudad, su potencial se relaciona más con su localización sobre el principal eje urbano de flujos, que con la capacidad icónica del monumento que signa en su caso el relicto de “plaza” entendida en su acepción tradicional. Por otra parte, la Plaza de la Ciudadanía se puede situar en una lógica híbrida entre el jardín y el no lugar, para utilizar conceptos de fácil reconocimiento, puesto que se instala en un cruce entre la pasividad del damero y la velocidad de los ejes de movilidad urbana.

286. SUDJIC (2007). Op. cit., p.91.



Plaza de Armas, Santiago, vista aérea. Arquitectos: Rodrigo Pérez de Arce y equipo, 1997 - 2000.

Plaza de Armas

La Plaza de Armas, emplazamiento de la Catedral, el Arzobispado de Santiago y la Vicaría de la Solidaridad, a la vez que hogar de antiguas tradiciones cívicas como el debate público, el ejercicio de la palabra, se constituyó de alguna manera en un espacio de la civilidad, un espacio de representación de los demócratas al amparo de la Iglesia Católica durante la dictadura, en contraposición figurativa al espacio del gobierno militar autoritario expresado en la Plaza de la Constitución, inaugurada el mismo año 1983. La plaza con jardines y senderos sinuosos de la burguesía decimonónica, el paseo señorial apropiado con el paso del tiempo por el conjunto de la sociedad, libremente, como espacio de todos, opuesto a la forma rígida de una plaza pensada como lugar de paso, desfiles, cambios de guardia y fundamentalmente como atrio para el monumento, la expresión máxima del poder, el otro podio desde donde el gobernante de facto se dirigía desde uno de los balcones a la escenificación de una muchedumbre adoradora. Por otra parte, en el caso de la Plaza de Armas es interesante notar cómo el más importante de sus edificios, la Catedral Metropolitana, cumplió una función representacional de telón de fondo sobre el cual se destaca la figura del sujeto o actor que irrumpe en lo público: esta teatralidad en la disputa por el espacio urbano entendido como espacio político también se verifica en lugares como la Biblioteca Nacional o los Tribunales de Justicia. Digna de un estudio particular es la consideración acerca de la potencia simbólica de la arquitectura neoclásica de estos edificios, especialmente los dos últimos, en tanto representativa de la tradición republicana de Chile, imagen de la cual los luchadores sociales por la democracia intentan apropiarse.

Tras el retorno a la democracia en 1990, la institucionalización del tema de las violaciones a los Derechos Humanos mediante la formación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (más conocida como Comisión Rettig) en 1990 y su informe en 1991, el traslado (y entierro) simbólico de la memoria al Cementerio General con la inauguración del Memorial del Detenido Desaparecido y Ejecutado Político el 9 de diciembre de 1990 y la desaparición de la Vicaría

de la Solidaridad como tal en 1992, la Plaza de Armas perdió el rol de espacio político que había tenido durante la dictadura, un espacio integrador, plural, un ámbito residual de libertad de expresión e identidad colectiva. Durante los años '90 fue escenario de esporádicas manifestaciones, punto de reunión, de término o inicio de marchas o protestas de escala menor, representativas tanto de nuevos actores emergentes (grupos activistas por la igualdad de opciones sexuales, organizaciones ambientalistas) como del proceso de atomización del movimiento social que había conquistado la democracia. En 1997, en vista de lo que se evaluó en el momento como un “acentuado estado de deterioro” y ante la inminencia del impacto modernizador de las obras del ferrocarril subterráneo que anunciaban la construcción de una estación bajo la plaza, se llamó a concurso público para la remodelación de la Plaza de Armas de Santiago. El concurso es ganado por la oficina de Rodrigo Pérez de Arce, quienes desarrollan una propuesta que se emparenta con el proyecto de Undurraga & Devés para la Plaza de la Constitución en lo concerniente a generar atrios hacia los “frentes institucionales”, en este caso la fachada de la Catedral y la de las instituciones coloniales, actuales Correo Central, Museo Histórico Nacional y Municipalidad de Santiago. Esta nueva plaza de escala monumental, pensada como un espacio a la vez teatral y museístico, curiosamente vuelve a transformarse –más allá de los ocasionales espectáculos masivos y ceremonias oficiales– en lugar y hogar de lo cotidiano y lo marginal, representado en esta época no por perseguidos políticos sino por los numerosos inmigrantes que trasuntan su condición periférica en uno de los espacios de mayor centralidad en Santiago.

La renovación de la Plaza de Armas, tal como lo indican las bases del concurso, “es un proyecto que se inserta en los objetivos de consolidar el protagonismo financiero, administrativo, comercial y productivo y de fortalecer su imagen como centro urbano desarrollado, con atractivo turístico, cultural, histórico y patrimonial”. Se pone énfasis en que constituye uno de los espacios públicos de mayor relevancia en la ciudad, que se sitúa “en pleno centro histórico de la ciudad, en el corazón de la comuna, núcleo central que representa el CBD (Central Business District) de la ciudad”²⁸⁷ y que la plaza “representa efectivamente –aún hoy en día– uno de esos lugares a los cuales se les asocia la imagen y la noción de centralidad, en el marco de una ciudad en pleno proceso de crecimiento y extensión”. Se señala que la plaza es el espacio central por excelencia, pues allí se congregan las instituciones religiosas y civiles, lugar de rituales con la presencia de altos dignatarios, de eventos culturales pero también se describe su habitar cotidiano, así como su condición de “frontera” entre el Centro más tradicional, lugar de comercio de calidad y la banca, y el sector norte, de carácter más popular donde se advierte existe un proceso de transformación con obras como el paseo peatonal Puente, la estación de Metro Cal y Canto, el centro cultural Estación Mapocho e iniciativas privadas como el Mall del Centro.

En comparación con las demás plazas notables del triángulo central de Santiago, se argumenta que la Plaza de Armas es la que cumple el mayor número de funciones como espacio de representación, como espacio lúdico, como lugar de intercambio y de articulación”, respecto por ejemplo al complejo Plaza de

²⁸⁷. Concurso de Ideas de Arquitectura. Refundar la Plaza de Armas para el Santiago del siglo XXI. Ilustre Municipalidad de Santiago, mayo de 1997.

la Constitución – Plaza de la Libertad (más tarde Plaza de la Ciudadanía), cuyo sentido se asocia al “marco de monumentalidad que rodea al Palacio de La Moneda”.

Los objetivos de la renovación de la Plaza de Armas, en el marco de una política de mejoramiento de espacio público del centro de Santiago, son: reforzar su carácter de espacio público de primera jerarquía de la ciudad; consolidar su rol de espacio público articulador del centro, conservando la calidad de uso múltiple; y asegurar la integración armónica de la estación del metro en y bajo la Plaza. Este programa modernizador se ha cumplido sólo en parte, pues más allá de su operación ocasional como lugar de eventos masivos de corte espectacular o algunos ritos religiosos, la plaza sigue siendo entendida por la ciudadanía como un espacio de la diversidad en Santiago, un lugar accesible a todos, marcado más por sus hábitos y tradiciones que por la vocación de centro de negocios establecida en el programa de su remodelación. Quizás por esta misma condición es que la Plaza ha sido en los últimos años escenario de manifestaciones de grupos que sienten vedado el acceso a manifestarse en los espacios de representación del Estado, vale decir, el entorno de La Moneda y el eje de la Alameda, por su escala y presencia en el imaginario colectivo.

Plaza de la Constitución

La Plaza de la Constitución fue concebida en el marco del plan de recuperación del centro histórico iniciado por el municipio de Santiago en 1978. En 1980 se convocó a un concurso de remodelación completa de la plaza. El concurso fue ganado por los arquitectos Cristián Undurraga y Ana Luisa Devés, quienes desarrollaron una propuesta de corte clasicista que en sus propias palabras “es la conjugación de dos tipologías de plaza, normalmente contradictorias, la dura y la arbolada, confundidas ahora por una geometría común”²⁸⁸.

La propuesta privilegia el tránsito peatonal mediante el uso de diagonales y su articulación con una plaza ceremonial, generando un centro sin otra función que la de rótula de recorridos²⁸⁹. El plano de la plaza dura mantiene continuidad con el suelo de los patios interiores de La Moneda, acentuando la condición de explanada frente al monumento, de auditorio frente al podio del tribuno. Las medidas de la plaza, su modulación, responden a una rigurosa referencia al edificio, lo que determina la creación de una plaza cuadrada y la consecuente necesidad de implementar dos parterres adicionales en el borde que da a la calle Teatinos, que permiten adecuar la forma trapezoidal de la manzana a la figura de la plaza.

Lo interesante de esta operación es cómo, mediante la disposición geométrica y material de sus elementos, configura un espacio de contemplación, donde el tramado del lugar se vuelve paisaje, se naturaliza a los ojos del habitante. Esta situación se evidencia asimismo en el discurso de los arquitectos, donde los habitantes son vistos exclusivamente como peatones y el espacio como un lugar de paso, no como un espacio público de manifestación de la ciudadanía²⁹⁰.

288. Undurraga – Devés Arquitectos, extractado de CA 42, especial V Bienal de Arquitectura 1985.

289. Originalmente este espacio estaba destinado a recibir en su centro la estatua de Portales, que finalmente se desplazaría al remate del eje que atraviesa el palacio y termina en Agustinas.

290. “(...) los espacios peatonales apropiados recuperan para la ciudad esa humanidad que poco a poco el exceso de tráfico vehicular le ha ido restando. La plaza dura, formada por los paseos diagonales y la fachada del Palacio diseñado por Toesca en el siglo XVIII, es la prolongación de las plazas interiores del edificio, la plaza de acceso y de ceremonias. Los paseos peatonales dispuestos en forma diagonal, además de definir virtualmente el nexo entre las dos tipologías, son una respuesta



Plaza de la Constitución, Santiago. Undurraga - Devés Arquitectos, 1980 - 1983.

Sus autores, aun hoy, hacen énfasis en el carácter contemplativo del espacio de la plaza²⁹¹.

En el diseño de la plaza destaca la tensión que generan las diagonales, las cuales desvían el movimiento de las personas en función de la velocidad de desplazamiento, conservando la función representacional del eje norte – sur como una relación simbólica en función de los monumentos y no como un espacio para ser habitado y apropiado por la ciudadanía.

Mediante esta operación, el triángulo de la plaza dura es vaciado (lo que en la vivencia cotidiana se refuerza a menudo con la colocación de barreras y la vigilancia de las fuerzas policiales), reservado para la representación del poder y el orden impuesto por éste (cambios de guardia). Ahora bien, sorprende la aparente ingenuidad del autor al ser consultado por las intenciones del proyecto y su resultado en lo relacionado con la experiencia del espacio: “La estancia en esta plaza es en el perímetro, este es un atrio en definitiva, en que por ejemplo se da el cambio de guardia de una manera bastante bonita... y protocolos. Pero lo que más me llama la atención, es que las protestas no se dan en el triángulo, (...) es que esta plaza tiene toda la carga significativa del palacio”²⁹².

En función de los conceptos que se intenta desarrollar en este trabajo, podría verse el proyecto de la Plaza de la Constitución y su materialización existente actualmente, como un intento de delimitar y controlar la experiencia del espacio a través de la figura de la plaza. En los recursos de diseño que aluden a referentes clásicos centrados en el aparato perspectivo como modo de entender el mundo, subyace la intención de reducir el acontecimiento a pura representación.

La plaza, históricamente entendida como un lugar de paso, alberga un tramado espacial y simbólico compuesto principalmente por su relación con el edificio de La Moneda. En este sentido, la condición de espacio público como lugar de manifestación de la ciudadanía se subordina a la noción que entiende el espacio público como una representación del poder.

urbana al paso rápido de peatones, entre los sectores norte y sur de la Plaza”. Undurraga – Devés Arquitectos, extractado de CA 42, especial V Bienal de Arquitectura 1985.

291. “Cuando se llama a concurso a mí me parece que hay que recuperar el carácter cívico de la plaza, pero también Santiago necesita a mi juicio de verde de espacios de distancia. Entonces se dan en esta plaza dos contemplaciones: por una parte la plaza dura, que es la que enfrenta al palacio de gobierno, que recoge el carácter cívico, subraya el significado del palacio. Y por otro lado está el paseo perimetral que a su vez es una plaza y no un parque, sino que el pasto se entiende como un pavimento sobre el cual no se circula”. Entrevista a Cristián Undurraga en: MASUERO, Andrea, op. Cit.

292. Ibid.



Izq. Manifestaciones de detractores de Augusto Pinochet con motivo de su muerte, Plaza Italia, diciembre de 2006.

Der. Manifestaciones de festejo por el triunfo del NO, Plaza Italia, octubre de 1988.

Plaza Italia

El posicionamiento de la Plaza Italia como escenario de lo político en la ciudad se relaciona directamente con el salto de escala metropolitano y la necesidad de contar con una referencia de orden territorial antes que espacial, en el sentido de la arquitectura de la ciudad. La plaza Italia, rebautizada en 1927 como Plaza Baquedano, históricamente ha sido reconocida como una frontera social que divide la ciudad de Santiago en el oriente adinerado y el poniente pobre, si bien en las últimas décadas esa segregación espacial se haya complejizado y multiplicado en términos territoriales (ver capítulo sobre espacios del control). Por otra parte, conforma uno de los pocos puntos de gran apertura visual en la ciudad, que reúne el paisaje del río con la cordillera, el cerro San Cristóbal, más el principal sistema de parques urbanos y la zona densa más consolidada. También es el punto quizás de mayor relevancia en términos de la articulación de sistemas de conectividad, con tres de las avenidas más importantes de la ciudad (el eje Alameda - Providencia, Vicuña Mackenna y la Costanera), dos líneas de la red de metro más una autopista urbana. Probablemente por este último motivo, sumado al hecho que este espacio representa una suerte de umbral del centro como emplazamiento del poder político, es que en las últimas dos décadas la plaza Italia ha cobrado una importancia simbólica mayor como espacio de lo político, bajo dos modalidades: lugar de congregación y punto de partida, límite, frontera.

Su condición de límite reaparece constantemente con la ocasión de marchas de protesta, que por lo general tienen por objetivo o destino el Barrio Cívico, para representar el descontento ciudadano ante el poder en una manera propia de lo que en esta investigación se ha intentado definir como espacio sin silueta. En estas situaciones, la plaza Italia es el lugar de reunión y la primera frontera que traspasar en términos de la vigilancia policial de los sitios del poder estatal. En los 25 años que cubre esta investigación, la plaza Italia ha sido el punto de partida de innumerables marchas, tanto de estudiantes como de trabajadores, movimientos por los derechos humanos, los derechos de las mujeres y las minorías sexuales, así como otras expresiones “móviles” de la sociedad civil de data más reciente, como las cicletadas masivas de los llamados “furiosos ciclistas” que persiguen la ampliación de los espacios para la bicicleta y un mayor equilibrio para una ciudad pensada fundamentalmente en función del automóvil.



Plaza de la Ciudadanía y Centro Cultural Palacio de La Moneda, Undurraga y Devés Arquitectos.

La segunda forma de manifestación es quizás más interesante por cuanto involucra de alguna manera la disolución de lo político en el espacio sin silueta, indiferenciado en medio de la expresión apolítica de lo nacional, ejemplificado en los festejos asociados a éxitos deportivos del país. La plaza, como decíamos, es un potencial espacio político no por su condición figurativa, sino más bien por la ausencia de ella; es un vacío urbano sin representación estatal, que incluso acoge un emblema del desarrollo del poder corporativo de 1990 en adelante (la torre Telefónica), por lo tanto, es un espacio que quizás podemos leer como abierto a nuevas subjetividades, cuya estrategia más evidente de constitución por ahora (siguiendo a Sergio Rojas) se remite a simplemente aparecer.

Plaza de la Ciudadanía

En 2006 se inaugura otro espacio público, emblemático en este caso del fin de la transición o de la post transición: la Plaza de la Ciudadanía. En una suerte de ironía histórica, el equipo de arquitectos que diseña la plaza y su subsuelo²⁹³ es el mismo que 20 años antes había desarrollado el espacio quizá más representativo de la dictadura. El proyecto de la Plaza de la Ciudadanía se presenta como una pieza urbana que busca completar el Barrio Cívico, lo cual en un sentido metafórico también nos lleva a la idea de la clausura del proceso de recuperación de la identidad republicana de Chile y su tradición de un Estado modernizador. En términos de propuesta arquitectónica, se presenta discursivamente como una trama flexible, una estructura indiferenciada y disponible para la experiencia de los ciudadanos (recordar por ejemplo las ideas del arquitecto del proyecto respecto a la posibilidad que las personas hicieran picnic en las áreas con césped de la plaza) antes que como una figura rígida destinada a escenificar el poder. Sin embargo, estas buenas intenciones de los arquitectos hasta el momento no se han concretado más que como un simulacro, puesto que en la práctica la plaza opera al igual que su gemela al norte, como un atrio del palacio, del monumento. En circunstancias que la plaza llamada de la Ciudadanía es inaccesible a los ciudadanos la mayor parte del tiempo (aquí aparece otra ironía que además es circular; bajo el gobierno represivo de Pinochet, la plaza se llamaba Plaza de la Libertad, en un marco social de total ausencia de libertades), la lectura de su diseño cambia de manera radical: el diseño aleatorio de los senderos, por ejemplo, recuerda más a Versalles que a experimentos contemporáneos en sociedades democráticas, en el sentido de

293. Este proyecto contempló la construcción del nuevo Centro Cultural Palacio La Moneda y la reubicación de la tumba de O'Higgins, junto con la eliminación de la Llama de la Libertad y el Altar de la Patria, estructura monumental símbolo de la dictadura, construida en 1979 y que bloqueó el eje cívico proyectado por Karl Brünner.

ejemplificar antes un aparato representacional que un espacio público abierto a la diferencia. Intelectuales como Alfredo Rodríguez o Gonzalo Cáceres se ha referido con sorna a las condiciones de uso de este espacio supuestamente público, pero que en la experiencia cotidiana de la ciudad se instala como un yermo, casi un eriazó ordenado por el cual se puede sólo circular. Para Cáceres, la Moneda y su entorno (ambas plazas) sirven de contexto permanente al objeto que para él representa más fielmente la transición a la democracia²⁹⁴, cual es la barrera ridículamente llamada “valla papal” por su aparición en 1987 con motivo de la visita al país de Juan Pablo II; para Rodríguez, esta situación donde el poder se distancia de la ciudadanía mediante el uso de barreras físicas y simbólicas permite la reinterpretación de los espejos de agua en la antesala del edificio como verdaderos “fosos de cocodrilos”²⁹⁵.

En este contexto, la Plaza de la Ciudadanía aparece como una superficie perdida para la ciudad que sólo oculta el verdadero espacio público propuesto por esta intervención urbana: el espacio enterrado del Centro Cultural Palacio La Moneda, que en una lógica contemporánea de superficies urbanas densas en cuanto a espacio y programa busca crear una nueva centralidad, respondiendo a una lógica de resistencia del Estado hacia la disolución de su imagen en el espacio sin silueta de la ciudad contemporánea. La opción por recuperar la antigua escala creando espacios subterráneos que remiten a una réplica del damero bajo tierra y por generar un espacio a la vez monumental e invisible fue criticada por algunas figuras políticas, quizás ávidas de contar con un testimonio construido de los gobiernos de la transición. Desde nuestro punto de vista, es interesante el simbolismo de crear un espacio público que también –como el parque– constituye un “afuera” de la ciudad; a esto se suma el hecho de buscar la asociación entre el poder político y la cultura, que nos trae otra vez de vuelta a la reflexión de Wolf Lepenies acerca de cómo en la ciudad contemporánea lo cultural ha sustituido a lo político como programa central en el espacio público. La arquitectura de la ciudad actual es transparente en este sentido, parafraseando a Moulán: paraíso del consumidor, páramo del ciudadano.

La desaparición de la figura en el espacio cotidiano

Al observar la condición contemporánea de experiencia de la ciudad y el espacio público, diferentes autores se aproximan a describir esta vivencia cotidiana desde la perspectiva del aburrimiento, la indiferencia o, en palabras de Sergio Rojas (2001), de la situación de “inadvertencia” respecto de su entorno que caracteriza al habitante urbano. Esta pérdida de conciencia o desenfoque de la mirada remite fundamentalmente a dos dimensiones del espacio público: la forma urbana, es decir, la ciudad como espacio construido, y la memoria urbana, como ejercicio de representación y libre asociación de sucesos históricos que constituyen un imaginario colectivo. Por otra parte, el fenómeno pareciera encontrar su expresión (o sus causas) en el modo en cómo la saturación de signos y la velocidad –en tanto claves de la vida contemporánea en el espacio sin silueta– configuran la experiencia individual de la ciudad. Me interesa presentar dos ejercicios que desde el arte interactúan con la arquitectura de la ciudad, develando su potencialidad en cuanto figura, en cuanto representación que hace posible la emergencia del acontecimiento.

294. Entrevista con Gonzalo Cáceres, 26 de noviembre de 2007.

295. Entrevista con Alfredo Rodríguez, 16 de noviembre de 2007.

Volviendo a temas ya tratados anteriormente, se podría decir que la experiencia de la ciudad se “naturaliza” en el paso del tiempo: en su condición de constructo histórico, la urbe va sedimentando diferentes procesos de transformación así como también sus múltiples representaciones, mas el habitante percibe finalmente la superposición de estos tejidos como algo dado. De alguna manera, aprehende el espacio como una suerte de continuo temporal donde los períodos de transformación urbana son anulados dentro de una suerte de representación total e instantánea. La memoria se debilita ante la carencia de interlocutores; el acontecimiento –forma quizás más real de experiencia– se hace borroso y termina por ceder frente a la vivencia excesiva del presente. Así, el espacio cotidiano de la ciudad desaparece, se hace invisible a nuestros ojos y liso a nuestro tacto, se transforma en un soporte de trayectorias eficientes, en un dispositivo de espacialización del tiempo, en la perspectiva de Henri Bergson.

En este contexto, la operación escultórica es aquella que modifica no los objetos o los lugares, sino la relación de las personas con esos objetos o lugares, generando una contradicción entre conocimiento y vivencia del lugar, una especie de “darse cuenta”. Inserta en el desarrollo del arte contemporáneo, este tipo de operación (para diferenciarla del concepto de obra como algo finito y estático) incorpora las acciones reflexivas del “espectador” como momento constitutivo de su propio proceso. Aquí, la llamada “obra” es el dispositivo que hace posible la nueva percepción del espacio antes percibido como conocido, habitual, cotidiano, rutinario, percepción que si bien se soporta en la representación a priori del espacio construido, pone en crisis la vivencia del lugar desde un punto de vista único condicionado por la figura, acercándose más a la generación de un genuino acontecimiento, entendido como “aquello que nunca volverá”.

Precisamente, la operación escultórica altera el espacio del transeúnte, disponiendo una experiencia antes que un discurso; el espacio cotidiano, habitado inercialmente, se manifiesta de pronto como tramado, la ciudad experimentada como paisaje, en el sentido de naturaleza, de pronto aparece en su compleja estructura, en tanto el habitante ha sido desplazado del centro señalado por la figura y es ahora consciente de que observa su propio observar.

Las obras citadas se analizan desde la lógica de lo que Rojas (2001) ha denominado “operación escultórica”, que viene a ser una operación de dimensionamiento del espacio, la instalación de una mirada situada, de un desplazamiento del observador – habitante desde el centro de su experiencia para permitirle entrar en relación con lo mismo; vale decir, no se pretende construir un discurso ni un concepto, sino disponer una experiencia, la obra no como cosa percibida (objeto) sino como aparato de percepción²⁹⁶.

296. “El trabajo escultórico del artista se despliega como un sistema de estrategias y dispositivos para entrar en relación con lo pre-dado. Entrar en relación con la anterioridad del espacio, de las cosas, de la materia, en el entendido que dicha anterioridad es precisamente aquella conformación subjetiva en donde el espacio tramado ha desaparecido precisamente en la subjetividad que lo habita. Digámoslo de otra manera: habitualmente el espacio político de las cosas (también su peso, su gravedad) desaparece en la inmediatez de la “vivencia” en la que la realidad se presenta como “natural” (sin historia y despolitizada). Se trataría entonces de disponer una relación con esa inmediatez, pero sin reducirla.” ROJAS, Sergio. La trama subjetiva de las cosas (la materia de lo anterior). En: ROJAS, Sergio. Materiales para una historia de la subjetividad. Santiago: Ediciones La Blanca Montaña, Universidad de Chile, 2001.



Carolina Ruff, *En-plazamiento político* (1999). Plaza de la Constitución, Santiago.

Ambas obras se inscriben en la tensión entre representación y acontecimiento, en el sentido de una relación de mutua dependencia (cada una de estas “categorías de experiencia” posibilita a la otra) así como también en una especie de genealogía de su dimensión simbólica: la operación de completar un faltante en el caso de Carolina Ruff (posible relación con la obra de Lotty Rosenfeld) y la estrategia de desarme o sanación en el trabajo del colectivo Casagrande (antecedentes en la obra del CADA y en la poesía de Gonzalo Millán).

Carolina Ruff: el pliegue de la trama

La obra de Carolina Ruff *En-plazamiento político* opera con el espacio de la Plaza de la Constitución generando la emergencia del espacio tramado del lugar. En 1999, la artista cubrió 1.000 m² en el triángulo que conforma la plaza dura, con pasto cortado traído del cementerio Parque del Recuerdo.

Esta operación escultórica trabaja a mi juicio en dos niveles de significado: uno relacionado con lo simbólico (la estrategia de marcar el sitio con la procedencia del césped remite a la condición del lugar como escenario de muerte) y un segundo nivel vinculado a la experiencia cotidiana del lugar, mediante la intervención del trazado de la plaza, que es lo que aquí nos interesa en primer lugar.

Si bien la acción de “completar un faltante” también alterna en el ámbito de lo simbólico, emparentándose con el trabajo de Lotty Rosenfeld a fines de los setenta y durante los ochenta, consistente principalmente en intervenciones del espacio público aludiendo a circunstancias políticas de violencia²⁹⁷, el trabajo de Ruff genera otro tipo de efecto, expresado en la trasgresión de la figura de la plaza. Al rellenar el trazado dibujado en la plaza dura con césped, la artista produce esa suerte de pliegue, de doblez del lugar consigo mismo, al explotar esa posibilidad latente transforma la experiencia del espacio y deja disponible nuevas lecturas, en tanto los transeúntes han ingresado a un nuevo espacio, donde el punto focal es ahora el centro de la plaza, donde el territorio normado de la explanada dura ha desaparecido y el eje norte sur de La Moneda ha pasado a ser una posibilidad de trayectoria más, domesticando la monumentalidad del espacio.

297. Su obra más característica es “Una milla de cruces sobre el pavimento”, acción de arte que realizó a partir de 1979 en diversas ciudades, como Santiago, Washington o New York, y que consistió en cruzar una cinta blanca a las líneas discontinuas del pavimento, formando de este modo, temporales cruces blancas. Esta acción se transformó en un gesto repetitivo e insistente, un elemento reconocible y detonante de la memoria que luego sería recogido por la oposición a Pinochet en rayados callejeros que rezaban simplemente “NO +”, consigna utilizada sobre todo por las mujeres en la campaña para el plebiscito de 1988.

Se podría aventurar la idea de que Carolina Ruff “ablanda” los límites definidos por la obra de arquitectura, convirtiendo por un momento la plaza ceremonial en un jardín de senderos que se cruzan, y haciendo emerger a la superficie una representación latente como potencia en el trazado de la plaza, la cual perdura más allá de las casi tres horas que tomó el montaje y desarme de la instalación y pasa a formar parte del espacio tramado del lugar.

Mediante el registro final de la obra, esta operación logra asimismo desplazar la condición de representación del espacio de la Plaza, haciéndola por una parte análoga a la Plaza de Armas como paseo ciudadano y por otra, abriéndola al mundo como un lugar transformado²⁹⁸. La fotografía contribuye a fijar en la memoria el evento, lo que reafirma la necesidad mutua de las categorías de representación y acontecimiento.

Colectivo Casagrande: reconstitución de escena

El 23 de marzo de 2001, el colectivo Casagrande, integrado por José Joaquín Prieto, Cristóbal Bianchi y Julio Carrasco, realizó la primera de sus acciones denominadas Bombardeo de Poemas²⁹⁹. En el marco del recital final del Festival Internacional Chile Poesía, efectuado en la Plaza de la Constitución, un helicóptero dejó caer sobre el espacio de la plaza y el palacio de La Moneda cien mil poemas —pertenecientes a poetas de la generación de los noventa—, en forma de marcalibros.

La acción puede ser leída en dos niveles de significación y dos temporalidades, estrechamente vinculadas: la vivencia inmediata, asociada a la experiencia de lo inédito que rompe la cotidianeidad, y la vivencia histórica, relacionada con una lectura del evento en el plano de lo simbólico.

En lo referente a la vivencia del tiempo presente, se generó un curioso fenómeno, quizá no esperable a priori pero sí dentro de la planificación del proyecto: “Una alegría inexplicable sucedió al asombro, y con las manos extendidas hacia lo alto, las personas se peleaban los marcalibros. Hubo todo tipo de anécdotas; en algunos sectores caían más poemas de un mismo autor, que eran usados como moneda de cambio: los más abundantes valían menos, los más escasos eran más apreciados. Hasta hubo oportunistas vendiendo poemas a cien pesos. Cuando el helicóptero se retiró, no quedaba un solo marcalibro en el suelo”³⁰⁰.

Se puede observar cómo el acontecimiento generado adquiere dos dimensiones: en la esfera de lo cotidiano el bombardeo de poemas fue asimilado por la multitud como una celebración. Los autores del proyecto u “organizadores del evento” habían elucubrado sobre la mejor manera para lanzar los poemas, llegando a la conclusión que debían ser objetos de uso práctico, para que la iniciativa resultara en un regalo tangible a la ciudadanía. Esta condición de regalo agrega un aspecto festivo a la experiencia del bombardeo, como un suceso que contribuye a exacerbar el desborde de la representación que el recital en sí ya suponía, con la Plaza de la Constitución desbordada de gente, en una operación si bien programada, ejemplo de una interesante suspensión de

298. Como final de la secuencia, se generaron postales con la imagen de la plaza con el triángulo relleno de pasto, para ser vendidas en las oficinas del Correo Central en la Plaza de Armas, sin que la imagen produjese extrañeza a los compradores, tanto chilenos como extranjeros.

299. “Estas acciones persiguen resignificar a través del arte, lugares que hayan sido bombardeados injustificadamente, sin constituir de por sí objetivos militares de relevancia.” El proyecto continuó con los bombardeos poéticos de Dubrovnik, Croacia (2002) y Gernika, País Vasco, España (2004). En agosto de 2009 se realizó una nueva intervención en el marco del proyecto, esta vez en la ciudad de Varsovia, Polonia. www.loscasagrande.org

300. www.educarchile.cl / El segundo bombardeo a La Moneda. 10 de Septiembre de 2003.



Izq. Bombardeo a La Moneda, 11 de septiembre de 1973
Der. Bombardeo poético, colectivo Casagrande, 23 de marzo de 2001.

la cotidianeidad que pone nuevamente en jaque la capacidad contenedora, la capacidad de síntesis de la figura arquitectónica.

El espacio normado, la antesala del monumento, estaba siendo ocupado por la multitud, que recibía la lluvia de poemas con total naturalidad y apertura a lo inédito, apertura que también caracterizaba al concepto de la intervención, pensado como obra abierta: “el lanzamiento de poemas sobre una ciudad bombardeada ofrece múltiples lecturas. Puede verse como el exorcismo de un lugar emblemático o, la reivindicación del papel de la palabra escrita en la vida ciudadana. Puede hablarse de una nube de poemas suspendidos en el aire, de un libro de muchas páginas que se lee de golpe, de un gesto de paz o de un regalo masivo de objetos de uso práctico. Este proyecto –aseguran– busca integrar todas las alternativas de comprensión: cada quién verá qué hace con la poesía”³⁰¹. La operación escultórica se desvela aquí como una multiplicación de posibilidades de experiencia, un descentramiento operado por la aleatoriedad del movimiento de los poemas en el aire, la integración de la dimensión de lo aéreo en el espacio de la plaza. Asimismo, la condición de operación escultórica se expresa en el hecho que trabaja con una especie de subjetividad expandida, al incluir en la obra al colectivo, para generar procesos de “repotenciamiento del imaginario de la gente”, en palabras de Casagrande.

La segunda lectura de esta intervención claramente se sitúa en el plano de lo simbólico, tanto en su forma como en su oportunidad. El recital poético que sirvió de marco a la acción de arte debía operar como una instancia de sanación, la palabra poética proferida desde las ventanas del palacio como una suerte de bálsamo que restañara las heridas de la nación representadas en el palacio bombardeado. Sin embargo, lo que hace Casagrande es transformar la palabra en imagen, ampliar el gesto para ocupar el espacio de la plaza y apoderarse simbólicamente del recurso de la violencia para resignificarlo en una apertura radical de la memoria. La realización del bombardeo poético debió sortear cuatro disposiciones legales:

1. Prohibición de volar sobre multitudes. 2. Prohibición de volar de noche. 3. Prohibición de lanzar objetos desde el aire. 4. Estricta prohibición de utilizar el espacio aéreo de La Moneda, que sólo había sido sobrevolado una vez anteriormente: el 11 de septiembre de 1973. En esa oportunidad, el ataque de los dos bombarderos Hawker Hunter³⁰² estableció el precedente de la norma que sería trasgredida por Casagrande sobre la base del poder de convicción de la palabra.

La reapropiación de la operación del bombardeo se inscribe en una genealogía amplia que aborda la imagen o el acontecimiento desde la palabra o, mejor dicho, desde la poesía, el acto creativo que sedimenta en la memoria. Si bien

301. Colectivo Casagrande, citados en MELLADO, Justo Pastor. Un caso de ampliación de los soportes editoriales: Revista Casagrande. Agosto de 2002. www.justopastormellado.cl

302. En total, las naves hicieron siete pasadas sobre La Moneda, de norte a sur (11:52; 11:53; 12:03; 12:05; 12:07; 12:09; 12:13), soltando sus rockets a la altura de la Estación Mapocho.

la primera referencia a la transfiguración de la idea de bombardeo por medio de una operación estética podría encontrarse en el marco de la Primera Guerra Mundial, con la incursión sobre Viena del poeta italiano Gabriele D'Annunzio³⁰³, en el contexto más cercano –histórica y conceptualmente hablando– podemos encontrar dos antecedentes: la poesía de Gonzalo Millán en *La Ciudad* (1979) y la acción *¡Ay Sudamérica!*, del Colectivo de Acciones de Arte, CADA (1981). Millán escribe desde la ciudad del exilio, desde la condición abismante de la derrota y el extrañamiento, y su mirada obra desde la nostalgia y la libertad (circunscrita tan sólo al breve espacio de la hoja en la que se ha plasmado la palabra) de cambiar la dirección a la historia, intentando retrotraer los sucesos a una suerte de “estado cero”:

Los aviones vuelan hacia atrás
Los “rockets” suben hacia los aviones
Allende dispara
Las llamas se apagan
Se saca el casco
La Moneda se reconstituye íntegra.
Su cráneo se recompone.
Sale a un balcón.
Allende retrocede hasta Tomás Moro.
Los detenidos salen de espalda de los estadios.
11 de Septiembre.
Regresan aviones con refugiados.
Chile es un país democrático.
(...)
Los militares vuelven a sus cuarteles.
Renace Neruda.
Vuelve en una ambulancia a Isla Negra.
Le duele la próstata. Escribe.
Víctor Jara toca la guitarra. Canta.
Los discursos entran en las bocas³⁰⁴.

Este “estado cero” es producido también por Casagrande, pero al contrario de Gonzalo Millán, quien intenta deshilar la historia y reconstituir el cuerpo social fracturado, estos poetas transforman el significante en una estructura totalmente porosa, que puede ser habitada por otros significantes.

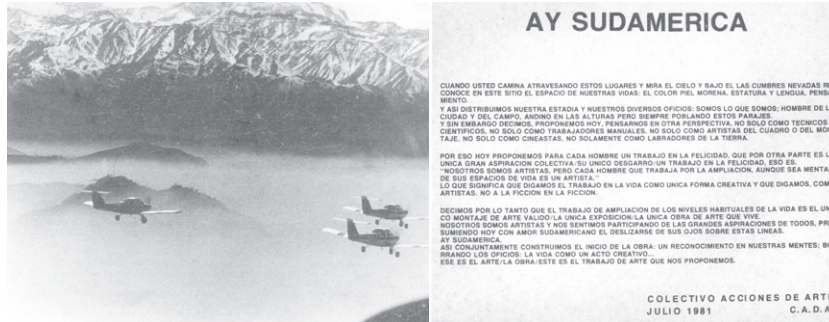
En este punto el Bombardeo de Poemas se emparenta más directamente con la acción *¡Ay Sudamérica!* del grupo CADA. El punto principal de conexión, más allá del simbolismo de ocupación del espacio aéreo³⁰⁵ y el “medio” utilizado (el panfleto en el caso del CADA; el marcalibros para Casagrande), es la operación de descentramiento que tiene lugar a partir de la generación del acontecimiento y la multiplicación del sujeto productor de la representación.

En el caso de *¡Ay Sudamérica!*, esta multiplicación estaba imbricada tanto en la disposición espacial de la acción como en el texto que componía el “mensaje” de la misma. Para el colectivo (Juan Castillo, Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld y Raúl Zurita), la obra de arte debía asimilar la posibilidad de ser leída de distintas maneras, por lo que convocaron a más de 100 artistas para que desde distintos puntos de Santiago registraran la acción del bombardeo: desde el cerro San Cristóbal, Independencia, Pudahuel y La Granja, por citar ejemplos, artistas

303. El 9 de agosto de 1918, como comandante del escuadrón número 87 conocido como “La Serenísima”, Gabriele D'Annunzio organizó una de las mayores hazañas de la contienda al conseguir que nueve aviones realizaran un viaje hasta Viena para lanzar panfletos propagandísticos.

304. MILLÁN, Gonzalo. *La Ciudad*. Santiago: Ediciones Cuarto Propio, 1994. Página 53.

305. La posibilidad de ocupar el espacio aéreo de la ciudad se restringió para el CADA a las comunas aledañas a la comuna de Santiago y la periferia de la ciudad; el centro era un lugar vedado en esa época.



Colectivo de Acciones de Arte (CADA). ¡Ay Sudamérica!, Santiago, julio 1981.

que no eran miembros del CADA participaron con la instalación de su propia mirada. Por otra parte, en el texto del panfleto también estaba incorporada la idea de ampliación del sujeto: “NOSOTROS SOMOS ARTISTAS, PERO CADA HOMBRE QUE TRABAJA POR LA AMPLIACIÓN, AUNQUE SEA MENTAL, DE SUS ESPACIOS DE VIDA ES UN ARTISTA”.

Está presente en esta inscripción de manera radical la apertura de la obra a la participación del otro no sólo en la representación, sino incluso en una condición de simultaneidad, pues cuando se lee en la primera línea del texto la frase “Cuando usted camina atravesando estos lugares y mira al cielo y bajo él las cumbres nevadas reconoce en este sitio el espacio de nuestras vidas”, la mirada se dirige al cielo y están cayendo los panfletos conteniendo la proposición de arte.

Es pues en esta situación de descentramiento (o multiplicación de los centros) que ambas acciones se hermanan y devienen operación escultórica; Casagrande logra generar un espacio nuevo, la sombra, el pliegue de lo uno sobre lo mismo –lo mismo entendido a la vez como espacio cotidiano e inscripción simbólica– mediante la apertura de la mirada, mediante el desarme de la mirada única que subyace en la obra de arquitectura de la Plaza de la Constitución, figura que como hemos visto, alberga en su seno la potencia del exceso evidenciada en el acontecimiento.

A la luz de los ejemplos analizados, queda si no en evidencia, sí suspendida la pregunta por el cómo la arquitectura desarrolla la capacidad de abrirse a las posibilidades de resignificación del espacio público en nuestras ciudades, en la perspectiva de poder ver y redescubrir las trazas, tramas y tejidos de la ciudad que habitamos, aquella anterioridad que debe ser objeto de constante reflexión y replanteo para poder proyectar una experiencia colectiva dotada de sentido.

Por otra parte, es precisamente gracias al marco de la representación que se hace posible esa “relación otra con lo mismo” (Rojas, 2002). De alguna manera, el trazado rígido de la forma arquitectónica sirve de soporte a estas operaciones que trabajan en la lógica del pliegue, vale decir, en la acción de doblar algo sobre sí mismo, de forma tal que las “sombras” que aparecen nos proporcionan una nueva lectura del lugar, que ha sido transformado en su relación consigo mismo.

Hacia un espacio transitorio

“Il y a toujours l’Autre”

Henri Lefebvre

Trayectorias del espacio público político en Santiago

Los nuevos espacios públicos (o espacios colectivos, según la definición de Manuel de Solá-Morales) donde los actores sociales y políticos se logran expresar y reconstruir, responden en términos de escala, función y simbolismo a la evolución de las distintas condiciones que se han mencionado a lo largo de la investigación: son espacios que en sus mapas y figura marcan la transformación de los actores políticos en el espacio público santiaguino. Los grupos juveniles, centros de madres y ollas comunes al amparo de las distintas iglesias poblacionales; el trabajo de organizaciones de pobladores con diferentes ONG; la apertura de espacios culturales en las universidades; el movimiento de mujeres por los derechos humanos, son ejemplos de un proceso ciertamente determinado por la realidad histórica particular de Chile, pero también son indicios de un proceso de transformaciones en lo que podríamos llamar el “mapa de subjetividades” del espacio público, inserto a su vez en lo que se ha dado en llamar la crisis de la modernidad.

La recuperación de la calle, de las plazas, del centro de la ciudad, es la evidencia de un movimiento que en su acontecer estático es representativo de una modernidad heroica que podríamos llamar tardía, mas en otro sentido, en lo que refiere al dominio de la representación, en términos generales se observa un desplazamiento desde figuras propias de aquella modernidad heroica a otras más representativas de lo que Debord ha llamado la sociedad del espectáculo: la imagen de las masas anunciando la revolución (del signo que fuere) con su presencia en las calles, se vuelve más un elemento del imaginario colectivo que una práctica política contingente del espacio público, organizado actualmente en torno a múltiples sistemas de información, constituidos en gran parte por insumos publicitarios.

El diálogo prácticas – imaginarios también toma cuerpo en el desplazamiento desde la noción de las masas organizadas que se conciben a sí mismas como un sujeto histórico, homogéneo y estructurado sobre la base de dispositivos teleológicos, hacia una noción quizá más vaga de colectivo, que si bien conquista espacios de apertura pierde al mismo tiempo cierta cualidad de cohesión, muchas veces subordinando su potencia transformadora a la resucitada –y actualizada– figura del personaje político. En todo caso, no se trata de procesos unidireccionales e irreversibles, sino más bien de un tráfico de prácticas y símbolos que interactúan en mayor o menor grado con los paradigmas en disputa y las transformaciones de la ciudad material.

El itinerario que va de la recuperación del espacio público bajo la dictadura y su creciente ampliación hasta el retorno a la democracia, que entra luego en una fase de pérdida de silueta durante los '90 –con el surgimiento del clientelismo

político y la lógica de las hibridaciones entre Estado, poderes fácticos y corporativos– y la consolidación de un período marcado por el control y lo espectacular que continúa en el nuevo siglo, parece sufrir otra inflexión o vuelta de tuerca con la aparición de fenómenos como la organización ciudadana en torno a temas del desarrollo urbano, ya sea de forma espontánea o apoyada en los andamiajes del Estado.

Sin embargo, aún está por verse si la esfera pública en su versión o representación institucional podrá ser desbordada por la lógica del acontecimiento, de lo cambiante, lo diverso y lo móvil, para poder trasladar lo que Wolton denomina espacio político, el espacio de la decisión y la acción, el espacio donde se definen los límites de la autoridad y del poder, al ámbito del espacio cotidiano, al lugar que habitan las multitudes, la ciudad que acoge a todos como iguales en deberes y derechos.

Quizás los actuales sujetos políticos se enfrentan a un potencial error al intentar seguir pensando lo político hoy a partir de sistemas representacionales cerrados, como algo más cercano a la comunidad (con valores inmanentes y límites relativamente fijos) que a la ciudad, con la paradoja que es imposible para la comunidad constituirse como actor o espacio político a menos que disuelva sus límites y se funda con la ciudad.

La primera evidencia al observar la relación entre lo político y la ciudad, remitiéndonos a la reflexión de Aldo Rossi, es que hoy lo político no tiene la forma de la ciudad, o siendo más preciso, no tiene necesariamente la forma de la ciudad. La arquitectura de la ciudad –todavía fuertemente enraizada en el espacio que hemos llamado trascendente– tiende a organizar a los sujetos en tanto cuerpos extensos, mientras que los cuerpos discretos todavía se mueven a tientas entre los espacios de las redes virtuales y la escala de los domicilios.

Es posible encontrar claves en las interpretaciones de los nuevos sujetos hechas por el arte versus las de la arquitectura: mientras el arte se acercó a las nuevas configuraciones de las subjetividades urbanas y políticas (y ayuda a darles forma, como por ejemplo las prácticas de body art de los accionistas vieneses y en el contexto chileno, de Carlos Leppe y particularmente de algunas miembros del CADA –Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld y Marcela Serrano en menor medida–) la arquitectura instaló su discusión sobre la persistencia de la figura cerrada –por ejemplo en la discusión posmoderna iniciada en este ámbito por el propio Rossi y posteriormente desarrollada en diferentes sentidos y contextos por gente como los Krier o Colin Rowe– o bien se decantó por la trasgresión total de la forma, pero la forma de los objetos, de los continentes sin relación con su contenido, no la forma de los espacios, a excepción de contados casos. Recientemente, el debate sobre la forma y condición de los espacios públicos como figuras no estables o cambiantes ha sido abordado desde la óptica de la arquitectura del paisaje, incorporando conceptos de la ecología que potencial y operativamente son de interés –como ejemplo, la noción de emergencia discutida por Johnson (2001)– pero que en su masificación han tendido a delinear un panorama naturalizado de la ciudad como sustrato de actuación

proyectual donde lo dado sería fruto de procesos espontáneos. En esta línea trabajan grupos como el equipo autodenominado de Landscape Urbanism en la AA en Londres u oficinas como Field Operations en EE.UU.

La producción de la ciudad desde la representación al acontecimiento
Uno de los conceptos que se ha intentado utilizar en esta investigación como contexto de las transformaciones en el espacio público entendido como espacio político, es el desplazamiento desde el paradigma de la representación al paradigma del acontecimiento como forma de explicación e imaginación de lo público y lo político. Aquí cabe reiterar un punto: los fenómenos de los cuales la tesis se ocupa manifiestan la existencia de un proceso donde ocurre el desplazamiento referido más arriba. Empero, justamente la situación actual es de interregno, y quizás su principal característica es que las representaciones o bien se han desdibujado o bien se han multiplicado a tal punto que terminan siendo mudas para los ciudadanos. En contrapartida, el paradigma del acontecimiento en tanto aparato de análisis de la realidad involucra un conjunto de transformaciones eventualmente conscientes en los sujetos políticos, que en el caso de Santiago son aun incipientes; no tanto en la sofisticación estética de las prácticas como en la posibilidad de alcanzar con ellas una escala metropolitana. Se produce en ese contexto lo que se ha afirmado anteriormente, vale decir, una desagregación y desafección de los sujetos, transformados en cuerpos discretos (y precarios).

Una manera de analizar este desplazamiento es enfocarse en cómo se relacionan los sujetos con el espacio urbano en la generación de espacio público político. Oliver Marchart (2004) sugiere que el género dramático bajo el cual se puede caracterizar el espacio político de la modernidad que en la tesis se ha denominado heroica, y particularmente a los movimientos revolucionarios es el melodrama, y que la clave está en la subjetividad del o los protagonistas: citando a Robert Heilman, Marchart sugiere que si en la tragedia clásica el héroe, el protagonista, está tensionado, cruzado por un conflicto interno, el hombre moderno es esencialmente íntegro y sus conflictos se sitúan fuera de sí mismo, entre él y los demás, vale decir en el espacio. Es el espacio de la ciudad el que permite de una u otra forma escenificar la existencia de un límite y un antagonista (Laclau) que permiten al sujeto lograr “cierta estabilidad y sistematicidad”³⁰⁶.

Ahora bien, lo que cambia en el contexto de los últimos 25 años en Santiago respecto a este esquema propuesto por Marchart es fundamentalmente y como hemos descrito parcialmente en el capítulo sobre las formas del sujeto moderno (masa, pueblo, multitud), la falta de figuras nítidas, distinguibles para poder constituir la condición melodramática donde “en la competición por el poder público que es la política pragmática, se conquista o se es conquistado: la postura pública de todos los partidos, la plataforma operativa de todo contendiente, es que lo que sucede es un conflicto entre bien y mal (...) “Nuestro lado” es el “buen hombre”, y “ellos” son los “defectuosos”; el héroe trágico aristotélico se quiebra en dos competidores separados, cuyo combate es la forma pública de la actividad política tal cual la conocemos”³⁰⁷.

306. MARCHART, Oliver (2004). Staging the Political: (Counter-) Publics and the Theatricality of Acting. En: http://www.republicart.net/disc/publicum/marcharto3_en.htm

307. Ibidem.

La condición de espacio sin silueta también está estrechamente asociada al desplazamiento al cual se ha hecho referencia, aquel desde el paradigma de la representación al paradigma del acontecimiento. El predominio del presentismo como forma de experiencia implica, como se ha propuesto, la caducidad de las representaciones para sugerir futuros posibles y su reducción a la potencia de revisión y reinterpretación de aquello conocido, vale decir, el pasado. Como contrapunto, el despliegue de la modernización, propuesto como eje del desarrollo económico, político, cultural e incluso identitario redundante en una constante producción de acontecimientos, o mejor dicho, de eventos en los cuales el ciudadano se integra a la colonización casi total del tiempo que la modernización supone: el presente está demasiado saturado de sucesos e imágenes, al tiempo que el espacio de la modernización agota prácticamente todo afuera desde donde mirar la realidad (la ciudad) para pensarla y transformarla colectivamente. La modernización sin modernidad, está casi de más decirlo, se basa en mecanismos de eficiencia antes que en espacios de deliberación y conquista de legitimidad; sumado esto a la ausencia de representaciones abarcales, se tiene en consecuencia que el espacio social de Lefebvre (aquel sustrato espacial que permite que ocurran acciones nuevas) queda obliterado y opacado por lo que Santos llama espacio de las redes, el espacio eficiente y altamente veloz de los movimientos de las élites y sus capitales monetarios y de conocimiento.

De la comunidad imaginada a la ciudadanía metropolitana

Si por una parte, el espacio prevaleciente de la modernidad heroica, el espacio trascendente, se caracteriza por la proposición e imposición de figuras rígidas, basadas en una voluntad representacional orientada fundamentalmente al poder estatal (y a la administración de su repertorio de imágenes) y que tienen como soporte conceptual al espacio albertiano, vale decir el dominio de la perspectiva central como forma de entender el espacio; y por otro lado el espacio sin silueta del capitalismo tardío o contemporáneo se caracteriza justamente por la coexistencia paradójica de un exceso de formas –materializado en la proliferación de edificios icónicos bajo la promoción del capital transnacional, lo que en términos urbanos ha decantado en el coleccionismo de objetos singulares diseñados por starchitects- junto a una ausencia de figura o silueta para la ciudad como conjunto (el predominio de espacios lisos en la terminología de Deleuze, la consolidación del predominio del territorio sobre la ciudad en términos de Aureli), la idea de espacio transitorio que me interesa presentar implica la proposición de figuras abiertas, la posibilidad del reconocimiento de lo que Negri y Revel llaman “lo común” en este caso de los ciudadanos, mas dejando a un lado la voluntad de control. El espacio transitorio contiene la posibilidad de distintas aproximaciones y apropiaciones, sin embargo se caracteriza radicalmente por la presencia de forma, de silueta, de límite: un límite que puede ser reconfigurado, negociado, alterado, pero que nunca desaparece del todo. La forma urbana se hace cargo de la necesidad de definición del colectivo, en su relación con lo Otro pero sobre todo en su relación crítica con lo Mismo. En este contexto, es relevante recordar el análisis de Richard Sennett acerca del pnyx y el ágora en la democracia ateniense, como figuras de referencia que ordenan la estructura de lo político en la ciudad, sin por ello restringirlo³⁰⁸.

308. SENNETT, Richard (1998). *Spaces of Democracy*. The 1998 Raoul Wallenberg Lecture. Michigan Architectural Press, Ann Arbor.

La idea de espacio transitorio implica, como hemos dicho anteriormente, el desafío de imaginar una representación coherente para los nuevos sujetos de lo político y de pensar en la condición de posibilidad de un nuevo espacio público que responda a la “esfera pública no estatal”, de Paolo Virno. El espacio transitorio implica un espacio público político que trasciende a la comunidad o las comunidades en términos de su escala urbana y societal, así como es anterior al Estado tanto política como históricamente. Este espacio transitorio –aunque pueda parecer una obviedad señalarlo– sólo es posible en la ciudad, donde nos reconocemos como iguales en derechos y deberes pese a nuestras diferencias culturales, raciales, sociales, religiosas o de otra índole. Por otra parte, la idea de espacio transitorio podría representar una alternativa viable de espacio político contemporáneo para unos sujetos modernos capaces de profundizar el proyecto emancipador de la modernidad y al mismo tiempo dominar los procesos de modernización desmantelando su condición naturalizada. Para pensar este nuevo concepto es preciso hacerse cargo de dos fenómenos actuales:

Superposición de la expansión del espacio sin silueta con residuos del espacio trascendente: el espacio del capital versus el espacio del Estado. ¿Podemos entender Santiago como una ciudad neoliberal paradigmática? Sí, en dos momentos distintos: primero desde la perspectiva de una ciudad donde se expande el capital sin barreras y el Estado se reduce a la función policial, que pasa a ser su representación principal; en un segundo momento también ejemplifica el paradigma de la evolución neoliberal, con un Estado que adquiere liderazgo en la inserción global y busca construir nuevas representaciones para sí mismo, asociadas a programas icónicos como la cultura y la recuperación del patrimonio histórico, mientras por otra parte lo público en el sentido de colectividad es absorbido por el consumo.

Disociación o desmantelamiento de los sujetos políticos en tanto cuerpo extenso: lo nacional identitario es invocado como cuerpo disperso en función de lo festivo, como cuerpos discretos (y selectos) en la representación a través del deporte y como una síntesis en la representación de los militares y su escenificación en el desfile³⁰⁹. El espacio político de los últimos 25 años se caracteriza por la fuerte presencia del cuerpo estatal expresado en lo militar y por la manifestación de lo político en cuerpos discretos, a partir de las políticas de violencia y censura se valida el cuerpo singular como depositario de politicidad y desde se generan nuevas lógicas que parten desde lo corporal como manera de desafiar al poder.

Cinco conceptos breves para pensar el espacio transitorio

1. El derecho a la ciudad: en su reinterpretación de los postulados de Henri Lefebvre, David Harvey ha hecho énfasis en que quizás la componente más importante de este derecho es la libertad de participar en las decisiones que darán forma a nuestras ciudades: “El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad. Es, además, un

309. “La placentera experiencia colectiva de un cuerpo nacional unificado, en el cual el individuo experimenta una reconciliación de los deseos agonísticos y descentrados, se ha vuelto un ingrediente importante para asegurar la reproducción cultural de las sociedades modernas. Sin embargo tales experiencias son tan antagonistas de una esfera pública como críticas a la reproducción cultural. Debilitan el debate público, especialmente cuando están organizadas como ‘eventos’ públicos”. SCHULTE-SASSE, Jochen y Linda Schulte-Sasse (1991). *War, Otherness and Illusionary Identifications with the State*. En: *Cultural Critique*, no. 19, *The Economies of War* (Autumn, 1991), pp. 67 – 95, University of Minnesota Press.

derecho común antes que individual, ya que esta transformación depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo para remodelar los procesos de urbanización”³¹⁰. Esta idea ha sido incorporada de algún modo en la redacción de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, ratificada en varias instancias internacionales³¹¹, específicamente en su Artículo II: “Todas las personas tienen el derecho de participar a través de formas directas y representativas en la elaboración, definición, implementación y fiscalización de las políticas públicas y del presupuesto municipal de las ciudades, para fortalecer la transparencia, eficacia y autonomía de las administraciones públicas locales y de las organizaciones populares”, y en su Artículo VIII: “Todos(as) los(as) ciudadanos(as), tienen derecho a la participación en la vida política local mediante la elección libre y democrática de los representantes locales, así como en todas las decisiones que afecten las políticas locales de planificación, producción, renovación, mejoramiento y gestión de la ciudad”.

2. Repensar lo común de los hombres y mujeres: Revel y Negri (2008) afirman la necesidad de “inventar lo común” como requisito para poder reconocerse como colectivo y gobernar la sociedad de manera radicalmente democrática. Hasta ahora, según los autores, lo común nos ha sido presentado no como “lo que producimos en común, inventamos y organizamos como común, sino lo que nos permite existir. Lo común, nos dice el Estado, no nos pertenece, porque no lo creamos verdaderamente: lo común es nuestro suelo, nuestro fundamento, lo que tenemos bajo los pies: nuestra naturaleza, nuestra identidad”³¹². La definición normativa de lo social a partir de lo idéntico comporta el riesgo totalitario que advierte Rojas³¹³ y por añadidura determina que lo público es lo que pertenece a todos y a nadie, es decir, lo que le pertenece al Estado. Para Revel y Negri, es preciso frente a esta realidad proponerse la reapropiación de lo común, pero desde una perspectiva muy diferente: “Nosotros” no es una posición, una esencia ni una “cosa” de la que rápidamente se ha dicho que era pública. Nuestro común no es nuestro fundamento, es nuestra producción, nuestra invención incesantemente recomenzada. “Nosotros”: el nombre de un horizonte, de un devenir. Lo común está ante nosotros, siempre, es un proceso. Somos ese común: hacer, producir, participar, moverse, compartir, circular, enriquecer, inventar, reactivar”³¹⁴. Recuperar lo común involucra también reconquistar el espacio en el cual este proceso constituyente se da, el espacio de la ciudad, mediante operaciones de oposición y sobre todo de descentramiento³¹⁵, en una estrategia como la que Viktor Shklovsky llamó el movimiento del caballo³¹⁶.

310. HARVEY, David (2008). El derecho a la ciudad. Documentos del Foro Mundial Urbano.

311. Foro Social de las Américas – Quito, Julio 2004; Foro Mundial Urbano – Barcelona, Octubre 2004; Foro Social Mundial – Porto Alegre, Enero 2005.

312. REVEL, Judith y Toni Negri (2008). Inventar lo común de los hombres. Originalmente publicado en *Multitudes* 31, invierno 2008, pp. 5 a 10.

313. “En cierto sentido, la separación entre política e imaginación es un logro de la democracia procedimental contra concepciones fascistas o totalitarias de representarse la comunidad humana (de pensar precisamente lo social a partir de “lo común” como medida)”. ROJAS, Sergio (2006). *Estética del malestar y expresión ciudadana*.

314. REVEL, Judith y Toni Negri (2008). Op. cit.

315. “Trazar diagonales en el espacio rectilíneo del control: oponer diagonales a los diagramas, intersticios a las cuadrículas, movimientos a las posiciones, transformaciones a las identidades, multiplicidades culturales infinitas a las naturalezas simples, artificios a las pretensiones de origen”. Revel y Negri (2008). Op. cit.

316. SHKLOVSKY, Viktor (1985). *Knight’s move*. Dalkey Archive Press, London.



Aldo Van Eyck, Amsterdam Playgrounds. Imagen original en Lefaivre, Liane e Ingeborg de Roode (2002). Aldo Van Eyck: the playgrounds and the city. NAI Publishers, Rotterdam.

3. La ciudad antes que el estado, lugar de lo político: el éxodo o la creación de una nueva esfera pública no estatal no implican el escape hacia apuestas utópicas antiurbanas (Taliesin, Arcosanti, Ritoque), sino instalar lo político en la ciudad como anterioridad al Estado y lugar autónomo a partir del debate en el espacio concreto, material. Sin embargo, una nueva figura es necesaria, que reformule la relación representación – acontecimiento a una escala que responda a la vez a la multiplicidad urbana y a una coherencia metropolitana. ¿Cómo la arquitectura (de la ciudad) puede aportar para ampliar la concepción de los espacios públicos más allá de la visión bucólica, productivista o disciplinaria? Es posible que una instancia viable para generar un sustrato común, una instancia que convoque sin asimilar la diferencia a algún discurso hegemónico, sea la convocatoria a pensar la forma de la ciudad, tanto en términos de su materia como de su estructura política; en el caso de Santiago, la actual división político-administrativa sólo potencia la lógica de lo domiciliario y la comunidad cerrada, mientras se acentúan las asimetrías entre ciudadanos supuestamente iguales en derechos (ejemplos hay muchos, el acceso a bienes públicos de calidad y las posibilidades de movilidad son quizás los más representativos).

4. Una estrategia para la producción de la ciudad como espacio de lo político: a partir del estudio de los patios públicos de juegos (playgrounds) realizados por Aldo van Eyck en Amsterdam en los años de la posguerra, Liane Lefaivre (2007) ha identificado lo que denomina el modelo PIP (policéntrico, intersticial y participativo) como una manera de lidiar con el desafío de proyectar la nueva escala de la ciudad a partir de una concepción desde abajo hacia arriba, fundada en la participación ciudadana democrática y considerando estrategias proyectuales que se replican en una multiplicidad de espacios de escala menor, otorgando una unidad de sentido a la ciudad sin generar un espacio monótono³¹⁷. El ejemplo de los Amsterdam Playgrounds funciona como una figura que no intenta restringir la transformación de la ciudad o revestir a la forma urbana de una analogía, sino como un espacio que construye lo común a través de su multiplicación sin producir una ciudad y un espacio público uniformes. Otro aspecto interesante de esta estrategia es que en una concepción del espacio público como espacio transitorio pueden tener lugar los espacios

317. LEFAIVRE, Liane y Henk Döll (2007). *Ground-Up City: play as a design tool*. 010 Publishers, Rotterdam.

residuales y los programas no necesariamente formativos; Atenas, Esparta y Disneylandia no son las únicas alternativas modélicas.

5. El concepto de democracia: tal como Seyla Benhabib propone la idea de ampliación constante del espacio público como característica de la modernidad, Sergio Rojas plantea que la modernidad implica necesariamente la promesa de una inclusión universal³¹⁸, en la mayoría de los casos localizada (y constreñida) en la participación a través del voto en un sistema representativo que cumple ciertas condiciones formales como información completa, participación lo más directa posible en la toma de decisiones y supresión de poderes intermedios, entre otras. Sin embargo, la crisis de este esquema nos impele a pensar en la necesidad de un proceso de profundización de la democracia; ahora bien, el desafío sigue siendo cómo conciliar esta promesa moderna de inclusión con los inevitables fenómenos de exclusión progresiva que según Rojas generan los procesos de modernización. La pregunta de cómo poder dirigir los procesos materiales de realización que conocemos como modernización sin dejar al margen el espíritu de libertad y autonomía que Berman ha llamado modernismo es un problema mayor, particularmente cuando Rojas nos recuerda que “los procesos de modernización hacen explícito el hecho de que la modernidad no ha podido nunca producir una representación realizable de sociedad (“la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado”, según expresión de N. Lechner)”. Quizás nuestra forma de pensar este dilema pase por pensar representaciones de sociedad que se asuman no como un objetivo a realizar, sino como lo que los pragmáticos anglosajones han llamado *things in the making*, formas de un espacio transitorio.

318. ROJAS, Sergio (2006). Estética del malestar y expresión ciudadana. Hacia una cultura crítica. Ponencia en el marco del Seminario Internacional “Ciudadanía, Participación y Cultura”, organizado por el Consejo Nacional de la Cultura, realizado en el Centro Cultural Palacio La Moneda los días 5 y 6 de octubre de 2006.

Conclusiones:

La ciudad, lugar de lo político

Este proyecto de investigación se planteó tres objetivos principales: en primer lugar, analizar las distintas concepciones de espacio público entendido como espacio político, provenientes básicamente de la filosofía y las ciencias sociales, y observarlas críticamente en función de sus asociaciones o distancias con ciertas concepciones de la modernidad y sus crisis. En segundo término, la tesis pretendía abordar las condiciones de producción de dicha dimensión del espacio público –crucial por cierto y base de la construcción de los espacios públicos en general- desde un particular eje de desplazamiento propuesto como característico del contexto contemporáneo, en este caso la relación entre representación y acontecimiento. Finalmente, el estudio se centraba en un caso, las transformaciones del espacio público político de Santiago en los últimos 25 años, visto desde el análisis de los dos objetivos anteriores e intentando aplicar la discusión teórica desarrollada en la primera parte de la tesis, tanto para el diagnóstico y mirada retrospectiva del tema de la investigación situado en el caso de la capital chilena, como para hilvanar algunas miradas que más adelante pudiesen contribuir tanto para la emergencia de nuevas formas de pensar el espacio público y la gestación de lo político (the making of the political), como para la definición de estrategias para la acción transformadora de la arquitectura y el urbanismo sobre el espacio de la ciudad.

Como en toda investigación, la definición del tema y objeto de estudio implica formular distinciones, que en este caso supuso inicialmente la presentación de tres variables o elementos de análisis que concurren en la estructuración del espacio público político de la ciudad: producción (entendida en un sentido material concreto), prácticas (supuestamente la acción de los sujetos políticos y sociales en el espacio urbano) y representaciones, vale decir el andamiaje conceptual y estético que de alguna manera sirve de precondition y vehículo de análisis y reproducción de las condiciones materiales del espacio urbano, en sus dimensiones de discurso (leitmotiv de la política moderna), proyecto (muy cercana a la anterior y noción central para la arquitectura y el urbanismo) y crítica (ejemplificada preferentemente en los discursos de arte).

Una vez concluida esta investigación, al menos en lo que concierne a la etapa formal de la tesis de doctorado, asoman varias fisuras o vacíos en esta distinción tan estricta. Probablemente sea más adecuado de aquí en más –pensando en futuros proyectos y debates- referirse a las condiciones de producción del espacio público político, informadas por prácticas de distinto tipo (ciertamente la materialización de planes y obras en la ciudad se puede clasificar como una “práctica constructiva”) y por representaciones también diversas. Lo que sí es importante reafirmar es la perspectiva detrás del análisis, vale decir una postura decididamente contraria a la tendencia naturalista, por llamarla de algún modo, en el análisis de los fenómenos urbanos. En ese sentido, es cada vez más pertinente rescatar las preguntas simples y por lo mismo radicales de Henri Lefebvre: ¿Quién produce?, ¿Qué?, ¿Cómo?, ¿Por qué y para quién?,

pues tal como el filósofo propone, “fuera del contexto de estas preguntas y sus respuestas, el concepto de producción permanece puramente abstracto”.

La imbricación entre prácticas y representaciones encuentra una metáfora potente en la idea de teatralidad o escenificación como un polo opuesto a la espectacularidad, así como también esta relación exige descartar toda aproximación maniquea al problema de las actuales condiciones de producción de la ciudad y el espacio público en su dimensión política. En el desarrollo de este trabajo se puede observar cómo las dos estructuras analizadas en mayor profundidad, denominadas con fines operativos espacio trascendente y espacio sin silueta, contienen elementos de teatralidad y espectáculo en su producción espacial, aunque de maneras muy diferentes, pues en el último caso el espectáculo está efectivamente deslocalizado y más allá de la transferencia creciente de lo público y lo político desde la ciudad al ámbito de los medios (caracterizado en el caso chileno por la lógica de lo privado), la presencia de lo espectacular en el espacio público es a la vez ubicua y elusiva.

Se propuso como enfoque epistemológico, dentro del contexto de la modernidad y sus conceptos, observar las transformaciones del espacio público y lo político desde la perspectiva de un eje de desplazamiento entre dos paradigmas, el de la representación y el del acontecimiento. En el caso de la ciudad y sus espacios públicos, el poder interrogar al proyecto urbano o de arquitectura desde este punto de vista resulta particularmente interesante, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter normativo del espacio social propuesto por Lefebvre, que a la vez sugiere y permite la ocurrencia de acciones nuevas (prácticas concretas y de construcción de imaginarios) como prohíbe otras. Esta condición o carácter no sólo normativo, sino también formativo (una característica por excelencia del proyecto moderno progresista en la que me permito insistir) nace desde la lógica de la representación, vale decir, desde el proyecto, donde lo real está concebido (al menos discursivamente) como algo total y clausurado al momento de realizarse como obra. Ciertamente ninguna representación a priori es capaz de contener o prohibir toda emergencia de prácticas espaciales o estéticas, sean éstas políticas o no, y en ese sentido la arquitectura de la ciudad puede pensarse como una figura destinada a ser excedida. El exceso, por otra parte, puede ser identificado como el rasgo más característico del acontecimiento, siendo totalmente diferente al shock, a su vez elemento central de las prácticas vanguardistas modernas de producción estética de la ciudad. Podríamos decir incluso que el shock subsiste en las diversas formas de ocupación espectacular de la ciudad, que de cierto modo y en tanto eventos (experiencia programada) son lo opuesto al acontecimiento.

En la línea de este argumento, se hace evidente que acontecimiento y representación se requieren mutuamente, de allí el carácter crítico —en un sentido negativo— del predominio de lo que he llamado en términos operativos espacio sin silueta. La posibilidad de pensar nuevos espacios públicos y espacios de lo político en la ciudad desde el paradigma del acontecimiento pasa necesariamente por la presencia de una figura que pueda aportar un sustrato de coherencia, de legibilidad. En este sentido, el espacio público pensado desde

la lógica del acontecimiento (si es posible hablar de tal cosa) debiera ser algo muy distinto del espacio indiferenciado y liso propuesto desde los argumentos de la flexibilidad y el dinamismo, que como se ha analizado pertenecen al ámbito conceptual de la modernización. Aquí también operan los límites de la disciplina, en el sentido que si lo inherente a la arquitectura y el urbanismo es la producción de forma, enfrentarse a la tarea de pensar un espacio informe no es sino una aporía. La pregunta queda planteada entonces como un desafío, pero con algunas claves: un espacio público pensado desde el acontecimiento debiera por ejemplo eliminar la concepción de lo monumental tanto en la organización del espacio como en el manejo de la escala y del diseño arquitectónico.

El espacio público como representación sustancial o procedimental

La concepción del espacio público desde la representación se vincula estrechamente a la matriz racionalista que las visiones tradicionales señalan como la fundación de lo público. En este sentido, resulta interesante recapitular sobre la crítica que Seyla Benhabib (1992) hace de las visiones de Habermas (“espacio público discursivo”), Ackerman (“diálogo lógico”) y Arendt (“modelo agonístico”), al menos parcialmente en el caso de esta última. Desde el punto de vista de una concepción política del espacio público, el modelo idealista de Habermas resulta una aproximación impracticable por cuanto supone como fin la eliminación de los conflictos, estadio cuya artificialidad ha hecho notar con vehemencia Mouffe (2005). Por otra parte, y como se ha señalado en el apartado sobre los espacios del control y la vigilancia, la concepción de espacio público desde lo jurídico propia del modelo liberal, como lo grafica Benhabib en la proposición de Ackerman, implica la tendencia a la exclusión de la deliberación y por lo tanto la supresión de lo político (o su privatización) y su reemplazo por lo policial.

La distinción más interesante de recuperar para este análisis y para futuros proyectos de investigación es aquella que Benhabib propone en términos de modelo sustancial y modelo procedimental de espacio público. El fundamento de lo que he intentado esbozar como espacio transitorio justamente se ajusta más a esta última concepción, en el sentido que es menos importante aquello que se supone es el espacio público que la manera en la que este espacio es producido, pensando que mediante la acción política eventualmente se puede transformar cualquier lugar en espacio público; esto implica que la mirada crítica debe enfocarse sobre todo en las condiciones de producción contingente del espacio público político. Sin embargo –y este es un punto también muy importante–, no por ello debe desatenderse la discusión sobre los proyectos de ciudad (sociedad), por cuanto allí reside la potencia de imaginar las múltiples formas de lo posible, ni tampoco olvidar que en las condiciones de producción del espacio público la forma de la ciudad existente juega un rol fundamental.

Entender el concepto de espacio público a partir de un prisma procedimental nos sirve además para dejar en claro que el espacio público no es necesariamente “bueno” ni tampoco es una condición de lo político, sino más bien un resultado de ello³¹⁹. Efectivamente, a la hora de las reflexiones finales asoma con fuerza una idea tan simple como potente, cual es que el espacio no necesariamente es de

319. “Es al menos igualmente plausible, sin embargo, entender que Arendt sugiere que el espacio público no puede existir sin la política, que cobra vida a través de la política como un tipo específico de actividad entre personas. La política, en otras palabras, puede tratarse acerca de hacer (y rehacer) el espacio público tanto como acerca de lo que hacemos en él –dejando a un lado lo que decidamos

una determinada manera, sino que se hace y permanentemente se está haciendo. Esta condición del espacio público y de lo político de estar siempre haciéndose implica tener la capacidad de resituarse constantemente para discernir cómo las estructuras de poder, los imaginarios y los sujetos van cambiando tanto en sí mismos como en sus esquemas de relaciones. La lógica del espacio sin silueta, vale decir, de la modernización sin modernidad, supone la generación de una situación de simulacro donde los ciudadanos perciben lo político como algo abstracto, estático, ajeno y separado de lo cotidiano (el desarrollo de la ciudad y la reproducción de las relaciones de poder, de producción, etc.), que a su vez es entendido como algo natural, luego algo sobre lo cual no existe posibilidad de agencia.

El espacio público político de la ciudad

La idea de espacio agonístico, que Chantal Mouffe construye a partir –y en contra– de Hannah Arendt como una suerte de desafío para pensar su realización, es útil para recapitular sobre el carácter político de un espacio público democrático en términos de la aceptación no de la diversidad, sino de la diferencia, radical e irresoluble, en contraposición a la búsqueda desesperada del consenso como alternativa única (otra vez el poder de las representaciones) a la violencia como salida ineludible del antagonismo. Desde ese punto de vista, la diferencia como concepto pone ciertamente en crisis la posibilidad de gestar lo político desde la comunidad, entendida como una asociación de iguales. En este contexto, la idea de la ciudad y particularmente de la metrópolis como lugar de lo múltiple, lo complejo, la mezcla, nos devuelve a la reflexión respecto a la querella entre ciudad y Estado y a la pregunta por el espacio público de la ciudad como condición última de posibilidad de lo político, un espacio más allá de los límites rígidos de la comunidad y anterior al Estado como depositario de soberanía pero sobre todo como productor de un imaginario reductivo y sintético.

La idea de ciudadanía metropolitana (que en sí puede ser redundante, es cierto) que se ha esbozado en esta tesis intenta relacionarse con las ideas arriba propuestas y también con el sugerente concepto de éxodo propuesto por Paolo Virno, en el sentido de dotar a esa situación de “afuera” de una representación plausible. Si entendemos el planteamiento de Virno de la república en oposición al Estado en términos de una instancia de colectividad política practicada y transformable desde la acción autónoma de los sujetos políticos, versus el Estado como el centro de una disyuntiva entre tomar el poder o someterse a él, podemos también pensar desde una concepción política de la arquitectura y el urbanismo en la ciudad antes que el territorio, en la contingencia de nuestro involucramiento con lo diferente a partir de un intercambio de prácticas y representaciones en constante producción, versus la fragmentación de lo urbano a partir de la imposición de la estructura administrativa del Estado. Pensar la ciudad como territorio implica un escenario donde operan concepciones que si bien en apariencia pueden parecer incluso contradictorias entre sí, como la progresiva eliminación de obstáculos a los flujos de personas, bienes, información y capital, por una parte, o la imposición de límites, barreras, prohibiciones o facultades de poder sobre los ciudadanos por otra, en

respecto a problemas del ‘bien común’”. CALHOUN, Craig (1997). *Plurality, Promises and Public Spaces*. En: Calhoun and McGowan (ed). *Hannah Arendt and the meaning of politics*. University of Minnesota Press, Minneapolis, p. 239.

rigor funcionan en una articulación casi perfecta de lo que se ha denominado modernización sin modernidad.

Los conceptos de Virno tocan asimismo uno de los temas fundamentales que emergen de la investigación y que resulta problemático o desafiante - dependiendo del enfoque- a la hora de pensar figuras posibles para un espacio transitorio: la persistencia de los espacios representacionales del Estado como lugares de lo político en la ciudad. En una primera mirada, resulta paradójal que la proliferación de espacios de lo político gestada durante la dictadura como opciones a los vedados espacios del poder estatal y que han sido consignados en esta tesis (parroquias y ollas comunes en poblaciones, espacios de resistencia cultural diseminados por la ciudad, incluso la elección de determinadas arquitecturas institucionales como espacios representacionales –la Biblioteca Nacional, el Palacio de Tribunales) haya dado paso tras el retorno a la democracia a una revalidación de los espacios tradicionales con la consiguiente desaparición de dichos espacios alternativos. Una vez analizadas las causas y manifestaciones del aparente abandono del espacio público por parte de los sujetos sociales y políticos, como lo han explicado Álvarez y Riquelme, ese proceso adquiere sentido para el observador. Sin embargo, ello no deja de lado la pregunta respecto a por qué, en un contexto de fragmentación de los sujetos políticos en tanto cuerpos extensos y de constitución de lo político desde lo domiciliario, vale decir, desde lo menor en términos de escala, aquellos espacios representacionales asociados a lo estatal y a lo monumental siguen escenificando las manifestaciones tanto de actores tradicionales como de nuevos actores.

Una posible respuesta está en el carácter mismo del espacio sin silueta en términos de su relación con la evolución del modelo neoliberal. El conocido proceso donde el Estado pasa de su mínima expresión (reducido a la administración del monopolio de la fuerza) a un rol estratégico en la construcción de acuerdos y redes globales funcionales a las oligarquías y plutocracias locales, implica una revalorización de sus representaciones como forma de reconciliar a la ciudadanía con el nuevo orden de cosas y reunirla una vez más bajo una idea de totalidad. La reaparición del Estado en la ciudad enmascara la domiciliación del poder económico y sublima los potenciales conflictos locales, contribuyendo a disolverlos en situaciones episódicas que para la opinión pública adquieren una ritualidad que las naturaliza y las vacía de contenido político.

Los tres elementos que sirven para caracterizar el espacio sin silueta –y que se han analizado de forma específica en el capítulo de Cartografías-, vale decir la atomización de los colectivos políticos y sociales en cuerpos a la vez discretos y precarios, la retirada de lo político desde lo público a lo privado y la consiguiente reproducción de una nueva forma de la política basada en la lógica domiciliaria, y finalmente la fragmentación de la silueta de la ciudad en términos de los espacios físicos de representación ciudadana y política, deben también ser analizados para intentar una respuesta a la pregunta instalada más arriba.

La ocupación de los espacios tradicionales de la ciudad como espacios de lo político pone de manifiesto que los nuevos sujetos que intentan construir y construirse en el espacio público, a partir de programas múltiples y no necesariamente coincidentes o bien desde el descontento no programático, hasta el momento carecen de una mirada o instancia donde debatir sobre algo tan básico pero central a la vez como lo que Revel y Negri reclaman como la “invención de lo común”. Precisamente el espacio público de la ciudad, el espacio donde todos debiéramos comparecer como ciudadanas y ciudadanos iguales en deberes y derechos, las condiciones de producción de ese (esos) espacio (s), debiese ser el elemento aglutinador para el comienzo de una recuperación de lo político, a partir de las sencillas preguntas ¿Quién produce?, ¿Qué?, ¿Cómo?, ¿Por qué y para quién?

Plantear estas preguntas eventualmente permitiría superar la actual condición de copamiento de lo público por lo domiciliario, ya visto en el análisis sobre espacios del control. Sin embargo, es preciso notar que este fenómeno –la concepción de lo público desde lo privado y la disolución de los límites entre ambos, que criticara Hannah Arendt bajo el nombre del ascenso de lo social– no sólo comporta el predominio de la seguridad paranoica como principio rector de la convivencia ciudadana, sino también prácticas que contienen una potencia política y que también se explican desde la lógica de lo corpóreo que he intentado analizar en esta investigación; una de las formas no programáticas y ciertamente no discursivas de desafío a lo establecido se expresa en las prácticas juveniles de exhibición de su sexualidad y su corporalidad modificada, en una política –hasta cierto punto territorial– de imposición de su diferencia como ruptura del carácter formativo de los espacios públicos al cual he hecho referencia, en este caso principalmente los parques.

El desafío no es menor. En una ciudad donde lo que predomina son versiones distintas de la privatización de lo público desde diferentes minorías, ¿cómo pensar un espacio público integrador sin caer en la asimilación? A partir de los resultados de la investigación, surgen dos maneras de concebir la diferencia como elemento central de una nueva idea de ciudad y espacio público como espacio político: el aprovechamiento de los intersticios urbanos y su desarrollo a través del proyecto arquitectónico y urbano, según la propuesta de Liane Lefaivre, como singularidades pertenecientes a una trama no territorializada, abierta a ser compartida por todos; y la concurrencia en grandes espacios donde las diferencias son reconocidas excluyendo la discriminación y permitiendo crear instancias de colectividad con un sentido de ciudadanía metropolitana. El involucramiento en ambas escalas supone una posibilidad de acercarse a la lectura de David Harvey respecto al derecho a la ciudad como el derecho a participar de la concepción y construcción de la ciudad. Reiterar una y otra vez las preguntas de Lefebvre inevitablemente nos conduce a poner de manifiesto la condición de la ciudad como un espacio que constantemente se está haciendo y a recuperar para todas y todos la capacidad política de decidir sobre ese fascinante y complejo proceso.

Bibliografía

ÁLVAREZ, Rolando (2007). La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990). Tesis Doctoral para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Chile, Santiago.

ANDERSON, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, London.

ARANCIBIA, Nancy (2002). En busca de los desaparecidos extraviados. Primera Línea, 21 de diciembre de 2002.

AURELI, Pier Vittorio (2008). *The Project of Autonomy. Politics and Architecture within and against Capitalism*. Princeton University Press – Temple Hoyne Buell Center for the Study of American Architecture, Columbia University, New York.

AURELI, Pier Vittorio (2008). Toward the Archipelago. En: Log 11. Anycorp Publishers, New York.

BARROWS, Naraelle (2007) *Reinventing Traditionalism: The Influence of Critical Reconstruction on the Shape of Berlin's Friedrichstadt*. Comparative History of Ideas Program, University of Washington, Seattle.

BENHABIB, Seyla (1992). Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas. En: CALHOUN, Craig (editor) (1992). *Habermas and the public sphere*. The MIT Press, Cambridge.

BENJAMIN, Walter (1935). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. En: BENJAMIN, Walter (1989). *Discursos Interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires.

BERMAN, Marshall. Why modernism still matters. En: LASH, Scott and Jonathan Friedman (1992). *Modernity and Identity*. Cambridge; Blackwell.

BORJA, Jordi (1998). Ciudadanía y espacio público. *Revista Ambiente y Desarrollo*, septiembre 1998, Vol. XIV N° 3. CIPMA, Santiago.

BOULLÉE, Etienne-Louis (1985). *Arquitectura. Ensayo sobre el arte*. Introducción de Carlos Sambricio. Gustavo Gili, Barcelona.

BRITO, Eugenia (1990). Campos minados. *Literatura post-golpe en Chile*. Editorial Cuarto Propio, Santiago.

BUCHLOH, Benjamin H. D. (1984). From Faktura to Factography. En: *October*, Vol. 30. (Autumn, 1984), pp. 82-119.

- CÁCERES, Gonzalo (1995). Modernización autoritaria y renovación del espacio urbano: Santiago de Chile, 1927 – 1931. en: EURE, vol. XXI, número 62. Instituto de Estudios Urbanos, PUC, Santiago.
- CAVALLO, Ascanio (1998). La historia oculta de la transición: Chile 1990-1998. Grijalbo, Santiago.
- CAVALLO, Ascanio, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda (1997). La historia oculta del régimen militar. Grijalbo, Santiago.
- CIUCCI, Giorgio; Francesco Dal Co, Mario Manieri Elia y Manfredo Tafuri (1975). La Ciudad Americana. De la guerra civil al New Deal. Gustavo Gili, Barcelona.
- COLLARD, Susan (2008). The architecture of power: François Mitterrand's Grands Travaux revisited. *International Journal of Cultural Policy*, 14:2, pp. 195 – 208. Routledge, London.
- CORREA, Sofía (2005). Con las riendas del poder: la derecha chilena en el Siglo XX. Editorial Sudamericana, Santiago.
- DEBORD, Guy (2004). La sociedad del espectáculo. Núcleo de Ira – Rojosuro, Santiago.
- DELGADO, Manuel (2007). Sociedades movedizas. Anagrama, Barcelona
- DELGADO, Manuel (1999). El animal público. Anagrama, Barcelona.
- DE CASTRO, Sergio, Pablo Baraona et al. (1992). El Ladrillo. Bases de la política económica del gobierno militar chileno. Centro de Estudios Públicos, Santiago.
- DE MATTOS, Carlos A. (2004). Metamorfosis bajo un nuevo impulso de modernización capitalista. En: De Mattos, Ducci, Rodríguez, Yáñez, editores (2004). Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad? Ediciones SUR (SUR – IEU+T UC), Santiago.
- EAGLETON, Terry (1991). Ideology: an introduction. Verso, London.
- FERRY, Jean-Marc (1998) et al. El nuevo espacio público. Gedisa: Barcelona.
- FOSTER, Hal (1998). Introduction. En: FOSTER, Hal (editor). The Anti-Aesthetic. Essays on Postmodern Culture. The New Press, New York.
- FOUCAULT, Michel (1984). Of other spaces (Des espaces autres). Publicado originalmente por la revista francesa *Architecture / Mouvement / Continuité*. Fuente: www.foucault.info

FRIEDMAN, D.S. (1995). Public Things in the Modern City: Belated Notes on 'Tilted Arc' and the Vietnam Veterans Memorial. En: *Journal of Architectural Education*, vol. 49, no. 2, November 1995, pp. 62-78.

GHIRARDO, Diane (1980). Italian Architects and Fascist Politics: An Evaluation of the Rationalist's Role in Regime Building. En: *The Journal of the Society of Architectural Historians*, Vol. 39, No. 2 (Mayo 1980), pp. 109-127.

GUROVICH, Alberto (2003). La solitaria estrella: en torno a la realización del Barrio Cívico de Santiago de Chile, 1846 – 1946. En: *Revista de Urbanismo* n° 7, 2003, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. <http://revistaurbanismo.uchile.cl>

HAUSSERMANN, Hartmut (1999). Economic and Political Power in the New Berlin: A Response to Peter Marcuse. En: *International Journal of Urban and Regional Research*, volume 23, March 1999, pp. 180-184. Blackwell Publishing, Oxford.

HARVEY, David (2008). El derecho a la ciudad. Documentos del Foro Mundial Urbano.

HUYSEN, Andreas (1997). The Voids of Berlin. En: *Critical Inquiry*, Vol. 24, No. 1, (Autumn, 1997), pp. 57-81. The University of Chicago Press, Chicago.

JESSOP, Bob (1999b). Globalization and the National State. Department of Sociology, Lancaster University, 1999.

JOIGNANT, Alfredo (2002). La democracia de la indiferencia. Despolitización, desencanto y malestar en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. En: ATRIA, Muñoz, Stefoni (editores) (2002). *El período del Presidente Frei Ruiz-Tagle*. Editorial Universitaria, Santiago.

KELLY, Michael (1996). Public Art Controversy: The Serra and Lin Cases. En: *The Journal of Aesthetics and Art Criticism*, vol. 54, no.1, winter 1996, pp. 15-22.

KOOLHAAS, Rem (2006). La ciudad genérica (versión castellana Jorge Sainz). Barcelona; Gustavo Gili.

KRACAUER, Siegfried (1995). *The Mass Ornament: Weimar Essays*. Translated and edited by Thomas Y. Levin. Harvard University Press, Cambridge.

LAZZARATO, Maurizio (2005). Biopolítica / Bioeconomía, *Multitudes*, n° 22.

LAZZARATO, Maurizio (2003). Lucha, acontecimiento, media. Documento extraído del sitio web www.republicart.net.

- LAZZARATO, Maurizio y Antonio Negri (2001). Trabajo Inmaterial. Formas de vida y producción de subjetividad. DP&A Editora, Río de Janeiro.
- LEFAIVRE, Liane y Henk Döll (2007). Ground-Up City: play as a design tool. 010 Publishers, Rotterdam.
- LEFEBVRE, Henri (1991). The production of space. Blackwell, Oxford, pp. 69.
- LYOTARD, Jean François (1987). La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Ediciones Cátedra, Madrid.
- MARCHART, Oliver (2004). Staging the Political: (Counter-) Publics and the Theatricality of Acting. En: http://www.republicart.net/disc/publicum/marchart03_en.htm
- MARCUSE, Peter (1998). Reflections on Berlin: The Meaning of Construction and the Construction of Meaning. En: International Journal of Urban and Regional Research, volume 22, June 1998, pp. 331-338. Blackwell Publishing, Oxford.
- MASUERO, Andrea (2002). Plaza de la Constitución: Proyecto Urbano y Debate Arquitectónico. Tesis para optar al grado de Magister en Arquitectura, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- MELLADO, Justo Pastor (2002). Un caso de ampliación de los soportes editoriales: Revista Casagrande. Agosto de 2002. www.justopastormellado.cl
- MINVU y Ministerio del Interior (2004) Espacios seguros. Recomendaciones de diseño y gestión comunitaria para la obtención de espacios urbanos seguros. Ministerio de Vivienda y Urbanismo / Ministerio del Interior / Fundación Paz Ciudadana, 2004.
- MOUFFE, Chantal (2005). Some Reflections on an Agonistic Approach to the Public. En: LATOUR, Bruno y Peter Weibel (2005). Making Things Public: atmospheres of democracy. Karlsruhe, ZKM.
- MOULIAN, Tomás. Chile Actual: anatomía de un mito. Editorial LOM, Santiago de Chile, 1997.
- MURRAY, George J. A. (2008). City Building and the Rhetoric of “Readability”: Architectural Debates in the New Berlin. City & Community 7: 1 March 2008. American Sociological Association, Washington D.C.
- NEGRI, Toni y Michael Hardt (2002). Imperio. Paidós, Buenos Aires.
- NEUSTADT, Robert (2001). CADA día: la creación de un arte social. Editorial Cuarto Propio, Santiago.

O'DONNELL, Guillermo (1993). Delegative democracy? Kellogg Institute for International Studies, Notre Dame.

ORTEGA Y GASSET, José (1980). La rebelión de las masas. Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid.

PANITCH, Leo (2000). The New Imperial State. *New Left Review*, no.2, March – April 2000.

QUIROGA, Patricio (1998). Las jornadas de protesta nacional. *Historia, Estrategias y Resultado*. Encuentro XXI, año 4, n° 11.

RAMOS, Marcela y Juan Andrés Guzmán (2000). La Guerra y la Paz Ciudadana. Ediciones LOM, Santiago.

REMEDI, Gustavo (2004). La ciudad latinoamericana S.A. (o el asalto al espacio público). En: *Las dimensiones del espacio público. Problemas y proyectos*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires – Argentina, Subsecretaría de Planeamiento, 2004, 15-25.

REPS, John William (1967). *Monumental Washington. The Planning and Development of the Capital Center*. Princeton University Press, New Jersey.

REVEL, Judith y Toni Negri (2008). Inventar lo común de los hombres. Originalmente publicado en *Multitudes* 31, invierno 2008.

RICHARD, Nelly (2007). Sitios de la memoria: vaciamiento del recuerdo. En: <http://www.espaciocultural.cl/forum/viewtopic.php?t=1930>

RICHARD, Nelly (editora) (2000) *Políticas y estéticas de la memoria*. Santiago, Editorial Cuarto Propio.

RIESCO, Manuel (2006). ¿Un Nuevo Estado de Bienestar Desarrollista en Formación? Chile en América Latina. Paper presentado en UNRISD/SAREC Workshop on Social Policy and Equality, INTERNATIONAL FORUM on Social Science – Policy Nexus. Buenos Aires, 21-22 de Febrero, 2006.

ROBINO, Carolina (1991). Las últimas locas del fin del mundo: las Yeguas del Apocalipsis. En: *Hoy*. Santiago. Araucaria 1977 – 1998 (Santiago: Gabriela Mistral) 21 v., no 736, p. 42 – 45.

ROBLES, Víctor Hugo (2008). *Bandera Hueca. Historia del movimiento homosexual de Chile*. Editorial Cuarto Propio, Santiago.

ROCO, Rodrigo (2005). La Fech de fines de los 90: Relatos de una historia presente. En: *Anales de la Universidad de Chile, Sexta Serie*, N° 17, diciembre de 2005.

RODRÍGUEZ, Alfredo y Lucy Winchester (2004). Santiago de Chile: una ciudad fragmentada. En: DE MATTOS, Carlos (editor). Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad? SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación – Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales PUC, Santiago.

RODRÍGUEZ, Alfredo y Ana Sugranyes (2004). El problema de vivienda de los “con techo”. EURE, diciembre, año/vol. XXX, n° 91. PUC, Santiago. Páginas 53 a 65.

RODRÍGUEZ, Alfredo (1983). Por una ciudad democrática. Ediciones SUR, Santiago.

ROJAS, Sergio (2006). Estética del malestar y expresión ciudadana. Hacia una cultura crítica. Ponencia en el marco del Seminario Internacional “Ciudadanía, Participación y Cultura”, organizado por el Consejo Nacional de la Cultura, realizado en el Centro Cultural Palacio La Moneda los días 5 y 6 de octubre de 2006.

ROJAS, Sergio (2005). Pensar el acontecimiento. Variaciones sobre la emergencia. Colección TEORÍA, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile.

ROJAS, Sergio (2001). Materiales para una historia de la subjetividad. Santiago: Ediciones La Blanca Montaña, Universidad de Chile, 2001.

ROSS, Kristin (2002). May '68 and its Afterlives. Chicago, University of Chicago Press.

ROSSI, Aldo (1982). La Arquitectura de la Ciudad. Gustavo Gili, Barcelona.

SÁNCHEZ, Cecilia (2003). El cuerpo descentrado y la memoria de sus marcas en Chile. En: Revista Universum, Universidad de Talca, número 18.

SÁNCHEZ, Cecilia (2001). Disfraces del saber: economías del cuerpo y del género. En: Revista de la Academia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, n° 6, pp. 9-30.

SANTA CRUZ, Guadalupe (2002). El rumor de las listas. En: Revista de Crítica Cultural, no. 24, junio de 2002, pp. 10-11.

SCHMITT, Carl (1927). El concepto de lo político (Der Begriff des Politischen), citado en Wikipedia. Enlace: http://en.wikipedia.org/wiki/Carl_Schmitt

SCHULTE-SASSE, Jochen y Linda Schulte-Sasse (1991). War, Otherness and Illusionary Identifications with the State. En: Cultural Critique, no. 19, The Economies of War (Autumn, 1991), pp. 67 – 95, University of Minnesota Press.

SCHULTE-SASSE, Linda (1991). Leni Riefenstahl's Feature Films and the Question of a Fascist Aesthetic. En: *Cultural Critique*, No. 18 (Spring, 1991), pp. 123-148.

SCHUMACHER, Thomas L. (1985). *The Danteum. A study in the architecture of literature*. Princeton Architectural Press, New Jersey.

SENNETT, Richard (1998). *Spaces of Democracy. The 1998 Raoul Wallenberg Lecture*. Michigan Architectural Press, Ann Arbor.

SHKLOVSKY, Viktor (1985). *Knight's move*. Dalkey Archive Press, London.

SHUMSKY, Neil (1996). *American Cities*. Garland Publications, New York.

STOPPANI, Teresa (2007). Dust revolutions. Dust, informe, architecture (notes for a reading of Dust in Bataille). *The Journal of Architecture*, 12:4, 437 – 447

STROM, Elizabeth (2001). *Building the New Berlin. The politics of urban development in Germany's capital city*. Lexington Books, New York.

SUDJIC, Deyan (2007). *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*. Ediciones Ariel, Barcelona.

TAFURI, Manfredo (1992). *Interpreting the Renaissance: princes, cities, architects*. Yale University Press, New Haven

TAFURI, Manfredo; Massimo Cacciari y Francesco Dal Co (1981). *De la vanguardia a la metrópoli: crítica radical a la arquitectura*. Gustavo Gili, Barcelona.

TAFURI, Manfredo (1976). *Architecture and Utopia. Design and Capitalist Development*. The MIT Press, Cambridge.

TAFURI, Manfredo; Luigi Spezzaferro y Luigi Salerno (1973). *Via Giulia. Una utopia urbanística del 500*. Stabilimento Aristide Staderini, Roma.

TIRONI, Eugenio (1990). *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973 – 1990*. Ediciones Sur, Santiago.

VERDÚ, Vicente (2005). *Yo y tú, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*. Debate, Madrid.

VIRILIO, Paul (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Libros del Zorzal, Buenos Aires.

VIRNO, Paolo (2001). *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

WISE, Michael (1998). *Capital Dilemma. Germany's Search for a New Architecture of Democracy*. Princeton Architectural Press, New York.

WOLTON, Dominique (2002). *Sobre la comunicación*. Editorial Acento, Madrid.

ENTREVISTAS Y NOTAS HECHAS POR EL AUTOR

Entrevista con Sharon Zukin, New York, 29 de abril de 2008.

Entrevista con David Harvey, New York, 21 de abril de 2008.

Entrevista con Joan Ockman, New York, 21 de abril de 2008.

Entrevista con Marshall Berman, New York, 15 de abril de 2008.

Entrevista con Pier Vittorio Aureli, New York, 10 de abril de 2008.

Entrevista con Saskia Sassen, New York, 25 de marzo de 2008.

Gerald Frug, charla en el Cities Programme, London School of Economics, 5 de febrero de 2008.

Entrevista con Alfredo Riquelme, Santiago, 28 de noviembre de 2007.

Entrevista con Gonzalo Cáceres, Santiago, 26 de noviembre de 2007.

Entrevista con Rolando Álvarez, Santiago, 22 de noviembre de 2007.

Entrevista con Cristián Undurraga, Santiago, 19 de noviembre de 2007.

Entrevista con Alfredo Rodríguez, Santiago, 16 de noviembre de 2007.

Entrevista con Hernán Cuevas, Santiago, 15 de noviembre de 2007.

Entrevista con Eolo Díaz-Tendero, Santiago, 14 de noviembre de 2007.

Esta tesis fue presentada a examen de defensa el 7 de enero de 2010.